

LA SACUDIDA

FERNANDO GOITIA

Un *thriller* en el ojo del huracán.



Lectulandia

Un volcán se desploma y sepulta a tres mil personas mientras el huracán Mitch devasta Centroamérica. Un periodista vasco acude al lugar de la tragedia para hacer un reportaje y desentierra a un individuo sin identidad que agoniza entre los escombros.

Pero el hombre a quien acaba de salvar la vida no es un completo desconocido. Pronto descubrirán que tienen muchas cosas en común: ambos se ocultan tras una identidad falsa y tienen numerosas muertes a sus espaldas. Y aún hay más: uno de ellos es un sicario que tiene la orden de matar a quien ahora se ha convertido en su compañero.

Emprenderán un largo viaje por un escenario desolado, destruido por el Mitch, en el que deberán enfrentarse a sí mismos, descubrir quién es el otro y, finalmente, resolver el enigma final: ¿es esta una historia de víctimas y verdugos?

Lectulandia

Fernando Goitia

La sacudida

ePub r1.0

Titivillus 31.01.17

Título original: *La sacudida*
Fernando Goitia, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Priscila
por «sacudirme» siempre*

I

El día que le salvé la vida a Julio García Baltodano el suelo tembló de madrugada. No fue un terremoto. Cuatro grados en la escala Richter son un insignificante traqueteo para los habitantes de Managua; sus sueños son a prueba de temblores. A bordo de mi cama, como flotando en una piscina de aceite, también sentí esa indiferencia. Recordé mi primer temblor de tierra, recién llegado a este lugar, cuando, como un resorte, salté impulsado por el miedo hacia la calle. Tres años después, ya no temía las tiriteras de la Tierra; la verdadera amenaza tenía ahora forma de bíblico diluvio: un torrente llamado *Mitch*.

Me extrañé de haberme quedado dormido ante el crepitar del agua en el tejado. El cansancio, los nervios; quién sabe, el cuerpo es sabio. Comprobé la línea del teléfono. «Pese al estruendo, lo habría escuchado», me repetí varias veces. Empezaba a torturarme con la idea de haberlo estropeado todo por unas horas de descanso, cuando el timbre irrumpió entre el aguacero. Me precipité sobre el aparato y escuché la voz del teniente Rivas alegrándome el día. Miré el despertador: sábado, treinta y uno de octubre de mil novecientos noventa y ocho, las cuatro y treinta y siete minutos. Justo a tiempo.

—¿Gocuchea?

—Goikoetxea, Goikoetxea.

—Disculpe usted, doctor —prosiguió el teniente Rivas—. Es que ese apellido suyo no hay quien lo agarre. Gocuchea, o lo que chea, pues.

—No hay falla, teniente, estoy acostumbrado. Llevo mucho tiempo ya por estos lados. Pero cuente, cuente. ¿Qué pasó con el helicóptero?

—Alégrese, doctor. Le conseguí lugar para viajar al infierno. —Apreté el puño, celebré la noticia sobre la cama. «Nada como llevarse bien con los militares», pensé—. Pero mejor, apúrese, ese aparato se eleva hacia Posoltega dentro de una hora. Y recuerde lo que le dije sobre el peso.

—Muchísimas gracias, teniente. No sabe cómo se lo agradezco.

—A sus órdenes, doctor. Pero apúrese, apúrese. Que no anduve dieciséis horas de gestiones para dejarlo a usted en tierra, pues.

—Ya estoy saliendo.

Mi equipo estaba a punto: impermeable azul oscuro, gorro de lluvia a juego, latas, bocadillos, mis inseparables botas incautadas al Ejército español nueve años atrás y mi Canon A-1. No podía llevar gran cosa; el helicóptero transportaba ayuda humanitaria y me exigían equipaje ligero. Abrí el cajón de la mesilla y cogí un par de bolsitas de marihuana; el cáñamo sería de gran ayuda ante las visiones que me aguardaban en Posoltega.

En las cooperativas de taxis el teléfono era un instrumento inútil. La Daniel Ortega, la comandante Carlos Núñez, la 25 de febrero, la Resistencia Nacional 3-80, la Arnoldo Alemán Lacayo. Aquel listín lleno de homenajes pesaba más de lo que

sugería su reducido grosor; y tras aquellos grandilocuentes nombres armados de polaridad siempre respondía el silencio. Los taxistas se habían tomado un descanso. Lo mismo habría hecho yo en su lugar, con aquella cortina imperturbable de agua que se extendía por todo Centroamérica como un monstruo, avanzando a ritmo de caracol sobre nuestras cabezas. Cinco, diez, quince días ya; el mundo entero había perdido la noción del tiempo.

Amanecía y la luz no iluminaba el día. Sin gafas de buceo, resultaba imposible mirar al cielo. «En cinco minutos la vida es eterna, la lluvia en el pelo...». Cantaba a Víctor Jara mientras, entre aquella gruesa tela acuática, mis ojos buscaban uno de aquellos Ladas indestructibles, herederos de la protección soviética y de la Guerra Fría, caliente más bien en Nicaragua. De entre todos los taxistas tarados de Managua, alguno tenía que pasar ante mi puerta. Visualizaba el helicóptero elevándose entre la lluvia, el rotor atronando y las aspas amplificándole la violencia al diluvio. Y yo allí, en tierra, a media hora de mi destino, mojado hasta el estómago, esperando una luz. La vi de repente, como una aparición, atravesando los cortinones de agua.

—¡Taxi, taxi! ¡Pare, pare!

Me arrojé encima para detenerlo.

—Suba, aprisa —me dijo el taxista asomando su bigotuda cabeza por la ventanilla.

Subí, aprisa.

—Cuando llueve en Managua, llueve de verdad, ¿no cree, doctor?

—Sí, la lluvia en Managua no es precisamente una maravilla.

El hombre torció el labio, grueso como un neumático, bien visible bajo una desordenada mata de pelo propia de una morsa, en una sonrisa a medio hacer, sin ganas. No estaba para bromas, quedó claro. Tenía mucha prisa, así que pregunté tiempo y precio de una vez para encontrarme con esa expresión pesimista marca registrada de los taxistas de Managua.

—Con este tiempito, doctor, con la calle hecha mierda como está, y hasta el aeropuerto no más, vamos a demorar un rato.

¡Qué grandes actores los taxistas de Managua! En aquellas condiciones, no quedaba más remedio que pujar alto por la carrera. Ofrecer, por ejemplo, el doble.

—Por esa platita yo lo llevo a usted al fin del mundo, doctor.

Sentía que el fin del mundo no podía estar muy lejos.

—Por hoy me conformo con que me lleve a la Fuerza Aérea lo más rápido que pueda.

El limpiaparabrisas del Lada, todo un veterano, trabajaba a conciencia para ayudarnos a esquivar los inmensos charcos y correntadas que obligaban al taxi a cruzar de un lado a otro por las calzadas desérticas de Managua.

—Estos hijueputa adoquines están llenos de trampas, doctor. Se los lleva el agua y se abren unos hoyos que ni quiera Dios. Es meter la llanta e irse uno a la verga. Así es, doctor. No más espero que a la Tierra no le dé por temblar de nuevo.

Yo no creo en Dios. En silencio me salían las plegarias como si me fuera la vida en ello. ¿Quién sabe? Quizás hubiera alguien a la escucha, aunque resultara imposible enterarse de algo con aquel estrépito de Niágara desplomándose encima.

—Vaya tranquilo, doctor, que no será este hijueputa huracán el que nos impida llegar a la Fuerza Aérea. Me conozco yo esta ruta como la meritita palma de mi mano. Estos jodidos adoquines llevan acá desde los tiempos de Somoza; como hermanos son para mí, pues. —Celebró su ocurrencia con una carcajada—. No más le digo que conozco cuáles jamás se mueven y cuáles se friegan siempre con la lluvia.

El taxista había advertido de reojo mi rigidez, mis nervios, mi cuerpo incrustado en el asiento, mientras su mirada penetraba entre la lluvia como una cuchilla.

—Disculpe la pregunta, doctor. —Los taxistas de Managua; no sé cómo, siempre acababo contándoles mi vida—. ¿No irá usted para Posoltega?

—Ahí voy.

—¡Qué cosa más horrible!, ¿verdad, doctor? Debe de ser algo dantesco.

—Sí, terrible.

Dicen que la curiosidad mató al taxista, pero el hombre tenía todo el derecho a preguntar lo que le viniese en gana. Me pongo en su lugar: un chele barbudo entra en mi Lada destartalado a primera hora de la mañana, en medio del mayor diluvio que Noé ya imaginara, y me dice que lo lleve al aeropuerto, cerrado desde hace varios días, porque a ver quién es el guapo que se atreve a volar con este tiempo; pues lo normal es que a uno le invada la curiosidad. Además, el maje dice que se va a la jodida Posoltega a ver miles de muertos y lleva una mochila de esas que usan los fotógrafos. No se ve todos los días. Sí, cómo no, tenía todo el derecho del mundo.

—¿Argentino?

—Español.

—¿Dónde en España?

—Bilbao, en el País Vasco. ¿Conoce?

—Idiay, claro pues, doctor. Pero entonces no es español, sino vasco, ¿verdad, chele? Yo ya conocí muchos vascos por acá, en los ochenta, sobre todo. Si les decías españoles te mentaban la madre; que ellos eran vascos, pues.

Parecía satisfecho de sus conocimientos sobre el tema, sonreía sin dejar de mirar al frente. Sandinista, supuse.

—Sí, en fin, sé bien de lo que me habla. Español, vasco o de Bután, como prefiera, no pienso matar a nadie por ello. —Aquel disparo verbal aceleró mi corazón—. Solo quiero llegar al aeropuerto.

A los taxistas de Managua les fascina enredarse en discusiones y aquella conversación amenazaba con adquirir la textura de un buen chocolate líquido.

—Pues yo estoy muy orgulloso de ser nicaragüense; daría mi sangre por mi patria si hiciera falta. ¿Sabe, doctor? Luché en la Revolución, tuve que agarrar el AK y matar hijueputas contras para defender a mi país, a mi gente, y estoy orgulloso.

—Fantástico, una actitud muy respetable. —«Debería haberme fumado un canuto

antes de salir», pensé—. Dar la propia sangre es un acto extremo de generosidad. Pero no cuente conmigo. Por ninguna patria merece la pena vaciar las venas. Ustedes los nicas saben mucho de eso, ¿no cree?

—Así es, los malditos liberales somocistas. Nos fregaron de nuevo.

Suspiré como respuesta. El tío debía de ser más sandinista que Daniel Ortega. Yo, de niño, también lo fui, hasta que una revelación demasiado violenta rompió de cuajo el cable ideológico que siempre me unió a mi padre y, de pronto, el mundo dejó de reducirse a dos extremos. Ocurrió, en todo caso, demasiado tarde. Una vez que manchas las manos de sangre, manchadas quedan para siempre. Después de matar, doblas la esquina y ¿qué te encuentras? Yo lo sé. La nada, vértigo, un agujero negro. Todo es falso, la unión, los camaradas, ¡mentiras!; y aquel hombre exigiendo de mí un pronunciamiento en aquella carrera enloquecida en medio de la lluvia. Prefería hablar del tiempo, mucho más adecuado en tales circunstancias. «Silencio», me dije. «No repliques. Te está cayendo un diluvio y apenas quedan unos metros de camino». La Fuerza Aérea estaba a tiro, habíamos dejado atrás las calles adoquinadas, los remolinos y las corrientes; de pronto la carretera Norte, con su asfalto resquebrajado, anunciaba final de trayecto. Primera etapa, en realidad.

Familias enteras cargaban con sus casas por la Norte. Sobre la cabeza placas de zinc, un tesoro en los asentamientos de Managua, ropa, televisores, poco más; expulsados de sus barrios por un lago en expansión, el Xolotlán, reclamando tierras a la Tierra. Miré el reloj y otra plegaria se deslizó por el interior de mi cerebro. El taxista, por su parte, quería saber algo más.

—¿Y cómo se llama usted, doctor?

Respondí con sequedad.

—Miguel.

—¿Nada más?

—¿Y usted?

—José Emilio Álvarez Montoya, a sus órdenes —dijo el taxista, rebosante de orgullo, extendiendo su mano hacia la mía.

—Encantado, pero mejor no suelte usted el timón.

—No se me apure, chele. Le juro que nada ni nadie va a impedir que lo lleve hasta la Fuerza Aérea. —José Emilio Álvarez Montoya aceleró entre los cortinones del *Mitch*. Parecía concentrado en su tarea, como si hubiera olvidado su reciente interés por mi apellido. Falsa impresión—. Bueno, ¿y cuál es? ¿A qué tanto misterio con su nombre? ¿Qué es usted, chele: un espía?

—Pero ¿qué dice de espía? —Tuve que ceder, al fin—. Miguel, Miguel Goikoetxea. ¿Ya? ¿Contento?

—¡Gocuchea! ¡Qué apellidos raros tienen ustedes los vascos!

—Goikoetxea, es Goikoetxea.

Sí, pude haber elegido algún otro, algo más asequible para tierras latinoamericanas, tal y como me había recomendado el inspector Chacón.

—Me dice que no lo convierta en una diana reflectante y ahora me sale con su orgullo patriótico —así me lo planteó Chacón—. Ande, Gabiria, se trata de ser anónimo, de pasar desapercibido. ¿No quiere seguir viviendo? Póngase un García, un Martínez, un Rodríguez y déjese de Goikoetxeas y tonterías de esas.

Chacón ya debía de saber de la legendaria tozudez de los vascos. Yo quería mantener un vínculo con mis orígenes y no insistió. Por eso en mi pasaporte llevo hoy el segundo apellido de mi madre.

—¿Fotógrafo?

José Emilio Álvarez Montoya prosiguió su interrogatorio. Sus ojos apuntaban ahora a la bolsa de la A-1.

—Algo así. A mí lo que me gusta es contar historias. Escribirlas, fotografiarlas. —Quise darme importancia. Trabajaba para mostrar al mundo la tragedia. Sí, definitivamente quise darme importancia. Adivinando la próxima pregunta adelanté la respuesta, por si no me había dado todavía la suficiente importancia—. Trabajo para una agencia internacional de noticias y he conseguido un hueco en uno de los helicópteros que hace el trayecto. Solo hay dos, ¿sabe? Helicópteros, digo, de los rusos. No hay muchos medios y hay que transportar medicamentos, agua, comida, de todo. Allá no hay nada. Pero bueno, dijeron que me llevaban sin problemas.

—Están ustedes todos locos, los periodistas, digo, o fotógrafos, pues. ¡Qué ganas de enredarse la vida!

Hizo una pausa, como si repasara sus palabras. Su mirada, clavada en el asfalto, intentando, tal vez, imaginarse haciendo el tipo de cosas que abarca enredarse la vida. Yo incluiría entre ellas conducir un taxi por Managua mientras el cielo cae a plomo sobre la ciudad. Suspiró. Sus ojos buscaron de nuevo los míos, meneó la cabeza, hizo una mueca de resignación y de su estómago escapó un pesado:

—¡Posoltega!

—¡Posoltega! —repetí, mientras el Lada se detenía renqueante ante el portón de entrada a la Fuerza Aérea.

Me esperaban.

—¿Don Miguel Gocuchea?

Sí, quizás un García o un Martínez habrían sido más adecuados.

El taxista quería llevarme hasta el helicóptero. «Acceso restringido», se limitó a informar el soldado de la entrada, avisando por radio de mi llegada. El conductor agradeció mi generosidad, yo agradecí la suya, y allí en el portón nos deseamos suerte. Me iba a hacer falta.

II

Yo soy Julio García Baltodano. Ese es mi nombre, mi verdadero nombre. Quiero dejarlo claro antes de proceder a contarlo todo. Sí, todo. Lo primero, la resurrección, el día más importante de mi vida. Viernes treinta de octubre de mil novecientos noventa y ocho. El mundo parece que se nos fuera a venir encima.

Despierto bien temprano, reviso la foto en mi cartera. Es un chele, español, joven, casi un chavalito. Ramírez me dijo que la foto es de diez años atrás, algo más tal vez, que eso es lo que tenemos y que me tiene que servir. La guardo bajo el colchón y decido, por este día, no pensar en mi próximo encargo. Vine a pasarla con mi familia, a almorzar juntos, a celebrar el cumpleaños de Damaris con mis gemelitas y Pichardo, a jugar a béisbol, a olvidarme de toda la mierda que me persigue, pues.

No hay suerte. El sol se escondió un día más. La cosa está jodida para celebraciones, también para jugar al *beisball*. Llueve en putas y suspendemos el matinal intercambio de batazos con esos engreídos de El Porvenir. El Porvenir Negro, añadiría yo, porque los íbamos a reventar. Damaris cumple años; nunca se dice la edad de una mujer. Es menor que yo; no diré más. Damaris cumple años, pues, y deberíamos jugar las semis del campeonato de las comunidades del Casitas. El Porvenir contra Versailles. Me río, imagino a algún decrepito rey francés removiéndose en la tumba. Sí, lo reconozco, a todas las comunidades de este rincón olvidado nos perdió el optimismo con los nombres. Pobres, sí, y optimistas, así somos. El diluvio obliga a cancelarlo todo, el *beis* y, de seguro, también la fiesta de Damaris. Empieza un mal día y el agua que no deja de caer como jamás nadie vio ni verá llover, aquí o en cualquier otro lugar del mundo. Un mundo pesado, húmedo, como si sujetarlo para que no se venga abajo dependiera no más de mis hombros.

De temprano dejo en la casa a Damaris, con Hilda Rosa y Amalia, mis niñas, que pronto cumplirán tres años. Las dejo intranquilo. Son la mayor alegría que me dio la vida y esta no parece tan solo una mañana muy lluviosa. Me las traje a esta ladera perdida en el quinto carajo, lugar alejado de la ley para lo bueno y también para lo malo. Alejado. Apenas un trabajo más y me llevo a las muchachas a los Estados. Me dieron la foto del maje. Ya todo quedó preparado. Mañana me regreso a Managua y, ¡pum!, el último. Solo no quería perderme el cumpleaños de Damaris.

Dejo en la casa a mis muchachas, pues, y me lanzo bajo el aguacero por la deslizante ladera del Casitas. Puro lodo. No se ve ni verga. Mis pies pisan el lugar más inestable que pisaron nunca. Avanzo entre chocitas de madera y zinc, árboles que chorrean, chanchitos que corretean asustados entre la tormenta. Me oriento con la memoria, empleo no sé bien cuántas veces más tiempo de lo normal para llegar hasta el otro lado de esta cara oeste del Casitas, a Los Zanjones, asentamiento miserable, como todos los que se agarran a este volcán, donde vive Pichardo, mi bróder desde los días de Apanji.

Es un alivio alcanzar la puerta de mi compadre. Desde aquí, en días sin lluvia, se

ve el Pacífico, León, Chinandega, la gran atalaya, pues. Hoy ni siquiera Posoltega, casi a los pies del cerro. Veo luces de colores entre la lluvia, luces policiales allá abajo. Quizá me busquen a mí. Las luces se mueven, entre la cortina de agua no distingo bien. Parece que siguen viaje hacia Chinandega. Sí, se van. Creo. Me lo prometo ante la casa de Pichardo: cuando se detenga el diluvio acabo con todo y dejo para siempre este paisito.

Me alegra ver a Pichardo, sentir que no soy el único jodido por los recuerdos de la guerra. Pichardo, otra vida hecha verga heredada del Revolución o muerte. En Revolución o mierda se quedó, ¡no jodás! Pichardo, sí, por aquí andamos, en la ladera del Casitas, gracias a él, el único compadre que me queda, también el único con televisión por estos lados para ver las Grandes Ligas. Hablamos de Denis Martínez, que se retira el maje, y, sobre todo, del Sammy Sosa, un dominicano que suelta el brazo a categoría cinco en la escala Saffir-Simpson.

—¡Cómo batea el jodido! —me platica Pichardo. Agarra un bate imaginario y gira su cuerpo con violencia—. ¡Pam! —El aire pesado, húmedo, se sacude.

—¡De a verga, bróder! Una fiera ese Sosa —le digo.

Esperamos a la sección de *beis* del noticiero. Hablan del huracán. Ya estamos expertos en huracanes, pues. Sabemos cómo se forman, sabemos cómo avanzan, sabemos cómo se refuerzan, sabemos cómo se miden. Son casi dos semanas ya con la mierda del hijueputa *Mitch*, que si roza Jamaica, que si se va para Cuba, ora para la costa atlántica, ora Yucatán. En Cancún evacúan a un cachimbo de turistas gringos, todos con el susto en el cuerpo de vuelta a los Estados. La televisión los muestra apiñaditos en el aeropuerto buscando lugar en un avión. Después de tanto marearnos, el hijueputa huracán cambia otra vez de rumbo. Parece que la cosa ya va de veras. Ayer golpeó en el Caribe hondureño, sopla a doscientos cincuenta kilómetros por hora o más, las islas de la bahía quedaron hechas paste. El huracán chocó contra Honduras y todito el país quedó bajo el agua, lo mismito que Nicaragua, pues. Dicen que todos los ríos se desbordaron. ¡No jodás! Pichardo y yo nos miramos sobrecogidos; todo parece cosa de fin de mundo. Pienso en mi mamá, rezo para que esté bien. Allá en Coyoles el Aguán es ancho, mucho tiene que crecer para que llegue hasta la casa. Ni modo, el mundo yéndose a la verga y yo aquí, escondido en la falda de un cerro, tan lejos de todo. Tengo que ver a mi mamá. Sé que llevo años con la misma verga, pero ahorita va de veras: cuando pare la lluvia, cuando se enfríen mis encargos, cuando se olviden de mí, entonces, mamá, te iré a visitar.

Pero no cesa la lluvia. En el noticiero explican que todo es por bajas presiones influencia del *Mitch*. Añaden que al chocar contra la Tierra se transformó en tormenta tropical. Ya lo dije, Julio García Baltodano, experto en huracanes, pues. En Managua el lago sube de nivel y en la ribera la gente es evacuada de los asentamientos hacia las afueras. Cargan con sus cosas. Sobre la cabeza placas de zinc, como las que cubren nuestras casitas en la ladera. Los chigüines lloran en brazos o a la espalda de sus mamás. Nos olvidamos del *beis*. Todo es tan rotundo como repentino para nuestro

aislamiento aquí arriba en la falda del Casitas. Las noticias prosiguen. Todo es sobre el agua que se desparrama por Centroamérica, «la cinturita de la miseria», como nos bautizó Neruda. Su lectura es de lo poco que puedo agradecer al sandinismo.

Pienso en Damaris, Hilda Rosa, Amalia. Me esperaron sin saber si estaba vivo o si viviría mucho tiempo. Sufren por un prófugo, este degenerado hijueputa capaz de arruinarles la vida. Es un misterio que todavía me quieran. ¡Cómo me alegro! Mi vida manchada de sangre y sin dirección gira en mi cabeza. Yo me digo, me repito, que se acabó, un trabajo más y ya; me las llevo para siempre de este jodido pedacito del mundo. Me viene a la cabeza la imagen de mi próxima víctima, la última; es lo que llevo jurándome desde hace días.

—Pero ¿adónde vas ahorita? —me pregunta Pichardo al verme alzar las nalgas del sofá—. Esperate a las deportivas, pues.

—Calabaza, calabaza, cada quién para su casa, hermano. Es que toda esta verga del huracán me dio miedo por Damaris y las niñas.

—¡Nah! Esperate, bróder. Si acá no hay peligro. Estamos bien arriba, el agua no llega. Mirá, mirá, que ya dan la crónica del *beis*.

No sé, quizá sea tanta lluvia, que el aire tan pesado me bajó la onda y me puse sombrío. Supongo que Pichardo tiene razón. Del volcán, un eructo de lava, un temblor o algo así se puede esperar, pero ¡una inundación en una ladera! Si alguien me lo sugiere siquiera me lanzo la gran carcajada. Acá en las comunidades siempre pensamos que, de enterrarnos, lo haría una erupción. Hay familias con más de diez años de asentadas en esta pendiente encachimbada, solo temerosas de una hijueputa explosión, no de la lluvia.

En esas andamos, que se nos va la mañana donde Pichardo, ahuevados por la jodida lluvia que nos ha dejado sin final de *beis* y comentando las actuaciones del dominicano de oro cuando, luchando contra el barrunto de la lluvia, tres golpes secos resuenan contra la puerta. De pronto, como en una historia de terror, de aquellas que agarraba de chavalito en la biblioteca de la Standard Fruit Company allá en Coyoles, la imagen de Sosa desaparece del aparato, se reduce a un minúsculo punto en el centro de la pantalla acompañado de un silbido. En los ojos de Pichardo miro a un majo asustado; Pichardo debe mirar idéntico paisaje en los míos. La tierra tiembla, empezamos a sentir el ruido.

—Parecen helicópteros, como MD-500 Defender artillados, ¿recordás? Con esos barrían la selva los hondureños.

Pichardo me mira afectado por el repentino recuerdo de tiempos violentos y se dirige hacia la puerta. «¿Será que enviaron al Ejército a detenerme?», pienso, y casi me da la risa de tan estúpido pensamiento.

—Si son helicópteros, pues, suenan demasiado cerca.

De nuevo golpean a la puerta. En el exterior alguien grita:

—¡Abran!

Si la tierra no temblara, si el estruendo no me impidiera pensar claro, no me

acercaría hasta Pichardo y abriría la puerta de su casa, la única de ladrillo y cemento en Los Zanjones, donde todo es madera, zinc y adobe, para ver qué diablos ocurre ahí fuera. Porque afuera, entre la lluvia, bajo un impermeable negro de uniforme policial, se extiende un brazo hacia el mío para colocarme unas esposas.

—¡Idiay! ¿Qué pasó?

Es todo lo que consigo decir. Nadie responde. El rostro que me mira bajo la capucha policial sonríe satisfecho con su poblado y chorreante bigote negro. Eligió el peor día para agarrarme. Debería mirar alrededor. Todos en Los Zanjones están a la puerta de sus casas, unos enfrente de los otros, intentando ver algo entre la cortina de agua, buscando los aparatos en el cielo sin encontrar ni verga de aeronaves. Y entonces el fuerte rumor que se convierte en estrépito, la tierra tiembla más y miramos ladera arriba cómo el mundo se nos viene encima en forma de gigantesca lengua de lodo, piedras, rocas, la montaña que se nos deshace entera con intención de llevársenos por delante, aniquilarlo todo, la vida, El Porvenir. También Los Zanjones, Versailles, la Rolando Rodríguez, El Torreón, Los Tololares, El Ojochal, comunidades apiñaditas en esta ladera del Casitas.

No hay donde agarrarse. Pichardo se echa hacia atrás.

—¡Corran, adentro!

El policía me mira, yo le miro a él, y nos empujamos, él a mí, yo a él, hacia el interior de la casa; me lanzo sobre el sofá del dormitorio-sala-cocina, habitación única en hogar de pobres y, guiado por algún extraño instinto me encojo en posición fetal, acurrucadito como un bebé pegado al respaldo. No sé, intentando protegerme. Lo último que veo es a Pichardo debajo de la mesa. Las paredes de ladrillos y cemento simulan firmeza; es un engaño, no protegen, no protegen ni mierda. Todo revienta del primer golpe, el suelo que tiembla como una trituradora y el infierno que toma posesión de la casa de Pichardo a la velocidad de un batazo de Sammy Sosa. Sucede todo en menos de un segundo. El deslave golpea contra el respaldo del sofá, sí, es lo que me protege de no morir por el gran vergazo. No importa, ya lo haré por el camino. Morir, digo, porque salgo lanzado ladera abajo, donde a todos los que vivimos en la ladera del Casitas solo puede esperarnos la muerte. Muerte ridícula la mía, remate adecuado para mi vida. Moriré a bordo de un escudo imitación de terciopelo tapizado en verde y esposado a un chepo.

Imposible recordar cuándo perdí el conocimiento. Veo a mi mamá, tanto tiempo sin verla, a Damaris, a mis gemelitas y el lodo que me arrastra ya lejos de la casa de Pichardo. Por un segundo miro su mano extendida entre el remolino de lodo, piedra, madera, zinc, árboles, vacas y qué se yo; lo último que distingo antes de que mis ojos comiencen a arder y el remolino gigante me escupa hacia todos lados a base de coces que ni treinta caballos, para caer de nuevo en su estómago de rocas gigantes y mil diablos. Respirar funde los pulmones, es tarea sobrehumana. El aire pesa lo mismo que todos los metales conocidos juntos. Es todo como en un sueño. No sé bien si es esto lo que sucede. Siento que crujen los huesos de mi mano, estrujados por la

presión del chepo enganchado a las esposas, arrastrado el maje por una montaña entera. De pronto, sí, siento más ligero el brazo, mientras algo se desgarrá más arriba, cerca del hombro. Debería doler, un dolor que ni quiera Dios, pero no siento nada. Me inunda un alivio estúpido, como si mi muerte fuera a ser más digna sin un policía encadenado a mi lado. Todo sobreviene como un ciclón en esta licuadora que me arrastra ladera abajo. Los pensamientos se empujan en mi cerebro, acelerados, como si exigieran ser pensados sin falta ahorita que el final se mira próximo. La infancia pasa ante mis ojos como un relámpago. Visualizo el día en que mi papá me mostró el Pacífico, con ocho años, primera vez que visité este país donde nací; los remolinos de las olas en Poneloya que me hicieron tragar agua y arena como metido en una hormigonera. Ahorita la arena se convirtió en lodo, se adentra en mis pulmones sin remedio.

De pronto, floto en un cálido y plácido manto fangoso. Allá, lejanamente cerca, distingo a Damaris, Hilda Rosa, Amalia, Pichardo, rostros de compañeros caídos en combate, rostros de mis encargos; mi papá también está con ellos. Me miran, están alegres, transmiten calma. Yo sonrío, me acerco a velocidad de caracol, deslizándome sobre el deslave, como subido a una alfombra mágica de fango y piedras. Todos gritan, hay eco: «¡Julio, acércate, sentí la Salvación, acércate!», pero no acabo de llegar. Pasa el tiempo del mundo entero, me acerco, me acerco y no llego. ¡Ni verga! Mi lugar no puede ser el cielo.

De pronto los ojos dejan de arder, el dolor desaparece y las fuerzas se escapan lengua de tierra adentro. Ni siquiera lo sé de seguro: ¿mejor morir o estar vivo? ¡No jodás! Maté a Damaris el día de su cumpleaños. No hay justicia en este maldito mundo; soy yo quien debería estar muerto.

III

—¡Su majestad de los infiernos! El Casitas, doctor.

Al capitán Heriberto Coleman Chamorro le tiraba el dramatismo. Hablaba a voz en cuello, imponiéndose al soviético estruendo del rotor del Mi-8TB, mientras señalaba a uno y otro lado, mostrando su patria arrasada: carreteras reventadas, lagos y ríos desbordados, corrientes asesinas, derrumbamientos, extendidos los tendidos eléctricos por el suelo, animales pudriéndose, noticias de muertos que llegaban por la radio, por la nariz, los ojos, la boca.

—Bienvenido a Posoltega, chele. ¿Sabe lo que es esto ahora? —No esperó a que le diera una respuesta—. Un hediondo cementerio a cielo abierto. Más de tres mil muertos, doctor, solo de la gente de la ladera, imagínese usted; y en toda Nicaragua como diez mil, contando los desaparecidos; y en Honduras más de veinte mil, ¡ni quiera Dios!

El capitán al mando del helicóptero manejaba la mejor información. Como la superficie bajo el manto de lodo, ya cuantificada: dieciséis kilómetros de largo, ocho kilómetros de ancho. El libro *Guinness* podría incluirlo como récord en la categoría de tumbas. Desde el cráter del Casitas se extendía hasta perderse de vista en el llano una enorme cicatriz de tierra; tajos, cañones profundos sobre la planicie, cauces que todavía derramaban corrientes desde el volcán, rocas gigantescas, árboles arrancados, humanos buscando a otros humanos, cadáveres que ardían, el aire corrompido por la muerte; el dolor se respiraba ya desde las alturas.

El Mi-8TB se posó en el interior de una gran finca. «El centro de operaciones», me anunció el capitán Heriberto Coleman Chamorro a gritos, mientras se iba apagando el rugido del rotor. En tierra, los soldados se afanaban en montar un hospital de campaña. Médicos y enfermeros atendían a los supervivientes esparcidos por todo lugar que alcanzara la vista. Al despedirme, el capitán me animó a contarle al mundo el desastre de Nicaragua. ¿Cuál? Su historia entera es una sucesión de desastres. Por supuesto, no se lo dije. Le prometí que lo haría, me apretó la mano con la fuerza de un picapedrero y me dio varias máscaras de esas que usan los dentistas para combatir el aliento de sus pacientes.

—¡Ándese con cuidado, chele! —me aconsejó.

Añadió que la zona era muy peligrosa, inestable, y que, por muchas cosas que hubiera visto en mi vida, no podía estar preparado para lo que me disponía a conocer. Agradecí su ayuda y sus consejos y me puse a caminar hacia la inmensa lengua de lodo. Junto a la carretera, aguantando como un milagro, conocí a Daniel Llamas Vivas, propietario de una vivienda de hormigón invadida por un amasijo de barro que alcanzaba el techo. Un día después de que el mundo se le viniera encima, la conjuntivitis se había apoderado de sus ojos. Parecía no importarle; Daniel Llamas Vivas tenía la mirada refulgente de un hombre satisfecho por haber esquivado a la muerte. Al preguntarle cómo le iba no lo pensó dos veces.

—Estoy vivo. Más vivo que nadie en el mundo. Como si acabara de nacer otra vez, ¿me entiende? Rodeado de toda esta muerte, si estamos vivos será por milagro, ¿no le parece?

Con un vaivén de mi cabeza suscribí su versión milagrosa de los hechos.

Daniel Llamas Vivas limpiaba los alrededores de su hogar como si fuera el principio esperanzado de una nueva vida. Lo ayudaban sus dos hijos. Entre el fango, fuera, dentro, encontraron cadáveres de hombres, de mujeres, de niños, de perros, de cerdos, de vacas. Por eso se sentía tan vivo. Su casa estaba pegada a uno de los grandes cañones abiertos en el valle por la avalancha del Casitas. Alzando la vista hacia el cerro, entre las nubes, atisé la cima del volcán y la gran cicatriz grabada por el deslave en la montaña.

—Hasta allá arriba hay más de quince kilómetros, ¿sabe usted? —me ilustró Daniel Llamas Vivas—. ¡Fue no más como el fin del mundo, chele! Ya todo esto estaba inundado hacía días. Agua por acá, por allá, correntadas y, de repente, un sonido como de helicópteros de combate volando bajo, en ataque. Aquí hubo guerra, ¿me entiende? Sonaba igualito no más. —Hablaban mirando a la ladera ante la cual arrancaba cada uno de sus días, reventada ahora por un tajo descomunal—. Hacía días que no veíamos la montaña, nunca vi llover así. Debe de ser un castigo de Dios, ¡qué sé yo! Somos pobres, ¿sabe usted? Y ahora esto. Ni modo, estamos vivos, debe de ser una bendición. —Dirigió entonces una sonrisa al cielo y prosiguió señalando a uno de sus hijos—. Fue acá, mi chavalo, quien dijo para subirnos al tejado, que aquello se escuchaba muy mal. Y justito, ¿sabe usted? Como una vomitera enorme, dantesca, de todo pasó por acá, y unas piedras gigantes, y gritos, y gente, y animales, y árboles. ¡Hijuelacienmilputas! Un horror, un horror. ¡Dios mío! —lo dijo, y me acordé de Conrad, de Kurtz, de Brando; el horror estaba allí, en los ojos de Daniel Llamas Vivas, abarrotados de conjuntivitis—. No imagina lo que fue aquello; también se llevó a mis animales. No eran muchos, ¿sabe usted? Pero darían una platita ahora. Solo doy gracias de que no lo viera mi señora; se me la llevó la malaria hace años. Ya le digo que esto la habría matado.

Hizo un gesto, consideración de que ya había hablado suficiente, y regresó a su particular combate contra la naturaleza. Se había propuesto vencerla a toda costa.

Exploré los alrededores con cautela. El peligro acechaba a centímetros del asfalto. El primer paso de mis botas al borde de la carretera dejó una profunda huella. ¿Cinco, seis, siete, ocho centímetros? No le tomé las medidas. No era necesario. Mi cerebro captó de inmediato la advertencia y decidió ignorarla. Mis botas me llevaron manto de lodo adentro, marcando el camino con pisadas cada vez más hondas.

Bajo un árbol, a pocos metros de la casa de Daniel Llamas Vivas, un gorrino olisqueaba el fango. Parecía excitado, concentrado. No hacía falta ser un cerdo para percibir el hedor. De pronto, hundió el hocico y tiró de una mano; era pequeña, como de un niño. Disparé mientras me acercaba, lancé varios gritos; el marrano, imperturbable a mi presencia, tiraba intentando extraer algo más. Solo a base de

pedradas conseguí hacerlo huir; no muy lejos, el hambre siempre vence al temor. El animal bañado en marrón viscoso se detuvo a una docena de metros. Sus pezuñas se entendían mejor que mis botas con aquel suelo movedizo. Me miraba, por lo menos triplicaría mi peso, presentí un ataque frontal. Por suerte, las piedras bastaron para ahuyentarlo. Avisé a una brigada de salvamento que rondaba la zona y, sin contemplaciones, prendieron fuego al pequeño cadáver.

No sé por qué, me quedé mirando. Hipnotizado, lo vi consumirse sin disparar una sola foto. La visión de un difunto que se quema nunca se olvida. El cuerpo se arruga, se encoge poco a poco hasta parecer un tronco de árbol. El cabello crepita, se repliega sobre sí mismo como un disparo y desaparece. Suenan los fluidos y vísceras que estallan por dentro. Se prenden los huesos hasta hacer de todo el conjunto un fardo prisionero de las llamas que se consume lentamente, que deja un vestigio resinoso sobre la tierra. El rostro adquiere la expresión de una máscara, verdadero espejo del alma, que ha emigrado quién sabe dónde. El resto es un pellejo hueco y rígido que yace sobre el fango. Así es, nunca se olvida.

—Es imposible recogerlos todos, doctor. Mejor quemarlos, ya sabe, por las infecciones, pues —me informó un indio chaparro de nariz afilada y ojos verdes: cruz roja en la gorra de béisbol, cruz roja en las mangas, cruz roja en el pecho.

Me alejé en dirección al volcán. El terreno se hacía cada vez más inestable. Caminaba a paso de muerto viviente entre cadáveres quemados, humanos y animales, y misteriosas cruces clavadas sobre el barro. Busqué un rincón libre de brigadistas y voluntarios y me senté bajo un guanacaste de tronco a prueba de derrumbes. El aroma de la marihuana se impuso por un segundo al hedor a muerte. Tararéé a Neil Young, *Like a hurricane*, mientras sentía el humo recorrer mis pulmones. Los efectos del cáñamo y la música en mi cerebro: un bálsamo, un bastón para continuar avanzando. Aletargado por la hierba y la creciente inseguridad del suelo, me movía tan lento como las sombras en el trópico. Los hedores de la muerte creaban una atmósfera irrespirable, estratificada en capas nauseabundas.

Primera capa: la putrefacción. Sorprende saber la rapidez con que se pudre el cuerpo humano. Enterrado, si hay humedad, el proceso se acelera. Por eso aquel día el olfato resultaba más fiable que la vista para localizar a los muertos semisepultados bajo el lodo. Desprendían opresivos efluvios, incrustados para siempre en mi sistema nervioso, en la nariz, en la boca, en los ojos incluso; en la memoria. Segunda capa: la acumulación. El hedor de un cuerpo putrefacto es insoportable; el de varios cuerpos putrefactos apilados transforma en un jardín floral el centro geodésico del más inmundo de los basureros. Tercera capa: la combustión. El olor de la carne humana al quemarse no se parece al que desprenden los demás animales. No es un olor físico, es una construcción de la mente. Te entra por la nariz y te estremeces ante lo que representa. Por eso se te adhiere a los huesos, a cada uno de tus órganos y células; una vez que penetra lo llevas contigo hasta tu muerte. La combinación de estas tres capas sojuzgaba el aire de Posoltega. ¿Cómo conseguí mantenerme en pie? La

marihuana, supongo.

Una mujer, rondaba los cincuenta, encontró cerca de mí a sus hijos. Después de ser arrastrada ladera abajo, un soldado la había hallado intacta, horas antes, y sin descanso, la señora había iniciado la búsqueda de sus retoños. Era maciza, el cuerpo amoratado de la cabeza a los pies por el descenso del Casitas, llevaba un vestido raído y lleno de barro.

—¡No quemen a mis niños! ¡Déjenlos enterrados ahí no más, donde Dios los puso, donde nacieron!

Conservo aquella imagen, ablandaría el corazón de Gengis Kan. Me puse a llorar. La marihuana, supongo. Varios soldados se emplearon a fondo para sujetar a la madre; otro, un sargento, roció los cadáveres de los niños con líquido inflamable y prendió la pira.

—Las órdenes son órdenes, doctor. —Me dijo—. Si hay enfermedades será mucho peor. Pulso firme, doctor. ¿Entiende?

Con el discurrir de las horas acabó por hacerse rutina: mi nariz que detecta el hedor de un cadáver, remuevo el lodo hasta que asoma una pierna, un brazo, un rostro, disparo una ráfaga fotográfica y aviso a los brigadistas. Siempre tardaban en llegar. No eran suficientes para tanto muerto. Varios cadáveres después, establecí un ritual: los agitaba, aplastaba mi mano sobre su corazón y colocaba un espejito sobre la boca. Respirar, latir, la vida a los vivos nos parece fácil; en aquel lugar era toda una proeza. Encontré brazos, piernas, manos, troncos cercenados. No me aguantó el estómago y vomité. ¡Quién sabe si se filtró sobre algún difunto atrapado bajo la tierra! Me alejé de allí, busqué un árbol y encendí otro canuto. Aspiré hondo y todo mejoró.

Fue cuando lo encontré. Asomaba entre unas ramas esparcidas. Me acerqué, mis pies temblaban sobre el suelo. Una mano emergía del barro. A unos centímetros, como si no perteneciera a la misma persona, un rostro oculto bajo una quebradiza máscara de tierra. Disparé una ráfaga antes de agacharme a remover el suelo y comprobar que mano y rostro tenían el mismo dueño. Pijama de lodo. Sí, no encuentro descripción más precisa. Volví a disparar y, mientras desentrañaba su fotogenia para sintetizar el desastre, eché de menos el hedor. Había, sí, un rastro de putrefacción; distinto, leve, muy ligero en comparación con el que desprendían los otros cuerpos. La prueba del espejito ante sus labios dio positivo. Puse mi mano sobre su corazón y me respondió un latido. Me aparté de un respingo. Creo que sonreí. El visor de la cámara ascendió hasta mi ojo. Miré a través de la lente y al disparar extrañé algo en su brazo izquierdo. Parecía seccionado a la altura del codo. Apenas el hueso conectaba el antebrazo al resto del cuerpo. El remolino en el estómago me paralizó por un instante. Disparo, convulsión estomacal, disparo, convulsión, disparo, convulsión. Suficiente. Mis dedos buscaron de nuevo su pulso, apático, indolente, lejano, a punto de desvanecerse. Aquel tipo caminaba hacia la luz. Miré alrededor. A pocos metros tres brigadistas con una camilla escudriñaban el suelo a paso lento.

—¡Aquí hay uno! Rápido, está vivo.

Se levantaron entonces sus párpados para mirarme a través de su máscara de barro. Grité más. Deseé como nunca la supervivencia ajena, devolverle a la vida. Pensé en Lázaro y Jesucristo, esas cosas.

—Corran, apúrense. Abrió los ojos.

Los tres mestizos con viseras de Cruz Roja se acercaron a cámara lenta. Al llegar, los párpados del yacente, de nuevo cerrados, habían vuelto a convertir su rostro en una careta ciega.

—¡Apúrense! —insistí.

No debí hacerlo. Uno de los voluntarios, sin percibir la herida podrida, tiró del brazo desgarrado. Sonó ese chasquido inconfundible de un cuerpo que se rompe. El mestizo miró el antebrazo apretado entre sus dedos. Imaginé su memoria turbada por toda la eternidad, como lo está la mía por el espectro de un niño volando en pedazos. Es extraño: en aquel instante mis pesadillas me hicieron más fuerte. Me acerqué sereno al voluntario, le di una palmada en el hombro y asumí la custodia del miembro cercenado. Se mostró agradecido, aliviado al entregármelo. El hedor delataba la situación terminal de aquel pedazo de carne; lo mejor habría sido arrojarlo a una pira. Me quité el impermeable, lo envolví sin mirarlo siquiera y lo coloqué sobre la camilla.

Bajo la lluvia removimos la tierra y despejamos el cuello, el pecho, el otro brazo, las piernas, los pies, todo morado, la piel inundada de heridas. Junto a sus renqueantes pulmones, el corazón proseguía extenuado su camino.

—¡Apúrense! ¡A la camilla! —gritó uno de los brigadistas—. Usted, agarre de ese lado y eche una mano. —Se dirigía a mí.

Lo alzamos entre los cuatro y arrancamos hacia Posoltega. Las piernas se hundían a cada paso por los pesos sumados de camilleros y moribundo. El suelo, inestable, viscoso, insistía más que nunca en tragársenos a todos. Deseé, como cuando era un niño, tener superpoderes. Volar.

—¡Un médico, aquí, rápido! ¡Este hombre se muere!

No recuerdo si fue mío el grito que nos abrió las puertas de la escuelita reconvertida en hospital. Entramos apresurados, con aquel cuerpo embarrado que daba brincos sobre la camilla. La mujer de bata verde y gorra del FSLN que parecía al mando miró al paciente. Como quien ya lo ha visto todo, observó sin alterarse el muñón lleno de tierra a la altura del codo. No tenía buen aspecto. Palpó el cuello en busca de la vena de la vida y con una sonrisa endurecida agradeció el tacto de un caudal sanguíneo bajo sus dedos.

—¡Doctor, doctor! —gritó con firmeza.

Miramos alrededor. Ni rastro de batas blancas. Los demás supervivientes contemplaban tumbados la escena sin emoción. Algunos giraban compasivos la cabeza de derecha a izquierda; exhibían un pesimismo forjado a golpes de algo demasiado horrible, demasiado reciente.

—¡Usted, ande a buscar al doctor Chamorro! —ordenó la mujer a uno de los mestizos, que salió apresurado por la puerta del aula.

Depositamos la camilla sobre los azulejos marrones y asumí la custodia del antebrazo cercenado, envuelto todavía en mi impermeable. Sin perder la calma la mujer indagó entre su rebaño. Todas las camas estaban ocupadas. En el suelo, sobre colchones desgastados, yacían varios damnificados de rostro impenetrable. Un día y medio sumergida entre aquella marea de enlodados había dotado a aquella señora de maquillada piel blanca, inconfundible su aspecto burgués, de ese tipo de determinación que requiere una emergencia. Poseía dotes de mando. La imaginé como patrona de algún ingenio azucarero cercano. Seleccionó al paciente menos grave y ordenó a dos muchachos que lo trasladaran al suelo para colocar en su lugar al recién llegado.

—Lo siento mucho, señor, pero él necesita esta cama más que usted —se excusó la mujer.

El hombre empeñó en una protesta sus deterioradas fuerzas, las justas como para asirse a las sábanas antes de que los jóvenes forzaran sus dedos para arrebatarle el descolorido pedazo de tela. Lo acomodaron en una colchoneta sobre el embaldosado, y allí tumbado, ya sin remedio, emitió un quejido.

Mi resucitado tenía el aspecto de un desamparado, los ojos clausurados, tumbado sobre aquella cama. Mientras los mestizos le retiraban el lodo, la dama solidaria se afanaba en limpiar la herida. No sangraba. A medida que aparecía su piel la visión se hacía cada vez más repulsiva. La mujer daba la impresión de no saber bien qué hacer ante aquella mutilación; miraba sin interrupción hacia la puerta, pero el médico no llegaba.

—No vea cómo nos costó desenterrarlo —le dije.

Ella dirigió un gesto asqueado hacia mi impermeable.

—Es... era su antebrazo —advertí, desenvolviendo el paquete para mostrar aquel pedazo de carne.

—Pero ¿qué es eso? ¡Llévese esa cosa podrida de aquí! Es lo último que necesitamos en este lugar. —Me quedé mudo a su lado, aturdido. Tuve suerte: un médico me habría insultado antes de expulsarme a patadas—. Déselo a uno de los muchachos, se ocuparán de él. Su amigo tiene problemas más urgentes que atender. —Sus ojos miraban con obsesión hacia la puerta—. ¿Dónde estará el doctor Chamorro?

Doblé el impermeable sobre el antebrazo y salí al exterior. Abrí el envoltorio conteniendo la respiración y observé el miembro verdeazulado. Toqué la mano: blanda, deformable, como si todos los huesos se hubieran quebrado a un tiempo. En la muñeca descubrí una marca, un corte profundo la rodeaba, como el que producirían unas esposas demasiado apretadas. No le di más vueltas al asunto. No pude. De un preciso movimiento, un indio de rostro enrojecido me lo confiscó con autoritaria actitud.

—Este brazo no es suyo, señor.

Tardé unos segundos en recuperarme.

—¿Qué va a hacer con él?

—Lo quemamos no más; así le hacemos con todos los cuerpos —dijo—. Hacemos montañitas, ¿sabe usted? Así es la cosa, chele, así es la cosa. Demos gracias a Dios por los vivos —sentenció, retomando inconmovible sus tareas.

Regresaba cabizbajo hacia el interior de la escuelita cuando vi entrar al doctor. Aceleré mis pasos. Junto a la cama de mi Lázaro, decidí entonces llamarlo así, el médico cabeceaba pesimista ante aquel muñón infecto.

—Debemos ponerlo de nuevo en la camilla —le dijo a la burguesa de la bata verde—. Nos lo llevamos con los militares.

—Si hay algo que pueda hacer... —me ofrecí.

—¡Usted! —Me alegré de que el doctor se dirigiera a mí—. Busque otros dos hombres. Los militares acaban de montar el hospital de campaña; allí podremos operar. Hay que cortarle más arriba. Si sigue aquí, morirá. Se está diseminando.

El corazón, el estómago, todo lo que alberga mi pecho se colocó de una patada boca abajo. ¿Qué me ocurría? Aquella posible muerte me dolía en algún rincón profundo. ¿A cuento de qué?

—¡Tráigame a esos dos hombres!

La voz irritada del médico recolocó mis vísceras en su lugar. Cumplí sus órdenes y, poco después, corría por las calles de Posoltega transportando el cuerpo inerte de mi Lázaro.

—¿Qué le van a hacer exactamente, doctor?

El doctor Chamorro trotaba a mi lado, sujetando como un camillero más la parte delantera de la vara derecha de la camilla.

—Necesitamos asepsia total. El Ejército ha instalado un quirófano. Espero que podamos operar. Si no, habrá que evacuarlo.

—Pero ¿qué le van a hacer? —insistí entre resoplidos.

—Cortar otro tuco, eso seguro.

Poco después, el destino de Lázaro quedó en manos militares. Al salir del hospital miré hacia el volcán entre el diluvio. Cortada sobre la ladera del Casitas, la cicatriz de tierra abierta por el deslave tenía forma de una gigantesca cruz. Me borré los ojos con las manos y miré de nuevo. A mitad de camino entre el cráter y el valle, partiendo de la fisura, dos regueros marrones se expandían hacia los lados. La naturaleza había grabado una apabullante señal sobre el volcán. «Castigo de Dios», pensé, y el diosito al que todos rezaban por aquellos lados se me antojó un bastardo inmisericorde.

IV

¿Despierto? No entiendo. Estoy muerto. No puedo despertar. O quizá sí. Todo me duele en putas.

—¡Aquí hay uno, rápido! Creo que está vivo.

Sí, estoy despierto, vivo. No sé quién gritó. Suena pegadito a mis oídos. Me saca un pedo del susto este maje con esas voces. ¿Será el chepo que me enganchó del brazo? ¡No jodás! Mejor muerto. El corazón me late a diez mil. Debería ser así, al menos. Pero no, de eso nada, lo siento latir requetedespacito, como si quisiera detenerse. Mis párpados pesan como volcanes, no hay cómo abrirlos. Siento una presión en el cuello; son dedos, una mano busca mis latidos. Los ojos se me abren. Todo se mira borroso, como a través de un plástico hecho mierda. No es el chepo. Un rostro barbudo me mira, pienso en un ángel. Ni verga, imposible; esto no más puede ser el infierno.

—Corran, apúrense. Abrió los ojos.

Grita alto el ángel, a todo pecho. Se deja la garganta entre la lluvia, como si en ello le fuera la vida, la mía. Sus voces me traen de regreso a este mundo donde todo duele. Mi brazo izquierdo estalla, como si una hijueputa granada de las de fragmentación me reventara los adentros, descargando hacia todos lados, hombros, cabeza, vientre; un dolor que ni quiera Dios me quiebra por dentro. Siento que tragué un océano de lodo. Todo pesa: mis pulmones, la garganta, la boca, el aire. Otro dolor me estruja la conciencia y el ángel blanco no para de gritar. Siento mi rostro, mi cuerpo entero, endurecido por una espesa y pesada cobija cenagosa. Hay un terrible hedor, tenebroso, nauseabundo, como de profundidades, no sé bien si todo flota o soy yo. Es mi última percepción antes de perder otra vez el conocimiento.

Mi alma mira al cielo, una nube gigante y oscura. Siento el agua que limpia el lodo de mi rostro para mandarme de visita al pasado, muy atrás, al día en que la sangre comenzó a manchar mi vida. Ahí estoy, sentado en la trasera de un Toyota Corolla. Sí, ¡de viaje! Me veo a mí mismo, ese soy yo.

Diluvia en Tegucigalpa. Tengo dieciséis años y hoy empiezo a tentar a la suerte, la muerte. Sí, eso es, la muerte, directamente. La Uzi que sujeto, 9 x 19, no deja lugar a la duda. A mi lado viaja Latania. Así, todo junto. Desconozco si este fue el nombre con que la bautizaron sus papás. Latania es hermética, misteriosa, la auténtica guerrillera, la insurgencia en persona.

—¿Todo junto? —le pregunté, pura inocencia, cuando días atrás la maje me dijo su nombre por primera vez—. ¿Y por qué?

—¿Y qué es la verga? ¿No te gustó mi nombre?

Aprendí así una lección fundamental en la vida guerrillera y militar: saber cuándo putas debe uno guardar silencio.

Latania es tres años mayor que yo, aunque a veces parece una madre. La mía, eso sí, nunca me enseñaría a disparar. ¡Mamita! Se quedó preocupada al alejarme. La entiendo, perdió a mi papá y agarró yo y me lanzo a seguir sus pasos. Tenía seis años cuando toqué su pistola, descuidada sobre la mesa de la cocina, ante el enojo de mi mamá, expresado en sus labios apretados. Mi papá abrió la boca, vano intento de enunciar una excusa. Ella maldijo a la Revolución, amenazó de muerte a todo un héroe guerrillero si volvía a descuidar cualquier arma por la casa, me agarró de la mano y me llevó a ver una de aquellas películas gringas que pasaban en el cine de acceso prioritario para los trabajadores del banano. Agradezco eso a mi mamá, que me llevara a las películas. Sí, bueno, cómo no, y a la Standard, pues. Lo único que concedo a esos jodidos gringos. Ya pasaron diez años de aquello y aquí estoy, entregado a la causa, sigo el ejemplo de mi papá, junto a Latania y su M-16. Ahorita me fijo, así, toda en negro, con el fusil, el pelo largo y suave, del color del azabache, los ojos verdes, de esos que te atraviesan el cráneo, los labios bembones; sí, Latania es una mamasita. De viaje tiene que culear bien rico. No lo sé de cierto, a mí me lo contaron los compañeros, que antes de cumplir los quince a la maje ya se la cayó un niño y todo. Dicen que la dejó panzona el hermano de su papá. Me da pesar solo de pensarlo. Delante va Gustavo, el jefe: intelectual, pelón de cráneo reluciente y finos anteojos a lo Lennon. Lo suyo es la Beretta 92, nueve milímetros de hierro, dicen que no hay otra igual. Claro, él manda, tiene veintidós años, egresado universitario y todo el maje. Yo también quisiera una Beretta, tener pelo en la cara como él y ser licenciado. Todo llegará si sigo vivo al final de esta guerra. Mucho por aprender, me repiten todos. Al timón está Bautista. No habla mucho el bróder, debe de ser por la cicatriz que le cruza la mejilla derecha, dicen que la gente marcada siempre es de pocas palabras. En realidad, se llama CocaCola, así, tal cual, sin guion. Indio misquito, sus padres quisieron homenajear a su refresco favorito, lo único que les gustó de esta civilización. Con ese nombre, su aspecto de bateador macizo, compacto, y su origen indígena, tuvo problemas para ingresar en la organización a finales de los setenta. Se lo pusieron difícil, pero los convenció. Es mayor que nosotros, debe rondar la treintena y, dicen, es toda una leyenda. Obligado a demostrar su compromiso, me contaron que lo suyo siempre fue aquello de: ¿No querías sopa? Pues toma veinte tazas. ¡Una bestia, pues! Lo primero, por supuesto, fue cambiarse ese símbolo gringo que arrastraba desde el bautismo. Maneja que ni Steve MacQueen.

Gustavo mira hacia atrás, pregunta cómo va todo. Latania carga un gesto serio, yo intento disimular mi pánico y el jefe me dice que los de arriba tienen muchas esperanzas puestas en mí, que la primera misión es siempre la más difícil, que nunca se debe bajar la guardia, que esté tranquilo, que no me mueva de la puerta, que Latania y él se encargarán de la plata. Me repite toda esa plática por enésima vez.

—¡Descuidá, no fallaré!

El carro se detiene con suavidad.

—¡Fin de trayecto! —anuncia Bautista.

Vemos la oficina del Banco Atlántida. La puerta queda a cuatro metros del vehículo, para que no nos miren desde el interior. El CPF y su recortada deben de estar dentro del edificio, resguardándose de la lluvia. Son las diez de la mañana, no llueve, diluvia, todo despejado, el jodido Gustavo es un genio. El recupere popular, así le decimos nosotros, será en día de lluvia, ordenó. Lo dicho, ¡un genio! Salimos del auto con las armas ocultas bajo la ropa y caminamos pegados a la pared. Nos enfundamos los pasamontañas. Gustavo y Latania esperan a un lado de la puerta, la abro, el CPF me mira, le doy los buenos días, da un respingo e intenta elevar su Mossberg 500 Persuader, cañón corto de veinte pulgadas. No puedo apretar el gatillo, un jodido remolino me oprime el corazón, mis dedos se quedan artríticos, el maje va a dispararme su calibre doce a boca de jarro, me hará un agujero en el pecho del tamaño de un socavón, pronto tendré aspecto de carretera hondureña. Oigo el disparo...

Despierto. Estoy más sudado que después del sexo. Aguardo el vergazo de dolor; pero no, no duele. Mis ojos lo ven todo en blanco. ¿Me quedé ciego? El cielo no puede ser, no me lo merezco. Es un techo de lona. Todo limpio. Miro alrededor. Un hospital. ¿Qué ocurrió? ¡Mis pequeñas! ¿Dónde están? Hilda Rosa, Amalia... ¿Y Damaris? ¿Y Pichardo? Siento como picadas de zancudo en el brazo derecho.

—Vaya, vaya, mirá vos quién resucitó. ¡Bienvenido al mundo de los vivos!

La mujer que interrumpe mis movimientos debe de ser enfermera, viste de verde. Chela, maquilladita y con el pelo rubio, se la mira de reales. Su sonrisa ilumina mi despertar. Intento platicar algo, una pregunta, las palabras se me ahogan en la garganta, una hijueputa ciénaga me oprime la tráquea. El rostro de la dama es agradable, piel muy clara, lleva una gorra de *beisball*, el FSLN preside su frente. Siento que reír es una quimera, pero me dan ganas de lanzarme la gran carcajada, el sandinismo me persigue. La señora pasa un paño húmedo por mi rostro.

—Me llamo Xiomara Briceño Jirón. Esto es un hospital del Ejército. —Habla muy rápido, como acelerada y aliviada a un tiempo—. Llevo dos días preocupándome por usted, ¿sabe? Nos tuvo muy afligidos, pero parece que controlamos la infección. Ahorita debe descansar. Quizá se sienta un poco aturdido. Es la morfina. —Me agarra la mano, cariñosa, maternal—. De verdad, me alegra verlo despierto. Tiene usted unos ojos preciosos, ¿lo sabía?

Sí, lo sabía. Me lo dijo siempre mi mamá, también Damaris. Ojos que heredaron mis niñas. El mundo cada vez se me hace más insoportable. Todo pesa más de lo normal. El aire es sólido, de plomo no más, y nada me responde. Mis párpados se derrumban, me dejo arrastrar, y escucho una súplica.

—¡No, no! ¡Regrese, vuelva!

Lo siento mucho, Xiomara. Créame, me encantaría atender sus deseos. Otras

cuestiones me reclaman: mi vida entera, el pasado, que quiere ajustar cuentas conmigo.

Oigo el disparo, sí, pero no suena a cañones. Mi pecho sigue en su lugar, escucho la sutil descarga de la Beretta y el CPF que se desploma. Por suerte, Gustavo sabe bien cómo hacer en estos casos. Me mira, no está contento. La cagué bien cagada, lo sé. Mi primera función no más y ya contraí deuda de sangre. Otro rápido mensaje ocular de Gustavo: que no me mueva de la hijueputa puerta. El jefe y Latania gritan, anuncian una incautación revolucionaria en nombre del Movimiento Popular de Liberación Cinchoneros. A los cuatro clientes atrapados en el banco no parece importarles mucho quiénes seamos. Ya están tirados en el suelo con las manos sobre la nuca. Uno de ellos levanta la cabeza, mira el cuerpo yacente del CPF y luego a mí; le apunto con la Uzi y sus ojos vuelven a enfrentarse al mármol. Dos empleados de mesa siguen el ejemplo; al otro lado del mostrador otros dos alzan los brazos. «Nada como entrar matando para que nadie replique», me dirá Latania más tarde en un cuarto sombrío ante decenas de fajos de lempiras. Latania agarra la Persuader del CPF y me la lanza. Gustavo y Latania siguen con los berridos, ordenan a todos, menos a uno, que vayan hacia el baño. Latania los reúne ante una puerta al fondo de la estancia y los hace entrar.

—¡Al suelo, con las tapas bien cerraditas y besando el piso todo el mundo, ni un murmullo quiero escuchar! —La oigo ordenar. Permanece allí vigilándolos.

Entonces me doy cuenta: estoy temblando, debo de estar así desde hace un siglo, desde el momento en que vi a ese saco de sebo uniformado levantar su fábrica de agujerear contra mi pecho. Alrededor del CPF se va extendiendo un laguito de sangre. Nunca vi tanta sangre. Es espesa. El temblor aumenta, me sudan las manos, una gota me recorre la mejilla. Miro alrededor, que nadie se fije en mí, por favor. Mis compañeros tienen experiencia, saben lo que se hacen. Para mí esto es un jodido examen, mi rito de iniciación revolucionaria, y la estoy cagando. Latania, desde el otro lado del banco, me mira. Sujeta amenazante su M-16. Gustavo presiona al empleado, que, con excesiva lentitud, vacía la caja de caudales en la bolsa deportiva negra Montreal 76 que fuera de mi papá, mi primera aportación material a la causa. Observo sus movimientos en cámara lenta, calvo, rechoncho, encorbatado, bigotudo, le echo más de cuarenta años, esposa, varios hijos, suda como un chanco y tiembla tanto o más que yo. El maje está tentando a la suerte, Gustavo le coloca la Beretta en la sien, el rechinar metálico del percutor congela el aire en toda la estancia, los relojes se detienen en esa fracción de tiempo que precede a un disparo, nadie respira, apenas se escucha la advertencia susurrada de Gustavo.

—¡Pensátelo bien, compadre! Será mejor que acelerés. ¿No creés vos que la vida merece la pena?

El maje reacciona, todos respiramos al verlo trabajar a manos llenas. Un platal.

Gustavo me hace un gesto con la cabeza. ¿Todo en orden? Le muestro el pulgar. Sigo temblando. ¡Que nadie se mueva! Pienso: «No deseo disparar, nunca maté a nadie». ¡Mierda! Apenas cumplí los dieciséis. ¿Qué putas hago aquí? Mi padre, sí, mi padre, he de continuar su camino, acabar lo que inició, si me viera, ¡solo si me viera!, estaría orgulloso. Si supiera qué me pasa por dentro, no tanto. Él soñaba con que yo fuera médico, como lo fue él. Claro que mi papá fue doctor antes que revolucionario. La medicina no es lo mío, ¡de plano! ¿Qué puedo ser? Nunca lo pensé de veras. No sé; siempre me gustó escribir, literatura, la poesía. Lo sé, no es muy original cultivar ansias poéticas siendo nicaragüense. Como dice mi mamá cada vez que un nica se pone a rimar: levantás una piedra y ya, otro poeta. ¡Qué carajo! Ya habrá tiempo de pensar en esa verga. Cuando la Revolución triunfe todos iremos a la universidad. Ahorita, enfocate en lo que hacés, Julio, tenés una beca en la lucha armada y aquí se paga muy caro suspender una práctica. Por de pronto, solo me falta cagarme patas abajo.

—¡Que nadie se mueva! ¡Quédense paraditos! Si uno de ustedes intenta seguirnos, tiraremos a matar.

En medio de mi trance la voz de Gustavo retumba en la sucursal y regreso a la realidad. Gracias a Dios nadie movió un dedo. Abro la puerta y salen mis compañeros. Antes de cerrarla tras de mí, voceo una advertencia.

—Ya oyeron. ¡Quietos todos! No nos obliguen a matar a alguien —les grito señalando al CPF agujereado a mis pies.

Me giro, y al pisar la calle, húmeda, fresca, ya me siento mejor. Entrar al auto es como una liberación. Bautista acelera y ya está, dejé de temblar.

—Buen golpe, ¿no? —digo.

—Vos, mantené cerradas las jodidas tapas. —A Gustavo hoy se le gangrenó la arrechura; me apunta con la 92—. No debí dejarte venir, chavalito. Jodidos patos, ¡siempre dais problemas! Solo me faltó ponerte el pañal. ¿No te enseñaron nada antes de enviarte acá? —Mejor me callo, pues; no es el momento de las quejas—. ¡Chigüín jodido! Tenés suerte de ser hijo de tu papá.

—A la próxima, disparo, Gustavo. Lo siento. No sé...

—¡Que cerrés las tapas, te dije!

Latania me agarró cariño. Le recuerda al jefe que nadie nace enseñado, que ellos dos fueron novatos un día y que también tuvieron su bautismo, que les mataron a un compañero y que ella sintió por primera vez el miedo a la muerte. Gustavo se gira y mira hacia delante. Bautista intercede igualmente a mi favor. No habla mucho, así que cuando abre las tapas es que se la requetepensó.

—¡Va, dale, Gustavo! Fue su primera vez. No me lo angustiés.

Creo que le caigo bien. Percibo en él un instinto protector. La última palabra, sin embargo, la tiene Gustavo. Él es el jefe, él decide.

—Escúchenme, compañeros, ese muerto es de Julio, ¿me entendieron? Él lo mató, él entró primero al banco, él encaró al CPF, él vio cómo levantaba la *fucking*

Mossberg, él lo baleó. Vos también lo entendiste, ¿verdad, Julio? —Asiento sin comprender muy bien—. No se platica más sobre este asunto, pues.

El muerto no es mío, yo lo sé, lo sabré toda mi vida.

Ya recuerdo: el hospital. Dormí varios siglos lo menos. Estoy aturdido, como drogado. Todo me da vueltas. No siento dolor. No entiendo. ¡Ah, sí! «Es la morfina», me dijo la mujer. Xiomara. Sudado como un caballo que ara la tierra, siento el aire empapado en lodo que recorre mi pecho. Lo miro todo en cámara lenta, una y otra vez: el mundo echándoseme encima y los rostros sonrientes de mis niñas. Inmóvil bajo las sábanas quiero frotarme los ojos y mandar al carajo el pasado, pero me faltan fuerzas, me falta, me falta... ¡Hijuelacienmilputas! ¡No jodás! ¡Me falta un brazo! ¿Qué castigo es este, señor? ¿Qué no me arrancaste? Una venda colorada se cierra poco antes de mi hombro. Reviso mi otro brazo, las manos, estiro las piernas, compruebo mis pies, todos en su lugar, los siento, los muevo. Me alivia. No más necesito saber qué pasó con mi brazo. ¡Hijueputa chepo, tarúpido! El mundo en pleno apocalipsis, agarra el maje y me engancha a unas esposas. Busco alrededor algún rostro familiar. Nada, nadie. Camas con fantasmas que no reconozco; rostros vendados, momias, las caras descubiertas son de muertos que me miran, observando en mí, probablemente, la misma expresión de, de, de... ¡Qué sé yo! Por suerte acá no hay espejos.

—¡Regresó! Debe andar con cuidado. Solo recuerde: ¡está vivo! ¿Me entiende? ¡Vivo!

Me habla Xiomara, sí, es ella, la señora de la sonrisa hermosa. Manipula una bolsa de plástico transparente donde un líquido gotea despacio hacia un tubito de goma, sin apuros, lo único tranquilo en este lugar donde todo parece urgente, y desciende hasta la mitad de mi antebrazo, el restante, el único, el derecho. Xiomara alcanza la aguja clavada en mi piel y mi mano se agarra a la suya. Me mira.

—¿Le duele? Si siente dolor es solo avisar —dice—. ¿Cómo se llama usted? ¿Recuerda su nombre? ¿Tiene familia?

Miro hacia el techo inmaculado del hospital. No. Es imposible. Están muertas. Suspiro con fuerza. Ella insiste.

—¡Dígame, por favor! ¿Cómo se llama?

Soy Julio García Baltodano. Hijo de Emilio Manuel García y de Teresa Inmaculada Baltodano. Hermano menor de Claudia y Malena García Baltodano. Lamentable esposo de Damaris Blanchón Tejada, peor padre de Hilda Rosa y Amalia. Sé perfectamente quién soy, recuerdo toda mi vida y por qué no debo decir mi nombre. Me gusta la burguesa sandinista, es guapa, es amable. Hago un esfuerzo y de entre las gárgaras de ciénaga que salen de mi cuello surge una antigua identidad.

—Mario.

—Mario —repite Xiomara. Le gustó—. Esta es su primera palabra en casi tres

días, ¿lo sabía? A usted lo encontraron casi veinticuatro horas después, un chele, fotógrafo o periodista, no sé muy bien, él lo trajo hasta acá. Su brazo, bueno... —se lleva la mano a la boca, como con pena—. Estaba infectado. Hubo que cortarle algo más, pero la cosa ya va mejor. Es un milagro con los medios que contamos. Todo el mundo ayuda, ¿sabía? Es bueno ver que la gente ayuda, ¿no cree?

Asiento a la velocidad con la que avanza un camaleón. Recuerdo el rostro del barbudo que me despertó a los berridos. Aún no estoy seguro de estarle agradecido.

—No andrà lejos. —¿Será que Xiomara leyó mis pensamientos?—. Viene a diario a visitarlo, ¿sabe? Le tomó cariño a usted.

La mujer sonríe. Me gusta que a la gente le guste sonreír. Cuesta apartar el horror de mi cabeza, ignorar el dolor de mi brazo. Sus palabras me arriman a un estado parecido a la calma. Tensa calma, aplastada contra mi pecho.

—¿En qué comunidad vivía usted? —me pregunta.

Pronuncio entonces, entre mis jodidas gárgaras con sabor a tierra, la palabra más terrible de todos mis días.

—Versalles.

El rostro de Xiomara se convierte en lápida. Blanco, duro, la mujer no dice nada, pero es como si me gritara.

—¿Qué, qué pasó? —Me cuesta una barbaridad—. ¿Y mi familia?

Lo cierto es que ya lo sé todo, mejor que nadie. ¡No jodás! Mis hijas, mi mujer, Pichardo, mi último amigo, todos muertos, sepultados vivos, el hijueputa mundo que se nos vino encima. Los ojos de Xiomara me lo cuentan todo antes de que abra la boca. La compasión en persona.

—Seguro que intentarán encontrarlas, pero en la Versalles... —se lo piensa—. Usted es de los primeros que aparecen de esa comunidad. —Deseo preguntar si hallaron a gente de Los Zanjones. No puedo. Mi garganta no responde a mis llamados. Xiomara me coge de la mano. Sus ojos, pura dulzura—. Ya regreso —se esfuerza en pronunciar una palabra más—... Mario.

¡Qué bueno! La mujer le agarró el gusto a mi nombre falso.

Al ratito regresa con un monte de periódicos, como de tres días. Me muestra las primeras planas una a una.

—Hoy llegaron algunos diarios, ¿sabe? Por helicóptero. El Ejército, ¡ay!, no sé qué haríamos sin el Ejército. Están mirando lo de los puentes. De aquí a Managua todos se hicieron paste, pero pronto llegarán camiones. Ande, mírelo usted.

Miro las fotografías del volcán sin comunidades, bien despejadito el hijuelagranputa, con una cicatriz abierta en la ladera como un chanchito que va para la mesa. Cadáveres sobre el lodo, otros que asoman entre el lodo, gente con la boca cubierta que remueve la tierra, animales muertos, palos caídos, caobas, quebrachos, guayacanes, pinos, cedros reales, palos del hule; no queda nada en pie, el cielo oscuro. En medio de una página hay un rostro cubierto de lodo, una larga frase debajo. Señalo la imagen y se la muestro a Xiomara. La sonrisa regresa a sus labios.

—¿No sabe leer?

Por supuesto que sé leer, ¡no jodás! Fui a la universidad y todo antes de seguir la senda que me trajo la ruina. No tengo fuerzas para leer, tampoco para explicarle a esta militante, convencida de que todos los nicas nos hicimos ilustrados gracias al sandinismo, que a mí la Revolución y los comandantes me hicieron verga la vida.

—¿Me lee? —le digo.

Percibo su confusión por creerme analfabeto. Extrae unas lentes del bolsillo de su bata verde y agarra el diario.

—¡Va pues!: «Esperanza en el infierno» —dice, señalando con el dedo, una a una, las letras que componen el titular—. La fotografía la sacó su amigo, el periodista. Ya sabe, el que lo encontró. —Me dedica una mirada triunfal—. El pie de la fotografía: «Pasadas veinticuatro horas de la catástrofe, todavía aparecen sobrevivientes en Posoltega. Un reportero extranjero encontró medio enterrado en el lodo el cuerpo con vida de uno de los pobladores de la ladera del Casitas». —Se detiene y subraya con satisfacción—. Esta foto recorrió el mundo, ¿sabe?

La idea de la fama. ¡Qué estupidez! Xiomara no más intenta darme ánimos, pero no es alegre ver mi cuerpo envuelto en lodo, el rostro irreconocible de un extraño, yo, allá, casi muerto.

—Bueno, yo ya le dejo. —Xiomara capta mi inquietud—. Quédese el diario. Tengo que atender a otros enfermos. Imagínese. Son centenares. —Asiento, entiendo—. Volveré más tarde —promete. No puedo dudar de sus ojos.

Xiomara se aleja hacia la puerta que da a la calle, sonríe a los enfermos que responden con muecas de piedra y ella como si nada. Se esmera en inyectarnos vitalidad a los resucitados. Miro de nuevo la foto de mi cuerpo enlodado y encuentro mi brazo izquierdo. Me acerco el papel a la nariz. No se mira ni verga, no distingo si hay esposas en la que fue mi muñeca. Pienso de nuevo en que me falta un brazo. El dolor vuelve a extenderse por mi cuerpo, mis niñas regresan a mi cráneo. Xiomara: un calmante, luz, lo último que pienso antes del desplome, del sueño que me devuelve de bruces contra días ya muy lejanos.

La lluvia rebota en los vidrios del Toyota Corolla. No se ve un carajo con este diluvio. El carro va a todo mamón por las calles empinadas de Tegucigalpa. Bautista se las conoce como si hubiera ensayado el camino mil veces. Estoy jodido, igual yo no sirvo para la Revolución, para estos majes no soy más que el hijo de Diriangén, así llamaban a mi papá, como al cacique prehispánico. Todos ya pasaron por Cuba y los campos de entrenamiento en Nicaragua. Dicen que pronto me devolverán allí, a Apanji, a rematar mi formación. Sí, yo también quiero ir, prepararme bien, eso es lo que quiero, ser como mi papá. Él era bravo, arrecho, todo el mundo me cuenta historias llenas de adjetivos heroicos, es una jodida leyenda. «Tenés que ser bien huevón vos, como tu papá. El Diriangén sí que los tenía bien grandes», me dicen los

veteranos. No sé si quieren motivarme o humillarme; supongo que solo esperan que esté a su altura. Hoy, desde luego, no le llegué ni a la suela de las botas. Miro alrededor y pienso: «No me importaría sufrir un accidente. Nos merecemos un buen porcentaje de probabilidades, con esta lluvia, subiendo estas calles convertidas en torrentes, a esta velocidad. Si solo yo sobrevivo daré una versión muy diferente de la historia. Si muero, me evito la humillación».

Latania me agarra la mano, como si conociera mis pensamientos. Tiene mirada profunda, misteriosa. Recuerdo que oí a los compañeros decir que es medio bruja. La sonrisa de Latania es blanca y luminosa, conforta, me siento protegido.

—No te atormentés, Julito. Todo salió de a verga. Aprender lleva rato; nadie nace enseñado. La próxima vez apretarás el gatillo, te lo prometo.

De pronto, la veo más bella que nunca, la guerrillera implacable es pura dulzura cuando se dirige a mí. Un cosquilleo se concentra bajo mis pantalones. Mejor suelto su mano, suavemente, sin brusquedades, simulo que he de agarrar mi Uzi y ya está. Su boca se cierra indiferente y gira la vista hacia la ventanilla. Nunca me habló así una mujer, quizá mi madre, pero no, no es lo mismo. Un torbellino me revuelve el estómago. No sé bien qué es más difícil: enfrentarse a un atraco o a una mujer. ¡Ahlagranputa! No soy más que un chavalo. Una idea repiquetea contra las paredes de mi cráneo: «Por favor, Bautista, pisale a fondo. Quiero salir de aquí».

Steve McQueen convertido en misquito parece leer el interior de mi cerebro. El auto se detiene cerca de un cerro, todavía llueve en putas, otro carro nos espera. Bajamos a la carrera, mis Adidas hundidas en el lodo, saltamos los cuatro al vehículo y nos largamos tan rápido como vinimos. Gustavo es un genio, sí, el maje craneó el atraco perfecto, pero no será él quien limpie mis ZX380 recién estrenadas, mi último cumpleaños, el postrero mimo de una madre a un hijo camino de la Revolución. O de la muerte. Es una jodida metáfora, estoy dentro del lodo, hundido hasta arriba, la lucha comenzó para vos, compañero Julio. Ni modo, no hay vuelta atrás.

—¡Xiomara, Xiomara, abrió los ojos!

Es el ángel barbudo, reconozco sus ojos; extraño, sí, porque apenas lo vi días antes un segundo, todo borroso además, y con uno de mis pies pisando en otro mundo. Me esfuerzo, no recuerdo, pero me alegro de ver a este chele. Se preocupa.

Xiomara ejerce de enfermera, sujeta mi cabeza y me acerca un vaso.

—Beba un poco de agua.

Un buen farolazo de ron me vendría mejor que el agua.

—¿Cómo se encuentra?

Por primera vez escucho su voz, la del ángel barbudo, en la consciencia completa. Agarra mi mano.

—¿Julio?

¿Qué dijo? ¿Sabe mi nombre? ¿Y a este maje qué le ocurre? ¿Le pica el culo o

qué onda, pues? ¿No más me devolvió a la vida para matarme de un susto?

—Es Mario —asegura Xiomara, convencida—. Se llama Mario, él mismo me lo dijo.

—Pues yo lo escuché hablar en sueños y dijo que era Julio. Lo repitió, incluso. Si hasta dijo dos apellidos... —se extraña el barbudo—. En fin, olvídelo. Ahí me disculpe. —Habla medio nica medio chele, suena raro—. Por fin nos conocemos. Me alegra verle los ojos. Me llamo Miguel.

Los ojos de Miguel: hay algo familiar en ellos que no consigo recordar. Debo agradecer a mi salvador, pero no puedo, por falta de fuerzas es una razón; la otra, más poderosa, porque igual yo debería estar más muerto que todos mis muertos. Sí, ellos vivos y yo muerto, así debería ser; esta es mi penitencia, ahorita el infierno para mí quedó sobre la Tierra.

La enfermera se marcha y desde el fondo de mi garganta mi verdadero nombre brota en exclusiva para este chele. Es un gesto. Confianza genera confianza.

—Julio.

V

Durante dos días no dejé de pensar en el hombre sin brazo al que acababa de desenterrar vivo. Desconocía su nombre, solo Lázaro. Tal vez nunca despertara o, si lo hiciera, podía no recordar un solo minuto de sí mismo. Empezaba a pensar en él en términos obsesivos. Los médicos habían conseguido detener la infección tras robarle quince centímetros más a su brazo e inflarlo de antibióticos. Sus pulmones evolucionaban de forma favorable, superando una aguda infección respiratoria. Las heridas y hematomas se iban convirtiendo, de forma paulatina, en un mal recuerdo para su piel. Las condiciones para su recuperación, en todo caso, no eran las idóneas. Necesitaba llevarlo a un hospital de verdad. Uno no salva vidas por ahí para que después te las robe de nuevo la muerte. Los militares decían que en breve se abriría la carretera, pero no confiaba demasiado en esas reparaciones. Todos los puentes del país, todos, habían cedido ante las aguas y la capital de Nicaragua quedaba a muchos puentes de distancia.

Por instrucciones del teniente Rivas, el Mi-8TB trasladaba mis fotografías a Managua. El Ejército, además, me facilitaba un teléfono para enviar mis crónicas a cobro revertido y alojamiento: un catre bajo los techos de lona donde dormían los soldados. Por las noches, allí acostado, el sueño se me mostraba esquivo. Mis fotografías de la obra del Casitas desfilaban por mi cerebro como en un pase de diapositivas.

En mi primer amanecer en Posoltega un soldado me despertó de un grito, anunciando la llegada del teniente Rivas. Minutos después el rugir del helicóptero rompía el cielo.

—¡Gocuchea! Veo que no le fue nada mal —me dijo el teniente Rivas mostrándome los periódicos del día, desplegando orgulloso el fruto de mi trabajo—. ¡Qué alegre que le conseguí lugar en ese jodido trasto soviético! El mundo ya empieza a preocuparse de lo que ocurre por estos lados. Los gringos nos envían helicópteros desde Panamá y varios gobiernos extranjeros ya prometieron ayuda.

—¡Vaya! Es estupendo, ya le dije que no se arrepentiría —repliqué mientras seguía los pasos del teniente, que caminaba acelerado hacia el puesto de mando—. El caso es que...

—¿Sí? ¿Algún problema? —El teniente se detuvo.

Le hablé al teniente Rivas de mi superviviente. Quizá no fuera el mejor momento. Un tipo íntegro, no cedió un milímetro. El hombre andaba con prisa, traía las órdenes de Managua y, sintiéndolo mucho, me dijo que cualquier evacuación debía ser coordinada con el alto mando y los equipos médicos. En Posoltega había muchas víctimas y solo un helicóptero, el segundo aparato del Ejército atendía al resto del país.

—No se preocupe, Gocuchea. Con un poco de suerte, ya mañana evacuamos por tierra a Managua. En Chinandega y León la cosa ya no da para más.

Me despedí del teniente Rivas, agradecido por la información. Me convenía estar a bien con él. Si al día siguiente la carretera seguía cerrada realizaría un nuevo intento.

En el hospital de campaña la agradable burguesa sandinista con espíritu solidario había trasladado sus atenciones desde la escuelita al hospital del Ejército. Supuse que albergaba una atracción especial hacia mi Lázaro. Al verla me presenté. Ella me dijo su nombre: Xiomara Briceño Jirón; también que había llegado de Chinandega al reclamo de la emergencia, aunque ambos preferíamos hablar de él.

Me senté junto a la cama de mi Lázaro mirando sus ojos cerrados, ya limpios, todo limpio por fuera. Por dentro sentía sus pesadillas, su debate entre vivir y morir, su ardua respiración con aliento de profundidades, su latido de lenta ida y vuelta, el alimento y la sedación que penetraban por un tubo enganchado a su único brazo; por dentro era todo queriendo ser Lázaro, emular a Lázaro, convertirse en Lázaro. Una aparatosa venda subía hasta su hombro. La herida que recordaba a su brazo, me dijeron, mejoraba pese a las circunstancias.

—En cuanto se reponga un poco, deberíamos evacuarlo —subrayó Xiomara Briceño Jirón—. El doctor Chamorro dijo que ya está fuera de peligro, aunque, para recuperarse como Dios manda, y reducir riesgos pues, le convendría pasar un tiempito en un hospital de verdad.

Un día después, la tarde en que mi Lázaro y yo por fin nos conocimos, Xiomara Briceño Jirón, excitada, me aseguró que poco antes, durante un instante, el hombre había abierto los ojos y revelado su identidad: Mario. Ahora ella lo miraba como una madre; había dejado de ser una aspirante a enfermera para cuidar como a sus hijos a aquella familia numerosa de desamparados. Me dejó a solas con él. Llevaba una media hora mirándolo. De pronto pareció agitado, sus labios se movían, susurraban un lamento apenas audible. Me incliné.

—Julio, Julio. Soy Julio García Baltodano. Hijo de... —siguió chapurreando un buen rato. Apenas entendía sus palabras—. Menor de Claudia —mis oídos ya besando su boca—. Lamentable esposo... padre de Hilda Rosa y Amalia... mi vida... mi nombre.

Emitió un fangoso suspiro y sus labios se cerraron. Sujeté su mano entre las mías. Recordé su brazo asomando entre la tierra revuelta, se me revolvió el alma, se aceleraron mis latidos. Pensé con más intensidad en ser Jesús y él, Lázaro.

—¡Vuelve! —susurré a milímetros de su oído.

Volvió. Sus párpados se pusieron en movimiento, debilitados; su mano apretada a la mía, tensa, con la fuerza de un hombre cuyos ojos se han asomado a las puertas del infierno.

—¡Xiomara, Xiomara! —No me lo podía creer—. Ha abierto los ojos.

Eran verdes, de un verde intenso, profundo. Xiomara Briceño Jirón ya estaba allí, saludando, dándole la bienvenida al mundo, sabiendo siempre qué hacer.

—Beba un poco de agua. ¿Cómo se encuentra?

Apretó su mano todavía más contra la mía, me miraba aterrado mientras Xiomara Briceño Jirón pasaba una toalla húmeda por su frente sudorosa. Alzó levemente la cabeza, intentaba decir algo. Su garganta sonaba a espesas gárgaras de lodo.

—No se sofoque usted —intervino Xiomara Briceño Jirón—. No más acabó de burlar a la muerte... —no era ese el final de la frase, le costó decidirse a culminarla, se encontraba en pleno esfuerzo por mostrarse cercana—... Mario.

No, no podía ser Mario; era Julio. Ajeno a mis cavilaciones, su cabeza regresó a la almohada. No dejaba de mirarme. Apretaba mi mano como si concentrara en ese, su único brazo, la fuerza de dos. Puse mi otra mano sobre la suya y lo llamé.

—¿Julio?

Carecía de expresión; sentí, sin embargo, que sus ojos se habían estremecido.

—Es Mario —me corrigió Xiomara Briceño Jirón—. Se llama Mario, me lo dijo él.

—Pues yo lo oí hablar en sueños y dijo que se llamaba Julio. Lo repitió, incluso. Si hasta dijo dos apellidos... —Xiomara Briceño Jirón ya me estaba desaprobando el comentario con la mirada—. En fin, olvídalo. Ahí me disculpe. —La dama burguesa se alejó, no le faltaban pacientes, aproveché para presentarme—. Por fin nos conocemos. Me alegra verle los ojos. Me llamo Miguel.

Mario, Julio, Lázaro, como diablos se llamara, pareció reconfortado. En un segundo su mirada se tornó limpia, más tranquila. Desde el fondo de su garganta llegó un húmedo susurro.

—Julio.

Sus ojos volvieron a cerrarse, su mano se mantuvo aferrada a la mía. No estaba dormido, no estaba muerto, estaba vivo; supuse que acababa de darse cuenta de ello y yo era el único que conocía su nombre.

Aquella noche dormí junto a él. Despertó varias veces, nombró de nuevo a Hilda Rosa y a Amalia; ignoro si encontrarme allí en esos momentos le supuso algún consuelo. Cuando roncaba emitía un sonido como si de sus pulmones brotaran burbujas de mercurio.

Por la mañana, la lluvia había dejado de caer. La carretera, por desgracia, seguía cerrada, aunque a Posoltega habían empezado a llegar víveres y material sanitario en camiones militares y todoterrenos, los únicos vehículos capaces de sortear con garantías los obstáculos del accidentado camino hasta Managua. A riesgo de estropear mi privilegiada relación con el teniente Rivas, insistí en la posibilidad de una evacuación aérea. Imposible: había otras preferencias. Mi resucitado, me aliviaba saberlo por boca del doctor Chamorro, estaba más cerca de la vida que de la muerte; todos sus daños evolucionaban de forma favorable. Era inevitable pensarlo: si Julio hubiera sido pariente del presidente ya habría sido trasladado a un hospital de Managua. O de Miami, con más probabilidad. Al parecer, no lo era. Lo ignorábamos todo sobre él; entre su ropa desgarrada no encontraron cédula alguna, tarjetas, identificación, nada. Para las autoridades era como si no existiera. Cuando pregunté,

recuerdo la mofa de un enfermero indio.

—¡Pues no esperaba que el maje tuviera tarjetas de crédito en la bolsa! Idiay, ¿pero dónde pensá que anda ese chele, loco?

Sus compañeros lanzaron una carcajada comunitaria.

Amanecía en mi tercer día en Posoltega. Un día más, me aseguró el teniente Rivas mientras compartíamos un desayuno apresurado en el improvisado campamento militar de Posoltega, y se restablecería el tráfico. Entonces podría llevarme a Julio adonde quisiera en condiciones aceptables. Los militares trabajaban para acondicionar vados en cada uno de los ríos que nos separaban de Managua. Por lo visto, más de una decena.

—No se preocupe, Gocuchea, yo personalmente daré orden para que lo atiendan en el Hospital Militar con cargo al Ejército.

Supongo que mi cara debió de iluminarse como el cielo al término de un eclipse. El teniente Rivas sonrió y me dio un manotazo en la espalda.

—Así me gusta más. No se preocupe usted por nada; cuidaremos de su amigo —añadió antes de levantarse de la mesa. Ya en pie, el teniente Rivas tomó un último trozo de quesillo blanco, lo introdujo en el interior de una tortilla de maíz y posó su enorme mano sobre mi hombro—. Por supuesto, confío en que usted también sepa cuidar de nosotros. Ya sabe, nos gustaría mucho que la gente conserve una buena imagen del Ejército nicaragüense.

Pese a mi desconcierto, el teniente Rivas debió de encontrar satisfactoria mi mirada, ya que concluyó su intervención con otro golpetazo de camarada a la altura de mi omoplato. La cucharada de frijoles que iniciaba el viaje digestivo por mi garganta cayó a plomo por el esófago. Acababa de vender mi integridad profesional. Esa fue la primera sensación. Al cabo de un rato pensé que tampoco era para tanto; salvar la vida de Julio se me antojaba mucho más importante. «Debes de estar madurando, Miguel», me dije. Me reí. Empezaba bien el día. Complacer al teniente Rivas, en cualquier caso, no me sería difícil. No había muchos motivos por los que criticar al Ejército; simplemente, los militares hacían lo que estaba a su alcance.

Esa mañana decidí ascender todo lo cerca que pudiera del cráter del Casitas. La lengua de barro se había endurecido ligeramente, ya no me hundía en el lodo hasta las rodillas. Cada paso se detenía ahora un poco más abajo de la caña de mis botas. Quedaban pocos brigadistas. El suelo aparecía salpicado de aceitosas manchas, recuerdo de las pilas de cadáveres quemados. Las cruces se esparcían de forma caótica por toda la extensión de la lengua de lodo; ascendían ladera arriba, hasta la antigua ubicación de las comunidades del Casitas. Desde allí hasta el cráter todavía quedaba media montaña.

A varios metros por delante de mí, un viejito ascendía con parsimonia con una cruz artesana echada al hombro. Lo vi detenerse, escudriñar el terreno a su alrededor y, cuando yo casi había llegado a su altura, hundió la madera sobre la tierra con todas sus fuerzas y se quitó el sombrero.

—Por aquí quedaron —me dijo con voz trémula al acercarme.

Los ojos del viejito estaban resecos, las cuencas hundidas cráneo adentro, como si hubieran decidido esconderse ante las visiones que le habían deparado los últimos días.

—¿Cómo lo sabe?

El viejito me miró de pies a cabeza. Alzó la vista, me ofreció una sonrisa de cuatro dientes fuliginosos y señaló con su brazo un amplio círculo a nuestro alrededor.

—La Versalles era la más cercana al cráter, ¿sabe usted? Era por acá, más o menos. —Su mano agarraba la cruz, su voz parecía quebrarse con cada palabra—. Mire alrededor, doctor. No quedó nada, nada. Mi hijo mayor, su mujer y dos chavalos... Todos, ya le dije.

Fue así como entendí la función de aquellas cruces clavadas a lo largo y ancho del lodazal. Tomé la fotografía de la llanura desde las alturas. El cementerio intuitivo, la bauticé. La del viejito doliente, sin embargo, donde fue Versalles o donde quedaron los de Versalles, el título que le puse, sigue siendo mi favorita. Versalles. El nombre de aquel lugar se me quedó grabado, y no solo por aquel viejito que cargaba su cruz; más arriba, caminando, mirando al suelo, todavía sobrecogido por la entereza del anciano, descubrí la fotografía que más impacto me ha causado en toda mi vida. Allí donde quedaron los de Versalles vi primero una punta de papel fotográfico enlodado que asomaba entre la tierra, una esquinita cuasi imperceptible. Tiré de ella, limpié la superficie del cibachrome y un violento recuerdo, un fantasma imberbe de mi pasado, me echó la mano al cuello. El corazón se me puso del revés, golpeó contra mis costillas.

En esta vida todo se puede explicar. Es así. El viejito me hizo pensar sobre la ausencia, la muerte, de no ser por él mi camino hacia el cráter hubiera seguido con la vista al frente; al avanzar con mis ojos fijos en el suelo pude ver aquel saliente blanco que emergía del suelo. Era una imagen ajada, la humedad y el lodo habían deteriorado la emulsión. No obstante, reconocí perfectamente a aquel veinteañero de pelo rubio y rostro aniñado, idéntico todavía hoy al mío cuando prescindo de la barba. El mismo rostro que llevo años escondiendo del mundo. No podía ser, era imposible. En un segundo la paranoia dominó mi cerebro. Miré la imagen recortada, Txikote y Aperribai habían sido arrancados de mi lado; detrás de mí, muy a lo lejos, se adivinaba la antena de televisión de Sollube. Recordé el momento, días antes de poner la bomba en el repetidor, doce años atrás. Me giré asustado, estaba solo en la montaña. Me preparé para recibir un disparo, un sonido seco y adiós. La vida es eterna en cinco minutos. Víctor Jara sonó de nuevo en mi cabeza. No pasó nada. Más abajo, el viejito iniciaba el pesado descenso tras haber quedado en paz con sus muertos. Me senté sobre el barro, no entendía nada, doce trillones de preguntas, siete billones de probabilidades, cinco millones de explicaciones cruzaron mi mente todas a un tiempo. Me han localizado, concluí, esta vez sí. No como en Brasil, donde pude

haberme dejado llevar por una manía persecutoria. Lo sé mejor que nadie: el mundo está lleno de vascos y no todo el que habla euskera pertenece al que deberían llamar Movimiento de Liberación Nacional de Nuestro Instinto Asesino. Recordé a aquella pareja que vino a destrozar mi quietud una tarde en Ipanema. Se tumbaron a unos metros de mi toalla, no muy cerca, no muy lejos, la calculada distancia para que el sonido de sus voces pudiera llegar con nitidez hasta mis tímpanos. No profirieron palabras amenazantes, no hizo falta, bastó el runrún del idioma de mi tierra natal para disparar todos mis temores. Siguieron un intento de suicidio, un divorcio y una huida urgente hacia el primer destino seguro que el inspector Chacón me pudo proporcionar. Tres años después allí seguía, en Nicaragua, asistiendo al derrumbe de mi refugio, como si fuera una obra más del maldito huracán *Mitch*. Petrificado por el miedo y los recuerdos, intenté emular a Dylan, Bob, buscando una respuesta en el viento, o en el horizonte, en algún lugar que me explicara aquel misterio. De acuerdo, me habían localizado, pero ¿qué diablos hacía allí aquella fotografía enterrada bajo el fango? En todo caso, seguía vivo; no me había fulminado un tiro en la nuca, ni una fotografía-bomba, ni cualquiera del amplio catálogo de métodos cobardes que acostumbraban utilizar mis cazadores. Había llegado el día, se me apareció este pensamiento con una claridad incuestionable, de proseguir mi camino, mi huida. Con la misma claridad, sin embargo, brotó en mi cerebro la obligación de cuidar de Julio García Baltodano, de unir al suyo mi destino. Lo decidí en la falda homicida del Casitas; sí, había llegado la hora de confrontar a mis enemigos.

—¡Ya podéis venir a buscarme, hijosdelagranputa! —grité así, como nica, con todos mis pulmones dirigidos hacia las nubes—. ¡Venid de frente si tenéis cojones!

De pronto, me sentí poderoso, valiente, dispuesto a todo. Miré hacia arriba. El cráter, cubierto por una niebla misteriosa, requería mi presencia, me llamaba a completar mi excursión y ver con mis ojos el origen del desastre que había creado el gran cementerio de tumbas abiertas de Posoltega. De pronto, el sol iluminó los volcanes vecinos del Casitas, las nubes se elevaron y pude observar lo cerca que había quedado el deslave de las primeras viviendas de Posoltega; también la casita de Daniel Llamas Vivas, cada vez más visible junto a la carretera partida por varios lugares en el enorme valle troceado por decenas de cauces abiertos por la lluvia. El Ingenio San Antonio y Chichigalpa a la derecha, Chinandega más allá y, al otro lado, León. El asfalto en ambas direcciones aparecía salpicado de puentes desaparecidos. Los ríos apenas arrastraban ya hilos de agua, su tarea destructiva había concluido. Junto a los cauces se distinguían excavadoras y maquinaria pesada que acondicionaba el paso para los vehículos. Tuve que frotarme los ojos. No daba crédito. A mi izquierda, en lontananza, un extenso convoy emergía de entre los árboles tras sortear el Telica, el último de los ríos antes de Posoltega. Mi retrato húmedo y recortado me miró desde mi mano, lo introduje en la bolsa del equipo fotográfico y eché a andar ladera abajo, hundiendo por última vez mis pies en la lengua de barro del Casitas. Nunca llegué a conocer su cráter.

Me llevó casi una hora descender hasta el pueblo. Posoltega era una fiesta. Los camiones habían traído de todo, incluido más personal sanitario y algún que otro periodista español seguidor estricto de los estilismos Coronel Tapioca. Posoltega se había llenado de banderas sandinistas. Era Daniel Ortega, el salvador, que traía de nuevo la esperanza. Fue como si, de pronto, hubiera desaparecido la tragedia y el centro del mundo girara alrededor de aquel tirano bigotudo acusado de violar a su propia hija. Bueno, a su hijastra, en realidad. No acabo de verle la importancia al matiz. No soy quién para dar lecciones, soy un asesino, no se me puede llamar de otro modo, pero igual: un violador es un violador.

Xiomara Briceño Jirón no estaba en el hospital; enfermeros y médicos habían acudido a recibir a Ortega. Al verme entrar Julio me apresuró con un gesto para que me acercara. Su mano permanecía estática sobre el vendaje. ¿Quién no echaría de menos un brazo? Su rostro todavía reflejaba un cansancio atroz; ahora, además, proyectaba una extraña tensión. Al inclinarme sobre su cama, se aferró a mi camiseta. Su voz emergió con esfuerzo de su garganta, gutural, aunque sonó con nitidez.

—Tiene que sacarme de aquí. Vino Daniel, vino Daniel —repitió.

¿Qué podía decirle?

—¿No te gustan los sandinistas?

Con fuerza, me atrajo más hacia sí y alzó su cabeza hasta que sus labios quedaron a la altura de mi oído derecho. Afuera, el alboroto de la masa se aproximaba hacia nosotros.

—¡Sáqueme del hospital! ¡Ahora!

Lo dijo muy serio. Tanto que empezó a levantarse. Yo habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido, así que le eché una manta por encima y lo ayudé a incorporarse. Sacó fuerzas de algún lugar recóndito de su organismo y, ante el pasmo del resto de los supervivientes, nos fuimos caminando en dirección contraria a la multitud que se acercaba agitando banderas sandinistas y nacionales, coreando enajenada el nombre de Daniel.

Sujetaba a Julio con todas mis fuerzas; él miraba ansioso hacia atrás, temeroso de que fuéramos descubiertos. Caminamos un par de manzanas, doblamos a la derecha y lo obligué a descansar en un banco apoyado contra el muro de una casa. Nos habíamos alejado treinta o cuarenta metros de las blancas instalaciones militares. Me asomé a la esquina y vi entrar a Ortega y su cortejo. Xiomara Briceño Jirón y el doctor Chamorro, con sus batas inmaculadas, escoltaban al comandante.

—Gracias —dijo Julio, apretando mi mano según me sentaba a su lado.

—A mí tampoco me gusta mucho Daniel, ¿sabes? —Pude haberme detenido ahí; la soledad, el silencio, las decepciones acumuladas; no sé bien por qué continué hablando. Lo necesitaba, supongo—. Fue un símbolo en mi casa durante muchos años. Es lo que tiene el socialismo: siempre suena demasiado hermoso para ser verdad.

Julio no me escuchaba. Miraba hacia la montaña. Tras un breve silencio respiró

hondo, como pertrechando sus pulmones para soltar una pregunta de peso.

—Miguel, fuiste vos quien me rescató, ¿verdad? —Asentí—. Xiomara me mostró las fotos del diario. —Inspiró de nuevo con fuerza—. Se veía mi brazo. ¿Qué pasó con él?

Me costó decírselo, dudé entre rodear su hombro o palmotear su mano.

—Lo quemaron. Estaba roto por todas partes. —Me temblaba la voz—. La mano; no sé, como si no tuviera huesos. Y la muñeca...

—¿No tenía una gruesa pulsera metálica? —me interrumpió.

—No había ninguna pulsera, lo miré bien antes de que lo quemaran, aunque...

—¿Seguro que era mi brazo? El mío tenía una gruesa pulsera metálica en la muñeca, la llevaba lo menos desde hacía diez años. —A la interrupción, esta vez, le acompañó un inesperado guiño cómplice—. ¿No será que el mío se lo comió algún chanco y vos lo confundiste con otro?

Julio inició lo que pretendía ser una rotunda carcajada; un exceso por su parte que derivó en una tos de esas que parecen romper los pulmones. Esperé a que recuperara la respiración para completarle el informe.

—Mejor no te lo cuento con detalles, pero créeme: era tu brazo. Eso sí, pulsera no había, aunque en la muñeca tenías una marca, como un corte profundo.

—Ya te dije, debió de ser de la pulsera metálica —añadió con sequedad—. Hacía rato que quería librarme de ella. Al final, igual hasta fue una suerte perder el brazo, ¡no jodás!

No hubo intento de carcajada esta vez. Una sonrisa de complicidad le pareció suficiente. Yo no sabía si reír, llorar o cortarme el brazo en gesto solidario. Una sombra cubrió su rostro. Deseé para mí la facultad de penetrar en su mente. Julio, era indudable, pensaba en muchas más cosas de las que exteriorizaba. Yo, por mi parte, tenía muchas otras cosas en las que pensar. De pronto, me miró melancólico.

—¿Me llevarás con vos? —me voseó por primera vez.

La frase era corta; pronunciarla supuso para él un gran esfuerzo. Tanto como para mí encontrar una respuesta adecuada. Me costaba pensar en nada que no fuera la inexplicable aparición de aquella fotografía en la ladera del Casitas.

—¿Tienes familia? ¿Esposa, hijos?

—Dos niñas. Mis gemelitas: Amalia, Hilda Rosa. —Le costaba un pulmón cada palabra, miraba a la montaña, a la gran cruz que el deslave había grabado de un golpe en la ladera del Casitas, donde poco antes estuviera su hogar—. Murieron. Lo sé. Yo las maté. —Me tembló todo el cuerpo, contuve la respiración—. Sí, yo las traje hasta aquí —añadió, muy despacio; su garganta ya no estaba para muchas alegrías—. No las mató el volcán. Fui yo, por traerlas hasta aquí —se giró hacia mí—. Decime, ¿me llevarás con vos?

—Yo iré a buscarlas. —Sentí que debía confrontar su pesimismo—. Quizá las encontraron y las llevaron directamente a Chinandega o a León, al hospital.

—Están muertas, Miguel, lo sé; como todos los que vivían en la Versalles. Todos

muertos —soltó con demoledora convicción. Recordé las palabras del viejito que había clavado su cruz donde fue la Versalles—. Pero decime, ¿me llevarás con vos?

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —En realidad, la idea me atraía como un imán atómico—. ¿Quién es Julio García Baltodano?

Recuerdo su cara, petrificada como un fósil. El cortejo salió del hospital y volvió a perderse entre las calles.

—Contéstame cuando quieras —le dije a Julio y caminamos de regreso hasta su cama.

Al llegar, sudaba como un caballo, ya fuera por el esfuerzo o por la inquietud de que yo conociera parte de algún secreto suyo. Tumbado sobre su lecho, agarró mi brazo; le había cogido gusto a hacer manitas conmigo. En un susurro, me hizo la primera de sus confesiones.

—Julio García Baltodano. Soy yo —lo dijo con gesto avergonzado—, pero llámame Mario, te lo pido por favor. —Me agarró una vez más de la camisa—. Solo puedo confiar en vos. —Podía confiar en mí, desde luego, y así se lo dije. Animado por mis palabras su garganta se decidió a hacer un último esfuerzo—. Perdí a mis hijas, a mi mujer... —Entonces se quebró.

Xiomara Briceño Jirón entró como un huracán en el hospital. Tras sus pasos, segundos más tarde, apareció el doctor Chamorro; pero fue la dama burguesa quien inició los reproches. Estaban enfadados por la ausencia de su paciente insignia. El comandante quería conocer al hombre cuya foto había monopolizado, dos días atrás, las portadas de toda la prensa nacional; Ortega quería ver el rostro verdadero del superviviente más famoso del país, pero ni su médico ni su enfermera habían sabido explicar que su cama estuviera vacía. Les dije que me lo había llevado fuera, que me lo había pedido él, necesitado de ver el sol que, tímido, iluminaba el cielo de Posoltega. La indignación de Xiomara Briceño Jirón superaba con creces a la del facultativo.

—Imagínense, con todo lo que ha pasado, ¿cómo voy a negarle algo tan insignificante? De hecho, lo he visto sonreír por primera vez.

El médico torció el gesto, su bigote negro se movió hacia un lado. Era un buen tipo. Se preocupaba de corazón por Julio, por toda aquella cuadrilla de desabrigados del Casitas a base de mucho esfuerzo y exiguos recursos. La llegada de Ortega tenía para él un interés profesional. Sus posibilidades para ser útil acababan de verse incrementadas de manera exponencial.

—Este hombre está muy débil. Su recuperación es extraordinaria, pero aún necesita descansar. Ha sufrido un tremendo *shock* y la infección necesita de un entorno más adecuado que este.

—Doctor, usted manda. Solo le puedo decir que ha caminado casi ochenta metros como quien no quiere la cosa. No sé de dónde sacó las fuerzas, las tiene por ahí escondidas. Creo que está mejor de lo que parece —me atreví a sugerir. Xiomara Briceño Jirón y el médico parecían confundidos. Antes de que pudieran abrir la boca,

agregué—: Llevo ya tres días intentando evacuarlo y siempre hay pacientes más necesitados. Ahora que se ha abierto la carretera, ¿cree que podría conseguir que lo llevaran a León?

El doctor comenzó a asentir lentamente, como si madurara una solución.

—En Chinandega y León ya no dan abasto. Sería bueno llevarlo a Managua. En un hospital su recuperación no puede demorar mucho.

Por la mañana, el doctor Chamorro dispuso todo para evacuar a Julio: calmantes, apósitos, vendas, material desinfectante, pomadas de antibióticos para untar en la zona de la herida, más antibióticos para tomar por vía oral durante dos semanas. Aunque el trayecto a Managua no debía de superar las dos horas, teníamos que estar preparados. Busqué ropa para Julio entre las donaciones llegadas a Posoltega. Me había pedido que le consiguiera algo de manga larga, para que el vacío de su brazo fuera menos evidente. Encontré una camiseta negra de Iron Maiden.

—Los roqueros también son generosos —bromeé buscando complicidad.

Julio sonrió con esfuerzo. Me alegró saber que no le desagradaba el *rock and roll*. *Eddie the Head*^[1] y Julio hicieron migas con facilidad. Lo ayudé a enfundarse la prenda, también unos pantalones vaqueros y unas botas militares cedidas por el teniente Rivas en nombre, subrayo por petición expresa del donante, del Ejército de Nicaragua. Deslicé el puño izquierdo de la camiseta en el interior del bolsillo de sus pantalones, de modo que, con la ayuda del negro, se disimulara un poco la mutilación. Una vez vestido lo subí a la tina de una camioneta, parte del convoy liderado por Ortega que regresaba para Managua, si bien del comandante ya no quedaba ni rastro en Posoltega. Xiomara Briceño Jirón lloró al despedirnos y abrazó a Julio como si fuera un hijo al que nunca fuera a ver de nuevo. Al salir a la carretera, el conductor, a petición del evacuado, se detuvo ante la enorme cicatriz de la ladera del Casitas. Tumbado sobre la tina, sus ojos se nublaron al mirar hacia el volcán.

—Cuando te deje en el hospital, buscaré a tus niñas y a tu esposa. En León, en Chinandega... —No tomó demasiado en serio mis palabras. Julio parecía conocer mejor que nadie el destino que había corrido su familia—. Fotografías no tenemos, pero ¿cuántos años tenían las gemelas?

La angustia se apoderó de su rostro.

—Dos, dos años, Miguel, dos jodidos años. —Creo que a Julio le habría gustado llorar, dedicar alguna lágrima de despedida a su mujer y a sus hijas, pero, como buen nicaragüense, probablemente no podía, no sabía—. Es inútil, Miguel. Nadie vio a los de la Versalles. Murieron todos.

Versalles nunca ha vuelto a evocarme París. Pensé en el viejito, pensé en las cruces, pensé en los cadáveres esparcidos, pensé en mi fotografía surgida del fango.

VI

Me duele el brazo, me duele la cabeza, siento piquetazos que vienen y se van, mientras este chele metiche quiere saberlo todo de mí. Nunca me ocurrió. Si hasta Damaris me lo puso claro y pelado antes del casorio.

—Guardate la guerra para vos. ¿Mentendés, Julio? No me interesan historias de combates, victorias y muertos. Ya perdí dos hermanos y a mi papá por la mierda de la Revolución. Así que vos, con mis hijas, ni pensés en tirártelas de héroe.

Si yo no puedo platicar de la guerra, ¿quién soy? Damaris no lo sabía, nunca quiso saber de los detalles de mi vida. Nos vimos empujados el uno al otro por un embarazo involuntario, decidimos tirar hacia delante y, de repente, de un hijueputa vergazo de volcán me quedo viudo y pierdo a mis niñas. Pero Damaris, yo soy la guerra, soy la Revolución, igual que otros miles de majes de mi generación a los que hoy les falta un daime pal peso, bien locos que acabamos todos tras haber dejado la sangre y las fuerzas a cambio de la nada absoluta, del vacío total. ¡No fregués!

Mirá si es irónico. ¿Cuántos compañeros caídos en ataques de la contra? Heridos de bala, minas, bazucazos, fuego aéreo, macheteados en combate; y yo acá me miro, atacado a traición por un volcán. Es como para carcajearse. ¡No jodás! ¡Qué cuadro de sobreviviente que soy! Quizá Miguel quiera conocer toda esta verga y por eso pregunta. No lo sé. Me siento perdido, dolorido del brazo, de la cabeza, también de algún lugar muy dentro. Me alejo de este cementerio y dejo atrás lo mejor de mi vida: Hilda Rosa y Amalia, muertas. Y si no lo están, mejor me ando bien lejos de ellas. Dos años y poco de mi vida, no más, y sé que nunca amé tanto como amé a mis hijas. Vinieron para cambiármelo todo. No dejé que sucediera. Me tortura su ausencia y, aun así, siento un amargo consuelo. Quizá tuvieron suerte de morir. No debí ser padre, soy un maldito. Debo estar agradecido, así no sabrán quién es de verdad Julio García Baltodano. ¿Acaso lo sé yo? ¿Cómo satisfacer, entonces, a este chele barbudo y preguntón? Él es lo único que tengo. Igual se enamoró de mí. ¡No fregués!, no sería el primero. Por mi aspecto no será, ¡de plano! Sin brazo, sucio, enfermo, débil; ¡bah!, solo mierda pienso. Tal vez sea, al final, un jodido ángel. Me lleva a Managua, quiere que viva. ¿Quién desea morir? Cobarde es quien no se resiste a la muerte, así me lo enseñó mi papá y así sigo; metido hoy en la tina de una camioneta, hecho mierda, camino de mi pasado, bajo el primer sol que me alumbra desde mi regreso a este lado del mundo, acá, donde están los vivos.

—Miguel, cuando lleguemos a Managua, necesito telefonar a Honduras, a mi mamá.

Ya lo dije, a este chele le gusta preguntar. No se contiene el majee. Siempre hablé poco y ahorita, con el pecho todavía empapado, me cuesta más. El sabor a lodo que no me desaparece de la garganta, las punzadas en la cabeza y en el muñón; no importa, despacio respondo a sus preguntas y le cuento a Miguel sobre mi mamá, mis hermanas, sobre Coyoles, el banano; poca cosa, lo justo porque me canso. Es un majee

misterioso este chele que me sujeta cada vez que se acerca algún socavón en la pista. La carretera es un puro agujero, así que pasamos unos buenos ratos agarrados. Me sienta bien, como si fuera un punto de apoyo en estos días en que nada es firme y todo se recupera con pasos tembeleques.

La camioneta frena en seco, Miguel me sujeta y se levanta: es el Telica que fluye renqueante hoy desde el volcán que lo bautiza. El bello puente de piedra que lo cruzaba quedó hecho paste, descansa ahora sobre el hilo de agua. No somos los únicos detenidos. Por delante, me informa Miguel, hay unos veinte vehículos; del otro lado del río otros tantos. Camiones, buses, *pickups*, camionetas y los militares que solo dejan cruzar de uno a uno. Nos vamos a demorar. Me duele el hombro, casi conseguí olvidarme de mi brazo, apenas unos jodidos pinchazos. No, tampoco son tan fuertes, exagero, lo que me duele de verdad es esta maraña de recuerdos que golpetea mis sueños.

—Tenemos para un rato, me temo. El Ejército abrió camino hacia el río, pero con tanto camión se formó un degenerate de la gran puta. —Cuando le da, Miguel habla medio nica. Suenan raro, me da la risa, pero le hace huevos el maje—. Bueno, espero que no nos hagan esperar mucho —lo dice señalando hacia el cielo, sobre el Telica, el volcán—. Parece que viene el vergazo de agua.

No es el único en darse cuenta, todos llevamos el síndrome del *Mitch* metido en el alma. Las nubes se acercan, igual ni era este su camino y al ver a la gente en pánico decidieron desviarse y caer encima. Es inquietante lo que un nubarrón puede provocar. Todos los vehículos quieren alejarse del cauce. Los de más abajo meten la reversa sin esperar a que lo hagan los que están detrás, los camioneros se cagan en la gran puta, para ellos moverse hacia atrás es un imposible, a lo lejos escuchamos los truenos y hay quien, incluso, ya empezó a gritar. En cinco minutos llega la lluvia, fina. Miguel me cubre con un plástico sobre la tina de la camioneta mientras todos miramos hacia el cauce, paralizados, esperando la aparición del gran torrente. Llueve, llueve un poco más, nada que ver con mis recuerdos más recientes. Otros cinco minutos y se detiene la lluvia. La nube negra sigue su camino, en dirección oeste, por esos lados asustará a otra gente. Miguel me mira y se ríe.

—Debes de ser el único que no se asustó con la lluvia —me dice.

—Nada puede ser peor de lo que ya viví, hermano —le digo.

—Puede ser. —Sus ojos se dirigen hacia el cielo. Está buscando las palabras—. Nunca le tuve tanto miedo a la lluvia. —Ahora mira mi brazo, me pica un ojo, de pronto somos como cómplices, su modo de decirme que confíe en él, pues, y salta de la camioneta—. No te preocupés, Julio, ya verás qué rápido salimos de aquí. Al fin y al cabo, llevamos un herido grave.

No tan grave, le digo, aunque no lo escucha Miguel. ¿Miguel? ¿Miguel qué más? El maje ya está lejos de mis palabras. Le hace huevos el bróder, sí; apenas hay espacio en el camino hacia el río para darnos pasada y al minuto los soldados ya están apartando a toda la fila para que nos haga lugar. Somos una ambulancia improvisada,

avanzamos hacia el río, cruzamos al otro lado y subimos de nuevo hacia la carretera. Todos me miran en silencio, esto es Nicaragua, en dos segundos ya corrió la voz: ese maje sobrevivió al Casitas. Estoy confuso, todos me quieren mirar, unos muestran lástima, otros me hacen sentirme como héroe. Es una sensación extraña: el molote de gente, atraer miradas y no tener que huir. Empiezo a entenderlo, por vez primera la víctima soy yo, como si el hijueputa del *Mitch* me hubiera redimido. Sí, puede ser, es como si aquí, hoy, se reiniciara mi vida.

—Los impresionaste, compadre.

Así interrumpe Miguel mis reflexiones existenciales. Dejamos atrás el Telica, dejo atrás Posoltega, esposa e hijas, enterradas o quemadas en una ladera, dejo atrás demasiadas cosas; la muerte, sin ir más lejos, es una de ellas. Ese, al menos, es mi deseo, aunque sé que me queda un encargo que ya no deseo cumplir y, de pronto, la cara de este chele en cuyas manos me encuentro me suena familiar, como un borroso recuerdo. Es extraño, los únicos cheles que conocí están todos muertos, asesinados. A boca de jarro, que es siempre lo mejor para no fallar.

—Esos hijueputa vascos no se fían ni de su madre. ¡No jodás! —me dijo Ramírez, ¿cuántos días atrás? Ya ni sé—. Te darán la mitad ahora, el resto ya sabés, cuando convirtás al maje en muñeco.

¡Jodidos colombianos! Tratan las cosas de la muerte siempre a la ligera, como para quitarle importancia al asunto, supongo, pero yo no me chupo el dedo, es solo su modo de burlar a la culpa. De plano es el caso de Ramírez, ahogado en guaro de caña barato desde que acabó la guerra, torturado por recuerdos que se trajo de su país y más que se echó a la bolsa por estos lados. Dejar Colombia por Nicaragua, hay que andar mal de la cabeza. No que me importe, el maje siempre confió en mí por los días que compartimos en Apanji. De no ser por él ya me veía de mendigo por Managua, muerto de hambre o apaleado por pandilleros. Lo hice por ellas, con dos hijas que alimentar ser universitario es un lujo, aunque para Damaris y mis niñas lo mejor sería que yo llevara muerto mucho tiempo.

—Dejate de joder con la literatura, compadre. Vos y yo sabemos lo que se te da mejor. —Así de fácil me convenció Ramírez.

Mis dedos rememoran el frío tacto de la Beretta que el maje posó sobre mi mano. Desde el mero fondo de mi cráneo mis ojos recuperan el rostro de aquel primer encargo. Lo recuerdo bien. Los recuerdo a todos, su expresión al sentir la bala ya en el aire, el instante en que ya es inevitable, esa es la imagen sí, bien guardadita se me quedó aquí dentro. Recuerdo a los muertos, pues, y a los vascos, sus narices gruesas, puntiagudas, como la de Miguel. ¡No jodás! ¿Será también vasco este maje? Ellos salían de la casa de Ramírez. Nos miramos de arriba abajo.

—Ni una sonrisa, ni un gesto de más, ni una palabra de más, más serios, compadre, que un retrato de Lenin. —Así me los describió Ramírez.

Eran dos. Cinco mil dólares ahora, otro tanto al acabar. Siempre trabajé por menos plata, a veces, incluso, por la mitad. Una foto y una dirección en Managua.

Eso es todo, no hay más. La avaricia es jodida, te ciega. ¡Cuánto soy pinche! ¿Por qué no me conformé con lo que ya tenía? Un platal. Con eso ya daba para rehacer mi vida con mis niñas y mi Damaris. Estarían vivas y todos juntos, quién sabe, buscando casa allá en los Estados. No quería matar a nadie más y, de pronto, yo ya con la cabeza en Nueva Orleans, aparecen los jodidos vascos como diablos que tientan. Solo uno, ahora sí, el último, esos reales nos vendrán de a verga; todo eso pasó por mi cabeza, sin nadie a quien consultar. Ramírez no me sirve como asesor, el maje propone y se lleva su comisión.

—Con diez mil dólares más, en los Estados vivís como comandante.

La frase resonó en mi cabeza. La avaricia, sí, más que cegar, atonta. Puede, incluso, llegar a matar, arruinar la vida. Peor, la de tu familia.

—¿Va todo bien, Julio?

Miguel me rescata una vez más de mi mundo interior. Levanto el pulgar y estiro ligeramente los labios, la mueca de una sonrisa.

—Perdoná, hermano. No me dijiste cómo te apellidás vos, ¿verdad?

—¿En serio? —Me mira fijamente, parece sorprendido, permanece así un instante—. Tienes razón. La verdad es que nunca insisto mucho con mi apellido. Todavía no he encontrado un nica que consiga pronunciarlo correctamente.

—Va, pues, compadre. ¿Y a qué tanta ceremonia?

—Goikoetxea, Miguel Goikoetxea.

—¿Perdón?

—¡Lo ves! Te lo advertí. No hay dios que lo agarre bien en este país. Es un apellido vasco...

—¡Vasco! —lo interrumpo.

—¿Algún problema, Julio?

Tardo en reaccionar.

—Nada, nada, es solo que me recordó un asunto con unos vascos. Últimamente hay muchos por estos lados.

—¿Cómo así? Lo dices como si no guardaras un gran recuerdo.

¡Seré tapudo! Mejor me quedo calladito. No más le desatranqué la curiosidad al maje.

—No guardo buen recuerdo de los vascos, no. Pero vos sos distinto. No sé decirte. Distinto, pues. —Se lo digo y arquea las cejas, sonriente el maje. Si lo dejo por aquí, de viaje me pregunta cuántos fue que me crucé hasta hoy—. ¿Gocutea, dijiste?

—Goikoetxea —me dice resoplando—. Aunque la gente acaba por dejarlo en Goiko, siempre con k, ojo. Así es más práctico.

—¿Miguel Goiko, entonces?

Se caga de la risa el maje.

—Prefiero que me digas Miguel, sin más —me dice alargando su mano hasta mi hombro, este del cual todavía nace un brazo con codo, dedos y todo.

Investigo de nuevo en mis recuerdos. ¿De qué putas me suena este maje? Nada. También resulta difícil reconocer la carretera con tanto socavón y tanto puente hecho verga. Mi compadre pide constantemente al chofer que afloje.

—¡Que llevamos un hombre herido, coño! —le dice.

El maje saca la mano por la ventana de la cabina, una disculpa, y afloja. Al rato ya estamos otra vez saltando sobre la tina. Miguel se trajo una colchoneta del Ejército, cortesía del teniente Rivas, me dice, para que yo pueda viajar acostado. Eso me protege un poco del traqueteo. Cuando se pone intenso se me hace igual de insoportable. Tengo suerte, este compadre chele que parece mi mamá no deja que la cosa se desmadre. Al final, el hijueputa que va al timón tienta tanto a la suerte que, al doblar una curva, a la entrada de un puente que ya no existe, se topa con un control de nacionales y, cómo no, ¡stop!, ya nos paró la pesca.

—Buenos días, señor agente. ¿Cómo le va?

Desde la tina no le miro la cara al chofer. Escucho, eso sí, su tono de subidito al dirigirse al policía y me lanzo a rezar para que este bróder no nos dé problemas. Al agente sí que lo miro: cara de pocos amigos, lentes oscuros, bigote refino paralelo al labio y más arrogancia que un comandante de la Revolución entrando en un prostíbulo. Al acercarse a la camioneta sus mejillas se aprietan, reúne en su boca toda la saliva de que es capaz, estira los labios, ladea la cabeza y lanza hacia un lado un grueso y sonoro escupitajo. Ni se molesta en responder al chofer, ni se molesta en mirarle, sus anteojos apuntan hacia nosotros o más atrás, incluso, hacia la última curva de la pista.

—Veamos, exceso de velocidad, invasión del carril contrario al doblar una curva, lleva pasaje en la tina... Yo de usted no sonreiría tanto.

El que sonrío es él, satisfecho bajo sus lentes de sol. Miguel intenta entrometerse. La respuesta del chofer se anticipa a sus palabras.

—Verá, agente, voy un poco deprisita, porque aquí detrás, donde lo ve, llevo un superviviente del Casitas. No puedo demorarme mucho. El hombre necesita cuidados, pues, y debo llevarlo rapidito al Hospital Militar, no más. Sea usted comprensivo.

El tono del chofer continúa subidito. El chepo apoya su mano en la tina para mirarme y se coloca los lentes sobre la frente. Es desconfiado el maje. Pues como para teatritos ando yo.

—El hombre le está diciendo la verdad, agente. —Miguel levanta la cobija que me cubre y muestra la ausencia de mi brazo—. Lo perdió en la ladera del Casitas. Llevamos tres días esperando para evacuarlo.

Ahora, el policía mira a Miguel.

—¿Es usted su amigo? —dice, recolocando sobre sus ojos los lentes oscuros.

—Así es, señor.

—¿Cómo se llama?

—¿Él o yo?

Esa respuesta de Miguel enoja al policía, que se retira bruscamente los lentes,

apoya los codos sobre la tina y se inclina hacia mi compadre.

—¿De dónde es usted? Español, ¿verdad?

Me sorprende Miguel. Parece tener amplia experiencia con la pesca.

—Verá agente, yo sé que aquí es usted la autoridad. De veras que este hombre necesita cuidado médico urgente. —Miguel se saca la cartera del bolso trasero del pantalón y le muestra una cédula de identidad—. Trabajo en *La República*, el diario, ¿lo conoce? ¿Sabe quién es el dueño? Montenegro, Arnoldo Montenegro.

Siento que al de los lentes oscuros le gustaría que se lo tragara la tierra. Se lo impide el asfalto quebrado y húmedo sobre el que se apoyan sus botas militares. Detrás de él, sobre un tramo de tendido eléctrico que aguantó la embestida del *Mitch*, un hermoso guardabarranco entona su canto nasal: cwaanh, cwaanh. El uniformado da un respingo, descubre al pájaro sobre el cable. Es del tamaño de un puño, plumaje verde, celeste, tornasol y negro, dos largas plumas en forma de raqueta sobresalen de su cola.

—Montenegro —masculla el chepo, mirando al ave símbolo nacional de Nicaragua. Se retira hacia la patrulla, hace como que platica con uno de sus subordinados y regresa—. Me va a disculpar, señor, está todo en regla, no hay ningún problema. Pueden continuar. —Sus modales ya son otra cosa, no más se pone ceremonioso el maje—. Espero que su amigo se recupere pronto.

Miguel se lo agradece y en la cabina de la camioneta nuestro subidito arranca y exagera con el acelerador.

—¡Que le vaya bien, agente! —grita.

No lo miro desde aquí, imagino una sonrisa plenamente horizontal, sus labios bien estiraditos.

Cruzamos el cauce de un río seco, uno más de los que dejamos por el camino. A nuestra derecha, otro puente hecho verga. Al otro lado del cauce siento que remiten los efectos de la morfina. Cruzamos y le pido a Miguel que me dé otro vergazo ya para lo que resta del camino. Al maje también le parece lo más adecuado.

—Montenegro... —le digo, parados a un lado de la pista, entre las brumas que comienzan a envolverme—, ¿no será hermano o pariente de...?

—Su hermano mayor, sin ir más lejos —me interrumpe—. Es infalible, *my friend* —añade, seguro de sí mismo—. Llevo casi tres años en este paisito, ya ni sé cuántas veces me paró la policía. Borracho, pisando la línea continua en varias curvas, adelantando donde no debía, incorporándome al carril derecho al salir de un semáforo; la policía de este país tiene mucha imaginación para clavarte la multa, incluso me han parado sin haber hecho nada, para inventarse una infracción. Pues bien, en cuanto les digo que trabajo en *La República* se acabó.

Me da risa esa historia de Miguel. Rodrigo Montenegro, el hermano de ese tal Arnoldo, es el comisionado de la Policía Nacional y a mí me persigue la pesca desde chico, la nica y la catracha; tengo alergia a esos hijueputas.

—¿De verdad, vos trabajás en *La República*? —le pregunto a mi compadre.

—Bueno, hace ya rato que salí de allá, pero un policía de tránsito no tiene por qué saberlo —me dice Miguel.

Me gusta cuando el maje intenta hablar como nica. Suena raro, con ese acento de español tan fuerte. Tiene una voz que intimida este Miguel; vozarrón, más bien. Las erres redoblan en su garganta, las zetas necesitan de toda su boca para salir, por eso su nicañol tiene más personalidad que el pinche Humphrey Bogart.

Lo dejamos ahí, entre el cansancio y la morfina no estoy como para pláticas demoradas. Miguel no añade nada a su historia y los dos miramos hacia el noroeste, hacia los volcanes, todos seguidos, desde la carretera que va a Managua se ven pegaditos los unos a los otros: Momotombo, Santiago, San Cristóbal, Telica, Cerro Negro, el hijueputa Casitas. La cordillera de Los Maribios, pues. No volverán a verme por estos lados, les digo a los cerros picudos, allá se quedan a lo lejos.

Ahora el chofer lleva más cuidado al manejar. Parece que ya nos agarró respeto, sobre todo a Miguel, claro. Nada como una buena demostración de poder para impresionar a un nica. Los amortiguadores traseros de la camioneta son bien duros. Pese a las atenciones de Miguel, que me permiten viajar con la espalda acolchadita, y la consideración recién estrenada del subidito de delante, los baches me convierten en un danzante recostado. En un cruce recogemos a un viejito achaparrado que pide *raid* hacia la capital con un saco de tela al hombro casi más grande que él.

Miguel se presenta. El viejito, me parece entender, se llama Anastasio Álvarez Chamorro. Poco a poco, mi compadre se lanza, preguntita a preguntita: de dónde viene, cómo es que va a Managua, dónde fue que lo agarró el *Mitch*, y el viejito que, receloso, le cuesta arrancar, enseguida se anima a contarle. Habla despacito, Miguel se esfuerza por entender su plática aturullada, ya que faltan unas cuantas paletas en su boca; yo voy perdiendo el interés de cansado que estoy, siento como si respirara plomo.

—Que viene de Lechecuagos —le digo a Miguel que dice el viejito—. ¿Conoces? Eso queda en la ladera del Cerro Negro. Una comunidad perdida, pues. Dice que por allá bajaron unas correntadas arrechas.

—Tuve suerte —añade, muy seco, el anciano.

—¿Va de visita a Managua? ¿Tiene familia allí?

El señor hace una mueca, parece una sonrisa, más triste que un bolero. Señala hacia la cordillera volcánica, allá en el horizonte, al Cerro Negro.

—Viví allá casi toda mi vida. —Hace una pausa, sus ojos apenas expresan nada, rojos de dolor—. Las lluvias se llevaron mi casa, pensaba levantarla de nuevo, pero cuando el cerro empezó a tronar ahí ya, ¡ni quiera Dios!

—Pero ¿de qué está hablando? —dice Miguel.

Los dos miramos hacia el Cerro Negro, una tenue columna de humo asciende sobre el cráter. El viejito mira fijamente a Miguel.

—Fue ayer en la noche, tembló la tierra. ¿No la sintieron? Escuchamos el cerro tronar entre la lluvia. Echaba humo y un río de lava empezó a bajar por la ladera

hacia las casas. —Se detiene, mira fijamente a Miguel; para él como si yo no existiera—. Ya no puedo más, doctor. Me voy a lo de mi hija, en Managua pues. Nunca quise dejar la comunidad; ahorita ya no me queda otra. Al menos viviré tranquilo mis últimos años. No serán muchos ya, salta a la vista, ¿no cree, doctor?

El viejito le agarró el gusto a la plática, que yo me pierdo porque siento el cansancio y la morfina que ponen mis párpados en caída libre. Sí, me quedo dormido, ajeno al traqueteo, a las miradas piadosas del viejito, al vuelo de los guardabarrancos, al frescor de la mañana, todavía presa de esta humedad que aplasta, todavía *Mitch*. Cierro los ojos y, de pronto, escucho una voz interior adolescente, un eco lejano bien adentro en mi cráneo. Como si mi subconsciente quisiera que entienda, a huevos, que la vida rara vez mete la reversa.

¡Jodido CPF! Sí, el muerto es mío y esta es mi nueva vida. Gustavo, Bautista, Latania, con estos majes uno se siente a salvo. Aquí andamos, escondidos en uno de esos barrios que se aferran a los cerros de Tegucigalpa. El aeropuerto se siente cerca, es mi única referencia, porque los aviones se escuchan que ni aterrizaran en la mera calle, frente a nuestra casa de seguridad.

Cocina una anciana con mano de ángel, doña Esmeralda, una joya, mujer gruesa, bien india de ojos verdes, viuda y madre de dos compañeros ofrendados a la causa. La doña preserva el recuerdo de sus hijos con el compromiso intacto ante la organización que los convirtió en mártires y aquí está haciéndonos la lucha más llevadera.

Ya el primer día nos espera uno de sus almuerzos, la mejor cazuela olanchana de mi vida. Uno piensa que la Revolución es sufrimiento y renunciaciones. Confiando en que mi mamá nunca me oiga decir esto: no comí mejor en toda mi vida. Ella también es buena de cuchara, pero, de plano, jamás acogería en su casa a gente como nosotros.

Es así, encerrados con doña Esmeralda, que mis compañeros y yo nos vamos conociendo. Por omisión, a Bautista, una jodida prisión. Es un indio, pienso, y también me lo repite Gustavo.

—Nunca adivinarás lo que piensa, loco, es un indio.

Por acción, a Gustavo, que se hace notar como jefe, aunque en este reducido refugio no necesite dar órdenes. Incluso duerme en el carro, estacionado en el patio trasero de la casa. Dice que los pies de los indios mucho hieden, no más como la caldera sulfurosa de un volcán. No estoy de acuerdo, los pies de Bautista hieden muchísimo peor que el cráter del Masaya. Latania es otra cosa, empiezo a notar que la atraigo, cuando me mira me da la cagazón, lo que siento es puro pánico. Al llegar a la casa y comprobar el botín me dijo: «Nada como entrar matando para que nadie replique».

Latania no es una simple subordinada, no como yo, al menos. Tampoco es como las niñas de Coyoles, mocosas devotas aleccionadas para no entregarse sin divina

bendición. A mis dieciséis años solo besé a una mujer. Visto y no visto, bien que lo recuerdo: dormía la siesta, ella tenía trece, yo también, arrimé mis labios a su boca y apreté. Todavía me duele la mejilla del vergazo que me lanzó. Nunca más platicó conmigo, ni ella, ni ninguna de sus amigas, la muy chancha les fue con el cuento de que intenté violarla. Me miraban como si fuera a pegarle fuego a la cosecha de banano. La noticia corrió rápido a oídos de mi mamá que, sin preguntar siquiera, me reventó la espalda con la chinela. Ya calmada, la convencí de que mi versión era la correcta. Eché de menos, entonces, alguna advertencia sobre mujeres. Ni modo, crecí sin padre, huérfano de consejos sobre misterios femeninos.

Con los hombres y los chavalos fue otra cuestión. De la noche a la mañana todos me felicitaban como a quien acabó de superar una prueba para ver si sos bien macho. Todos, cómo no, salvo el papá de la piruja. No vino solo, se trajo a la pesca y me llevaron preso. Los otros reclusos, ¡clase pervertidos!, me trataron como a un puerco. Tuve suerte, mi libertad apenas se demoró una noche y preservé la virginidad de milagro. Mi mamá platicó con la muchacha y la hizo confesar que todo era un puro cuento. Me prometí no pisar jamás el mamo y, sobre todo, nunca confiar en las mujeres. Tres años después lo ignoro todo sobre los placeres de la carne. Soy el juguete perfecto para una mujer como Latania.

Por la noche Bautista ronca sobre el sofá de la sala y yo, tumbado en el suelo, veo la silueta de la guerrillera recortada contra la ventana, como un fantasma. No puede venir a por mí. Sumerjo mi cabeza bajo la cobija y, de pronto, noto sus manos que acarician mi pelo. Su calzón, como de encaje, asoma bajo una camiseta negra.

—Ven, Julito. ¡Quiero tu cuerito! —me dice, como si ella fuera el hombre y yo la muchacha inmaculada que no debe resistirse. No tengo voluntad, camino de su mano como hechizado hacia su habitación—. ¿Sos virgen vos?

¡Como si tuviera dudas, la maldita! Me sonrío como las mamasotas de las revistas y comienza a desnudarme en silencio. Mucho mejor que en cualquiera de mis fantasías eróticas. La mano de Latania presiona con suavidad mi verga. Quizá por ello no escucho sus pasos, los del jodido Gustavo que abre la puerta y, enturcado al vernos, me lanza un contenido hijueputa y se retira. A Latania se la pela el eje que se arreche el jefe.

—No sé qué se pensó el jefecito este, pues —me dice.

El jefecito. Esa fue buena. Acabo de perderle algo de respeto al jefecito, aunque me acalambra que en algún arranque el maje haga valer su rango. Por suerte, Latania sabe cómo hacerme olvidar las babosadas de Gustavo. Yo me dejo llevar.

La primera vez no dura mucho, lo intento tres veces. Primero me lame todo el cuerpo y cuando veo su boca dirigirse despacito hacia mi verga, todo explota. Latania es dulce, no se enfada, me calma. Después, ya practicando la penetración, sus caderas giran como peonza y ahí ya, me fui no más. A la tercera aguanto un poco más con la verga en el horno. Poco para Latania. Me mira con dulzura, no más falta que me dé unas palmaditas en el hombro. Al menos, no me echó de su cama. Dormir abrazado a

Latania es bien rico, ya me pueden dar veneno que repito. Por el día es otra cosa, una tortura, ni me mira siquiera, no entiendo ni verga.

—¿A esta la pica el culo o qué onda? —le platico a Bautista, cuyo interés por el asunto lo comparo al que una tortuga paslama pueda mostrar por la literatura latinoamericana y el realismo mágico en un día de lluvia. O de sol.

Llega la noche y Latania entra en la sala para arrastrarme de nuevo hacia su lecho. Mirá que son raras las mujeres, no las entiendo, nunca lo haré, y Latania es la más extraña de todas las que conocí hasta hoy, también la más araña, parece saberlo todo sobre el sexo. Yo me dejo dominar, es decir, no se me pasa por el ayote que sea de otro modo. Me instruye en el arte de lamer los labios del bicho, aparece ante mí un nuevo ente llamado clítoris, pierdo mi voluntad al verla reaccionar a los movimientos de mis dedos, intento recuperarla al sentir que me introduce los suyos por el culo.

—Eso es de cochones —le digo, y en un meneo se sale con la suya. No protesto. ¡Dios!

—Tenés suerte, chavalito. Ojalá a tu edad me hubiera encontrado con alguien como yo —me dice Latania al rato, fumando un cigarrillo. Mi sonrisa me delata, lo mismo digo de mis ojos clavados en el techo—. Olvidate de la guerra, la Revolución y esas vergas. El sexo, Julito, el sexo es lo que nos hace libres.

Sí, Latania es tiesa en esto del sexo, de viaje, y yo, más torpe que un monaguillo, el juguete perfecto para sus perversiones. Le gusta enseñar, ya soy su alumno favorito en materia guerrillera, ahorita me alecciona sobre las cosas importantes de la vida, y el sexo, dice Latania, el placer, es la más importante de todas.

Pasamos el día viendo televisión, nos buscan; a los periodistas les interesó el asunto.

—Andan más despistados que Somoza en sus últimos días de gobierno —dice Bautista, hombre de poca plática, siempre certera, claro, el maje apenas suelta la lengua cuando tiene algo que decir. Es lo que hacen los sabios. Me cae bien Bautista. Nos hace reír el misquito, aunque a la hora de contar chiles ya se pone espesito, siempre haciendo guasa de los nicas.

Los del noticiero, la policía, nadie le pone firma al asalto, ocultan intencionadamente la existencia de nuestro grupo, ni lo mencionan en los diarios. Conocen dos datos que nos preocupan. Primero, que uno de los atracadores hablaba con acento nica. También que el arma con que abatieron al guarda era una Beretta 92. Gustavo me mira.

—Si nos preguntan, que te regalé mi arma, ¿mentendés? —Toma mi mano, la abre y, en ceremonial entrega, su pistola pasa a mi propiedad—. Sos el hijo del Diriangén, solo por eso te daré otra oportunidad, pero ese muerto es tuyo. ¿Estamos claros con eso?

—Por supuesto, Gustavo —le digo. No más planteo una duda—. ¿Y vos? ¿Te quedás sin arma?

—Tranquilo, chavalito, no te preocupés por mí.

Gustavo me muestra la hermana gemela de mi nueva pistola. Nunca lo miré tan subidito. Si se las quiere dar de maje fiero, va pues, adelante. No más consigo pensar en mi temprano ingreso al club de la Beretta; a mis dieciséis, de plano debo de ser el miembro más joven.

Jugamos naipes y al ajedrez, Gustavo y Latania se pasan los primeros cuatro días separados por el tablero, el jefecito tiene muy mal perder. Ella acaba por mandarlo a la verga y advierte: no moverá una sola pieza más. Latania, entonces, decide que debo aprender algo nuevo.

—Esto es algo más que un juego, Julito —me dice, se pone profunda—. Es un arte, una ciencia, un deporte mental.

Soy nefasto para el arte, la ciencia y el deporte mental. Pierdo una y otra vez. Siento que Gustavo está cada día más en mi contra. No soy consciente de ello, Latania me utiliza para ponerlo celoso. Gustavo no puede hacer otra cosa que cerrar las tapas. Es lo que tiene promover el amor libre, uno debe aguantarse cuando lo practican los demás y nadie te invita. Yo no sé lo que es el amor libre, ni siquiera conozco el amor preso, o el amor sin más. Soy apenas una especie de esclavo de Latania, vivo obsesionado con ella, y sí, lo confieso, cómo la gozo. Es bien rico.

Una tarde hacemos arte, ciencia y deporte mental en la sala. Al otro lado de la estancia Gustavo y Bautista, mano a mano, con los naipes. Después de hacerme jaque mate, Latania saca el veneno y alaba mi saber perder a diferencia, dice, de ciertas hierbas. Latania es maldita, se caga de la risa, yo me contagio y la sigo hasta que siento la nueva Beretta de Gustavo sobre mi sien.

—¡Estoy hasta la verga ya de este hijueputa chigüín! —Me sujeta por el cuello mientras se dirige a Latania—. ¿Qué más tengo que hacer por él? Maté a un maje por él, se quedó con vos y encima celebra tus putiadas. ¡No fregués!

Latania es hielo, no pierde la calma. Le dice a Gustavo, mirándolo como si lo fuera a hipnotizar, que no se comporte como chavalito y no sé qué más vergas sobre el amor libre. Consigue que el jefecito retire la pistola de mi cráneo. Doña Esmeralda se asoma desde la cocina con expresión cansina, meneando la cabeza.

—Son ustedes como chigüines, pues, jugando a la Revolución.

Su frase da por cerrado el pleito. Gustavo se guarda el arma y Latania sus carcajadas, ahuevados los dos y con la cabeza gacha por las palabras de la anciana.

Son ya seis días acá, los noticieros apenas mencionan nuestro recupere, o atraco como le dicen en los diarios y en la televisión. Con Gustavo cada vez más confinado dentro del carro, entregado a la lectura de manuales de combate e insurgencia que intercala con novelas latinoamericanas que yo me muero por pedirle prestadas, Bautista se muestra más sociable; escucha punta y parranda^[2] sin parar, aunque, por seguridad, no podamos poner la música a todo mamón como a él le gustaría. El maje, además, resultó ser un gran estratega al ajedrez. Una tarde, mientras Latania echa un sueñecito en su habitación, me gana cinco partidas seguidas en escasos movimientos. Insisto para jugar una sexta y se lanza la gran carcajada.

—Sos igualito a tu papá, ¿sabés?

Me quedo de piedra.

—¿Lo conociste?

—¿Quién creés que me puso Bautista?

Intento mirar dentro de sus ojos verdes, siempre perdidos en algún laberinto interior. Por primera vez, parecen iluminarse, deseo hacerle miles de preguntas, pero su mirada me detiene, como si dijera: «Paciencia chavalo, acabarás por saber». Bautista mira al tablero, prepara las figuras para una nueva partida y me reta.

—Si me ganás esta, te cuento cómo lo mataron. Yo estaba con él.

—¿Y si pierdo?

—Entonces te cuento un chile de nicas —otra gran carcajada—. Vos verás cuál te interesa más.

Me concentro como nunca en el arte, la ciencia y el deporte mental. Ni verga, no es suficiente, pierdo por enésima vez. Le suplico a Bautista que, aun así, me lo cuente. Ni verga. Se niega el jodido.

—Un pacto es un pacto —me dice.

Cuando le gane una partida y no antes obtendré acceso a la historia de la muerte de mi papá. Solo mierda es el jodido misquito. ¡Para una vez que se lanzó a la plática! El chile que me cuenta como castigo no me hace gracia. Algo de un argentino, un mexicano y un nica ignorante. Bautista, eso sí, se caga de la risa.

Pasaron dos semanas ya, una eternidad, y aún en la casa. Por la mañana, Gustavo entra arrogante en el cuarto de Latania y anuncia la separación. Gustavo, Bautista y Latania preparan un nuevo golpe del cual yo no debo saber nada. A mí me regresan a Nicaragua.

—En dos meses, compañero, nos volvemos a ver. Aprovechá para aprender al ajedrez —me dice Bautista sonriente. Su mano golpea mi espalda con la fuerza del cariño desmesurado. Casi me hunde el omoplato en el pulmón.

Gustavo me desea suerte, para mi sorpresa me regala *Conversación en la catedral*, de Mario Vargas Llosa, y *Un pueblo en armas*, del comandante Carlos Núñez Téllez.

—Lecturas obligadas —me dice—. Aprovechá el tiempo, loco, tenés mucho que aprender. —Sus brazos se extienden hasta mis hombros, su mirada subraya su rango—. Y no te olvidés: vos ya mataste a un hombre. Sos un guerrillero, ¿mentendés?

Por supuesto, no pienso discutirlo.

El beso de Latania es amistoso, en la mejilla, la despedida de verdad fue nocturna e íntima, la cogedera más rica de mi vida. Me platicó que había mejorado mucho como amante en pocos días y antes de dormirme abrazado a ella repitió, para que quede reforzado en mi memoria, como si yo fuera a olvidarlo algún día, su principio vital.

—El sexo, Julito, es lo que nos hace libres.

Solo por ella merece la pena esta guerra. Sé que echaré de menos a Latania, quizá

me enamoré; me lo callo, no quiero que nadie se ría de mí. Soy un guerrillero; empiezo a entenderlo Gustavo, empiezo a entenderlo.

Me despierto en el semáforo del Siete Sur, no siento dolor; el viejito y Miguel me miran sonrientes.

—Tuviste sueños convulsos, no te quise despertar —me dice Miguel—. No estaba muy seguro. ¿Sufías o disfrutabas?

Encojo los hombros, es extraño cuando te falta un brazo. Bostezo y miro alrededor. Circulamos ya por las calles de la capital, entre vendedores callejeros y vergueados taxis soviéticos. Managua, ciudad de asentamientos miserables y residencias de lujo, de rotondas ampulosas y centros comerciales, de asfalto quebrado y de mendigos en edad escolar; heme de nuevo aquí, en este lugar al que solo pensaba regresar para cumplir un último encargo y dárme las para los Estados. Es una jodida paradoja, ahora estoy de regreso y empiezo una nueva vida, espero que muy distinta. Tumbado sobre la tina de la camioneta miro al cielo nublado a través de los árboles que separan ambos lados de la Pista de la Resistencia y, en la intimidad de mis pensamientos, me cago de la risa: Managua, una nueva vida, tiene gracia. Mis planes se fueron al carajo y, sin embargo, sigo siendo fiel a ellos. Ya no están mis hijas, ni mi Damaris, solo tengo a este chele convertido en mi sombra, mi enfermero, como un misterioso ángel de la guarda, eso es todo, y, aun así, mi vida recomienza. Tiene suerte ese último desconocido al que tenía que dar matarile, acaba de resucitar, aunque él no lo sabe, nunca lo sabrá.

—Esa de ahí es mi casa —señala Miguel al pasar por la Colonia del Periodista. Yo no distingo cuál, a su alrededor todas son iguales. Modestas, pues—. Ya vendremos cuando salgas del hospital.

El Hospital Militar, ahí me lleva Miguel, no es el refugio más seguro para un asesino. Al menos me tratarán bien, una cama allí cuesta un vergazo de reales. Necesito descansar, necesito pensar.

Cosas que tengo que hacer en Managua: saber de mi mamá, pasar donde Ramírez a por el pasaporte y agarrar mi guaca: cincuenta mil dólares. Solo cruzo los dedos porque el Minguito^[3] me la cuidara bien. Y ya, eso es todo. Nada me retiene en Managua ni en la jodida Nicaragua. Mi vida sería hoy tranquila de no haber dejado Coyoles, a mi mamá. Fui buen estudiante, quién sabe, ahorita fuera profesor de Literatura Latinoamericana, médico como mi papá o ingeniero agrónomo y trabajar en el banano, qué se yo. A la verga todo, pues, ¡qué más da! Solo mirate aquí, hecho paste, das lástima, mutilado por un hijueputa volcán, a punto de morir por una pinche infección después de haber esquivado tantas balas.

Doy gracias a Dios por no tener un espejo. La última vez que vi mi rostro mis hijas vivían, Damaris, Pichardo, todos muertos, y ahorita aquí ando, camino del Militar, como si fuera imposible deshacerme de mi pasado: armas, soldados, guerra.

Si me olvido de la guerra, decime vos, ¿quién soy? Julio García Baltodano, sí. Nadie, como quien dice.

VII

Tumbado en su cama del Hospital Militar de Managua, envuelto el muñón de su brazo por un aparatoso vendaje, Julio decidió renacer. Se había empeñado en vencer a la muerte física, la diferencia entre respirar y dejar de hacerlo, pero su renacimiento voluntario iba todavía más allá; renacer, vencer al sueño eterno, lo aprendí de él, puede no ser suficiente. Es necesario el deseo, querer vivir. Julio, que hasta entonces, a juzgar por su estado de ánimo, no parecía tenerlo muy claro, tan grande había sido su pérdida, comenzó a aferrarse a la vida con la fuerza de un temblor de tierra.

Sí, no hay duda, Julio quería resucitar, tenía una prisa insaciable por hacerlo. Dos días después de su ingreso, cinco desde su paso por un quirófano improvisado a la vera de un gigantesco cementerio, el peligro de infección parecía descartado de forma definitiva; su respiración recuperaba fluidez a ritmo de marcha castrense; las heridas y los hematomas iban diluyéndose sobre su piel y ya comenzaba a arrancarse con el andador. Necesitaría, eso sí, algún tiempo más de descanso y vigilancia. Es lo que decían, al menos, los médicos. Julio no estaba de acuerdo. Actuaba como si diera por sentado su recuperación. Como si no le preocupara la muerte. Su cabeza se había marchado a unos mil kilómetros de distancia, a un lugar llamado Coyoles, al norte de Honduras, donde, me contó, vivía todo lo que le quedaba en este mundo.

—¿Y entonces? ¿Ya tenemos línea? ¿Y la carretera? ¿Abrieron ya la frontera? Necesito saber de mi mamá. Encendé el noticiario, rápido.

Todos los días me disparaba preguntas como estas. No era su única diana. El segundo disparo lo recibían la enfermera Martínez o la enfermera Cruz, la primera visita de la mañana, solícitas mestizas encargadas de que Julio se sintiera como en su casa, aunque si su casa había sido, como suponía, una chabola de madera y zinc colgada de la ladera de un imprevisible volcán, la diferencia debía de ser abrumadora.

—¿Sabe usted cuándo me podré ir, señorita?

La sanitaria correspondiente lo miraba con derretida dulzura, subrayaba los límites de sus funciones y recomendaba a Julio consultar la opinión del doctor Zúñiga, un refinado militar de piel blanca y fino bigote, mirada punzante y figura estirada como un ciprés.

—Me siento mucho mejor. Me podré ir muy pronto, ¿verdad, doctor?

El médico sonreía, sus blancos dientes contrastaban entonces con la estrecha franja de pelo negro que presidía sus labios y su mano derecha se posaba sobre el brazo sano de su paciente.

—Lo suyo es admirable, Mario —le venía el doctor a repetir, con ligeras variaciones, cada mediodía—. Descuide, podrá irse antes de lo que esperábamos. — Su mano se cerraba afectuosa sobre el hombro de Julio, acentuando una pausa intencionadamente dramática—. Aunque eso no va a suceder hoy, amigo mío.

Julio ansiaba ver a su madre y aquel deseo me empujaba a evocar con dolor a la mía. Ni siquiera pude despedirme de ella. Hace ya una década que nos vimos por

última vez. La imaginaba envuelta en una nube de tristeza, gris, inabarcable, como el cielo del invierno vasco. En mi padre, por el contrario, adivinaba una decepción sin fin ante la delación del menor de sus hijos. Tampoco sabía nada de mis hermanos, tíos, primos; nadie conoce, siquiera hoy, mi paradero. Una traición gobierna mi existencia y la única certeza es el agotamiento que produce la huida.

Estaban cerca, acechaban mis enemigos, me lo había soplado una fotografía fantasma que todavía guardo en la cartera. Todo habría sido más sencillo si Julio no yaciera en una cama de hospital, pero la realidad era incuestionable: allí estaba Julio, mi responsabilidad. Debía huir, salir corriendo; no podía. Esa voz, la que resuena de forma maquinal en el cerebro, me repetía: «Julio te necesita». Mejor debiera haber dicho: «Necesitas a Julio». Sí, esa habría sido la frase correcta.

Deseaba que se restableciera con todas mis fuerzas. Lo acompañaría a Honduras, estaba decidido. Mientras él guardaba aquel reposo atiborrado de antibióticos y ansiedad, yo enviaba fotografías y crónicas desde Managua que utilizaban diarios de medio mundo. El huracán se lo había llevado todo por delante; me sentía obligado a propagar las historias del *Mitch*, a convertirme en altavoz de los miles de afectados. Sería, por decenas de miles de cuerpos de ventaja, la mejor acción de toda mi vida. Además, no había mucha más gente en Nicaragua que pudiera realizar aquella labor. Los días en que Managua acogía a corresponsales de medio planeta, aunque casi todos ellos, recuerdan las malas lenguas, vivieran encerrados en el Intercontinental, eran apenas una sombra del pasado.

La primera tarde de regreso a la capital, después de entregar a Julio al cuidado de los médicos del Militar, visité los barrios de la periferia donde la alcaldía había realojado a los miserables expulsados a golpe de crecida de las orillas del Xolotlán.

—Huracanes, guerras, terremotos, maremotos, erupciones... En este país coleccionamos desastres, ¿sabe usted, chele? La verga es que no sabíamos que todavía nos faltaba el lagomoto. —Pese a la tragedia, Rubén Antonio Nicoya Ñamendi, cabeza de una familia de seis miembros desalojada de la orilla del lago, no había perdido el sentido del humor. Ni el sarcasmo—. ¿Ya oyó usted hablar de El Morongazo^[4]? Cualquier día de estos desaparecemos todos y nadie nos echará de menos.

Rubén Antonio Nicoya Ñamendi vivía ahora a las afueras de la ciudad, a las puertas de Ciudad Sandino, donde había nacido un nuevo asentamiento. El Gobierno lo llamaba Barrio Nueva Esperanza; el resto del mundo, bastante más certero, lo conocía como Barrio Mitch. Miles de desalojados por la naturaleza se esforzaban por recrear allí su hogar. El reportaje que envié esa noche hablaba de casitas de plástico negro, madera y techos de zinc, hedor a desechos humanos y personas como Rubén Antonio Nicoya Ñamendi y su familia de seis miembros. Mientras lo redactaba sentí que mi capacidad para encontrar adjetivos estaba a punto de agotarse.

Tardé menos en escribir que en ducharme. El agua fría de Managua no fue suficiente para exorcizar las visiones de los últimos días, atoradas en mi cerebro. Los

ojos de Daniel Llamas Vivas, zopilotes que acechaban cadáveres, el brazo de Julio que estallaba ante mis ojos; quise combatir las escenas del Apocalipsis con mujeres desnudas, actos sexuales agazapados entre las neuronas de mi cerebro. En vano. Lloré intentando masturbarme.

Pasé la noche junto a la cama de Julio, sus ronquidos habían dejado de oler a tierra. La inquietud, no obstante, tal vez incluso el terror, invadía todavía sus sueños. Recordé mi promesa y por la mañana alquilé una camioneta de tina; cruzando vados a la sombra de puentes en ruinas, regresé por carretera hacia León y Chinandega, dejando esta vez, a un lado, Posoltega. En los lamentables hospitales departamentales hablé con supervivientes, médicos, forenses y enfermeras, recorrí las habitaciones preguntando a los pacientes, visité los depósitos de cadáveres buscando a niñas sin reclamar de unos dos años, para confirmar con elevada probabilidad que a la esposa e hijas de Julio García Baltodano se las había tragado la tierra, literalmente. Por lo visto, sus cadáveres permanecían enterrados bajo el manto de lodo de Posoltega, quién sabe a cuántos metros de profundidad o quemados, quizá, en el más absoluto anonimato. Julio recibió el resultado de mis pesquisas con entereza, como si fuera algo digerido hacía ya mucho tiempo. Extendió su mano hacia mí y sujetó mi brazo.

—Gracias, Miguel, por todo.

Mi relación con el teniente Rivas permitía a Julio una recuperación sin sobresaltos en el Militar. Concienciado como estaba el oficial de que el mundo debía conocer los terribles sucesos ocurridos en su Nicaragua, el Ejército me acercaba de madrugada a zonas devastadas por todo el país para dejarme de vuelta en la Fuerza Aérea al caer la tarde. El teniente había convencido a sus superiores de que mi labor combinaba tan bien con sus intereses de antiguos mandos sandinistas obligados a servir a un gobierno liberal como el arroz con los frijoles. Mis crónicas o, más bien, la respuesta del Ejército ante la realidad del *Mitch*, dignificaban a la institución y dejaba en muy mal lugar al presidente. Mis servicios, de hecho, no interesaban solo al Ejército. También me proporcionaron plaza en el helicóptero de la comisaria europea de ayuda humanitaria, en vuelo de reconocimiento por el norte de Nicaragua, y un lugar privilegiado en la comitiva del príncipe Felipe en su meteórica visita a la desolación nicaragüense. Aquella mañana pensé en mis antiguos compañeros de armas, en lo que dirían al saber que tuve tan a tiro al heredero de la Corona. Me alegró descubrir que su presencia no me provocaba arrebatos magnicidas.

La cobertura del *Mitch* era inabarcable. A diario surgían demasiadas cuestiones sobre las que escribir. En las embajadas, por ejemplo, pronto fue visible la agitación entre los encargados de negocios. La economía del desastre se frotaba las manos.

—Toda catástrofe es una oportunidad.

Se la escuché, a la frase me refiero, a un sujeto recién llegado a Managua con veinte mil millones de pesetas bajo el brazo. Su misión, diseñada en Madrid en los despachos del Ministerio de Economía, consistía en identificar proyectos de reconstrucción, financiárselos con créditos blandos al Gobierno de Nicaragua y

adjudicar los contratos a la empresa española que entregara la mejor oferta. Idénticos procedimientos de ayuda al desarrollo, así se referían a ellos, se cocinaron en otras legaciones: Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia. Socialismo y capitalismo, Nicaragua conoce por igual el lado más oscuro y catastrófico de cada bando.

Viajaba, investigaba y escribía, me sumergía en mis obligaciones periodísticas sin dejar de pensar en Julio. Buscaba con insistencia noticias de Honduras, sobre todo las que hablaban del Valle del Aguán, de Coyoles, el hogar de mi resucitado. No eran buenas, tan solo el Casitas superaba al río hondureño en la clasificación de asesinos: más de mil cuatrocientos muertos, una matanza. Setecientas personas continuaban desaparecidas. Las imágenes televisadas de las plantaciones de banano, sustento casi exclusivo de toda una región, recordaban a un siniestro bosque petrificado. A Julio, yo le suavizaba la verdad. Pormenorizarle cifras sombrías, referirle que algunos ríos habían extendido sus cauces en más de trescientos metros, informarle de que las aguas se habían alzado sobre su curso y habían ahogado edificios de tres plantas no tenía sentido.

Amanecía por cuarta vez desde el ingreso de Julio en el hospital. Me desperté y salí en busca de la prensa. Las portadas, como cada día, hacían recuento: más de diez mil muertos entre Honduras y Nicaragua. De regreso en la habitación donde Julio dormía, encontré en el papel un nuevo estrago que añadir al extenso legado del huracán. Miles de minas antipersona, todavía enterradas ocho años después de que los nicaragüenses dejaran de asesinarse entre sí, se hallaban en paradero desconocido. Ni el más retorcido de los psicópatas de James Bond habría diseñado un cataclismo de semejantes proporciones.

—El asesino perfecto.

Lo pensé y, por lo visto, también lo dije. Mis labios, lo juro, actuaron por su cuenta. Me tapé la boca en un acto reflejo y miré inmediatamente hacia la cama. Julio dio un respingo, se incorporó como un resorte. En algún lugar de su agitado idilio con Morfeo, imaginé, se le había cruzado un fantasma.

—¡Soy un asesino!

Todavía me lo hago encima al recordar el susto que me dio. Intenté calmarlo. Me vi obligado a pasar a las manos.

—Tranquilo, Julio —le dije, sujetando con fuerza sus hombros—. Soy Miguel. ¿Recuerdas? Miguel, el chele, Posoltega. —Comenzó a reaccionar—. Hablaba del *Mitch*, el asesino, ¿te acuerdas? El huracán es el asesino.

—El *Mitch*. —Sus dientes se separaron en una sonrisa marmórea—. Claro, un asesino, sí, un asesino. —Balbuceaba mientras su espalda recuperaba sin prisa el contacto con las sábanas.

Tenía excelentes noticias para Julio y no podía haber encontrado mejor momento para dárselas. Jamás, eso sí, hubiera podido imaginar su reacción. Señalé al teléfono sobre su mesilla.

—Tu madre está bien. Hablé con la oficina de la Standard Fruit Company en

Coyoles y me dijeron que ella y sus dos hijos están bien. El banano hecho mierda, eso sí, pero en la plantación todos vivos, ni un herido siquiera.

Un leve brillo iluminó sus ojos.

—¿Sus dos hijos? —Mi noticia, por lo visto, era mejor de lo que pudiera haber imaginado—. ¿Tengo dos hermanos? —Para un hombre recién rescatado de la muerte, perdidos un brazo, la esposa y dos hijas, aquella débil luz en el camino sonaba a triunfo—. ¡No jodás! Dos hermanos —repitió moviendo suavemente la cabeza.

—Eso parece, Julio. —Es todo lo que acerté a decir—. Por cierto, ya abrieron la Panamericana. Se puede cruzar por El Espino.

De haber podido, hubiera cruzado en ese mismo instante. Tuvo suerte de que pudiera sujetarlo.

—Acercame el andador, pues. Tengo que irme. Debo ir a Honduras.

—Y cuando puedas hacerlo yo te acompañaré. —Conseguí que se sentara de nuevo sobre la cama—. Solo deberás esperar un poco más.

—No puedo. Mi mamá ya esperó demasiado tiempo. Tengo que irme.

Se incorporó y aguantó unos pasos más esta vez antes de acabar, de nuevo, en mis brazos.

—Debes descansar, Julio. —Lo recosté sobre la cama—. Además, ¿cómo piensas cruzar la frontera? No tienes cédula ni pasaporte ni nada. ¡Es como si no existieras!

Respiró hondo, asintió resignado y apoyó su cabeza sobre la almohada. En el exterior las nubes persistían en su afán por ocultar el cielo. Me acomodé en la butaca y encendí la televisión. Hablaban de Honduras.

—Miguel, tengo que ver a mi madre, es todo lo que me queda. ¿Me ayudarás? Solo así tendrá sentido que me salvaras la vida. —Hizo una pausa, como si rumiara una confidencia terrible; tragó saliva con dificultad antes de proseguir—. Necesitamos mil pesos. —Esperó a ver cómo reaccionaba—. Para un pasaporte. —Me miró intentando leer más allá de mi rostro; yo no moví un músculo, no dije nada—. Está bien, te daré una dirección, preguntás por Ramírez, le decís que te envía el Cazador. Te hará esperar, igual tenés que regresar más tarde.

Fue sencillo o, mejor dicho, pudo haber sido peor. Salí del hospital y cogí un taxi hacia la IV Etapa del Reparto Schick, un barrio miserable en el sureste de la ciudad. Dos cuadras después del Militar, el Lada azul cielo se detuvo para captar otro cliente.

—Nos agarra en la ruta, chele —justificó el taxista con una sonrisa.

Dos minutos después se nos unió una señora con un bebé. El taxista me volvió a sonreír y todavía quedó sitio para un quinto pasajero. Los taxistas de Managua, mis grandes amigos, no escatiman un peso. Entre lo lejos que quedaba mi destino y las vueltas que fue dando para acercar a su nutrida feligresía, pasé casi media hora embutido en el asiento delantero de aquel motorizado vestigio de la Guerra Fría. No me molestaba pasear por Managua, siempre descubres barrios nuevos, y nunca antes había pisado el Schick. A medida que nos adentrábamos por sus calles adoquinadas,

la suciedad, los borrachos, las viviendas de bloques de concreto, madera e, incluso, adobe, el gesto ceñudo de púberes pandilleros que ejercían de vigilantes, todo aquel fresco amenazante me ayudó de inmediato a entender la razón de su reinado entre los barrios de la capital de Nicaragua donde un extranjero de piel blanca jamás debería poner sus pies.

—¿Quiere que lo espere, doctor? —inquirió el taxista, concluida la carrera, tras ver los billetes de mi cartera. El tipo consideraba mi presencia en aquel lugar como una anomalía: territorio no recomendable para un chele.

Miré la casa ante la que habíamos estacionado, construida con bloques grises sin cubrir y culminada por un tejado de zinc.

—Sí, gracias. Mejor me espera un rato, si no le importa.

Ramírez abrió la puerta con desconfianza. Aparentaba más de cincuenta años. Julio me diría más tarde:

—¡Ramírez! Más de treinta y cinco no puede tener el maje. Pelió conmigo en los ochenta.

—Nicaragua te envejece —le dije yo.

Al ver a Ramírez pensé: «Jamás pondría mi vida en sus manos». Piel agrietada por el sol y los efectos del guaro; igualmente responsable este de su voz rasgada, del hedor que emanaba de su boca negra y de su tambaleante y esquelética figura. Preguntó mi nombre. Se lo dije. Mencionar al Cazador despejó sus dudas.

—¿Está vivo? —Difícil llamarlo sonrisa con aquella paleta negra, roída y solitaria en el centro de su boca. Digamos que se alegró—. Lo imaginaba enterrado bajo el lodo del Casitas —añadió con su voz aguardentosa, invitándome a entrar en su vivienda de una sola habitación, cocina de leña, una raída manta sobre un catre deshecho, velas colocadas por toda la estancia, presidida por un enorme televisor de veinticuatro pulgadas. Ramírez cogió una botella de Ron Plata de 375, llenó dos vasos mal lavados y propuso un brindis—. ¡Por el Cazador! —Bebimos. De un trago. Mi garganta quedó pulida como un diamante—. Al maje habrá que cambiarle de nombre porque tiene más vidas que un hijueputa gato, ¡no jodás! —Ramírez se moría de la risa. Yo desconfío, por norma, de quien celebra en exceso sus propios chistes—. Cuando vi lo del Casitas yo lo di por muerto. Ya le dije que no fuera, que acabara y se marchara de una vez, pero ya sabe, compadre, la familia es la familia.

¿Que acabara y se marchara de una vez? ¿De qué coño hablaba? Ramírez rellenó los vasos. El aliento lo delataba. «Unas gotas más de guaro», pensé, «y me cuenta entera la vida de Julio». Cambié de opinión en un segundo. Ramírez era, ante todo, un hombre de negocios.

—Necesitaré mil pesos más. Verá, ya me tenían los documentos casi preparados. Y, claro, vi las noticias y lo cancelé todo. ¿Cómo iba a pensar que el jodido sobreviviría a aquel vergazo? —Su explicación tenía sentido, sin duda—. ¿No habría hecho usted lo mismo?

Me congeló con la mirada, esperaba una respuesta. Yo era allí el ignorante y

Ramírez haciéndome preguntas misteriosas.

—Es el hombre de cuero —le dije, no se me ocurrió otra cosa.

Le gustó. Tardó en decidirlo, lo recuerdo bien. Respiré al ver que sus labios dibujaban una mueca satisfecha.

—El hombre de cuero. —Asintió suavemente con la cabeza y rellenó los vasos—. ¡Por el jodido hombre de cuero, pues!

Su acento no era nica. No pude ubicarlo, me dio igual, le pagué.

—Regrese mañana en la tarde, como a las siete. De noche, pues. —Me ofreció la mano, por el bien de los negocios se la estreché. En mala hora. Apretó con buena parte de sus fuerzas y me miró fijamente a los ojos—. Usted y yo, ¿no nos conocemos? Su cara me es increíblemente familiar.

—Yo a usted no lo conozco de nada. —Me zafé la mano de su apretón—. Y, créame, nunca olvido una cara. La suya, por ejemplo, nunca la olvidaré.

Enfilé la puerta antes de darle tiempo a añadir nada. En este tipo de contiendas es siempre un pequeño triunfo dejar mudo al adversario.

—¿Cómo le fue? —inquirió mi taxista con su sonrisa permanente.

—Tengo que regresar mañana por la tarde —le confesé. Unas gotas más de guaro y yo también le habría contado mi vida entera.

Atravesamos el Schick en silencio bajo la mirada de los pandilleros. Supuse que aprobaban mi visita a sus dominios, la naturaleza de mis tratos con Ramírez, al propio Ramírez, diría yo. Supuse, digo, porque buscaba un motivo para que aquellos casi chiquillos no nos cortaran el paso; o, ya puestos, el cuello. A mi chofer pareció gustarle la excursión. Al dejar atrás las últimas casas del barrio recuperó el gesto abierto de sus labios y me dio su número de móvil, su nombre: Roberto Mayorga Obregón, y, ya de paso, también su credo religioso: evangélico; su estado civil: casado; y la amplitud de su prole: tres chicos de dos, cuatro y seis años. Me había cogido confianza, supongo.

—Verá usted, gringo —me dijo Ramírez un día más tarde, con su voz llena de grietas, en la oscuridad de su calle en el Reparto Schick, a la puerta de su vivienda tenuemente iluminada por las velas—. Hubo un clavo, hay un chepo por ahí que necesita más plata, ¿me entiende? Otros quinientos pesos y mañana, bien temprano, ya de veras, chele, se me pasa usted a recogerlo.

Aquello pintaba mal. Esa mañana había visitado Tipitapa, donde la negligencia de los hombres y la crecida del Xolotlán confluyeron para convertir la ciudad, vecina a la capital, en la Venecia de Nicaragua, como titulé mi crónica de aquel día. En Tipitapa mi sensibilidad hacia la tragedia acabó de cauterizar. Aquel día sentí como si hubiera dejado de sentir. La desolación había pasado a ser un hábito, se acumulaba de tal manera que dejabas de sufrir; la insensibilidad al dolor ajeno se había incautado de mi cerebro. Este sentimiento dotó a mis crónicas de mayor frialdad y tino en la pormenorización del desastre. Rearmó, asimismo, mi capacidad para enfrentarme a sujetos como Ramírez.

Acorralado como estaba entre un borracho estafador y un desconocido resucitado por quien no me importaba dar la vida, tuve claro que bajo ningún concepto acabaría con mis huesos en una prisión nicaragüense. La de Tipitapa, precisamente, era la opción más probable. Supuse que aquella cárcel de infausta fama tampoco era el destino soñado por Ramírez.

—Mirá, compadre —le dije, en un patético intento por acercarme a través del habla nicaragüense—. Tengo pata en la policía, más arriba, probablemente, que la que podás tener vos. Quinientos pesos, ni uno más. Y quiero ese pasaporte en mis manos mañana. No sé vos, pero a mí me vale verga acabar preso. Si querés, apostamos a quién se demora más en salir del bote.

Me miró confuso. Me juego mi Canon A-1 a que un chele jamás lo había tratado antes de ese modo.

—¡Bueno, pues! No se me enturque usted, gringo, que aquí nadie quiere acabar con sus huesos en el bote.

—No me llame gringo. No soy gringo —lo interrumpí. Era un alivio no escuchar, aunque fuera un segundo, su voz áspera como una lija.

—Sos un chele extraño, vos. Le hacés huevos. —De pronto, comenzó a vosearme—. Qué alegre saber que el Cazador todavía elige bien a sus amigos. —Se me puso condescendiente—. Va pues, venite mañana a primera hora. Nunca dejé de ayudar a un camarada que se la pusieron de *pa'arriba*. Jamás, ¿me entendés?

Agradecí su comprensión. Me ofreció su mano y le estreché la mía.

—¿También es camarada suyo? —Volvía a tratarme de usted—. El Cazador, pues. ¿Lo conoce bien? —Indagó en mis pupilas como un interrogador entrenado.

—Mañana a primera hora. Sin falta.

—Nos vidrios —me dijo sin soltar mi mano, sonriendo con arrogancia hasta confirmar que conocía el significado de la expresión.

—Sí, nos vemos. Mañana.

Roberto Mayorga Obregón me sacó de allí lo más rápido que pudo. Sin preguntas esta vez. Un taxista, como todo comerciante inteligente que se precie, sabe cómo leer a sus clientes.

En el hospital, Julio practicaba con su andador. Al verme, apartó el aparato para mostrar sus grandes progresos mientras la televisión ofrecía el parte diario de la catástrofe: tragedias personales y colectivas, políticos en campaña exprimiéndole el jugo al desastre; el mando a distancia nos libró en un segundo de la visión del horror.

Julio restó importancia a la actitud de Ramírez, me aseguró que la documentación estaría lista al día siguiente.

—No te preocupés. ¡Ese maje mucho jode! No lo puede evitar. Hiciste bien en cucharearle un poco, ahí no más siempre se ahueva.

Esa noche, sentado en la butaca de la habitación de Julio, no pegué ojo. Miraba al desconocido que dormía sobre la cama, pensaba en el infame Ramírez y me sentía desconcertado, como si explorara un laberinto cuyo misterio no fuera encontrar la

salida, sino la exploración en sí misma. En mi vigilia, descubrí el poder que Julio ejercía sobre mí. Haría lo que fuese por él, por devolverlo a la vida y a las ganas de vivirla. Salvarlo quizá fuera mi redención. Yo, en todo caso, no me perdonaré nunca.

Por la mañana Roberto Mayorga Obregón me llevó de nuevo hasta la casa de Ramírez. Esta vez parecía todo en orden. En la foto del pasaporte, Julio aparecía bastante mejorado, más joven incluso, casi otra persona. «Sentir el peso de un volcán encima estropea una barbaridad», me dije, dejando escapar una risa privada.

—¿Todo en orden, chele?

Estaba tan fascinado con la instantánea que tardé un buen rato en descubrir que el titular del pasaporte se llamaba Mario José Flores Largaespada.

—Todo perfecto. Da para reconocerlo, aunque se mira muy cambiado.

—Para mí está tal y como lo recuerdo —dijo Ramírez muy serio. Se aclaró la garganta—. Tengo algo más, seguro que a Julio le interesa, siempre fue su favorita.

De un cajón, Ramírez sacó un paño sucio doblado en tres picos y lo colocó sobre mi mano.

—No hay otra igual, chele.

Reconocí aquella arma, Beretta 92, la original, arma corta reglamentaria de la Guardia Civil; semiautomática, diseño de corredera abierta, ángulo de la culata y la mira frontal integrada a la corredera, marco de aleación y cañón heredado de la M1951. Alejé mis dedos de la pistola, demasiado sorprendido como para mantener la calma.

—¿Qué es esto? ¿De qué coño vas? —dije, forzando al máximo mi enojo.

Ramírez frunció el ceño; parecía más sorprendido que yo. Eso no le impidió, de un movimiento felino, recuperar el arma.

—¿No le dijo nada su amigo?

Miré la Beretta y visité de un fogonazo el pasado. Ramírez, el enclenque, el borracho, me agarró con fuerza del brazo; no parecía de buen humor.

—Dígale al Cazador que, la próxima vez, venga él en persona. —Me lo quité de encima, no entendía bien de qué me hablaba, debió de notarlo en mi expresión—. ¿Lo conoce bien usted? Al Cazador, digo.

Saqué el fajo de córdobas de mi bolsillo, le tomé la mano izquierda a Ramírez y se lo puse encima.

—Yo vine a por un pasaporte.

Ramírez contó el dinero, me dedicó una de sus sonrisas negras y agarró mi mano.

—Y dígame, chele, ¿dónde está mi camarada?

Apretó con fuerza y me entregó de nuevo la Beretta.

—En el hospital... —¿Qué a gusto me hubiera mordido la lengua en ese instante! —. En León. Digamos que no se halla en su mejor momento.

—Entiendo —me soltó. Se rascó la barbilla, pensativo—. Usted es vasco, ¿verdad?

Mi corazón acelerado resonó en varios kilómetros a la redonda. Resuena ahora,

incluso, que lo recuerdo a miles de millas marinas y seis meses de distancia. Aunque Ramírez hubiera sido sordo yo estaba en clara desventaja. Mi rostro acababa de adquirir, de un soplo, el tono pálido de la miga de pan.

—Soy vasco. Hay muchos por aquí.

—Demasiados, sí. —Utilizó un tono exageradamente misterioso. Consideró mi desconcierto un triunfo en su casillero. Ya puestos, decidió ahondar en la herida—. Entonces su nombre no es Miguel, sino Mikel, ¿verdad? —Debí de quedarme tan blanco como la nieve del Gorbea—. ¿Se encuentra bien? —Ramírez se sentía a los mandos, su media sonrisa se me antojó una gran amenaza. La siguiente pregunta agravó mi paranoia—. ¿Y cómo se apellida? Ustedes los vascos tienen siempre unos apellidos todo raros.

«Demasiada inocencia para ser verdad», pensé. Ramírez parecía excesivamente informado. «Un tipo peligroso», concluyó mi sistema nervioso.

—García, Miguel García —acerté a responder.

La idea tomó posesión de mis neuronas: Nicaragua, lugar de peregrinación para vascos comprometidos, había sido un gran error. Por suerte, Ramírez no quiso ir más allá, quizá porque ya había ido demasiado lejos.

—Me le dice al Cazador que no se olvide de nuestro asunto, él ya sabe, que aquí tengo sus chereques, pues. Que me cumpla, le dice.

Me quedé mirando la pistola, petrificado. Dudaba entre devolvérsela, disparar o llevármela. Confieso que la Beretta siempre fue mi arma favorita.

—Mírelo así, chele. Ya que vino de recadero, se lleva este otro mensaje de vuelta. De viaje que el Cazador se lo agradecerá. Por lo que veo, lo conozco mejor que usted.

Entré a mediodía en la habitación de Julio, hambriento de respuestas, tanto, me temo, como el hombre sentado en la butaca cercana a la cama que velaba el sueño del paciente. Me dio un susto de muerte. Al verme se levantó, mostró una placa policial y su mano buscó sin éxito la mía.

—Me llamo Morales, inspector Enrique Morales, División de Auxilio Judicial, Departamento de Investigación de Delitos Especiales. Este hombre fue ingresado sin identificación. Me dijeron que asegura llamarse Mario, sin apellidos. Solo quiero saber quién es. ¿Lo conoce usted?

Hablaba como si Julio fuera parte de su rutina.

—No más que usted —respondí, hosco. Nos miramos durante unos segundos—. ¿Sabe por lo que ha pasado este hombre? Yo mismo lo encontré enterrado en el lodo en Posoltega. ¡Fue arrastrado ladera abajo no sé cuántos kilómetros! Debería estar muerto y tan solo perdió un brazo. Más que una identidad, lo que necesita es descanso.

La holgada guayabera marrón del inspector Enrique Morales no escondía su corpulencia. La piel tostada de su rostro, presidido por un espeso bigote, brillaba en la penumbra.

—Solo cumplo con mi deber —dijo sin alterarse—. Señor... ¿cómo es?

¿Gocuchea, Goicuchea?

—Goikoetxea, pero ¿cómo sabe usted...?

—Es usted famoso, chele. Desde que acabó la guerra no quedan corresponsales por estos lados. —La autoconfianza, desde luego, no figuraba entre sus carencias—. En fin, como le platicaba, no más cumplo con mi deber. En este país el Gobierno se preocupa por las personas y, para ello, deben ser identificadas.

—Lo entiendo, agente...

—Inspector, inspector Morales, si no le importa.

Cada vez se daba más importancia.

—Lo que usted diga, inspector Morales. —Miré a Julio. Sus ojos seguían cerrados; imaginé sus oídos bien abiertos—. Supongo que habrá hablado con los médicos, ¿verdad? Sabrá, entonces, que este hombre no recuerda nada. Dicen que después de un *shock* así se pueden tardar meses o años en recobrar la memoria. Puede, incluso, que no recuerde nunca.

—Lo sé. Por supuesto. Aun así, quisiera platicar con él. —Miró a Julio, después a la puerta—. A solas, si no le importa.

—¿No ve que está dormido?

—Por poco tiempo, amigo. Ya me cansé de esperar.

El inspector se acercó a Julio y lo zarandeó sobre la cama. Con suavidad primero, después más fuerte, demasiado fuerte. Tuve que detenerlo.

—¿Pues no ve que se hace el dormido? —me reclamó—. Más le vale abrir los ojos, compadre —le dijo directamente al paciente.

Julio alzó los párpados. La inmaculada dentadura del inspector Enrique Morales brilló bajo su inmenso bigote. El policía se presentó ante su sospechoso y, de nuevo, me invitó a salir.

—Quiero que se quede —solicitó Julio. Su voz sonaba débil.

El inspector Enrique Morales accedió.

—Solo necesito identificarlo, saber quién es usted. Dice que se llama Mario. ¿Mario qué más?

—Ya me gustaría saberlo a mí. Mucho más que a usted. Pero, ni modo, inspector, ¿cómo dijo? Morales, ¿verdad? Se me borró el cerebro no más.

El policía no se irritó. Paciente y sereno prosiguió con su papel bien ensayado. Bajo su espeso y oscuro bigote, la boca del inspector Enrique Morales lanzaba bombas de mano con la frialdad de un curtido mercenario.

—¿Puedo ver su muñeca?

Me agité yo más que el propio Julio; ni rastro de agitación en sus músculos faciales. Le mostró al policía la muñeca que le quedaba. Yo no dije nada.

—¿Y el otro brazo, saben dónde quedó?

—Sí. Podrido —intervine—. Lo quemaron. En Posoltega no se andaban con contemplaciones.

—¿Lo vio usted?

—Sí, claro que lo vi. Yo mismo lo recogí del lodo.

—Se fijó en la muñeca. ¿Alguna marca?

—No, inspector. Ninguna.

—¿Está usted seguro?

—Más seguro que una caja fuerte.

La desconfianza del inspector Enrique Morales era más que evidente.

—Bien, bien. —Tomó el expediente colgado a los pies de la cama de Julio, carraspeó y comenzó a caminar en cortos paseos de ida y vuelta—. Verá, don Mario, quizás usted, que vivía por allí, ya lo sabe. El Casitas, en los últimos tiempos, se llenó de criminales en busca de refugio. —Recostado sobre su almohada, Julio, impasible, mantenía el gesto serio, como si prestara al inspector Enrique Morales toda su atención—. La mañana del treinta de octubre un agente subió al cerro para detener a uno de los asesinos más buscados de Centroamérica. —Hizo otra pausa dramática—. Apareció cuatro días atrás. —Se detuvo otra vez, dominaba las artes escénicas, sin duda—. Muerto.

—¿El asesino o el policía? —replicó Julio, fingidamente distraído, en tono retador.

—Lo encontramos cerca de donde lo hallaron a usted. —El inspector Morales cogió aire para lanzar su golpe definitivo—. Le faltaban su arma reglamentaria y las esposas.

Inmunizado a sus pausas dramáticas, Julio elevó entonces el tono de su réplica.

—¿Y por qué me viene a mí con ese cuento? Cuando un hijueputa cerro se te viene encima, se pierden cosas mucho más importantes. Yo perdí el brazo, a mi esposa, a mis hijas; ¡no me venga con esa mierda! Ya bastante tuve, ¿no le parece, inspector?

La expresión de Enrique Morales dio a entender que quizás había ido demasiado lejos.

—Ahí me disculpe usted, pero visitarlo aquí era mi deber. No querrá que tamales y asesinos anden sueltos por estos lados, ¿verdad?

—No se preocupe por mí. Reconozco bien a los tamales y a los asesinos. —A Julio también se le daba bien lo de las pausas dramáticas; miró desafiante al inspector, más allá de sus ojos—. También a los corruptos. El tipo de tamal que más abunda en Nicaragua.

El inspector Enrique Morales optó por retirarse.

—Ahorita debo marchar. Quizá cuando se recupere podamos seguir con la plática.

—Quizá. Hasta entonces ya sabe usted dónde encontrarme, inspector. De aquí no me muevo. Pregunte a los doctores.

Del bolsillo de sus pantalones, el inspector Enrique Morales extrajo una pequeña cámara digital.

—He de tomarle unas fotos. Entenderá que un país serio no se puede permitir tener por ahí a ciudadanos sin identificar.

—Un país serio dice. —Lanzó una hueca carcajada monosilábica—. Lo dijo para hacerme sonreír, ¿verdad?

Julio se dejó retratar. Ausente la mejor de sus sonrisas, mostró al inspector Enrique Morales una mueca de ácido sarcasmo. El inspector guardó la cámara y me miró.

—Seguro que tiene usted mejores retratos de él. Quizá me pueda dejar verlos.

Su fingida complicidad me dejó al borde de la náusea. Comprendí que el dominio de la pausa dramática era el límite de sus aptitudes teatrales.

—Más adelante, quizá, inspector. En estos días no me sobra el tiempo.

—Pasaré mañana a mediodía a recoger sus fotografías. —Ejercer la autoridad, eso sí que se le daba de maravilla. Asentí resignado y se giró hacia Julio—. Y usted, espero que recuerde algo pronto. Es bueno saber quién uno es.

Caminó hacia la puerta, la abrió con parsimonia y, con un pie fuera ya de la habitación, se giró hacia mí.

—Por cierto, Gocuchea, leo todo lo que publica con mucho interés. Es usted vasco, ¿verdad?

No respondí. «Ridículo aprendiz de Bogart», me dije al verlo salir hacia el pasillo. Pude haberlo dicho en voz alta, sí. Años atrás lo habría hecho. Me contuve. Por lo visto, me estaba convirtiendo en un hombre cabal. Julio y yo nos quedamos en silencio, esperando algo. Quizás el inspector Enrique Morales fuera un policía especial de esos que con olerte saben si tus manos están manchadas de sangre. De pronto, recordé las palabras de Julio de días atrás, cuando jugamos al escondite con Daniel Ortega en Posoltega.

—Debió de ser de la pulsera. Hacía rato que quería librarme de ella. Al final, igual hasta fue una suerte perder el brazo.

Sospeché entonces de Julio. La gruesa pulsera metálica bien podría ser un par de esposas. Me pregunté por qué confiaba en Julio. ¿Cómo acaba alguien yendo a vivir a un lugar como las faldas del Casitas? ¿Acaso le había salvado la vida a un criminal? Era una posibilidad. Intuí que sus manos, al igual que las mías, no estaban limpias. Tampoco sería extraño: en Nicaragua toda una generación de imberbes fue enviada a combatir a la selva. Pensé en ello, pensé en el inspector Enrique Morales: «Es usted vasco, ¿verdad?», y lejos de agudizar mis sospechas, me sentí todavía más cercano a Julio. Me levanté y comprobé el pasillo: desierto. Nada más cerrar la puerta Julio intentó incorporarse como un resorte. Oxidado, más bien.

—Miguel, nos tenemos que ir mañana mismo.

—¿Acaso eres tamal o asesino?

—Un santo no soy. ¿Lo sos vos? —Aquello me dejó desarmado; Julio, en todo caso, no esperaba una respuesta—. Son los nervios, compadre. La impaciencia, pues. El inspectorcillo este con grandes aires solo me dio más ganas de ver a mi mamá. No puedo esperar más, ¿mentendés?

No. No entendía. Daba igual. Mis intereses coincidían con los de Julio. Deseaba

cruzar Centroamérica persiguiendo el rastro del *Mitch* tanto como deseaba alejarme de Nicaragua. Por toda respuesta mostré a Julio su nuevo pasaporte.

—Ya te dije, compadre, que ese Ramírez mucho jode, pero es de fiar. —Me miró fijamente, hurgando en mis ojos, mi boca, los pliegues de mi cara, como un brujo, intentando penetrar en mis pensamientos—. ¿De qué te platicó?

—Me dijo que no te olvides de vuestro asunto, no sé qué de tus chereques y que antes de retirarte debes cumplir con tu último encargo.

—¡Ni verga! ¡Clase tapudo ese Ramírez! —dijo Julio, visiblemente enojado.

—También me entregó esta pistola. Dijo que es tuya. —Su rostro se convirtió en piedra—. Dime, ¿hay algo que quieras contarme?

Julio se acercó a la ventana, abierta de par en par. Al otro lado de la laguna de Tiscapa, en pie, la silueta hecha estatua del general Augusto César Sandino se alzaba sobre una loma.

—¿Vos sabés disparar, Miguel?

Asentí con el ceño fruncido, más confuso que un toro recién empujado al ruedo.

—¿Podés guardarla vos? Quizá la necesitemos.

—¿Cómo?

Esta vez fui yo quien se quedó de piedra. Mientras pensaba qué decir, Julio se adelantó a mis pensamientos.

—Me la devolvés mañana. Cuando estemos lejos de aquí. Tenemos que irnos, Miguel, ahora sí. Tenés que ayudarme, tenés que confiar en mí.

—Nunca he confiado tanto en un desconocido —le dije—. Pero ¿y tu brazo?

—No hay falla, la herida ya se cubrió. Ahorita no te la puedo enseñar. Es como una lámina de piel; en fin, que nos vamos, pues. Solo quería pedirte una cosa —añadió—. Prestame algo de ropa y conseguime una bolsa, ni muy chica, ni muy grande. Mejor que cada uno viaje con sus propios tanates. Por no levantar sospechas, ¿me entendés?

Una vez más, no entendí. No me planteé siquiera si su petición tenía sentido. Yo ya andaba pensando en otras cosas. Era como un hechizo, una hipnosis, después de tantos años desconfiando hasta de mi sombra, sospechando de cada nariz afilada que veía, de cada voz que pronunciara las erres demasiado rugientes, de cualquier cosa que me remitiera a mi tierra; sin darme cuenta, me había entregado a ciegas en brazos de Julio sin más razón aparente que haber salvado su vida.

La agitación es mala consejera estando en fuga. Puede evitar, por ejemplo, que percibas si la puerta de una habitación de hospital se acaba de abrir.

—¡Qué alegre ver a mis enfermos de buen humor! —La voz del doctor Zúñiga a punto estuvo de inducirnos un infarto. Julio y yo nos miramos, ambos estábamos pensando exactamente lo mismo—. ¿Los asusté? ¿No me oyeron entrar?

La tranquilidad del médico funcionó como un calmante. No había escuchado nada. La sospecha no habitaba en uno solo de sus gestos y palabras. Se acercó a Julio y, como cada día, posó su mano sobre el brazo del paciente.

—¿Y entonces, Mario? ¿No quiere saber si se podrá marchar hoy?

—¿Cómo no, doctor! —Julio recompuso su expresión y sonrió al facultativo—. Me siento mucho mejor. Me podré ir muy pronto, ¿verdad?

La carcajada del doctor Zúñiga debió de resonar por todo el hospital.

—Es usted admirable. No se preocupe, estará en la calle antes de lo que cree. — Su mano se cerró sobre el hombro de Julio; su bigote se tensó ante la irrupción de su reluciente dentadura—. Aunque eso no va a suceder hoy, amigo mío. —El rostro del paciente respondió con gesto circunspecto—. Unos días más de descanso, en todo caso, no le harán daño.

—No esté tan seguro, doctor —refutó Julio, acentuando su seriedad—. Sufro mucho por no ver a mi mamá.

—¿Y dónde está ella?

—En Honduras, Coyoles, al norte. —Julio cogió un periódico de su mesita de noche, había una pila acumulada de varios días; buscó entre las crónicas dedicadas al *Mitch* una que mencionaba los desastres que habían azotado el norte hondureño—. Aquí, en el Valle del Aguán. ¿Me comprende ahora?

—Sí, claro que le comprendo, cómo no. —Apretó con su mano el hombro de Julio—. Pero debe descansar.

Julio asintió. Sus ojos no se apartaron del doctor Zúñiga hasta que vio su estirada figura desaparecer tras la puerta de la habitación.

—¿Qué cagada, hermano! Le dije adónde nos vamos —sentenció Julio con aire misterioso.

No pregunté nada, no le di importancia. No pensé que pudiera tenerla.

Esa noche hablé con Naciones Unidas y peiné varias ONG, por si se podía aprovechar algún transporte hacia El Espino. No hubo suerte. La Panamericana, me dijeron, era transitable hasta Valle Ducualí. A partir de ahí, solo con camioneta o en bus. Llamé a Roberto Mayorga Obregón, quien aceptó encantado, a cambio de doscientos pesos, acercarnos hasta Estelí. A partir de ahí transbordaríamos hasta Honduras. Miré en el mapa la ubicación de Coyoles: quedaba lejos, muy lejos, a más de mil kilómetros, por lo menos. Dudaba de que Julio aguantara semejante viaje.

Por la mañana se hizo la luz. Managua amaneció liberada al fin del muro de las nubes. El sol nos iluminaba a cielo abierto por primera vez en ¿dos, tres semanas? Toda Nicaragua, Centroamérica entera, había perdido la cuenta. En el armario de mi habitación el moho había iniciado la toma de pantalones, camisas, camisetas, ropa interior; mi reducido fondo de armario, además de maletas y mochilas, había sido sojuzgado por esa pelusilla aguada y destructora nacida por generación espontánea cuando la humedad se apodera de todo. El *Mitch* atacaba incluso allí donde no llegaba el viento ni el agua. Al ver el sol, la servicial doña Azucena, cuyos guisos y cuidados son todavía hoy uno de mis grandes recuerdos de Nicaragua, lavó y tendió casi toda mi ropa. Introduje en la mochila el material para curas proporcionado por el doctor Chamorro y seleccioné con esmero prendas suficientes para Julio; más

delgado y una cabeza más bajo que yo. Las camisetas no serían problema: un par de tallas más disimularían mejor la ausencia de su brazo. Necesitaría, eso sí, de un cinturón para sujetarse los pantalones. Me reí al pensarlo, todo le iba a bailar, podía estar seguro. Agarré también mis botas más gastadas, supuse que le vendrían grandes. Bueno, tendría que arreglárselas, no había tiempo para ir de compras. Emocionado por la visión del sol, cogí también las gafas oscuras y mi gorra favorita, recuerdo de mis días en Brasil.

A las ocho de la mañana, mi piel rememorando una antigua sensación: el olvidado tacto frío de una Beretta adherida a mi cintura, me dirigía en el taxi de Roberto Mayorga Obregón hacia el Militar en busca de Julio. La ciudad renacía ante mis ojos: tendales abarrotados, colores vivos, colores nicaragüenses, sábanas y camisas mecidas por el viento. Fue la señal definitiva, el fin, al fin, por fin: el *Mitch* era historia. Managua celebraba el término de una época de tinieblas, la llegada de la luz, como en una ceremonia fiel a la herencia de los náhuatl. A Julio le pareció un milagro.

—¡Qué alegre! Elegimos el mejor día para emprender viaje —me dijo, ya levantado, al verme entrar en su habitación.

Tenía un aspecto extraño con su cara de medio indio y la ropa que le había prestado en Posoltega; una versión mestiza y consumida de mí mismo. Se lo dije y nos reímos. Para sustituir a la de los Maiden, le ofrecí una camiseta de Neil Young y le hablé de *Like a hurricane*, la canción que llevaba acompañándome varios días. Julio se vistió: mis holgados calzoncillos, los pantalones ajustados por el cinturón, bajo la sudadera el bulto de su venda a la altura del hombro, las botas flojas; no puso una sola objeción, tenía prisa.

Recorrimos los pasillos a hurtadillas, sujetando yo a un Julio renqueante, esquivando batas blancas que pudieran oponerse al alta voluntaria que Julio se había concedido. En el vestíbulo, sin embargo, ante las puertas que daban a Managua, se detuvo. Los rayos solares iluminaban con fuerza a través del cristal. Le faltaba apenas un paso para alcanzar el exterior. Como si viviéramos un prodigio: ver a Julio resucitado a punto de pisar la calle por su propio pie, recordé su cuerpo enterrado en el barro, el pijama de fango que lo cubría entero, el hueso a la vista por debajo del codo. No acababa de creérmelo. Quizás él tampoco.

—¿Salimos? —le pregunté, tomándolo del brazo—. Nos queda un largo camino, hermano.

Julio tomó aire con la fuerza casi recuperada de sus pulmones y extendió la mano hacia la puerta. Entornó los ojos y se detuvo otra vez.

—Miguel, préstame esa gorra y los anteojos, ¿quieres? —Julio ya llevaba mi camiseta favorita, pero ¿cómo podía negarle nada a este hombre salvado por mis manos de la muerte?—. ¿Por favor?

Antes de ponérsela, examinó la gorra: la bandera de Brasil del lado izquierdo, Porto Seguro escrito en negro sobre el ante azul oscuro.

—¿Estuviste en Brasil, vos?

—Viví allá un tiempo —dijo, restándole importancia al asunto. Con un gesto de mi cabeza insistí para que saliera mientras empujaba la puerta de cristal del Hospital Militar—. Será mejor que nos demos prisa si queremos dormir esta noche en Tegucigalpa.

—¿En Tegucigalpa? Sos un maje ambicioso vos. Con costo, bróder, llegamos a Estelí.

El pronóstico de Roberto Mayorga Obregón, por su parte, nos dejaba a medio camino.

—Hasta Choluteca tal vez sí que puedan llegar —dijo.

Desde la parte trasera del taxi de Roberto Mayorga Obregón, con las piernas extendidas sobre el asiento y agarrado con fuerza al sujetamanos, Julio, bajo mis gafas de sol, miraba a todos lados, a todo el mundo, fascinado con la coreografía de la ropa tendida y la perspectiva de reencontrarse muy pronto con su madre. Así lo veía yo, al menos.

VIII

Dejo Managua para siempre. No pienso volver, así que me llevo todo lo que poseo: la plata. Cincuenta mil dólares definen todo lo que soy: un asesino, un viudo, un padre que perdió a sus hijas y un fugitivo. Es el resumen de mi vida. Al menos tengo un amigo, puedo confiar en este maje cuyos ojos siento como si ya me miraron alguna vez, este chele que me salvó la vida, que me arregló los papeles, que me trajo una Beretta que espero no volver a utilizar y que me lleva en carro hacia la única familia que me queda. Parece buena onda. Por momentos su cara me suena familiar, es un recuerdo difuso, inquietante, como una nube negra sobre mi cráneo. No tiene sentido, me salvó la vida, me cuida como a un hijo, puedo confiar en él, de plano; no así en su taxista, que me obliga a lanzar una mentira. Ni modo, venimos al mundo, ante todo, para seguir vivos y no puedo demorarme; enfilamos hacia carretera Norte y las Sierritas quedan al otro lado de la ciudad.

—Miguel, antes de salir, me gustaría rezarle unas plegarias al Minguito. —El chele no acaba de entender—. La ermita de Santo Domingo, en las Sierritas. —Perplejos Miguel y el taxista, insisto—. Sí, lo sé, no queda de camino, pero quizá nunca regrese a Managua, ¡por favor! Necesito rezarle una última vez, por mis hijas, por mi esposa, por mi mamá... —Se lo digo suplicante, supuro fervor religioso; Miguel mira al taxista, que gesticula a modo de: «¡Usted paga, doctor, usted manda!». Y este chele que no reacciona. Requeteinsisto pues—. También pediré por nuestro viaje, por vos. Será un ratito, no más. Es importante para mí, Miguel, ¡de verdad!

—¡Está bien! —accede—. No sabía que fueras un devoto. Procura no tardar. Sería bueno dormir esta noche lo más lejos posible de Managua.

Es como si el maje no pudiera negarme nada; en realidad tampoco pido tanto. ¿Qué son unas pocas plegarias? Lo cierto es que ya llevo un rato bisbiseando por mi plata: que siga donde la dejé, que no falte ni un billete, que Minguito haya cumplido con su misión de vigilancia.

—Yo no le rezo a los santos, ¿sabe, doctor? —Interviene el taxista—. La Biblia enseña que cada individuo debe tener una relación continua y directa con Dios, no a través de esos intermediarios. Dios aborrece las imágenes, nos alejan del contacto directo con Él. —Dice esto último como si acabara de parir una victoria, solo Miguel lo mira, aunque el maje, en realidad, es a mí a quien desea dirigir su homilía. ¡Si supiera cómo me valen verga sus evangelios!—. No sé si conocen que uno de los Diez Mandamientos prohíbe el uso de imágenes, el segundo, que el Vaticano manipula en sus catecismos. —De nuevo esa sonrisa victoriosa. No soporto a los evangélicos, siempre intentando arrastrar ovejitas a su rebaño—. «No te hagás estatua ni imagen alguna de lo que hay arriba, en el cielo, abajo, en la tierra, y en las aguas debajo de la tierra. No te postrés ante esos dioses, ni les des culto, porque Yo, Yavé, tu Dios, soy un Dios celoso. Yo castigo a hijos, nietos y bisnietos por la maldad de los

padres cuando se rebelan contra mí. Pero me muestro favorable hasta mil generaciones con quienes me aman y observan mis mandamientos». —Yo, en el asiento de atrás, quedito, suplicando para mis adentros a Miguel: «¡Vamos, compadre, cerrale las tapas al de la catequesis que hasta Estelí quedan más de dos horas!». Y el taxista que certifica—. Si quieren busquemos una Biblia cualquiera y se lo muestro.

Miguel aplaude sus palabras. Este español es un santo, escucha la perorata del taxista con paciencia, como si estuviera interesado de veras. Por favor, Señor, no me lo vayan a convertir en pentecostal ahorita que le agarré cariño.

—¿Eres predicador o algo así?

Hay un tono lacónico en las palabras de Miguel. El taxista no lo percibe del mismo modo y veo por el retrovisor cómo relucen sus dientes. Es fácil hacer feliz a un evangélico: le prestás un poco de atención y ahí lo tenés. No más, como Daniel Ortega ante las barbas del compañero Fidel.

—Conmigo no va todo eso de la Biblia y la religión, aunque sé bien que en el centro de América nada es posible sin la ayuda divina de la Iglesia —le dice ahora Miguel, para pasmo del taxista—. Verás, Roberto, será mejor que dejemos una cosa clara. Vos me caés bien, nos entendemos, pero Dios y yo no hemos nacido para ser amigos. Realmente, nunca le agarré la onda a tu todopoderoso. —Me da risa Miguel cuando se pone nica—. Y menos aún después del jodido *Mitch* este. De verdad, no entiendo cómo en un paisito tan hecho verga, habiendo tragado tanta mierda, invasiones, dictaduras, revoluciones, que si huracanes, que si inundaciones, que si erupciones, terremotos, maremotos, lagomotos, qué sé yo; en serio te digo, no sé cómo la gente cree todavía que Dios está de su parte.

—Quien no cree, no puede entenderlo, doctor. Solo con fe se puede seguir adelante —le replica, sereno, confianzudo, el taxista.

Llevamos los vidrios abiertos. Con todo, el silencio se hace claustrofóbico. Miguel parece enojado, también Roberto. Andamos ya en la carretera a Masaya, por el kilómetro siete, y me viene a la cabeza Jean Paul Genie, ametrallado en este lugar por rebasar a los *jeeps* del comandante Humberto Ortega. Y ahora, aquí no más, tenemos la Texaco esta que parece traída directamente de Miami. Si hasta la bendijo el cardenal Obando a modo de inauguración antes de carpiarse el primer *hot dog* con mostaza de la vida pública nicaragüense. A Miguel no le falta razón: en esta mierda de país, allá donde mirás, siempre recordás algún crimen, alguna jodida vergüenza nacional. Mi abuelo, mi papá, mis niñas, mi esposa; la muerte natural es un imposible en mi familia. Pero, mirá, yo estoy vivo, igual por eso que sigo creyendo en Dios. Poquito, lo confieso, pero creo.

—La fe, doctor, es bien sencillo. —Roberto interrumpe mi craneadera, retoma su plática con el chele—. Uno sigue creyendo no más, las desgracias nos acercan a los nuestros para buscar juntos una salida a la penuria.

Miguel resopla resignado. Afortunadamente para todos doblamos hacia las Sierritas. ¿Cómo se llamaba aquel maje? Long John Silver. ¡Ja! Así me siento, vuelvo

a recuperar mi tesoro.

Soy uno de esos criminales que regresa sin pudor al escenario de sus vilezas. Peor, soy reincidente ya que regreso por segunda vez. Desde la puerta de la ermita miro la casa donde vivió mi último trabajo: blanca, con sus palos de mango y aguacate en un apacible jardín, su piscina en forma de corazón en la que nunca volverá a bañarse. Aquí regresé meses después a esconder mi fortuna, buscando la protección de un santo; aquí regreso ahora para recuperarla.

Agarro mi bolsa mientras les pido a Miguel y a su taxista que me esperen en el auto, será solo un minuto. Con Roberto no hay problema, pues al maje le dan alergia los templos del catolicismo. Ya impedirle la entrada a Miguel se pone color de hormiga. Imposible, ¡no fregués!

—Es que quiero ver otra vez a tu Minguito —me protesta el chele—. Vine a la última vela al Santo, pero ya sabes cómo se pone esto. La iglesita estaba llena de borrachos. Hasta vi a dos hombres besándose bajo Cristo crucificado. —Cómo se ríe el jodido—. ¡De todo vi, la verdad! —Su mano, expresión cómplice, rodea mis hombros—. Nunca había visto nada igual.

Sí, sí, claro que tiene razón el jodido, es que no hay nada como la vela al Santo. ¡Semejante bacanal en la casa de Dios! Si el Papa de Roma supiera algún día en qué consiste esta tradición excomulgaba al cardenal Obando a la velocidad de un Mig-21.

—¿De qué te ríes, Julio?

—Pensaba en el bacanal de Santo Domingo. Por supuesto que nunca viste nada igual.

Miguel asiente, suelta una carcajada, sus ojos miran hacia ninguna parte.

—Si querés entrar no hay problema —lo invito—. Yo mismo te enseño la iglesita; y, en cuanto acabemos, no más me das un poco de intimidad para mis rezos. ¿Estamos?

Estamos solos. Miguel se lo toma con calma. Nos acercamos a Minguito y dispara no sé cuántas ráfagas fotográficas sobre su diminuta figura. Me veo ante el Santo en este momento crucial de mi vida; la iglesia tan vacía como al final de la última vela, de mañana, cuando descubrí dónde reposaría mi platita.

—El lugar más seguro de toda Managua —me dije aquel día—. A Santo Domingo se lo toca una vez al año, por las fiestas patronales. Mejor que con el Minguito mis reales no van a estar.

Pichardo me acababa de convencer para que me andara con él hacia el volcán. ¡Dios! Me llevé a mis hijas y a la Damaris sin saber que en la jodida ladera del Casitas tiraban flechas con fuego. Ni modo, ya es tarde para pensarlo. Estoy acá, en la casa de Minguito, ahorita veré si la cagué por dejar mis billetes a echar la hueva en lugar sagrado. «¿Y qué podías hacer, Julio?», me digo. Dejábamos nuestra chocita de Managua y no puede uno ir acarreando tanto platal por este paisito hecho verga. Todo está bien. ¡Calmate, pues!

Me siento en la primera fila de bancos a esperar a que Miguel abandone la ermita.

El maje lo fotografía todo. Suerte que la iglesia es chica. Se despide en silencio, lo veo salir, aguardo un minuto. Rezo porque mi tesoro permanezca en el lugar donde lo vi por última vez. Me paro frente a Minguito; ahí lo miro sobre el altar y, como hiciera el día en que le confié mis reales, ya va para tres meses, me disculpo ante él por el sacrilegio que me dispongo a cometer. El Santo me mira piadoso dentro de su cápsula de vidrio. Lo levanto y emerge también la pesada bola de madera sobre la que descansa. ¡Hijuelacienmilputas! De nuevo debo disculparme por una segunda blasfemia. Es la felicidad que me extasía. Desde el hueco que Minguito deja en medio del altar me dicen ¡papaíto! las cuatro bolsas de terciopelo de las únicas botellas de Flor de Caña Centenario 21 años que compré en toda mi vida. Introduzco la mano para sentir con mis dedos el tacto inconfundible de cincuenta mil dólares y alzo la vista; el santo negro me mira, sin duda se alegra por mí, protege a gente como yo, me pica un ojo, o quizá soy yo el que se lo pica a él, a quién le importa. El sacrilegio mereció la pena.

La vida con cincuenta mil dólares encima debería tener otro color. O color, sin más. Por supuesto, me alegro de que la plata regrese a mis manos, solo que ya no podré pagar con ella la universidad de mis niñas, no podré comprarle a Damaris aquellos aretes de oro, no podré llevármelas, a ninguna de las tres, a vivir a los Estados. Ahorita he de buscar otros usos para este capital. Extraigo un fajo de villanos de los de cien dólares; Benjamin Franklin me mira serio. Me da la risa ante el inventor del pararrayos: de seguro el maje no aprueba el modo en que junté tantos de sus retratos.

Contar el platal se me antoja un absurdo mientras miro los rostros repetidos de este prócer del Imperio que mi mente sustituye por los de algunas de mis víctimas. Me asusto, miro al Santo en busca de una explicación a mis visiones. Me mira raro, serio; ¡no jodás! Debe de ser la morfina, porque esto no puede estar ocurriendo. Meto agitado los reales en la bolsa, me persigno por última vez y dejo atrás a Minguito, mi santo protector, mi guardián. Me la doy para siempre, porque no pienso pisar de nuevo este paisito que solo desgracias me trajo.

Por la Panamericana hacia Estelí, vemos a grupos de cipotillos, ninguno pasará de los diez años, que tensan mecates de lado a lado de la pista en cuanto ven venir un auto, a ver si alguno se detiene y alguien les regala unos pesos. Si no frenamos, de plano nos los llevábamos arrastrados. Yo con gusto les entregaba algunos retratos de Franklin, me tienta hacerlo. Los chigüines hacen que Miguel nos hable del príncipe de su país que, en realidad, es de un lugar llamado Asturias, como el de Gales que, de hecho, lo es de Gran Bretaña, nos explica con un tono que me recuerda a los maestros de mi escuela, allá en Coyoles, y yo transcribo sus palabras con literalidad. El príncipe, que no es su príncipe porque le valen verga la monarquía y la realeza, subraya ahora, anduvo por estos lados hace unos días y él tuvo que seguirlo para contar del viaje *royal* —de nuevo me ciño a sus palabras— a sus paisanos. Cuenta Miguel que el de la realeza y su séquito de camionetonas fueron a toda verga desde

Managua hasta Sébaco y que lo impresionaron más los asustados rostros de los chavalos soltando las cuerdas al paso meteórico de su alteza real y compañía que la idea de ver a un príncipe en carne y hueso por primera vez.

—¿Y contaste eso en tu crónica? —quiero saber.

—Claro que lo conté, también que su avión tuvo problemas al aterrizar. Al día siguiente me llamaron de la embajada de España indignados —me cuenta, volviéndose hacia atrás, hacia mí; sus cejas dibujan un arco de arrechura—. Si estuviera en España, me echaban preso por injurias a la Corona.

No entiendo las últimas palabras de Miguel. El príncipe que no es de España, sino de ese lugar llamado Asturias, tampoco hizo nada extraño, igualito a la mayor parte de los carros que nos rebasan. Criticar al príncipe obliga ahora a Miguel a detenerse ante todos y cada uno de los peajes infantiles que se alinean sobre la pista. Le da diez pesos a cada grupito de chigüines. Los chavalos lo celebran. ¡No jodás! Suelto acá uno de mis billetes de cien dólares y, de plano, me hacen su presidente.

Atravesamos Ciudad Darío, Sébaco, puentes partidos en dos o en tres, desvíos, casas en ruinas. Dice Miguel que los estragos fueron similares por toda Nicaragua, que desde lo del *Mitch* viajó más por todo el país que en los tres años que vive ya por estos lados. Me pregunta si no recuerdo cómo estaba la carretera a León, de cuando me evacuó de Managua desde Posoltega; le digo que, de aquel traslado, recordar, poco. Miguel se gira, incrédulo.

—¿De verdad no te acuerdas?

—Te lo juro.

Me sabe mal mentir a Miguel. Lo siento mucho, no tengo ganas de plática sobre desastres; ante el espectáculo destructivo de la naturaleza sobre mi tierra prefiero el silencio. La presencia del taxista evangélico tampoco me ayuda a mostrar el lado más despapayante de mi persona. El chele ya lo vio todo, lo entiendo, se le mira picado por volar lengua, así que nos platica de sus viajes en estos días por la Nicaragua del *Mitch*. Su voz es una especie de mantra ante la extensa llanura de arrozales, maizales y manizales, quién sabe cuánto demorarán en volver a producir, que nos lleva hacia el norte. El paisaje del llano me deprime, así que miro al frente, al cercano horizonte montañoso que anuncia las proximidades de Estelí, como esperando a que los cerros me alivien por unos momentos de la visión de Nicaragua arrasada. Siento el muñón como todo picado por los zancudos y el hijueputa *Mitch* que no da descanso ni para rascarse un poco, ¡no jodás! Entre desfiladeros, las paredes, heridas de gravedad, amenazan con cortarnos el camino. Roberto presta una atención extrema al piso, salpicado de rocas desprendidas. De su boca no surge la mínima queja, y yo lo miro todo recordando la última vez que pasé por estos lados, camino de Managua, el día que dejé atrás para siempre la lucha revolucionaria y perdí la brújula que guiaba mi vida.

—El Diamante de las Segovias —suelta Roberto al ver las primeras siluetas de Estelí—. Pueblo mil veces heroico —añade.

Miguel sonríe y hace un comentario sobre la querencia de los nicas por la ampulosidad, la grandilocuencia o alguna palabreja similar.

El día está fresco. Es la hora del almuerzo y las calles de Estelí se miran vacías. Llegamos a una ciudad triste, cubierta por una gigantesca e indecisa nube gris. Nos detenemos sobre la propia Panamericana en una cantina de patrióticas paredes azules y blancas, donde una doña arisca nos da chicha para beber y para comer sopa de albóndiga, tacos de pollo y perrerreques. Almorzamos mirando a la pavimentada, Miguel elucubra sobre la distancia que seremos capaces de recorrer hoy. A dos mesas siento la curiosidad de un vaquero de ancho sombrero blanco y mandíbula de hierro, el único cliente con quien compartimos oxígeno.

—Con ese auto ya no llegará muy lejos —le dice a Miguel. La voz agrietada del vaquero lo agarró con una cucharada de sopa de albóndiga camino de su boca—. Gustavo Adolfo Montealegre, para servirlo. —Se levanta el sombrero—. De Valle Ducualí no pasa usted. No hay puente; el río lo hizo paste. —Captada la atención del chele, el hombre habla ahora mirando al infinito—. Anduve por esos lados en la mañana. No vea la correntada cómo baja. Le recomiendo que agarre un bus, no más cruzan los buses y las cuatro por cuatro. —Lo lanza como una sentencia, sus ojos clavados en algún punto de la calle. Una botella de Toña entablillada a su mano se eleva hacia sus labios. Bebe, se seca la boca y mira de nuevo a Miguel—. Usted verá, no diga después que no se lo advirtieron.

Desde el mostrador, veo a la doña asentir con la cabeza. Miro a Miguel y asiento. Miguel mira a Roberto, que también asiente. No hay resquicio para el debate.

—Si se apuran todavía agarran el bus para Somoto —añade el vaquero justo antes de levantarse, dejar unos pesos sobre su mesa y abandonar la cantina con arqueado andar.

Miguel paga la comida y los servicios de Roberto. Yo deseo aportar algo. Me contengo, los billetes de cien dólares no te aparecen en la bolsa por arte de magia. Miguel me toma por pobre y miserable. ¡Si supiera! Mejor me contengo la risa.

Nos despedimos del taxista sin ceremoniales, como a mí me gusta. Andamos precisados, pues. El maje nos desea suerte y al rato abordamos un bus bautizado Marcela y al timón el mismo hombre que nos aconsejó en la cantina. Al vernos, una sonrisa de satisfacción enlaza sus orejas.

—Veo que es usted un chele inteligente —le platica a Miguel mientras señala varios asientos por ocupar al fondo del vehículo.

Avanzamos por el pasillo y los pasajeros nos pasan el escáner, de arriba abajo no más.

—No somos una pareja cualquiera —le susurro a Miguel mientras encajamos nuestros bultos entre la fila de asientos al final del pasillo—. Un chele alto y barbudo y un mestizo manco con una camiseta que dice que soy como un huracán.

Nos lanzamos la gran carcajada. Otro motivo a favor del pasaje para que todos nos miren como recién aterrizados desde el espacio.

—Buenas tardes, señoras y señores. Espero que todos tengamos un buen viaje —les desea Miguel y, entonces, como si se dieran por satisfechos al recibir una señal de que pertenecemos al mismo planeta que ellos, regresan todos a sus asuntos.

—No lo podemos evitar —le explico a Miguel con un guiño—. Somos gente curiosa, los nicas.

Me instalo junto a la ventana. El chele hace lo propio al otro lado de la fila de asientos traseros. Nos alejamos de Estelí y mis ojos se van cerrando, presionados por el cansancio, la digestión y el tedio que me produce el paisaje destruido de este país que me ocupa medio corazón. Ya me cansé de visiones y pensamientos tristes. Acaban de dar las tres de la tarde y evoco el aroma de una sopa de albóndiga preparada por una chontaleña arrecha en un hogar bananero del norte de Honduras. Me esfuerzo, quiero soñar recuerdos agradables. ¡Ni verga! Mis neuronas me dominan, me imponen esta tarea de abrirme los ojos mientras duermo para revisar mi vida.

Regreso a Nicaragua, a Apanji, el campo de entrenamiento donde pasé una semana antes de ser enviado de urgencia a Honduras para el recupero del Atlántida. Viajo en bus, más tenso que un francotirador; de tan acalambrado que ando ni comer consigo en todo el viaje. En un control, poco antes de llegar a Danlí, ya cerca de la frontera de Las Manos, me esfuerzo por simular el pánico. Me finjo dormido al ver a la tropa, me despierta un sargento, pero nadie sospecha del joven Mario José Flores Largaespada, la identidad hondureña de mi nuevo pasaporte. Por unas horas soy un ciudadano más. Me gusta.

El campo de entrenamiento es una hacienda donde los compañeros convivimos con cientos de cabezas de ganado. Apanji suena a misquito, a unos pocos kilómetros de Ocotal. Los que venimos de Honduras tenemos prohibido acercarnos a la ciudad.

Acá siempre va compañero o camarada al final de cada frase. Me reciben con felicitaciones por el asalto al Atlántida. «Le echaste huevos», me repiten, o eso creen ellos. La versión que Gustavo envió relata que disparé al guardia cuando nos iba a reventar. Yo no presumo, la historia la cuentan otros.

—Sos huevón, compañero, como tu papá —me dice Pichardo, vecino de hamaca recién llegado de entrenar en Cuba.

Pichardo tiene mi edad y parece diez años mayor. Que ya le salieron canas, me asegura, pero yo no se las veo porque, como buen pelón, el maje se rasura el cráneo a diario.

—Con esa plata del banco —añade Ramírez, un colombiano que ocupa una red al otro lado— compraremos un cachimbo de armas, compañero.

El ardor guerrero de los elogios me ayuda a vencer al miedo. Con Pichardo conecto por la literatura al preguntarle por el libro que lo veo devorar en sus ratos libres.

—*La muerte de Artemio Cruz*. ¿Lo conocés? Está de a verga, compadre. Se aprenden algunas cosas sobre nuestras revoluciones —me dice.

Ramírez, por su parte, es perro al guaro. No sabemos de dónde las saca, por las noches siempre anda con alguna botella de Ron Plata de 375. Quién sabe qué fantasmas se trajo el maje de su país.

En Ocotral retomo el entrenamiento que abandoné al ser enviado a Honduras. Mi grupo somos un puñado de imberbes dirigidos por un mestizo arrecho que no para de referirse al Campo P-30, la escuela de Cuba donde anduvo Pichardo. Al parecer, el sargento lo aprendió todo allá sobre táctica, comunicaciones, evasión, armas y explosivos.

—Aquellos —dice— eran los buenos tiempos, compañeros, cuando nicas y cubanos organizaban la subversión generalizada en todo el Caribe, incluido México.

Según su visión de las cosas, ya no hay mucho que hacer en Honduras, por mucho que los cubanos insistan. Solo no sé dónde nos deja eso a nosotros, a mí, a Gustavo, a Latania, a Bautista.

—Los buenos tiempos, cuando teníamos más de setecientos hondureños listos para internarse en la periferia de Olancho —le gusta rememorar— y otros doscientos guerrilleros alistados en Cuba acechando en la frontera, no volverán. No es posible un cambio de régimen en Honduras —prosigue—. Allá el socialismo no tiene el apoyo popular que conquistó en Nicaragua.

Es lo que él dice. Yo no sé de política. Tengo la impresión, ahí le doy la razón, de que a la gente en Honduras no le interesa mucho el socialismo; hasta guardo mis dudas sobre Nicaragua. A mí lo que de verdad me empuja es patear el culo a los gringos y mandarlos de regreso a su país. A eso pienso dedicarme no más.

El entrenamiento abarca todo tipo de golpes: atentados, secuestros, atracos, combate cuerpo a cuerpo, tiroteos, preparación de explosivos... Nos muestran armas con las que no podemos entrenar: bazucas RPG-7 chinos, cañones D30, lanzacohetes Katiusha que nos enviaron los soviéticos, misiles antiaéreos SAM-7 y también Red Eye, el azote de nuestra fuerza aérea, especifica con rabia el sargento, robados a la Contra.

Siento crecer la seguridad en mí mismo, contagiada, quizá, por la confianza de los compañeros. Para ellos debo estar a la altura de mi papá, y con el cuento que el Gustavo lanzó se los mira satisfechos. Tampoco temo ya a las muchachas, Latania cambió mi vida. Las compañeras me miran diferente, o yo a ellas, no estoy seguro, como si la adolescencia me cayera encima de golpe. Me dicen que, para mi edad, cojo bien rico. Es como si se hubiera esparcido un rumor sobre mi desempeño sexual, porque los culos se me ofrecen sin descanso.

Un día limpio la loza después del almuerzo y se me acerca una compañera. Mestiza, mirada profunda, el pelo negro, corto, duro y bastante carne para agarrarse; no es una mamasota, pero la maje no se anda con vergas.

—Julio te llamás, ¿verdad? —Su voz es directa, no hay sensualidad, como si me

conociera—. ¿Tenés alguna cosa que hacer en la tarde?

¡No jodás! La turca se me puso como mástil. Tatiana se llama, me dice, lo que me recuerda a Latania. Tatiana me lleva a la selva antes del atardecer. Es rico desnudarse en plena selva, más libre no te podés sentir. Entre las plantas, te sentís oculto, en intimidad plena, la vegetación entera se te viene encima y resulta difícil saber lo que ocurre a pocos metros. Es rico coger en plena selva, los monos se ponen a gritar cuando escuchan los gemidos de Tatiana. Sus gritos sobreexcitan a Tatiana que me empuja, me anima a acelerar hacia un orgasmo húmedo, como si nos estrujara una nube. Es la humedad de la selva que lo levanta todo. Me excita la jodida selva. Fumamos tumbados mirando hacia el techo vegetal y buscamos entre la vegetación a los jodidos bichos. No se les mira, saltando andarán de palo en palo.

—Los imagino como a esos pervertidos que acechan a las parejas en los callejones o como a espectadores de películas chanchas —me dice Tatiana y nos lanzamos la gran carcajada. Esta vez los macacos no responden, el eco de la risa se pierde selva adentro, misterioso—. Pobrecillos, de viaje ese sonido asustará a algún animalillo.

«Mirá vos, ¡qué tierna la Tatiana!», me digo.

Así son mis encuentros sexuales en Apanji. Por suerte Tatiana no se enamora de mí. Las compañeras parecen bien aleccionadas, no hay celos en Apanji ni cosas de esas. Ahora sí, esto sí que debe de ser el amor libre. Me gusta el amor libre, aunque yo echo de menos a Latania; los labios de su vagina, frescos en la memoria, suaves y abiertos, como hacia fuera. Me excita cranear sobre ello, pensar que esa característica del bicho de Latania se debe a que la mame nació predestinada para el placer exagerado. No, lo repienso, debe de ser de tanto coger y coger. Esta última teoría me causa un violento revoltijo en el estómago.

Escribo mis primeros poemas de amor con versos del tipo: *Guerrillera de mi corazón, Amor de combate, Las balas de tu belleza, Hoy, con mi fusil, compañera, pienso en ti* o, el que me parece más inspirado, *Manialataniamé*. Sí, creo que lleva tilde. Me creo un gran poeta, yo. El guerrillero sensible, otro poeta debajo de una piedra, me diría mi mamá de jodedera. Espero poder leérselos a mi amor algún día.

En Ocotál los mandos confían en mí, sobre todo el capitán Largaespada, excamarada de mi papá; con su bigotito recortado y sus aires aristocráticos, me toma como protegido. Demasiado protegido, a veces, aunque no por ello adjudico un doble sentido a tanta atención. No soy más que un chavalo inocente, un jodido chigüín, aunque yo ya me crea la mamá de Tarzán por el modo en que me asaltan las mujeres y mi habilidad con todo tipo de armas, sobre todo con el AR-15, fascinado me tiene ese fusil: ligero, fiable y preciso. Sí, de plano me gané un respeto acá, o, como digo, eso me creo, porque una noche todo el mundo comienza a vulgarearme.

Odio estar de guardia, lechuciar, como le decimos en Apanji. De noche en la selva es arrecho, hay miles de ruidos, todo se mueve, los zancudos, el viento, la lluvia. Llevo dos horas de turno luchando contra el sueño, me hago la paja con

decenas de visiones protagonizadas por Latania, acabo de entender que las mamacitas de las revistas de mis años púberes ya son historia para mí cuando, de pronto, algo se movió. Pido santo y seña, pero ni verga, nadie responde, me agacho bajo el parapeto, insisto en la identificación. Nada. Vuelvo a mirar, un cachimbo de ramas y hojas hacen el baile del Güegüense ante mí. Todo se mueve. Deben de ser varios hijueputas. No me lo pienso más. Empuño fuerte el AR-15, me levanto y vacío el cargador. Treinta disparos. Se agita la selva entera. Me agacho, coloco uno nuevo y escucho el estruendo en el campamento, los desperté a todos. Vuelvo a mirar, la vegetación aún se sacude. Espero un tiempito a que se calme la cosa. Al rato todo quieto. Me felicitarán por esto, me digo. Llegan compañeros, explico la situación al capitán Largaespada.

—Quizás haya más hijueputas contras rondando.

—Si había más, de viaje se habrán corrido bien lejos, camarada —dice un sargento, un mestizo con bigote y barriga de quien es perro al guaro y la cerveza—. Echemos un vistazo.

Escucho las voces admiradas de los compas dispuestos a peinar la zona. Me creo la mamá de Tarzán. Indico al capitán el lugar donde deben de estar los cadáveres. Buscamos un rato hasta que, de forma brusca, Largaespada se detiene delante de mí.

—Los tenemos, compadre.

—¿Cuántos son? —pregunto, ingenuo.

—La pregunta es, más bien, para cuántos —responde con una sonrisa transversal paralela a su bigotito a lo Errol Flynn.

No entiendo, no veo nada, me acerco. En el suelo hay dos enormes vacas negras. En la noche resaltan sus brillantes ojos abiertos y la sangre que aflora por las heridas de bala que salpican sus cuerpos.

—Julio, chavalito, sos un gran cazador. —Es la sentencia del capitán Largaespada.

Desde ese día todos me dicen *el Cazador*. Los nicas se dan mucha maña cuando de putiar se trata.

Al de una semana el capitán me manda llamar. Vive en una casa de madera, él solo, con su cocina, su saloncito presidido por un televisor americano, su baño privado, su dormitorio con cama de matrimonio. Se la cuerea el jodido. Me felicita por mi trabajo, palmaditas en el hombro, luego en la espalda, su mano que baja hasta los riñones. No le paro bola. Me dice que lo hice muy bien en Honduras para el poco entrenamiento que tenía y me pregunta si lo echo de menos; que ahorita ya estoy más que preparado, que, de viaje, allá seré de utilidad y que conozco mejor que ninguno de mis compañeros de Apanji aquella tierra. Le digo que ya quisiera yo quedarme por estos lados, donde hay más acción, los combates en la selva, turquear bien a los hijueputa contras y toda esa verga. Pero sí, es cierto que viví más años en Honduras que en Nicaragua y que, tal vez, allá pueda ser de más utilidad.

—Muy bien, se regresa usted en dos días.

Cierto es también, me digo, que echo de menos las cogederas con Latania, el

gesto templado de Bautista y que me angustia pagar la deuda que contraje con Gustavo. De pronto, me cuesta creerlo, el capitán está de ojo en mi entrepierna. Mi primera reacción: me dejé la farmacia abierta. Miro hacia el zíper. No es eso. De pensar en Latania se me puso como carpa de circo y el maje lo percibe. Se ríe, se me acerca y extiende un brazo sobre mis hombros.

—Me dijeron que sos de los mejores amantes del campamento. —Su bigotito aristocrático a pocos centímetros de mis orejas—. Tenés locas a todas las mujeres vos. —Su mano enfila el bulto que preside mis pantalones. El capitán Largaespada no es un sujeto al que le guste esperar—. A algunos hombres también.

Me quedo paralizado, el capitán aprieta su mano, se dispone a bajarme el zíper y, por fin, ya pensé que no iba a ser capaz, me aparto.

—Con su permiso, mi capitán, si no ordena nada más.

—Sí que ordeno algo más, soldado. Usted se queda. —Utiliza un tono firme, no militar—. Todavía no hemos terminado.

—Piense en mi papá. Sabe bien que él no aprobaría todo esto.

—¡Ay, mi hijito! Si yo te contara de tu papaíto.

—No le creo, mi capitán.

Saludo y me la doy despacito, como tranquilo. Puro cuento, las insinuaciones sobre mi papá me provocaron temblores de grado nueve en la escala de Richter.

Dos días después, Apanji se aleja a mi espalda por la carretera. De camaradas, apenas echaré de menos a Ramírez y a Pichardo, que me regala *La muerte de Artemio Cruz*. El incidente con el capitán todavía perturba mis pensamientos. Lo que dijo de mi papá, su mano sobre mi verga; yo no quiero ser cochón. Me cuesta olvidarme de esa mierda. El apellido de mi pasaporte no ayuda. Mario José Flores Largaespada cruza de paisano, de nuevo por Las Manos, atravesando en bus todo Honduras, sin problemas, como un ciudadano más. Dudo sobre las cosas del sexo. Es mi única duda, del resto ando confianzado, me siento seguro de mis capacidades guerrilleras. Voy para San Pedro Sula a escribir varios renglones de la Historia. O a morir, quién sabe.

IX

El día que Julio García Baltodano vino al mundo la tierra tembló. Aquel terremoto que destruyó Managua la víspera de la Nochebuena de mil novecientos setenta y dos, me dijo, lo había perseguido toda su vida.

—Compadre, nunca dejé de temblar. Los llevo dentro, los temblores, jamás conseguí pensar con claridad. Por eso me pasé la vida escapando.

Esas fueron sus palabras. Le había preguntado dónde nació. Lo llevo dentro, la curiosidad; no puedo evitar hacer preguntas y nadie en el mundo me había interesado hasta entonces tanto como Julio. Hablaba despacio, masticaba las sílabas, teníamos tiempo aquella noche en Valle Ducualí, hasta el amanecer, cuando nuestro autobús intentaría cruzar de nuevo el desbocado torrente marrón en que se había convertido el río Pueblo Nuevo. Acababa de curar el brazo de Julio siguiendo las indicaciones del doctor Chamorro. Todo parecía en orden en aquella herida, no había dolor ni sangre ni pus. Ante la corriente asesina la idea de alcanzar la otra orilla me sonaba a suicidio. Miraba los enormes camiones que lo intentaban ante nosotros y, pese al éxito de su empeño, no me arrancaba de la cabeza la imagen de la robusta Marcela, nuestro autobús, golpeada por los troncos a la deriva, arrastrada contra las rocas; nuestros cuerpos aplastados por un amasijo de hierros. Por suerte, teníamos la marihuana, imbatible antídoto para espantar visiones indeseadas de mi cerebro. Me daban miedo los pulmones de Julio, pero, al verme fumar, no pudo resistir la tentación. Solo le pedí que aspirara suavemente, una calada y ya, porque conozco a unos cuantos nicas que de un sorbo son capaces de inhalar media Jamaica.

—Hoy siento que ya dejé de correr —dijo, fijando los ojos en la parda turbulencia del agua.

—¿Qué quieres decir? —Mis labios no quisieron abrirse y la pregunta se pudrió a la altura de mis ojos, muy cerca ya de mi boca. Temía incomodarlo. Aquel hombre de piel cobriza y escasa nariz, de cuerpo fino cercenado a mitad de camino entre su codo y su hombro izquierdo, vestido como una indígena versión de mí mismo, aparente fan de Neil Young, había regresado de la muerte nueve días atrás.

Era de noche y allí estábamos, detenidos por el Pueblo Nuevo, un río cuya furia, lejos de honrar su nombre, había convertido Valle Ducualí en un pueblo fantasma. Todas las viviendas, decenas de ellas, despojadas de techos y tabiques; rebauticé a Valle Ducualí como la ciudad de los muros solitarios. Apoyados contra una pared Julio y yo solicitábamos de la marihuana una ayuda para conciliar el sueño. Las aguas habían reducido su cólera lo suficiente como para regresar al cauce, pero entre las tinieblas nos llegaban los barruntos estremecedores de la corriente, muy lejos todavía de recuperar la calma. Gustavo Adolfo Montealegre, un busero recién salido de una película de Sam Peckinpah, nos había llevado hasta allí desde Estelí al volante de su Marcela. El destino de su ruta era Somoto pero, al asomarnos al río con intención de cruzar, caída ya la tarde, la violencia del Pueblo Nuevo detuvo a Gustavo Adolfo

Montealegre. Pese a la presencia de dos buldóceres del Ejército, que vigilaban el cruce para rescatar a los vehículos de entre las aguas, y su aspecto de puro macho, el conductor optó por la opción más prudente.

—¡Clase correntada, chele! —me había dicho entonces Gustavo Adolfo Montealegre—. De acá yo no me muevo hasta el amanecer. Con suerte, la noche le calma los ánimos a este jodido torrente.

Allí plantado, tuve una sensación de incómodo privilegio, la desazón del que observa y relata el desastre casi ajeno al mundo entero que se derrumba alrededor.

Hipnotizados por el fragor del agua y los efectos del cáñamo, permanecimos largo rato en silencio. Fumábamos para dormir. También por el placer de fumar. De pronto, precedido de un profundo suspiro, Julio retomó su relato.

—De desastre en desastre; esa es mi vida, compadre —dijo como preludio a la historia de su nacimiento.

Así que, como decía, el día que Julio García Baltodano vino al mundo la tierra tembló. Aquel terremoto, los temblores, me dijo, lo habían perseguido toda su vida. Su madre dio a luz en plena calle, escapando de su propia casa que se la venía encima. El padre de Julio nunca estuvo allí para ayudar; había huido a Honduras, fugitivo también en un tiempo en que la Revolución todavía usaba chupete, artificio del que se deshizo tras aquella sacudida tectónica que quebró los cimientos del régimen de Somoza, reforzó la causa revolucionaria y provocó el parto anticipado de Julio García Baltodano.

—Compadre, nací revolucionario por la gracia de Dios —me dijo Julio esa noche en Valle Ducualí para abandonarse a una terapéutica carcajada, de esas que ayudan a enterrar fantasmas del pasado.

—Por la gracia de Dios —le dije— y el alineamiento de los astros, ¿no?

—¡El alineamiento de los astros! —Julio me miró como si acabara de mostrarle la piedra filosofal—. Claro, hermano, estoy marcado. Mi jodido nacimiento marcó toda mi vida.

Julio elevó sus ojos hacia las nubes. ¿Demasiada marihuana? Sí, deduje. Y algo más. Una tormenta interior del tamaño del *Mitch*.

—Mi mamá es arrecha. No hay quien pueda con ella, ¿sabés? —«Suelta lastre, Julio, suelta lastre, te sentará bien». Se lo dije con los ojos. Él, de todos modos, estaba dispuesto a hablar—. Mi mamá nunca quiso recordarlo. Se le escapó a mi tía Juanita; algo de que yo era una bestia ya de nacimiento. «¿Qué plática es esa, tía?». Y ella: «Andá y preguntale a tu mamá, Julio». Así que empecé a insistir, porque a mi mamá no le gustaba platicar sobre aquel día. Mirá, nací yo, pero ese día ella perdió madre, padrastro y dos hermanitos. Se les cayó encima una casa. Nunca los conocí. —Aspiró un poco más de marihuana meneando la cabeza de lado a lado—. Fue a las 12.35, ¿sabías? Lo de la hora exacta, compadre, lo saben todos los managuas. —Recordar aquel detalle relajó su expresión, como si recobrara fuerzas—. La cosa es que con los temblores a mi mamá como que se le adelantó el parto. Buscó el parque,

la grama, un lugar donde dejarme caer de su vientre. Fue madre por tercera vez con veintiún años, pero era una mujer robusta, hermano, nacida allá en la montaña, chontaleña hija de india, arrecha no más, pues.

Su silencio nos devolvió al estruendo del río, lo intuíamos acarreando restos del desastre.

—Creo que ya me podés regresar la Beretta, hermano —lo dijo con abrupta naturalidad. Mi sonrisa, protegida de los ojos de Julio por la oscuridad casi absoluta de Valle Ducualí, se petrificó—. ¿Te la querés quedar vos?

La seguridad es una sensación impagable. Tantos años desarmado y, en apenas unas horas, con qué facilidad me había vuelto a acostumbrar al inquieto tacto de la Beretta adherida a mi cintura.

—Buenas noches, Miguel. Compadre, me alegro de conocerte.

Encajó la pistola bajo sus pantalones y se echó a dormir apoyado sobre su único brazo.

Por la mañana el Pueblo Nuevo seguía encauzado y marrón, chupándole la sangre a la tierra, como decía Julio, cada vez más poeta; chupando la tierra misma, le replicaba yo. A nuestro alrededor aprecié mejor los efectos de su crecida. Intenté describirla en un papel y me quedé en blanco, descartando adjetivo tras adjetivo. Ya los había utilizado todos. La ira de la naturaleza sobrecoge, hipnotiza, fascina su poder, te atemoriza. Mucho. Puede, incluso, matarte de un susto si un cadáver surge de pronto ante tus ojos, como surgió a orillas del Pueblo Nuevo mientras revisaba la herida de Julio. Los soldados y voluntarios, con redes, cuerdas, palos y pértigas de madera, se entregaron a la tortuosa pesca de aquel cuerpo inflado a la deriva. Los sin hogar también vigilaban el río; los animales muertos eran su presa favorita, más sencillos de atrapar, sin tantos miramientos: clavar un gancho sobre la carne y tirar, nunca el almuerzo les resultó tan fácil. Sabían a tierra. Daba igual, era mejor que comer tierra directamente. Era como comer tierra con sabor a carne. Así me lo dijo Evaristo López Serna, damnificado con el estómago reventado por el lodo.

—Verá usted, por estos lados hasta hemos comido tierra directamente en días de mucha necesidad. —Miré incrédulo a Julio, que asentía en gesto resignado con la cabeza, mientras Evaristo López Serna me ofrecía un trozo de su tierra, perdón, carne, que rechacé lo más amablemente que pude—. No hay falla, doctor, ya se lo ve a usted bien alimentado, pues.

Evaristo López Serna. Nunca vi hombre tan resignado a su suerte, compenetrado con el entorno; y así también su familia, sus amigos, una comunidad entera.

—¡Mirá vos qué mierda! Puta mierda —proclamó Julio, ya lejos de los hambrientos, la rabia escapando de sus ojos enrojecidos, conteniendo el llanto—. Tanta mierda de Revolución y de guerra para acabar así. ¡No jodás!

Una piedra embarrada alzó vuelo impulsada por el pie de Julio y se fue a estrellar contra un robusto guanacaste, de los pocos que habían aguantado el embate del Pueblo Nuevo. Creo recordarme a punto de decir algo, no consigo precisar si

contagiado por la rabia de Julio o, más bien, a modo de consuelo, pero el alarido de Gustavo Adolfo Montealegre apresurándonos disipó de nuestras mentes la escena de la carne que da la tierra y cualquier reflexión inmediata sobre la historia de Nicaragua.

El bus esperaba junto al cauce. La enorme figura negra y amarilla, un sobrante del transporte escolar gringo, se había encaramado al primer lugar de la fila que aguardaba para cruzar el río. Una excavadora vigilaba las maniobras, presta a socorrer a los que se quedaban atascados en el intento. El Pueblo Nuevo se había llevado el puente, más de medio pueblo y la escuela que estaba pegada a sus aguas. ¿Quién pudo haber colocado una escuela en semejante lugar? Ahora los niños habían encontrado pasatiempo en observar la aventura de los vehículos que intentaban sobrevivir al cruce.

Gustavo Adolfo Montealegre parecía animado, lucía un enorme sombrero blanco de vaquero y estiraba con fuerza la cuerda de la bocina, mientras advertía de que no iba a ser un pinche río hediondo el que fuera a detener a su Marcela. Una forma como otra cualquiera de vencer al miedo.

—¿Está seguro de que cruzamos? —le pregunté, aun temiendo su enojo.

—¡Como que me llamo Gustavo Adolfo Montealegre que pasamos! No más acabó de cruzar ese hijueputa camión; la Marcela no va a ser menos.

La velocidad y la densidad de la corriente, los curiosos agolpados sobre el borde partido del puente mirándonos con cara de espectadores del Circo Máximo, el calor, la humedad, la carne-tierra, el miedo; no quería morir a manos del Pueblo Nuevo.

—Usted no sabe cómo se las gastan estos chunches —prosiguió el conductor—. Los gringos sabían lo que se hacían con estos buses arrechos. Son más duros que las nalgas de una negra, parecen hechos a medida para este país hecho verga.

La bocina sonó con rabia, alguien dio la orden de cerrar las ventanas y todos los pasajeros tomaron asiento. El autobús abarrotado de silencio inició el descenso hacia las aguas asesinas.

—¡No se detenga, por el amor de Dios! —La voz de Julio sonó quebrada cuando los neumáticos delanteros toparon con el primer obstáculo.

—¡Andate a la verga, pues! —respondió Gustavo Adolfo Montealegre, ya bastante nervioso como para tener que aguantar histerismos.

Julio se agarró fuerte a mi brazo, tenso. Su rostro dibujaba una invasión de pánico, como si sus ojos vieran mucho más que las aguas violentas del Pueblo Nuevo. Miraba río arriba aterrorizado, el agua chocaba con estrépito contra la carrocería. Agarré su brazo. Parecía estar siendo vencido por sus recuerdos.

El motor rugía ante el barrunto de las aguas, avanzaba tropezando con enormes piedras, dando saltos sobre el lecho del río. El volante era un timón con vida propia.

El pánico no fue la primera reacción. Primero vino la angustia, luego el silencio y después, ahí sí, la histeria. Gustavo Adolfo Montealegre pisaba a fondo, aceleraba, metiendo primera, marcha atrás, hasta desistir. Marcela, paralizada, le había fallado

esta vez. Entre los gritos se sentía el castigo imperturbable del Pueblo Nuevo contra el metal a golpe de piedras y agua desatada. El pasaje miraba horrorizado por las ventanillas, las oraciones resonaban por encima del fragor de la corriente, como si nuestros destinos hubieran encontrado un punto final en aquel infecto vado al norte de Nicaragua. La voz de Gustavo Adolfo Montealegre se elevó por encima del espanto exigiendo serenidad.

—Tranquilidad, cálmense. ¿No ven que ya llega el buldócer?

En la orilla, los ojos de los niños brillaban con el espectáculo. Una extensa fila de espectadores observaba nuestra odisea entre apuestas y gritos de ánimo que apenas escuchábamos. Allí estaba también el grupo de Evaristo López Serna, saciado, imagino, de carne y de tierra.

La excavadora se acercaba con parsimonia para sacarnos de aquel atolladero y mi cámara disparaba de nuevo sin rumbo fijo, como en Posoltega, en Tipitapa, en Managua, metida ahora en el epicentro de aquella escena escapada del surrealismo. Mis disparos lograron calmar a los pasajeros que, paulatinamente, comenzaban a observar incrédulos hacia mi lente.

—¡Ese chele es loco! —escuché.

Las violentas patadas de la excavadora contra la trasera del autobús desviaron la atención hacia los asientos del fondo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco golpes, y Marcela arrancó de nuevo hacia el horizonte, al alcance allá, a diez metros, en la otra orilla.

Los gritos ya no eran de terror. Gustavo Adolfo Montealegre estaba satisfecho de su Marcela y los pasajeros, a su vez, agradecidos a Gustavo Adolfo Montealegre. Había motivos, sin duda. La familia, el hogar de muchos estaba ahora un poco más cerca. También el de Julio García Baltodano, y con él sus recuerdos, por lo que podía intuir, una avalancha de ellos.

X

San Pedro Sula. Mi nuevo destino. Días atrás cumplí los diecisiete y, tras pasar por Apanji, ya me siento casi un veterano en cuanto a armas, estrategia, técnicas de asalto, secuestro, camuflaje, infiltración y sexo, sobre todo sexo. También practiqué mucho al ajedrez. Confío en extraerle a Bautista la historia de cómo murió mi papá.

Vivimos cerca del aeropuerto, en un barrio de calurosas calles apenas pobladas por perros y chigüines que pasean en bicicleta y lanzan piedras al aire buscando los aviones que atruenan al despegar sobre nuestras cabezas. Solo Bautista me abraza a la hora del reencuentro. Gustavo y Latania me reciben con actitud militar, fría. Lo acepto, ni modo, es la vida revolucionaria. ¡Maldita la gracia, carajo!

En el comando hay otro hondureño, un universitario, Rodrigo. Se da ciertos aires. Habla como si supiera de todo, deslumbra con su lenguaje preciso, es un maje instruido, como a mí me gustaría ser: universitario, pues. Está en el grupo desde mi marcha, ya se lo ve plenamente integrado.

Me alegra ver a Latania, la extrañé. Por la noche espero despierto la llamada de la selva. En vano. Impaciente me acerco a su cuarto. Se oyen gemidos en el interior, abro levemente la puerta y veo su boca engullendo con avidez la verga de Rodrigo. Así es, entonces, como se sintió Gustavo aquel día. La imagen atraviesa como un huracán mi corazón. No eché de menos al maje en la sala, supuse que Rodrigo dormía con Gustavo, en la otra habitación. No es así, Rodrigo y Latania comparten lecho de manera oficial. Pienso en abrir de golpe la puerta y gritar zorra, puta, ramera o alguna cosa, como ya vi en las películas. Me quedo un rato mirándolos con el alma encogida como una esponja que se estruja. Latania le chupa la paloma de esa forma que yo tanto añoraba. Rodrigo me mira al fin, empieza a volarme verga y me lanza la pequeña lámpara que reposa sobre una mesilla junto al colchón. Soy rápido y el lanzamiento se estrella contra la puerta. El ruido no estimula la curiosidad de Bautista ni la de Gustavo; ya deben de saber lo que ocurre. Regreso a mi lugar en la sala. «¡Al menos les jodí la cogedera!», me digo.

No consigo dormir, la visión de Latania con la turca de Rodrigo en la boca es lo más perturbador que me ocurrió en la vida. Cierro los ojos y ahí está, la visualizaré el resto de mis días, ¡de plano! Me esfuerzo por rememorar mis mejores momentos con Latania, sustituyo la cara de Rodrigo por la mía, su verga por la mía, su cuerpo por el mío. Así mucho mejor. Me hago la paja y me duermo. Acabo de aprender una nueva lección sobre el enorme poder de las mujeres.

Por la mañana salgo al patio trasero con vistas a los bananos que me recuerdan a mi mamá y releo algunos de mis poemas: *Ráfaga de amor en la distancia; Guerrillera de mi corazón; Amor de combate; Las balas de tu belleza; Hoy, con mi fusil, pienso en ti, compañera; Manialatáníame*. Se me descuelga alguna lágrima, igual porque comprendo lo estúpidos que son y los quemo. Los veo arder y me viene a la cabeza la idea de que quemar papeles no encaja bien con mi mundo clandestino.

Los piso, asustado, y los apago. Por suerte el fuego ya realizó su trabajo. La literatura universal me estará eternamente agradecida por este gesto. De nada.

En la casa Gustavo prepara el desayuno. Paso a su lado, me agarra por el hombro y, de pronto, me convertí en su cómplice.

—No te preocupés, loco, no es la ausencia. Ni quedándote aquí podrías evitar que se te corriera en brazos del nuevo. Es siempre igual. Primero te jala y luego te quedás de clavo. Sé bien de lo que hablo. —De pronto, siento que comparto algo con el jefecito. Igual a partir de hoy nos llevamos mejor, aunque siempre me quede la deuda —. Mirá, compadrito, nunca te fiés de una mujer a la que antes de cumplir los quince ya se la cayó un niño. Eso es aprender demasiadas cosas demasiado pronto. Es nitroglicerina, inestabilidad pura, loco, y hará contigo lo que quiera.

Yo no sé de mujeres, solo que ya desde niño desconfié de ellas. No sé si aprenderé algo de Gustavo. Hasta hoy aprendí mucho más de Latania, ¡de viaje! Es la segunda vez que me dicen que ya perdió a un bebé. A mí lo que me viene a la cabeza es que sería una buena madre.

Agarro una bicha bien helada de la refri y me siento en el sofá a ver televisión junto a Bautista, que me agarra con su manota por el hombro y me lanza una frase que me perseguirá toda la vida.

—Mirá, bróder, coger con las mujeres es rico, sobre todo si saben menear bien las caderas, pero con los hombres uno se entiende mucho mejor.

De poco que no doy la masancuepa. Miro asustado al misquito. ¡No puede ser! Si Bautista también es cochón, entonces, ¿qué me queda?

—Pero vos... ¡No jodás! —es todo lo que consigo decirle.

—Cuidado, Julio, no te confundás —me replica, sus ojos más serios que una homilía del cardenal Obando—. Yo soy macho. Me casaré y tendré mis tiernitos. Cinco o seis sería un buen número. Solo digo que cuando uno anda con mujeres y empieza con los amores ahí se fregó todo. —Agarra su bicha sobre la mesa, de un solo se lanza la mitad de la botella y me pica el ojo mostrando una sonrisa maliciosa —. La guerra, hermano, es el mejor momento para probar ciertas cosas.

Recuerdo las insinuaciones del capitán Largaespada. Imagino a Bautista probando ciertas cosas con el capitán y mi papá y me mareo.

—Vos probá lo que querrás —le digo a Bautista. Procuro mostrar todo el desprecio que puedo—; pero conmigo, bróder, no contés para ciertas cosas.

Bautista se lanza la gran carcajada. Debe ser la persona más segura de sí misma que conocí hasta este día. Por la noche, mientras vemos *Dirty dancing* en la televisión a petición conjunta del misquito y de Latania, momentos encadenados toman mi cerebro al asalto: presos pervertidos me rodean en una apretada celda de Coyoles; un capitán del Ejército Popular Sandinista intenta violarme; el heredero misquito de Steve McQueen quiere seducirme. Que me dejen tranquilo ya, pues, yo no quiero ser cochón.

Nuestra siguiente incautación revolucionaria se mira en el espejo de la que

realizamos en Tegucigalpa. Bautista se doma un par de autos, les cambia las placas y esperamos a la lluvia. Todo sale que ni en el mejor de mis sueños: entro yo en primer lugar, prometo no cagarla esta vez, me muevo rápido, ni me reconozco; al CPF no le doy margen de reacción, nadie opone resistencia, nadie muere, nadie nos ve.

Nos andamos para una nueva casa de seguridad, también, como la anterior, en un barrio, otro distinto, Las Palmas, cercano al aeropuerto. Desde acá vemos y olemos los bananos que rodean las pistas del aeropuerto Internacional Ramón Villeda Morales o La Mesa, como prefiere Gustavo cuando le da por presumir de orgullo suleño. Como quiera, a mí lo que me ahueva es que esta mierda de vista no hace más que recordarme a mi mamá.

Es la casa más grande de las que utilizamos hasta hoy, a medio camino entre la terminal y el Estadio Olímpico, donde mi papá me llevó un día de chigüín a ver al Marathón: el verdugo de los equipos extranjeros, así le decía él. Nos asiste una nica de unos sesenta años, doña Mercedes, viuda, deduzco, porque siempre viste de negro, y más fea que una gallina hervida. Practica la cocina nica con esmero, aunque yo echo de menos los platillos de doña Esmeralda.

Un día que la doña se ausenta para el almuerzo, Bautista nos anuncia unas recetas de su especialidad. Primero, una sopa de caracol con la que soñaré el resto de mis días. La reverencia que le dedico al autor está plenamente justificada. Para el segundo plato le volamos verga porque nos prepara carne a la Coca-Cola. Nunca estará bien vista entre revolucionarios una receta entre cuyos ingredientes figure el gran símbolo del imperialismo gringo.

—¡Ya no digan babosadas! ¡Ustedes prueben y déjense de joder!

Probamos, pues. El misquito nos cierra las tapas y de qué modo. Su mamá lo enseñó bien, nos cuenta. Decidimos que, sin lugar a dudas, la Coca-Cola es el mejor invento de la sociedad capitalista. El chef se siente halagado.

Nos reímos al ver los noticieros; nada, ni verga saben. Están más despistados que Adán en el día de la madre, aunque repiten lo del acento nica, y eso que apenas abrí las tapas en el recupere.

Con los días, Latania me trata mejor, yo prefiero dejarla tranquila. Al principio me dolió. Por las noches, cuando escuchaba sus gemidos y me hacía la paja, se me revolvían todas las vísceras. Ahora, la guerrillera que tanto admiraba se parece más a las estúpidas muchachas de Coyoles. Al poco, me olvido de ella y, de pronto, vuelve a ofrecerme consejo revolucionario. A Rodrigo no le gusta nada todo esto. ¿Qué puede hacer? El maje no se deja dominar tan fácil como yo y de vez en cuando la acaban teniendo. Gustavo se entromete entonces y le dice al universitario que no se ande con paranoias.

—El amor libre es así, loco —le dice a Rodrigo en voz baja, con sarcasmo, mientras me pica su ojo derecho.

Platicamos poco entre nosotros, a nadie parecen importarles mucho los demás. Nos rodea una tensa atmosfera y, para pleitear, mejor no decir nada pues. Gustavo ya no

parece tan enojado conmigo, sin ser paradigma de simpatía, hace tiempo que no siento veneno en cada una de sus miradas, pólvora en cada una de sus palabras. El maje, además, se pasa los días entre libros. A veces, deja la casa y establece contacto con la organización, superiores que le dan órdenes; hasta hoy consisten en esperar.

Latania apenas me para bola, tiene libros de hechizos y conjuros, también literatura; le pregunto un día por sus lecturas favoritas y me replica con seriedad militante que todo lo que lee está escrito por mujeres. Para mí, es la representante en la Tierra del poder femenino, y la fuente de toda su energía: el bicho. No hace falta ser muy veterano en las cosas del sexo para darse cuenta de la gran mentira milenaria de la Biblia. La mujer surgió de la costilla de Adán. ¡Ja! ¡No jodás! Me cago de la risa. Fue Adán el que, si acaso, surgió de la cuchara de Eva o de la de Dios, que, sin duda, debe de ser mujer. La creación, la concepción, son cosas de la mujer. Es el poder absoluto, y, miles de años después, empiezan a darse cuenta de ello. Latania, desde luego, lo tiene requeteclarito.

Rodrigo se pasa los días pendiente de su amante, que, como sabemos quienes ya sufrimos sus rituales, semejantes a las costumbres de los sultanes con su harén, solo lo reclama al caer la noche. El maje es de los que insisten, de aquellos que creen que es el hombre quien impone las reglas en una relación. Bautista y yo nos cruzamos sonrisas y miradas cómplices cuando, entre rechazo y rechazo, Rodrigo se sienta con nosotros para ver televisión o proponer una partida de naipes. No hay mucho más. Me doy cuenta de que apenas conozco a mis compañeros, también de que no es el momento más adecuado para intimar.

Cada día desde que rematamos el recupere le saco a Bautista el tablero de ajedrez. El maje acepta mi reto, le recuerdo que me debe una historia si lo derrotó.

—Practiqué mucho —advierito.

Tengo al misquito contra las cuerdas, su rey cuenta los escasos segundos que le quedan de vida. Lo observo con aire victorioso, ese mirar engreído de quien disfruta del triunfo poco antes de obtenerlo. Entonces el muy hijueputa estira el brazo para agarrar un vaso de agua y arroja todas las piezas al suelo. Lo hizo a propósito. ¡Maldito cobarde! Dice que yo estoy haciendo trampas, que eso es lo que practiqué tanto en Ocotil, y da por zanjado el envite. Ni un suspiro, nada, agarra un libro y se pone a leer. Ya no quiere jugar conmigo. De nada me sirve protestar. El maje echó el candado.

Gustavo, metido como es él, interviene para decirme que, por lo que escuchó, a mi papá lo mataron bien cerca de la frontera, de regreso a Nicaragua, después de intentar volarse al asesor gringo en Tegucigalpa.

—Eso es lo que oí —me dice—. Pero Bautista se conoce la historia de primera mano —eleva la voz—. Si no la cuenta es porque tendrá de qué avergonzarse. —Bautista mira al jefecito con todo el desprecio de sus ojos misquitos—. Solo estoy jodiendo, compadre, no fregués. ¿Cuál es la gran cosa? ¡Contáselo ya al chavalo, pues!

Ya le dije mil veces que no me llame chavalito. Lo dejo pasar. El misquito resopla, mira al tablero, me ordena que agarre un par de Salva Vidas de la refri y cuando regreso con las bichas mueve el primer peón a la izquierda de su rey.

—Vos serás el juez —le indica a Gustavo.

La batalla dura casi una hora y acaba en tablas. Queda demostrado, al menos, que yo no soy ningún tramposo y recupero la esperanza de conocer, muy pronto, el episodio de la muerte de mi papá. Jugamos siete partidas más, ya sin necesidad de que Gustavo medie entre nosotros: me gana cuatro, dos acaban en tablas y, a la séptima, le lanzo un jaque mate que lo perseguirá durante catorce reencarnaciones misquitas. Me hace prometer que la historia que va a proceder a relatarme nunca saldrá de mis labios.

Bautista me mira con ojos de lobo, como si quisiera penetrar en mi cerebro, saber si estoy preparado para escuchar la historia que se dispone a contar. No se lo digo, pero me pone nervioso el maje, que se decida de una vez, ¡no jodás! Ahí no más, asiente con la cabeza, da un sorbo a su Salva Vidas bien helada y, clavándome las pupilas, atento a mi reacción, va y me lo lanza. Así, como lechuga en ensalada. Más crudo imposible.

—A tu papá no lo mataron, se suicidó. —¡Ahlagranputa! Esto sí que no me lo esperaba—. Vos lo quisiste, chavalito —añade al observar el impacto de su revelación sobre mi rostro.

—¡Explicate, hermano! ¿Qué verga es esa de que mi papá se suicidó?

—Mirá, estoy rompiendo el juramento que le hice a tu papá. Solamente lo cuento acá porque sos su retoño. Tenés derecho a saberlo. Él se mató para evitar las torturas y los interrogatorios, como hacían los árabes contra los turcos, pero también para salvar mi vida.

A mi papá lo llamaban Rubén; había adoptado el nombre de mi abuelo como seudónimo por brindarle un homenaje. Bautista se levanta hacia la cocina y regresa con un pichel de agua helada.

—¿Ya oíste hablar de José Reyes Mata?

—Claro. Comandante Pablo Mendoza, el gran cráneo de todo esto. Dicen que combatió con el Che en Bolivia, ¿no?

—Algo sabés, sí. Igual hasta sabés quién era la Tania, ¿verdad? La que luchó con el Che en Bolivia, chavalito. —Bautista ni me deja responder—. Verás, fue en el ochenta y tres. Éramos como ciento quince, se suponía que debíamos entrar en Honduras y crear un nuevo Vietnam, o alguna verga así, pero no creamos ni mierda. Nos hicieron paste. Aunque cumplimos parte de la consigna: celebrar el diecinueve de julio a este lado. Y así fue. Ni modo.

—Ahí fue que mataron a Reyes Mata, ¿verdad?

—Mirá, si ya te conocés el cuento no hace falta que prosiga. No es algo que me guste recordar, ¿sabés?

—Sorry, Bautista. ¡Seguí, seguí!

Bautista se queda pensativo, como si excavara profundo en su memoria.

—Aquello se preparó bien. Nos enviaron a todos a Cuba. Bueno, no a tu papá. ¿Oíste hablar del Campo P-30? Pues allá no más. Tácticas, topografía, formación de infantería, comunicaciones, primeros auxilios, artillería y toda esa verga, era la escuela de las especiales cubanas en Pinar del Río. Ahí conocí a Reyes Mata. Ya estaba mayor, casi un viejito, llevaba una vida tranquila allá en Cuba y creo que tenía úlcera, pero aún se la cuereaba el jodido y aguantó firme hasta el final. —Los ojos del misquito refulgen de entusiasmo, no hay más que verlo, considera a Reyes Mata un ejemplo, un héroe. Antes de continuar se sirve un vaso de agua y se lo lanza de un trago—. Volvimos a Nicaragua en septiembre del ochenta y dos. Allá pasamos casi un año entrenando y esperando, acampados en una granja de seguridad, sin plata, sin mujeres, ni salir nos dejaban, para endurecernos, pues. La mayoría eran chavalos con poca experiencia de combate. Estábamos nicas, catrachos, guanacos y hasta cubanos había. En diciembre nos juntamos a una unidad del EPS y combatimos a la Contra. Les dimos duro, compadre, nos volamos a toda una compañía, los majes se corrieron dejando armamentos, pertrechos y un vergazo de alimentos. Así anduvimos, de vez en cuando entrábamos en combate en la selva, hasta que, en julio del ochenta y tres, uniformados como si fuéramos de la Contra, entramos en Honduras, los ciento quince, pues, cruzando el Wangki. En dos grupos. Yo, con el comandante Pablo Mendoza. A tu papá lo conocí al amanecer del siguiente día, cuando llegó la otra columna. Su nombre en clave era Gregorio. Él andaba en otra, no era del grupo, se supone que venía de una misión muy importante, no sabíamos entonces cuál. Todavía demoró un tiempo hasta que supe de su fracaso con lo del ametrallamiento del auto del asesor gringo.

No digo nada, no sé de qué cuento me habla, solo me esfuerzo por mantener la expresión neutra de mi cara; Dios me libre de interrumpir a Bautista de nuevo, aunque me consuela saber que no soy el único para quien mi papá fue un jodido misterio.

—Tu papá siempre platicaba mucho de tu abuelo. Creo que combatieron juntos en los primeros años de la Revolución.

—Sí, yo era muy chiquito. Lo mató la Guardia.

—Ok. Va pues, ¿qué te contaba? —De pronto me doy cuenta. Bautista se muere por despojarse de esta historia, como si se le estuviera pudriendo dentro. El maje resistiéndose todo este tiempo cuando, en realidad, es una losa cuya carga no soporta más—. La gente andaba animada, con moral, orgullosos de haber sido elegidos para aquella misión, y eso que no paraba de llover y el terreno pues, ¡ni quiera Dios! Los ríos crecían con la lluvia y caminar era una jodida hazaña con esa vegetación hijueputa que te agarra de los brazos o te araña porque no te deja lugar para pasar. Y el piso, hermano, puro lodo: o te absorbe el muy jodido o, como te descuidés, te manda ladera abajo como en un deslizadero y no más te queda rezar para no acabar en una corriente o, peor, en un campamento de la Contra. —Bautista me mira y

entorna los ojos, se le miran ganas de impresionarme. De plano lo consigue el jodido —. Tuvimos que ir dejando chunches por el camino, llevábamos más de sesenta libras por cabeza. Las mochilas pesaban en puta. Muchos eran campesinos cuereados en la selva, pero ni esos aguantaron. Se suponía que no podíamos dejar ni un alfiler. Toda esa zona de Olancho y El Paraíso estaba infestada de contras y milicos hondureños. Diez días ya y no más comíamos gracias a la generosidad de la selva. Estábamos bien jodidos. El Ejército y la Contra nos buscaban —deja la frase ahí, en el aire; mira la botella de cerveza entre sus manos y se lanza otro trago—. Y nos encontraron, ¡no jodás! Bien duro nos dieron, algunos cayeron, capturaron a diecisiete. Tu papá y yo conseguimos escapar, también Reyes Mata. Al viejito lo salvó David Arturo Báez Cruz, el comandante Adolfo. No jodás, estábamos rodeados de mitos guerrilleros. —No sé bien de qué me habla Bautista. Viví casi toda mi vida en Honduras y no me sé de garrote el santoral sandinista. Bautista lo intuye por la expresión de mi rostro—. De viaje tenés que saber quién fue, compadre. Tenía la nacionalidad gringa, pero dejó los Boinas Verdes para incorporarse al EPS. El maje era tieso en todas las cuestiones de la inteligencia, pues. Allá estaba de guardaespaldas del viejito. Eso creo yo, al menos; pero bueno, te sigo con el cuento. Nos reorganizamos, pues, y continuamos haciendo incursiones por los cerros de Olancho. Aquello fue la mayor penuria. Comíamos de donde podíamos, pasábamos el día marchando para no ser localizados, huyendo, ¡no jodás!, andábamos con la moral por el piso. Y entonces capturaron a Reyes Mata. Fue como a mitad de septiembre. Aquello fue el fin. Se los llevaron a El Aguacate,^[5] también al comandante Adolfo, y nunca más se supo de ellos.

Bautista fija la mirada sobre la mesa, me deja más tenso que un condenado ante el pelotón. Se levanta, enfila hacia la cocina y regresa con otras dos bichas. Me ofrece una, la acepto. De un trago, se lanza media botella, suspira y se seca los labios con la mano.

—Bueno, pues ahí fue que tu papá y yo nos quedamos solos, los sobrevivientes nos dispersamos, ya era el sálvese quien pueda. Tuvimos que salir a toda verga, intentábamos llegar hasta la frontera y cruzar el Wangki. Pasamos tres días a la carrera, corriendo como hijueputas. Ya andábamos cerca del río, la tropa nos tenía bien agarrados de los huevos, nos dispararon y a tu papá un tiro le atravesó la pierna, entre la tibia y el peroné. Así, como te lo cuento. —Debo haber puesto una cara extraña. Bautista hace una nueva pausa, me mira y, asintiendo con la cabeza, prosigue —: Te costará creerlo, compañero, pero la bala entró y salió limpiamente, como de costado. Tu papá siguió corriendo, más rápido incluso, como si nada. ¡Por estas, compadre!, con la sangre chorreándole pantalón abajo. Me adelantó y todo, pero lo habían jodido. Cayó unas cuantas varas más adelante. Llovía diluvio y teníamos a la tropa encima. Lo sujeté para echármelo encima y me dijo que ni verga, que si lo ayudaba nos matarían o nos agarraban a los dos y que mejor morir que ser torturado. Le respondí que ni verga yo también y al levantarlo el maje agarró mi pistola y se la

puso acá, en la sien. Solo me dijo: «Contá que me mataron los catrachos, pero ¡contalo, hijueputa! ¡Andate, andate!». Así me lo dijo, compadre. —Bautista rehúye mis ojos, que empiezan a humedecerse. Prefiere mirar a la botella. La angustia es como un alienígena asesino que crece dentro de mi pecho—. Y yo le dije que no lo hiciera, que andábamos ya cerca del río. Ahí, una bala nos pasó silbando y se estampó contra un árbol. Entonces tu papá apretó el gatillo. Me salpicó toda su sangre, lo vi caer, silbaron varias balas y me corrí de allá como alma perseguida por el diablo.

Bautista calla de golpe, suda en putas, como si él mismo acabara de recibir un balazo en la sien. Lo miro a los ojos. El rostro del maje es cuero puro, observa la botella de cerveza como si visualizara en el vidrio la escena que acaba de contar. El gigante misquito se ablanda, una lágrima escapa por su piel brillante hacia sus gruesos labios. No quiere levantar la vista; mejor para mí, vería que yo también estoy llorando. Lo primero que pasa por mi cabeza: nunca se lo contaré a mi mamá, saber la verdad la mataría. Yo ni siquiera tenía once años. Enjugándose las lágrimas, Bautista acaba con su bicha y se dispone a rematar la historia.

—Yo llegué al río, bajaba agua en puta, las balas me arañaban los oídos, me lancé y por poco no la cuento yo tampoco. Me sentí como un jodido muñeco en medio de la corriente, chupaba con fuerza. Crucé como dos millas después. —Hace otra pausa y se sirve agua helada—. Y ya, eso es todo. Te la conté pues. Ahorita podemos jugar al ajedrez sin cuentas pendientes.

Bautista me muestra el tablero. De esta vez yo lo rechazo, me tumbo en el sofá y miro al techo. Bautista enciende la televisión, desde la habitación de Latania nos llegan gemidos. Gustavo, probablemente, estará leyendo tumbado en la parte de atrás del carro. Y yo entiendo que, nunca, jamás, jamás, estaré a la altura de mi papá.

XI

Conocí Somoto un año y medio antes de los días del *Mitch*. Era veintidós de julio, fiestas patronales dedicadas a Santiago Apóstol. Llegué de la mano de Morris, dibujante y universitario, uno de los estudiantes con los que formé mi equipo en *La República*. Mi tarea en el diario había consistido en atraer a lectores jóvenes. No me lo pensé dos veces. Me puse en manos de un grupo de veinteañeros con ganas de cambio y las secciones a mi cargo en *La República* comenzaron a hablar lo más parecido a sus lectores. Funcionó. Eran tiempos en que los colaboradores de aquel periódico que me había permitido asentarme en este paisito cobraban sus facturas; tiempos en los que el dueño y la gerencia del tercer diario de Nicaragua vivían encantados con las ventas y el prestigio conquistado en apenas cuatro meses por obra y gracia de cinco españoles menores de veintisiete años, entre ellos este vasco que apareció por libre. Nuestros logros no tardarían en irse al garete ante las crecientes desavenencias entre nosotros y aquel desequilibrado de Arnaldo Montenegro, pero aquel veintidós de julio nuestro proyecto en *La República*, aunque a escasas semanas vista de su naufragio, mantenía la corriente a favor y Somoto estaba de fiesta. Morris, un adolescente de pelo ensortijado, amante del metal, que no acababa de creerse que sus irreverentes dibujos tuvieran repercusión nacional, me presentó orgulloso a medio pueblo.

—Este es mi jefe —decía, todo sonrisas el chaval.

Eran buenos tiempos.

Año y medio después las cosas eran muy distintas. El cielo de Somoto solo conocía el gris, las calles a mediodía estaban oscuras y desiertas, había restos de barro en las aceras y Julio, a mi lado, los dos apoyados contra una pared observando a los pasajeros arremolinados alrededor de Marcela, se mostraba más taciturno que nunca.

—La última vez que pasé por estos lados fue cuando acabó la guerra. Mandaba Daniel —soltó con aire misterioso nada más bajar del autobús.

—La última vez que yo vine, la única en realidad, eran fiestas patronales. Santiago Apóstol, creo —repliqué.

Eso es todo lo que compartimos sobre Somoto. Julio no parecía mostrar mucho interés por mí; no mostraba interés por nada en realidad. Quizás estuviera preocupado por su pasaporte falso. Yo lo estaba, faltaba poco para cruzar la frontera y sabía que tendríamos que atravesarla sí o sí. De vez en cuando se tocaba el trozo de brazo izquierdo que le quedaba. Echaba de menos la parte cercenada, supuse. Yo lo haría.

—Ya regreso. No más resuelvo el viaje hasta El Espino —dijo Julio, y se alejó calle abajo.

Gustavo Adolfo Montealegre bajó de su Marcela; ya no me parecía un personaje de Peckinpah, más bien un sujeto escapado de una película de narcos mexicanos: camperas de piel de serpiente, vaqueros ajustados con un cinto cuya hebilla,

recomendarían diez de cada diez oftalmólogos, solo podía enfrentarse a la vista con gafas de soldador, y la camisa a cuadros deteniendo su abertura a escasos centímetros por encima del ombligo. Iba bien servido de autoestima, era evidente. Al verme apoyado en la pared, se acercó ajustándose el enorme sombrero blanco y encendió un Belmont, como si fuera un ritual preparatorio para la sonora palmada a la altura del omoplateo que se disponía a propinarme.

—¿Ve, chele? Aquí estamos. Nada se resiste a mi Marcela.

Aspiró una profunda bocanada, mientras miraba a su vehículo como el orgulloso criador de un semental. Le di la razón.

—Ya puestos, supongo que no le costaría mucho acercarnos hasta El Espino, ¿verdad?

Gustavo Adolfo Montealegre sonrió, aspiró el cigarrillo en otra calada interminable, alzó la vista hacia las montañas, secuestradas por las nubes, y se dispuso a desplegar una gran dosis de petulancia nica.

—Mi ruta es Estelí-Somoto, yo de aquí no paso, chele. Ahorita me pienso lanzar unos buenos frijoles con carnita y arroz, y a las tres me regreso para Estelí. —Aspiró de nuevo su Belmont, disfrutaba del humo recorriendo su tráquea, era como si hubiera ensayado diez mil veces cada uno de sus gestos. Lo imaginé por las mañanas ante el espejo en su casa—. En la tarde sale un bus para El Espino, poco después del almuerzo. Normalmente no se acerca tanta gente hasta allá arriba como hoy. Lo mejor, chele, es pedir *raid*. Como su amigo, pues.

Un silbido alcanzó mis oídos. Me llamaba Julio, subido a la tina de una *pickup* abarrotada. Ocupé el último hueco libre en la parte trasera, junto a él, después de estrechar la mano de Gustavo Adolfo Montealegre, que se levantó el sombrero con una sonrisa entre sus labios. Me pregunté si alguna vez habría oído hablar de Bécquer, el otro Gustavo Adolfo. Quién sabe, los nicas adoran la poesía.

Hay veinte kilómetros entre Somoto y El Espino, los únicos en buen estado de los doscientos cuarenta que estábamos a punto de completar desde Managua hasta la frontera con Honduras. Si multiplicamos cinco córdobas por doce pasajeros, otros tantos pesos por cada bulto, algunos acarreando hasta tres por persona, ¿nos da un total de...? Le consulté a Julio, que me respondió con indiferencia.

—Una buena plata.

Julio parecía otra vez lejos de allí, su campo visual bloqueado sobre el asfalto que dejábamos atrás. Todos en la tina me observaban, unos con disimulo, otros sin recato, miradas insondables, tristes, imaginé a mis compañeros de tina preguntándose por mi presencia en aquella camioneta, en aquel lugar del mundo. Un mestizo regordete de ojos profundos, sombreados por una gorra de los Knicks, no me quitaba la vista de encima. Le sonreí. Se alzó la visera y me devolvió la sonrisa. Le pregunté por su destino inminente. El resto de los pasajeros lo escucharon con fingida indiferencia.

—Voy para Choluteca. Tengo familia allá. Estos días sin teléfono, con la frontera cerrada, no vea usted qué angustia —señaló el seguidor de los Knicks.

—Choluteca —repetí—. No son buenas noticias lo que llega de Choluteca.

La expresión del mestizo se mantuvo indescifrable.

—Lo sé, pero mi familia está bien, ya hablé con ellos —zanjó.

Me dirigí hacia los demás. Al fin y al cabo, todos me miraban, y a uno le cuesta olvidarse de ser periodista, aunque no lo sea de raza, en situaciones donde la discreción debería ser obligatoria. Hay quien dice que se aprende mucho observando; estoy de acuerdo. Lo que nadie cuenta es que la frase fue acuñada por un tímido. Preguntar, sin embargo, tiene mala prensa. Nunca escuché a nadie subrayar lo que uno aprende preguntando.

—¿Todos ustedes van a ver a sus familias?

Nadie respondió. Los pasajeros, todos ellos, miraron hacia otros lados, bloqueando sus ojos en diferentes puntos del paisaje. Subimos el resto del cerro en silencio, envuelto cada uno de nosotros en quién sabe qué cavilaciones. Las familias, supongo, su ausencia, la distancia, ocuparían sus pensamientos. No sé, igual pensé de ese modo porque a mí me vino a la cabeza mi viejo, el nieto de un *gudari* cuya vida se cobró el fascismo en la toma de Bilbao, el mismo día de su propio nacimiento. Aquella jugada cruel, silenciada por su familia, marcó su infancia bajo el franquismo sin saberlo. Ya casado y convertido en padre, su trabajo lo llevó por África, Asia y América Latina en plena Guerra Fría. Siempre me río cuando escucho a alguien decir que el nacionalismo se cura viajando. No fue así en el caso de mi padre. Viajar exacerbó al paroxismo la identificación de aquel hombre con su tierra, aunque con cinco hijos ya se le había hecho tarde para empuñar las armas. Por eso mantuvo esperanzado el sueño de que alguno de nosotros abrazara, por muy remoto que fuera el lugar donde se librara, alguna revolución. Yo intenté ser lo que él quería que yo fuese. Casi muero por ello. Por suerte para mí, en ese aspecto, mi padre es hoy un hombre decepcionado.

—¡El Espino! —el grito de Julio anunció el fin del trayecto antes de la última curva, como si conociera bien el camino.

El Espino. Extraños nombres: El Espino, Las Manos, El Guasaule, pasos fronterizos entre Nicaragua y Honduras. Julio, entonces entendí su actitud, estaba harto de cruzarlos. Su vida, masculló, siempre a medio camino entre ambos países. Pese a todo, lo noté animado, como si el retorno, la perspectiva de reunirse con su madre, sus hermanas y sobrinos mitigara la pérdida tan reciente y brutal que había sufrido.

Decenas de personas aguardaban la apertura de la frontera. La carretera que unía Ocotlán con Las Manos sucumbió a la arremetida del Coco. El río Guasaule hizo lo propio con el puente internacional que lo sobrevuela. El Espino era, pues, el único acceso abierto hacia Honduras después de interminables jornadas de incomunicación total entre vecinos. Para aquellas familias personificaba la esperanza del reencuentro. Al llegar se mostraban impacientes. La frontera acababa de cerrar para el almuerzo. Teníamos para dos horas, aunque nadie pareciera muy dispuesto a esperar. En apenas

unos segundos la protesta se propagó entre la muchedumbre hasta convertirse en clamor. Julio no decía nada, intranquilo. Me acordé del inspector Enrique Morales, de Ramírez y de Mario José Flores Largaespada. Los desesperados, como Julio, no podían esperar más para ver a sus parientes.

El Espino estaba repleto de *pickups* con las tinas abarrotadas de gente, equipajes voluminosos, mochilas y maletas en cuyo interior intuía improvisada ayuda humanitaria de carácter familiar. Un lisiado tenso como la palmera ante el huracán y un chele barbudo cargado con una mochila y fotografiando a todos los presentes a ráfagas; teníamos todos los boletos para no pasar desapercibidos. Aquel día, por fortuna, la multitud estaba ocupada en protestar ante los guardias, tenían prisa. Demasiada prisa, me temo.

—¿Qué verga es esa de cerrar el paso para almorzar? ¡El primer día que abren desde hace dos semanas!

A los guardias les empezaba a quedar corto el uniforme. Bajo sus cascos, los soldados mestizos iban perdiendo pigmentación. La gente quería cruzar, no pensaban esperar, y así fuimos todos adquiriendo condición de turba cada vez más cerca de la barra blanca y roja que separaba Honduras de Nicaragua.

—Atrás todos, el capitán está almorzando, tendrán que esperar —dijo un guardia apuntando al bulto con su AR-15.

Como un coro, entre la multitud surgió una respuesta.

—¡Que coma mierda el hijueputa!

Julio tiró de mí entre la masa. Arrastrado por la marea y la mano de mi compañero de viaje seguí tomando fotos: rostros desencajados, el enojo, la rabia, la furia colándose en mi memoria a través del diafragma de mi cámara. Nos acercábamos a la barrera y a un gigantesco cartel que celebraba la victoria contra el gusano barrenador. Todos empujaban cada vez más, yo disparaba; mis descargas, eso sí, no asustaban a nadie. Mucho menos, desde luego, que la pistola de un sargento al que la responsabilidad le estaba quedando grande y acudió a su último recurso: detonar su arma hacia las nubes. Era el método Tejero, me dije, rodeado de horda convertida por arte de pólvora en rebaño agachado a mis pies y a los del militar cuyo pavor retraté antes de verlo convertido en victorioso mohín. Sus órdenes, de pronto, era lo que él creía, serían cumplidas.

—¡Al primero que se acerque a la barrera lo mando a visitar a Satanás!

La turba no se dispersó, los peregrinos del *Mitch* se levantaron despacio, mirando al sargento de frente, decenas de ojos. La satisfacción desapareció de su rostro. Un disparo de mi Canon A-1 y definí para siempre el terror humano. Todavía hoy me da lástima el suboficial cada vez que miro esa fotografía.

—¡Atrás, hijueputas, todos atrás les dije!

De una pedrada anónima la multitud silenció al militar y empujamos hacia Honduras. Los cuatro soldados que cuidaban de la barrera fueron arrollados. Yo fui el único en disparar. Retratar una revuelta, la ira desatada, es dejarse llevar por un

remolino, el ser humano en máxima excitación. Para Julio la prioridad era otra.

—¡Apurate, Miguel! ¡Dejate de fotos! Hay que aprovechar para cruzar —me dijo tirando de mi brazo.

Lo seguí sin dejar de disparar, avanzamos con la corriente y al entrar en Honduras seguimos trotando carretera abajo. El arcén estaba abarrotado de *pickups*. Subimos a una cuyo conductor ya arrancaba, asustado ante la avalancha que pugnaba por subirse a su tina. Vimos alejarse el puesto fronterizo de El Espino. Los soldados disparaban al aire, pero ya nadie se lanzaba al suelo. Todo fue tan rápido y tan sencillo que me hizo dudar de que fuera verdad. Acababa de entrar ilegalmente en Honduras. Se lo hice notar a Julio. Su rostro era la antítesis del mío. «Esta debe de ser su mejor sonrisa», me dije con ironía.

—No te preocupés, Miguel. No hay nada más sencillo que cruzar esta frontera. Lo sé muy bien —dijo, y lanzó una macabra carcajada.

Yo no las tenía todas conmigo.

—¿No habrá controles? Seguro que los guardias ya han dado aviso. ¿No ves que no llevamos sello en el pasaporte? Estaría más tranquilo si hubiéramos entrado de forma legal.

—Tal vez, Miguel, tal vez. Vos no te preocupés, estás en buenas manos. Confiá, bróder, confiá.

XII

Los días en la clandestinidad me tienen apichinga. Son largos, de espera, solo cuando la acción se acerca, la cosa se acelera. Cada poco, hacemos un recupere en un banco en Tegucigalpa o San Pedro Sula. Dejamos de lado el resto de cabeceras departamentales, ya que en este país las ciudades son chicas, incompatible con ser clandestino, ocultarse, pasar desapercibido; esas cosas.

Dejamos un tiempito entre golpe y golpe. Seguimos a rajatabla el manual del clandestino. De vez en cuando, Gustavo se ausenta y regresa con las directrices del mando o nos anuncia la celebración de una escuela político-militar en algún lugar hacia la frontera con Guatemala o hacia el Caribe. Son las zonas más tranquilas del país. Todo el sur está infestado de tropa y de Contras y al oeste el Gobierno también está ojo al Cristo por lo de la guerra en El Salvador. Es lo que repetimos acá, en el grupo: si el comunismo tiene un plan para Centroamérica, es porque hace rato que los gringos llevan aplicando el suyo. Me gusta lo de ir a la selva o a la montaña: aprendemos el manejo de nuevas armas, nos aleccionan sobre la lucha de clases, el socialismo, la perfidia del imperialismo y escuchamos experiencias de otras luchas de liberación. Aquí mandan los cubanos, también son quienes más tienen para contar. Conozco a uruguayos, colombianos, chilenos y argentinos. Estos últimos se dicen ahuevados por sus compatriotas que instruyen a varias unidades Contras y porque, allá en El Plata, Álvarez Martínez, cuyo nombre comienza hoy a marcar mi vida, recibió entrenamiento militar. Nosotros le quitamos hierro al asunto. Les decimos que los argentinos la cagaron, porque van a lo suyo, quieren hacer las cosas a su modo y por eso los gringos los acabarán mandando de regreso a su país. La guerra, les decimos, la dictan los gringos. Lejos de consolarse, estos abismados pendejos parecen enojados por nuestra explicación, en lugar de calmarse se hacen los ofendidos. No nos entendemos bien con estos argentinos.

El dispositivo clandestino, nos dicen en los seminarios, busca generar militantes disciplinados al extremo, reacios a hacer preguntas y ansiosos por ejecutar medidas que nos acerquen al final de la lucha. Me preocupa pensar que la clandestinidad afecte, incluso, a mis futuros recuerdos de estos años, ya que nos inculcan la costumbre de olvidar nombres, direcciones, fechas, acciones, y me aterra la idea de echarle tierra a mi pasado, de no recordar en unos años, mañana tal vez, todo esto por lo que estoy pasando. Por eso decido empezar a tomar notas en un cuaderno. Soy clandestino entre los clandestinos. Los compañeros no deben saberlo, de plano me toman por un maje de la CIA.

Realizamos cuatro recuperes. Nunca nos agarran, al fin y al cabo, yo soy ya el Cazador. Revelé a mis camaradas la historia de mi apodo; se cagan de la risa y ahora lo luzco con orgullo. Va bien tener cierta identidad a la que atenerse, pues cambiamos de nombre casi cada vez que nos movemos. Me llamo Mario, Ramiro, Chepe, César, Alejandro y ya ni sé qué más.

Secuestramos a un empresario, el dueño de una maquila a las afueras de San Pedro Sula. Resulta sencillo secuestrar. Lo vigilamos unos días, al de una semana el objetivo sale de su restaurante favorito, Baranda, en la colonia Moderna, uno bien caro al otro lado mismo de la ciudad. Gustavo se le acerca. El maje ya tiene las llaves en la mano, se dispone a abrir la puerta de su camioneta cuando siente la Beretta del jefecito clavada sobre su espalda.

—¡Al carro! —le ordena. El compa ni tose.

Comienzo a cambiar de idea sobre los secuestros cuando me encargan de su limpieza. Es asqueroso. Lo vigilo al desnudarse en el baño y ahí me quedo, viendo cómo se enjabona todo el cuerpo. El hombre se pone nervioso, anulamos por completo su intimidad; ni hacerse la paja lo dejamos al maje. Me da lástima. Además, me martiriza la idea de no haber matado a nadie todavía, si todo acaba en mal pedo y hay que darle chicharrón al billetudo, de plano yo cargo con su ejecución. Nadie me lo dijo. Lo sé. Necesito darle camotillo a un maje para sentirme en paz. Es lo que me obligo a pensar. En realidad, temo el cambio que dará mi vida al manchar mis manos de sangre, si me hará más fuerte, si ese cadáver me perseguirá por el resto de mis días. Mi papá en el Cielo estará orgulloso, mi mamá en la Tierra rezará por mí.

Los majes pagan rapidito y lo liberamos. Me alivia, me cayó bien el secuestradito. No, no resulta tan sencillo secuestrar, me retracto de lo dicho. Detesto los secuestros, son parte del combate, cómo no, lo sé, por supuesto. Me vale verga, retenemos más de un día a un hijueputa y ya me dan pesadillas. Como primera víctima, si me dan a escoger, que sea militar, político corrupto, un chepito; por ahí. El día llegará, es inevitable. Los recuperes son otra cuestión: algo rápido, directo, el control es nuestro. Y, de viaje, se nos dan diacachimba.

Una mañana Rodrigo se hace humo. La puntualidad es sagrada para nosotros. Salió temprano para vigilar un objetivo. Lo esperábamos tres horas después y acá cinco minutos de retraso ya son una amenaza. Latania lo tiene claro: lo agarraron. Gustavo tampoco duda: nos delató. Antes de que se lancen a los berrinches, le doy la razón a Bautista: no sabemos qué le pasó, pero mejor nos corremos de aquí a toda verga. Salimos de la casa de uno en uno. «Nos vemos dentro de dos días», nos dice Gustavo. A cada uno se le asigna una cita distinta, así lo mandan los protocolos en estos casos. Gustavo comprobará que el nuevo refugio es seguro, que está despejadito pues, y en dos días nos recoge uno por uno, cada cual en un lugar distinto de San Pedro Sula.

Paso la tarde roleando por el centro de la ciudad, me corroe una idea, me obsesiona, sé que no debo, me debato unas horas. ¡Ni verga! Almuerzo cerca de la estación de buses y al final me decido. Quiero ver a mi mamá.

Al llegar a La Ceiba, pienso que mejor sea, quizá, visitar primero a mi hermana Claudia. Me da pesar por ella, la doy un susto de muerte. Su marido, un hondureño perdonavidas más serio que un cardenal soltando un pedo, nos arruina la cena con la política, sus simpatías hacia el presidente Azcona Hoyo y su rechazo a Ortega y «a su

caterva de desharrapados». ¡Será pedante el maje! A Claudia le gusta, ni modo, y a mí me alegra saber que ella es inteligente: el marido no sabe nada, le dijo que ando estudiando, que quiero entrar el año que viene a la Universidad en Managua, ser médico. Me provoca con preguntas afiladas, se las da de sarcástico el cuñado, volando verga a la Revolución, a los sandinistas, a Fidel, Stalin, Lenin, Marx y de poco que el maje no se enreda con la vida comunitaria de los cromañones. Yo me las doy de inocente, le sonrío alguna de sus gracias y le suelto que la medicina busca el bien común, sin hacer distinciones entre comunistas y capitalistas, aunque a un pelo me quedo de decir imperialistas. Debería dedicarme al teatro, me digo satisfecho al cerrarle las tapas a mi cuñado. Los ojos de Claudia me advierten: no te las pasés de listo, hermanito. En fin, no hay que ser un sabio para entenderlo, no le caigo bien al hombre, ni modo. No es extraño, me perdí su boda y la familia apenas tuvo hasta hoy noticias de mi vida. Le contamos que vengo para ver a nuestra mamá y que antes quise visitarlos, pero ¡no jodás!, no vine hasta acá para discutir con el mariachi de mi hermana. Terminamos la cena y mientras él mira un juego de fútbol europeo, Claudia y yo platicamos en la cocina. Mi mamá tiene un nuevo hombre, un gringo del Sur que vino a trabajar en el banano. Claudia espera que sea mejor que nuestro papá. Yo lo defiendo. Ella dice que fue mal marido, que la pegaba y que nunca estuvo dónde y cuándo ella lo necesitaba.

—¿Recordás cuando llegaba a la casa y nos mandaban a jugar a la calle y nosotras te llevábamos a corretear entre el banano? El papa estaba golpeando a la mama. —Claudia me clava los ojos en el alma. La muy jodida siempre supo cómo incrustarme la culpa en el pecho—. ¡La mierda de la Patria, hermanito! Ese fue siempre nuestro gran clavo. Y ahora no más vos siguiendo sus pasos. ¿Por qué no te golpearía a vos? —Me agarra de la mano como disculpándose por lo que acaba de decirme—. No acabés como él, Julio.

Me deja confuso la plática de Claudia. Pienso en contarle cómo murió nuestro papá. Me contengo. Cuanta menos gente conozca esa historia, mejor, así les evito a los demás el impulso de contarla y que mi mamá acabe por enterarse de cómo se quedó sin esposo. Ya bastante cachimbada fue por la vida.

Claudia me revela más indicios de que mi papá no fue un santo, solo falta que me cuente que se le fue encima como un penco a alguna de mis hermanas. No dice nada parecido. Siento un profundo alivio. Los problemas derivaron, me dice Claudia, de sus ausencias y del fuerte carácter de mi mamá, que en cuanto pisaba en la casa y nos corría para la calle, le lanzaba un carro de reproches. Mi papá aguantaba hasta que llegaban los insultos y entonces la silenciaba a golpes. O eso me asegura Claudia. Me cuesta creer las historias de mi hermana mayor, ya que recuerdo a mis padres alegres de estar juntos, él siempre se quedaba varios días con nosotros y la pasábamos diacachimba.

—¡Qué la canción con vos, Julio! Al papá lo tenés en un altar y eso no, hermanito. —Claudia construye su indignación con la mirada, me asesina, no quiere

bufar y que la escuche el marido. Al rato no más se calma—. Va pues, tenés razón, se llevaban bien, que sí, cuando pasaba la discusión eran felices de estar juntos y toda esa cuestión. A mí lo que me pasa es que nunca le perdonaré que antepusiera la Patria, la Revolución, a su esposa, a su familia, ¡no más como vos, jodido!, y que, para rematar, la golpeará cada vez que ella se lo lanzaba en la cara.

No vine hasta acá para discutir con mi hermana. Le digo que quiero ir a Coyoles a ver a la mama.

—¿Pensás quedarte?

—No, es solo verla. Mañana debo estar en otro lugar.

—Entonces ni te acerqués. —Me lo dice como una orden cuyo cumplimiento deja en manos de mi sentido común—. ¿Recuperarte y perderte un segundo después? ¡No, ni hablar! —Claudia tiene razón, siempre la tiene, siempre la tuvo.

En casa de mi hermana duermo con una placidez que no recuerdo sentir desde la infancia. Por la mañana conozco a mi primer sobrino, Brandon, a los hondureños les gustan los nombres gringos. Tiene siete años y me mira como a un extraño.

—Ya ni me acordaba de que tenía un tío —me dice con naturalidad infantil—. ¿Estarás por acá después del almuerzo? Ahorita voy a la escuela, pero, si querés, en la tarde vamos a la playa.

Primero es Claudia la que me lleva junto al mar, a apenas cien metros de la casa. Pasamos la mañana tumbados sobre la arena, entre los turistas, como cuando éramos chigüines y mi mamá nos traía los fines de semana del verano. Evocamos recuerdos de la niñez, nos reímos, nos reprochamos jodederas de hermanos que crecieron juntos y, en una pausa de esas en que la risa se va apagando poco a poco tras un buen recuerdo, me mira y me advierte que no quiere saber nada de mis actividades revolucionarias.

—Ni siquiera —me dice— deberías estar aquí. Aunque me alegro de verte, Julio. —Me acaricia la mejilla y me abraza. Sus lágrimas brotan, también las mías—. ¿Nos bañamos?

El agua en calma absoluta del Atlántico me cura todos los males. Floto sobre el mar con los ojos cerrados, brazos y piernas extendidos; me siento demasiado relajado para ser combatiente. En la tarde se nos une Brandon, se sabe todos los juegos el chavalo, nunca se aburre, yo con él tampoco. Acabamos la cena y no quiere irse a la cama, mejor jugar un poco más con su tío Julio. Demoro para dormir en la noche, ¡jodido cipote! Me removi6 algo bien adentro, la parte de mi vida que no estoy viviendo.

XIII

Desde las montañas llenas de cicatrices marrones, el rastro del *Mitch* de nuevo ante nosotros, la tierra se deslizaba hacia San Marcos de Colón. La sonrisa de Julio todavía presidía su cara, como si se viera más cerca de alguna personal concepción de la felicidad, de su madre, del hogar; o quizás es que el lugar le devolvía a la mente recuerdos felices. ¡Quién sabe! El hombre hablaba poco y yo sentía que debía ser delicado al preguntar. A mí me preocupaba la policía, los controles. No se asalta un puesto fronterizo así, sin más. Eso pensaba yo, debía de ser el único inquieto en aquella tina. A mi alrededor todos parecían felices, disfrutaban del momento.

—San Marcos es hermoso, ya verás —me anunció Julio poco antes de que una curva de la Panamericana nos ofreciera la mejor vista de la ciudad—. Y ya olvidate de la pesca, tenemos tiempo.

—Tiempo, ¿tiempo de qué?

—De visitar San Marcos, pues. —Sonreía—. Si es preciso nos escondemos o dormimos acá. Ahí vemos. —Acercó sus labios a mi oído—. Me tenés que creer, hermano, es mejor cruzar así, más seguro. Para mí, de plano. Para vos también que venís conmigo.

Los vestigios del zarpazo del *Mitch* en San Marcos: casas perjudicadas, heridas abiertas en las calles adoquinadas y sanmarqueños ociosos entretenidos con la oleada de viajeros que llegaban a la estación de autobuses, a un lado de la Panamericana.

Una hora no es mucho tiempo para reconocer una ciudad de veinte mil habitantes. Julio estaba equivocado: no disponíamos de más si habíamos de coger el primer autobús hacia Choluteca, otra de esas poblaciones a las que el *Mitch* había trasladado trágicamente a los noticieros de medio mundo. De nuevo sentí que la inquietud dominaba a Julio. Le sugerí que, si así lo deseaba, me esperara en la parada del bus y descansara mientras yo inspeccionaba las calles de San Marcos.

—¡Ni verga! Me voy con vos —soltó, apresurándome a dar unos pasos—. Miguel, prestame tu gorra, esa brasileña que tanto me gusta. —Miré al cielo, estaba nublado. Julio insistió con todo su rostro, así que no le di más vueltas: la saqué de la mochila y se la entregué—. ¿Y los anteojos?

—En cuanto podamos compramos una gorra y unas gafas para ti, que a estas les tengo un cariño especial.

No quería aburrir a Julio con los detalles de mi vida. De todos modos, por concretar, se trataba de dos objetos que todavía conservo como recuerdo de mis días en Brasil, asociados a Luana, esposa a la que abandoné y mentí. Es el peligro de casarse con un exasesino, exterrorista, exmuñeco de trapo y exmarioneta. Por primera vez desde hacía mucho tiempo pensé en ella; apenas un segundo. Observé a Julio, ya camuflado, la calma que regresaba a sus labios, la única parte de su rostro al alcance de mis ojos. No tardé ni dos segundos en suponer su miedo a ser reconocido por algún lugareño. La idea repicó durante un rato en mi cabeza, el tiempo transcurrido

hasta que, ya lejos de la muchedumbre reunida en la estación, Julio me hizo una petición bastante menos misteriosa.

—¿Te queda algo de ese monte bien rico?

Lo miré elevando una ceja, con cara de payaso preocupado.

—¿Será que te salvé de la muerte para convertirte en un adicto a la marihuana? —le dije, confiado en que captara la ironía.

Julio me ofreció su cara más neutra. Levanté los dedos a la italiana, le expliqué que era solo una broma y él torció el gesto, suspiró y, desganado, me lanzó una sonrisa.

—¡Solo mate sos, Miguel! Pero no, el monte me ayuda. No es que me duela, pero a ratos me dan como piquetazos, ¿sabés? —me dijo y, estirándome del brazo, añadió —: Vení, seguime, sé de un lugar tranquilo para lanzarnos ese batazo.

—Espera, espera —lo retuve—. Te dije que si me acompañabas a dar una vuelta por la ciudad; no hay mucho tiempo hasta que salga el bus.

—¡No fregués, compadre! —Me lo dijo con un leve, pero sentido, aire de desprecio, hartazgo o algo similar—. ¡Olvidate por un rato del jodido *Mitch*! —Ante la persistencia de mis dudas y la confusión que debió de reflejar mi rostro adoptó un tono más conciliador—. Vamos, pues, te prometo unas buenas vistas de San Marcos de Colón.

Caminamos ladera arriba y dejamos atrás las calles de asfalto quebrado de San Marcos. Al pasar la última casa, bajo los primeros árboles de un frondoso bosque, eligió un enorme pino para sentarse a sus pies. No fue necesario que nos alejáramos mucho; desde nuestra posición, algo elevada, veíamos a la muchedumbre que seguía afluyendo a la estación de autobuses.

—Veo que te conoces bien el lugar, ¿no? —le dije—. No solo es perfecto para fumarse un churro; desde aquí, además, controlamos todo el movimiento de autobuses.

—Y de la pesca —añadió elevando las cejas, satisfecho de manejar las cuerdas.

Mientras me liaba el canuto, Julio miraba hechizado hacia el interior del bosque, montaña arriba. De pronto, lo noté inquieto. «El porro a cambio de tus pensamientos, Julio», podría haber dicho algún relamido. No es mi caso. Sin preguntas, le ofrecí hacer los honores. Olvidándose de respirar, enlazó cuatro caladas a pleno pulmón hasta que una tos de las profundidades se apoderó de su pecho. Me asusté, parecía al borde de la asfixia, su aparato respiratorio, deduje, no estaba todavía preparado para aquella embestida. Unas palmadas en la espalda, un poco de agua, unos segundos demandando aire puro y conseguí recuperarlo. También el canuto.

—Igual deberías andar con más cuidado, ¿no? —le dije, aspirando con ganas—. Como sigas dando esos sorbos enormes te van a reventar los pulmones.

Julio levantó las manos en ademán tranquilizador.

—No te preocupés, estoy bien. —La carraspa interrumpió sus palabras, apretó la palma de la mano con fuerza contra su pecho—. Debe de ser la ansiedad, hermano.

Quizá fuera su deseo de cambiar de asunto, de evitar que me preocupara en exceso por su salud, no lo sé. Sea como fuere, Julio señaló de pronto hacia el bosque e inició una reveladora conversación.

—Si seguís por aquí no más, todo recto, llegás a Nicaragua.

—¿Ya cruzaste alguna vez?

Julio asintió, sin dejar de mirar hacia los pinos. Una mueca de satisfacción asomó entre sus mejillas.

—Aquí fue donde acabó la guerra para mí. Unos metros más arriba.

—¿Te perseguían?

Sus ojos, ya vidriosos por el efecto del cannabis, me miraron con una profunda tristeza, balanceó la cabeza en vertical y respiró hondo. Miré hacia el bosque. Aspiré una calada más y le pasé el canuto.

—Con cuidado, ¿ok? —le advertí.

—Claro, compadre, un toquecito no más.

Julio aspiró con delicadeza y dejó entrar el humo con suavidad en su organismo; esta vez pareció agradecerlo. Sus ojos enrojecieron más todavía, sus párpados casi pegados; lo que se dice un buen ciego. Le dio la risa floja, colocó su mano sobre mi hombro, el canuto bien apretado entre sus uñas y sus ojos clavados en los míos.

—Me perseguía medio país, hermano. —Al decirlo se echó hacia atrás, respirando hondo, aliviado, como si hubiera expulsado un cálculo renal de quinientos kilos. Otra calada y me devolvió el canuto—. Me sienta bien regresar a Honduras. Te diré, Miguel, hacía tiempo que no estaba tan tranquilo. En paz, ¿me entendés? De viaje, mi mejor momento en mucho tiempo. Aquí, ahorita, con vos.

Yo también sonreí, absorbí con fuerza la marihuana que crujía al acercarse a mis labios y le ofrecí mi mano para batirse con la suya.

—No sabes cómo me alegro, Julio.

—¡De a verga, pues! —celebró.

—¿Sabes? A mí también me sienta bien que te sienta bien regresar a Honduras.

Soy un cursi, parece un trabalenguas, pero eso fue lo que le dije antes de devolverle el candente asunto que nos traíamos entre manos. Sonrió al ver arder el cannabis de nuevo entre sus dedos.

—Así es, hermano, es el país que me vio crecer, aunque la casa de mi mamá, allá en Coyoles, siempre fuera una diminuta isla nica. —Inhalaba ahora bocanadas de dragón. La marihuana tiene funciones terapéuticas. Si te entregas y bajas la guardia te desnuda, desbloquea tu mente, te abre puertas—. Mi mamá aguantó años las carreras de mi papá, siempre perseguido por la dictadura, hasta que nació yo. Mi nacimiento lo agarró en Honduras escondido porque el muy dundo se descubrió el rostro a la salida de un banco en un recupere y fue identificado por varios testigos. Mi mamá, mientras, esperaba en Managua, con dos niñas y el pequeño Julio a punto de sacar la cabeza al mundo. —Sonrió y se atizó otro foganazo de marihuana.

—Y tu padre, ¿de qué vivía? —Aproveché la pregunta para reclamarle el canuto.

—Encontró trabajo en el banano de Coyoles y, después del terremoto, nos mandó llamar. Y al año va y le dice a mi mamá que se regresa a Nicaragua, que enfriado ya el asunto del recupere aquel la patria vuelve a ser lo primero. Ella, cómo no, lo mandó al carajo. —Se detuvo para reclamarme el porro que se consumía en mi mano—. ¡No jodás!, los españoles siempre os quemáis los dedos. Fumáis el monte como si fueran cigarrillos. Hay que fumar rápido y profundo.

Así lo hizo él. Aspiró hondo, muy hondo. El humo debió de bajarle hasta los pies.

—¿Sabés, Miguel? Mi papá nunca se fue del todo al carajo. Aunque la patria fuera lo primero, no podía vivir sin nosotros, pues. Para él, atravesar la frontera y cruzarse hasta Coyoles era como el décimo de los trabajos de Hércules. Por eso cada vez que venía le insistía a mi mamá para que nos regresáramos a Nicaragua y ahí no más, por supuesto, empezaban con el pleito. No te lo vas a creer, pero hasta los siete años, que recuerde, no lo vi más de seis veces. Cuando triunfó la Revolución, eso sí, nos vino a buscar. Mi mamá no quiso moverse de Coyoles, le dijo que prefería esperar, que no se fiaba de aquellos hermanos que de niños le robaban al lechero. —Julio soltó una carcajada tan profunda que comenzó a toser; nada, en todo caso, podía detener ya su relato—. Le robaban al lechero, ¿sabías vos de eso? Bueno, eso contaba mi mamá de los hermanos Ortega. A mí Daniel me dio un abrazo al acabar la guerra para felicitarme por los servicios prestados. No jodás, salí en la portada de *Barricada* y toda la verga, pues.

Julio miró ladera arriba, entre los árboles, y aspiró con fuerza el humo terapéutico del cáñamo en combustión. Ladera abajo, en la estación, el gentío se arremolinaba alrededor de los autobuses.

—¡No jodás! Era mi madre mentar a los comandantes y ahí, seguido no más, mi papá se encachimbaba y empezaban otra vez a los berrinches. Luego, cuando ya los sandinistas comenzaron a organizar a los catrachos, se convirtió en prófugo a este lado por organizar atentados, atracos y secuestros en territorio hondureño. Recuerdo el día, al año de la Revolución, que vino para llevarme con él. Quería que su hijo conociera la libertad, o así se lo dijo al menos a mi mamá. Y bueno, ya de tanto que la insistió el hombre, ella me dejó partir. Con ocho años, pues, conocí mi país, ya libre de los Somoza y de los gringos. —Tras otra intensa calada, me devolvió el canuto, que disfrutaba de sus últimos milímetros de vida—. La verdad es que en Nicaragua no vi mucho a mi papá, la pasaba con mi tía Celia, que había dejado Jinotega asustada por la cercanía de la guerra.

La marihuana estimula más el habla que el oído. Con cada calada la lengua de Julio cogía más y más velocidad.

—Fue en su casa. Yo tenía once años, no sabía cómo contármelo. La vi llorar, a mi tía Celia, pues, y me lo dijo: «A tu papá lo mataron los Contras hace unos días, en la montaña. Lo mejor será que te regresés para Honduras con tu mamá». Y eso hice, pues. Pero ya no me sentía a gusto entre hondureños. Al cumplir los quince dejé a mi mamá hundida en llanto y a mis hermanas, que me mentaban los demonios, y crucé

de nuevo la frontera hacia el sur, la última vez que lo hice de forma legal. Me presenté en un cuartel en Managua, hice la instrucción, y un día, aunque yo no supiera mucho de sus hazañas, un comandante me preguntó si yo era el hijo de quien él creía. Fue el primero que conocí de los que combatieron junto a mi papá. Una larga lista, pues. «Vos conocés bien Honduras, ¿verdad?», me dijo. «Bien, chavalo, tengo un cometido más útil para vos». Me agarró del hombro y al de unas semanas asalté un banco en Tegucigalpa. Así es la Revolución, compadre. Te atropella. ¡No jodás!

—Cuidado, Julio —lo interrumpí—. Alguien viene.

Un viejito achaparrado se acercaba lentamente hacia nosotros repiqueteando el suelo con un recio bastón. Gruesos calcetines asomaban de sus sandalias, una cuerda a la altura del ombligo ahogaba una holgada camisa a cuadros bajo un pantalón de loneta azul. Parecía salido de la nada, o de otra época, o quizás es que, por aquel entonces, yo no podía evitar verlo todo en blanco y negro. Busqué mi A-1 en la bolsa para capturar el renqueante caminar del anciano, a unos metros de nuestra posición, allí donde el castigado asfalto que cubría los añejos adoquines dejaba paso al camino de tierra. El anciano miraba al suelo, alzó la cabeza al escuchar el sonido del disparador y sonrió como si le agradara la idea de un retrato. Me sorprendí al descubrir todos los dientes dentro de su boca, bastante blancos incluso. Al llegar bajo el árbol donde descansaba Julio, resopló de cansancio y se detuvo.

—Buenos días —le dije.

El viejito asintió con la cabeza, nos miró con curiosidad.

—Ulises Baquedano Peña, para servirles. —Me extendió su mano y señaló ladera arriba—. ¿Vienen o van?

Julio aspiró el canuto, casi a punto de desaparecer entre sus labios. Ulises Baquedano Peña miró con interés la chusta que Julio me cedía para que lo ayudara a incorporarse.

—De Nicaragua venimos, señor, pero cruzamos por la frontera —le dijo Julio, ya en pie, con la mano en el hombro izquierdo—. ¿Igual nos tomó usted por fugitivos? —añadió en mitad de una carcajada nerviosa.

El viejito frunció un ceño ya fruncido de por sí y quemado por el sol de la montaña del trópico. Sus ojos se posaron sobre la cámara que colgaba de mi cuello.

—Soy periodista —le indiqué, como si me sintiera obligado a ofrecerle alguna explicación—. Vamos hacia el norte, buscando el huracán, ¿sabe? Hacemos el recorrido del *Mitch* en sentido inverso.

Desvió su atención de nuevo hacia el canuto. Lo arrojé al suelo, lo pisé y lo observó unos segundos antes de desviar su mirada hacia el brazo ausente de Julio.

—¿Anduvo en la guerra usted? —le preguntó. Julio dio un brinco, el viejito hablaba para sí mismo—. ¿Una mina? Imagine, toda la frontera estuvo sembrada no más.

—Una mina me dejaba antes sin piernas que sin brazo —arrancó Julio, pero se detuvo temeroso de enfrascarse, quizá, en una peliaguda discusión—. No es de la

guerra —acertó a balbucear—. El huracán. Sobreviví al Casitas.

El viejito no pareció impresionado; adoptó una expresión insatisfactoria, como si nada de lo que le contaran fuera a transformar la idea que se había formado en su cabeza. En todo caso, se hizo evidente que prefería contar historias a escucharlas.

—Acá también golpeó, no crean ustedes. A mi vecina y a su hija se les cayó la casa encima con las lluvias del *Mitch*. Una tragedia dantesca.

Julio parecía incómodo ante el viejito. Miré hacia la estación, la gente subía a los autobuses, y le estreché la mano al viejito.

—Bueno, señor, hemos de agarrar el bus para Choluteca. ¡Que le vaya bien!

Julio cogió su mochila, se despidió con un alzado de cejas y caminamos hacia el asfalto.

—Me puso nervioso el viejito ese —farfulló Julio—. ¡Que por dónde cruzamos, dice! El maje vive en otra época. La guerra acabó hace siglos, ¡no jodás!

Las sirenas de la policía empujaron lejos sus palabras. Una decena de agentes, fusil en mano y sin contemplaciones, obligaban a los viajeros a bajar de los herrumbrosos autobuses pintados a patrióticas franjas blancas y azules, algo más oscuras que las habituales en Nicaragua, y a formar en varias filas en la explanada. La gente mostraba su documentación. Quien la tuviera en regla subía al autobús. Los demás eran alzados a empujones a las tinas de varias *pickups* policiales. La división concluyó en dos grupos igual de numerosos.

Desandamos nuestro camino hasta regresar al árbol bajo el cual nos habíamos fumado nuestro primer porro hondureño. Ulises Baquedano Peña caminaba monte arriba, con paso lento, ajeno al ajetreo de la estación. Se giró de pronto, como si supiera con exactitud nuestra posición y nos invitó a acercarnos.

—Díganme, ¿qué era eso que fumaban ustedes? —El pulgar y el índice apretados tocaron sus labios—. ¿Puedo probar? Un sobrino mío también fuma de eso. Huele bien rico.

Julio y yo cruzamos las miradas. Sonreímos, más sorprendidos que un obispo cazado en un prostíbulo.

—¿Y cuál es, muchachos? —Miró a la estación con gesto triunfal—. Tienen para un rato largo. Subamos un poco más, entre los árboles se sentirán más seguros.

Ulises Baquedano Peña aspiraba como un submarinista recién llegado a la superficie. Daba caladas largas, profundas, poco a poco sus ojos se fueron rasgando, sus labios se estiraron en una sonrisa sorda, tierna.

—Por acá cruzaba la gente, los clandestinos, ¿saben? —Arrugó los párpados. Buscaba, quizás, algún rasgo familiar en nuestros rostros—. Y ustedes, ¿nunca cruzaron por acá antes? Yo ayudé a cruzar a muchos. Pagaban un platal. —Miraba hacia arriba, entre los árboles, medio canuto resistía todavía entre sus gruesos y ásperos dedos, todo para él—. ¿Quieren que los lleve a Nicaragua? Aún recuerdo el camino.

—Será mejor que se siente, señor —sugirió Julio, intranquilo.

Ayudamos a Ulises Baquedano Peña a reclinarse contra un árbol. Seguía fumando, disfrutaba del humo. A lo lejos, entre las ramas, los últimos policías abandonaban la estación.

—¿Dónde vive usted? —me interesé—. Vamos, lo acompañamos a su casa.

Ulises Baquedano Peña aspiró una calada eterna, estiró los brazos en un movimiento circular expansivo, se deshizo sin prisa alguna del humo y con una sonrisa recta, que era la distancia exacta entre sus orejas, nos confesó su estado de ánimo.

—Vayan ustedes, no se preocupen por mí. Yo acá me quedo. En la gloria, señores, cerca del cielo.

Allí lo dejamos, en éxtasis, quemando las últimas hebras de su cigarrillo de marihuana, cerca del cielo, sin duda.

Al poco de arrancar el autobús, Julio me recordó que habíamos dejado pasar la hora del almuerzo. Llevábamos sin comer desde la mañana en Valle Ducualí, donde dimos cuenta de los bocadillos que nos había preparado la siempre laboriosa y servicial doña Azucena. Aquella mujer fue para mí como una madre: cuidó de mi casa, de mi salud, de mi ropa; de mi alma, en definitiva.

—Ya ni me acordaba, pues, pero mirá, Miguel, con el monte este ni el propio Ghandi aguantaría una huelga de hambre. —Julio celebró su ocurrencia con una risotada y añadió—: No sé si todavía existe, conozco un comedor no más junto a la terminal de buses de Choluteca que...

Inducido por los efectos de la marihuana y el cansancio interminable que no podía dejar de suponerle, Julio apoyó su hombro no cercenado contra el cristal de la ventana y se durmió saboreando algún guiso cholutecano cobijado para siempre en su paladar. Verlo así, relajado, vivo, me proporcionaba cierta paz interior. Recorrimos en silencio los cincuenta y cuatro kilómetros hasta Choluteca. La ruta era escarpada, salpicada de agujeros que el conductor no se preocupaba mucho en evitar. La cabeza de Julio rebotaba contra el vidrio, aunque su sueño fuera inmune al traqueteo. Por si acaso, hice una bola con un jersey que saqué de mi mochila y la interpose entre su cabeza y el cristal. Farfulló un agradecimiento y prosiguió con su entrega total y absoluta al azorado reino de sus sueños.

Desde niño siempre fui adicto a mirar por la ventanilla, me gustaba disfrutar en silencio de las rutas por donde discurrían nuestros veraniegos viajes familiares. Pocas veces el paisaje me había estremecido de tal manera como en los días del *Mitch*. La naturaleza desatada y demás tópicos superaban la más extrema exageración. Camino de Choluteca, las montañas se iban apareciendo marcadas por enormes cicatrices, un penetrante olor a tierra húmeda se apoderaba de cada molécula de oxígeno. Recordé las faldas deslizadas del Casitas y busqué la intrigante foto del hombre que yo había sido doce años atrás. Caí en la cuenta de que ya estaba en territorio hondureño, a salvo de algún potencial asesino. O quizá no. Sopesé la posibilidad de que mi verdugo en persona hubiera dejado allí aquel testigo de mi pasado minutos antes de

mi llegada y, desde entonces, siguiera mis pasos como un licaón africano, ese corredor de fondo con resistencia ilimitada que persigue a sus víctimas hasta caer extenuadas, heredero directo del primer hombre lobo. Deseé como nunca el final de aquella cacería de la cual llevaba ya demasiado tiempo siendo la presa. Me vino a la mente el recuerdo de la nieve, siempre teñida de sangre en mi memoria, mi última detonación en nombre de una causa. La marihuana había desatado la lengua de Julio y sus recuerdos reventaron el cofre donde guardaba encerrados los míos. Todo en esta vida tiene su lado negativo. Maldije el cáñamo por hacerme pensar en la nieve y la pesadilla que evocarla despierta en mi cabeza. Mis párpados, para entonces, ya se habían desplomado.

Nieva. Nunca antes había sentido tanto calor. La duda hace estragos en mi estómago. ¿Aprieto o no aprieto? Yo no debería estar aquí, el maldito Txikote decidió adelantar en dos días el atentado y ahora el objetivo lleva un niño cogido de la mano. Su hijo, deduzco. El detonador me mira; no puede ser, no, soy yo el que mira al detonador. Txikote me mira a mí, impaciente, lo acaba de pensar: «La he cagado, ¿cómo pude elegir a este subnormal?». O algo parecido, su cara es un libro abierto. Tanto como puede estar mi píloro en estos momentos.

—¡Hostias, Txikote, el tío va con su hijo! —le digo.

—¡Aprieta, coño, que lo perdemos! —dice él.

No es el frío lo que me agarrota. Lo intento, no puedo, mis dedos, mis manos, mis brazos, los hombros, si el cerebro no ordena ellos no responden. Así funciona esto. El objetivo y su retoño pasan frente al Punto A. Nosotros estamos en el B, donde Txikote me insulta y pone sus manos sobre las mías, que no pueden hacer nada por evitarlo. El botón rojo se hunde e invoca a Lucifer sobre una calle de Madrid. Los ácidos de mi aparato digestivo estallan en sincronía con el amonal. Son los nervios, estrujan mi estómago, este segrega lo peor de sí mismo y yo me retuerzo de dolor. Entonces lo escucho, un grito infantil nítido y claro que vence a cinco kilos de explosivos. Txikote esboza una sonrisa macabra.

—¡Ahí te pudras, cabrón! —dice entre dientes y arranca el motor del Volkswagen Golf azul oscuro.

El objetivo es historia, su hijo también. Recuerdo los consejos de Txikote: pon la mente en blanco para matar; nunca les mires a los ojos. Veo pedazos humanos que arden sobre el asfalto, mi mente queda paralizada ante mi obra, el chillido de un niño resuena en mis oídos. Me siento más próximo del remordimiento que del deber cumplido. Esto no es lo mío, nunca podré ser un patriota ejemplar, tampoco un asesino.

Txikote conduce fino a través del temporal, el Punto C queda cerca de la M-30, cambiamos de coche y salimos de la ciudad sin dificultades, en silencio, hasta llegar al piso de seguridad, el Punto D, otros grupos armados lo llamarían piso franco; en este al que pertenezco la historia reciente de España condiciona nuestro lenguaje. El Punto D es una urbanización elegante en la sierra; como es invierno parece vacía.

Entramos con sigilo y peinamos la casa. Estamos solos, para mi desgracia. Txikote opina que hay algo que celebrar y regresa al vehículo a por una botella de Flor de Caña Centenario.

—Cortesía del comandante Humberto Ortega —me dice Txikote antes de abrir la puerta de la calle.

Mi estómago, atenazado por los nervios, no podía desear peor medicina. En el salón de la vivienda escasean los muebles: apenas un sofá de veterano escay color burdeos, una mesa redonda de cristal ahumado y una estantería de madera mal acabada, con toda probabilidad los primeros pinitos de algún aficionado al bricolaje. Por la ventana veo a Txikote abrir el maletero. Entre la nevada me ordena cerrar las cortinas con un gesto brusco y, de pronto, al ver sus ojos siento el miedo. Txikote regresa a la casa, trae hielo de la cocina y, más que servir, escancia. Una queja emerge por el esófago desde lo más profundo de mi vientre.

—¡Bebe! —me ordena, mi gesto al alzar la copa no debe de ser muy efusivo—. O igual debería decir ¡Bebé! ¿No es así, pequeñín?

Me siento cada vez más tenso, los retortijones. Solo me queda aguardar el desenlace. Intento calmarme en vano, la voluntad de mi sistema nervioso simpático en estos momentos es negarse a obedecer a mi cerebro.

—La mente en blanco, hostias, la mente en blanco. ¿Mecagüendios, tan difícil es, Gabiria? —Su tono no acaba de alcanzar el grito, no es necesario, lacera de igual modo mis oídos; el ron de Nicaragua desciende una vez más por su garganta; en sus ojos descubro la mirada Txikote, antes conocida como mirada Capone—. Tranquilo, chaval. No todos sirven para esto. —Lo dice y me da una palmadita de superioridad en la mejilla.

Debo medir mis palabras, este es un momento crítico de mi vida, Txikote es un jefe militar y yo me he convertido en su peor apuesta. Estoy a punto de cometer la mayor de las traiciones y la teoría, como se ve, la tengo estudiada, pensar con claridad ya es otra cosa. Abro la boca y mi corazón se impone a mi cabeza.

—¿No escuchaste el grito? Sobre la bomba. ¡Era un niño! Vi pedacitos caer al suelo...

—¡Cagüendios, Gabiria! Déjate de mariconadas. Era su hijo, no un chaval cualquiera que pasaba por ahí. —Txikote subraya con los brazos la importancia del matiz—. La misma sangre, ¿entiendes? —Vacía su copa de un trago, agarra la botella y acentúa la indignación de su mirada—. Mira, no me vengas con hostias. Nuestras vidas valen cien veces más que la de un hijo de *txakurra*. —Txikote recita la doctrina con pretendida devoción; quiero creer que percibo sus dudas, que su ansiedad delata algún recóndito sentimiento de culpa—. Los tíos usan a sus familias, se protegen tras sus hijos para que no les cacemos. A mí no me engañan a estas alturas del campeonato. Si mueren niños, ellos son los responsables, ¿entiendes? ¡Ellos! Aquellos que prolongan el sufrimiento de nuestro pueblo negándose a negociar. —Lo dice golpeando la mesa con la botella de Flor de Caña—. ¿Te crees que a mí me gusta

matar?

Así lo creo, Txikote. Debe de haber lesiones irreparables en tu cerebro. Quizá tu madre bebió de más en tu gestación. ¿Falta de cariño en la infancia?, ¿repetidas ausencias paternas?, ¿conflictos domésticos? ¿Por qué alguien acaba convertido en asesino? Esto es lo que pienso. No digo nada. Me quedo mudo. Mis labios apenas dibujan una indeseada sonrisa. Txikote se ríe ante mi silencio.

—¡Bebe, coño! Te sentará bien.

No me sienta bien, lo sé mejor que nadie, también lo que me conviene en este instante; no discuto y sigo su ejemplo. Txikote, la mente superior, escancia otra generosa ronda. «Mejor perder el estómago que la vida», me mentalizo. Mi jefe toma la copa con las dos manos y empieza a hablar mirando hacia el fondo de la estancia.

—¡Ay, Gabiria, Gabiria! ¿Qué puedo hacer contigo? No hay que mirar, no se mira, ¿vale? El anormal ese salió con su hijo, ¿y qué? —Se gira buscando contacto visual. Su tono ahora es suave, como si hablara con un niño—. Dentro de unos años nos estaría buscando para vengarse. Blanco y en botella, chaval. No es ron precisamente. —Lo dice alzando su dosis de néctar nicaragüense, convertido en veneno para mi estómago por los desajustes de mi sistema nervioso—. Así es la guerra. Tiene estas cosas. Uno vale o no vale. —Su mirada se afila de pronto; en alineación perfecta con su nariz de vasco, me clava sus ojos como un disparo en la sien—. Y tú, ¿vales o no vales?

Trago saliva, no, mejor trago ron, la copa entera. Siento el líquido bajar hacia dentro, el ardor que estalla justo en el centro e irradia por todo mi cuerpo.

—¡Claro que valgo! —Ahora sí, el cerebro se impone al corazón, me ha costado decir lo correcto—. No te preocupes por mí, no volverá a pasar.

Sí, Txikote, puedes estar seguro, esta es la última vez. Estoy harto de ser vuestra marioneta, de sentir cómo vuestra mano invade mi cuerpo por los huecos y penetra hasta mi cabeza. Me he convertido en un muñeco de trapo manipulable. Me uní a vosotros empujado por la frustración de un padre fascinado por los hombres que arriesgan la vida por un ideal, aunque este pueda ser desatinado. Me tragué como si fuera agua todas las convenciones, los discursos, el idealismo. No puedo más: la estupidez, el absurdo, la muerte.

Miro hacia la ventana, escucho el ruido de neumáticos que llega de la calle. Han tardado, pensé que no reaccionarían al cambio de planes, pero ya están aquí. Txikote se asoma a la ventana y los ve. Parece aturdido, confió en mí desde el principio: el árbol genealógico inmaculado, la facilidad de palabra, el dominio mínimo necesario de la lengua sagrada, mi discreción, mi habilidad; aprendí rápido, él me entrenó, una mezcla de aita y comandante, y, en este momento, le cuesta admitir la cruda realidad.

El cañón de mi Beretta 92 apuntando a su vientre le da la pista definitiva. Sonrío y ofrezco un brindis al aire, Txikote lo rechaza y vacía su copa.

—¡Hijo de puta! —dice. El insulto más inocuo que me han lanzado en toda mi vida.

Txikote escancia de nuevo, como si quisiera impedir que le quede una sola gota de ron nicaragüense al enemigo. Me mira y sonrío, una mueca sarcástica más bien. Ahora es él quien levanta su copa y propone un brindis.

—El mayor dolor en la vida es la pérdida de un hijo. —Sus labios dibujan la mueca forzada del tipo vestido de negro en las películas de vaqueros—. Por los traidores que han de morir.

Sujeta el ron con la mano izquierda; nada que ver con cuestiones ideológicas, es de los que disparan con la derecha. Una Beretta emerge bajo su camisa a cuadros. Llega tarde, solo alcanza a disparar al suelo. Txikote está muerto. Recién despojado del peso de satisfacer a mi padre me viene a la cabeza Gary Cooper. Es mi tercer cadáver en apenas una hora; de este, no obstante, nunca me arrepentiré. Es lo que pienso, al menos, cuando veo el cuerpo inerte de Txikote sobre la madera. Un agujero de nueve milímetros preside su pecho.

El inspector Chacón, acompañado de tres agentes, entra envuelto en una gabardina. Al final de sus mangas me apunta su Star PK-28, de fabricación vasca, ironías de esta lucha, mientras mira a mi jefe tendido sobre el suelo; la sangre ha comenzado a fluir por debajo de su cuerpo.

—Suelte el arma, Gabiria —me ordena—. Suelte el arma.

—Lo siento, inspector, decidí adelantar el atentado dos días —le digo, todavía me tiemblan las manos—. Lo adelantó. No pude evitarlo. Quise impedirlo, se lo prometo. Él mismo tuvo que apretar el detonador.

—No se preocupe, no le pasará nada. Solo suelte el arma, Gabiria —insiste—. Suelte el arma.

Cumplo sus deseos y dejo que los policías se acerquen a mí. El propio Chacón se encarga de esposarme.

—Yo he cumplido, inspector, ahora le toca a usted. No deje que me conviertan en una diana reflectante.

Es extraño porque me siento libre. A partir de hoy Mikel Gabiria Ormazábal tiene otro nombre, soy otra persona, la misma en realidad, pero otra.

Desperté sobresaltado. Mi rolliza vecina de pasillo puso su mano sobre mi brazo como solo una madre sabe hacer para tranquilizar a sus hijos.

—Tuvo usted una pesadilla. —Transmitía quietud, serenidad total—. Pronto llegaremos a Choluteca.

—Estoy bien, estoy bien. Gracias, señora.

Se reclinó satisfecha en su asiento y miré a Julio. Admiré su placidez, su fuerza para sobreponerse a la desgracia; quise despertarlo, enseñarle la fotografía. Me contuve, tendría que contarle una historia imposible de contar. Además, ¿qué diablos iba a preguntarle? ¿Tenía razón el inspector Enrique Morales? ¿Vivía algún sicario en las comunidades del Casitas? Sentí lástima de mi soledad y guardé la imagen.

Recordé la frase de Ramírez:

—Ya sabe que aquí tengo sus chereques, pues. Que antes de retirarse tiene que cumplir su último encargo.

Pude haberle dado vueltas al asunto si no fuera porque, entre el silencio carretero de los viajeros, la enorme señora sentada al otro lado del pasillo había clavado en mí su rostro impenetrable. Sonreí; ella me devolvió la sonrisa. Asomé la cabeza por el corredor y con esfuerzo conseguí leer la franja colorida que cruzaba la parte superior del parabrisas: «Dios es mi guía», se leía en rutilantes letras doradas. «Dios es mi guía no es un mensaje muy original», pensé. De pronto, mi voluminosa vecina levantó su dedo señalando al horizonte.

—¿Ve? ¿Allá? Choluteca.

A lo lejos se nos iba apareciendo un inmenso lodazal, el cauce del río Choluteca que, según las noticias, había multiplicado sus dominios en seis veces su ancho normal. Las torres blancas de la catedral colonial de la ciudad contrastaban con el barrizal que asomaba a su espalda. Choluteca, daba la impresión desde mi asiento del autobús, o quizá fuera mi tendencia irrefrenable a las figuras literarias dramáticas, había sido furiosamente forrada en fango por su gran benefactor. Dios es mi guía. Pensé: «Ya puede serlo, ¡manda huevos!».

Yo venía de Posoltega, prontuario de la tragedia, la máxima expresión del poder destructor de la naturaleza. Tras haber sido testigo del apocalipsis uno debería estar inmunizado ante la visión de cualquier nuevo desastre; por muy terrible que fuera siempre tendría menores dimensiones. Gran error. El dolor, la penalidad, no aceptan el corsé de las escalas. Las catástrofes siempre son, por definición, de dimensiones catastróficas. Después de conocer a fondo la personalidad del *Mitch*, las manifestaciones de su airado carácter, los efectos de su furia sobre el hombre, comprendí que la tragedia no admite comparaciones. Cada uno vive la propia como la mayor posible. Y así es. Lo comprendí al sumergirme en el horror de Choluteca. Resultaba imposible comparar.

Cuatrocientos sesenta milímetros de lluvia en un único día es una barbaridad. Para Choluteca, situada en pleno trópico, equivale al agua que recibe en doscientos doce días. La tormenta, de hecho, duró más de una semana. En las montañas a más de cien kilómetros al norte de la ciudad, allí donde comenzaron a encabritarse los ocho afluentes que confluyen en el gran río hondureño, las precipitaciones alcanzaron los mil novecientos milímetros. La Biblia no es tan precisa sobre el diluvio universal, pero quienes padecieron el *Mitch* sentirán una inquietante familiaridad la próxima vez que repasen el episodio de Noé.

Conocía todos estos datos antes de conocer en persona el verdadero poder destructor de tantos milímetros de lluvia. Sé bien lo que me digo, la realidad es siempre mucho más brutal, nada como utilizar los propios ojos para descubrir la auténtica magnitud de las cosas.

A mi lado Julio durmió hasta que el autobús se detuvo en la terminal municipal

del barrio El Cortijo, cerca del centro histórico. Nunca había visto desperezarse a un manco. Es extraño, como si estirando el cuello hacia el mismo lado que su único brazo intentara suplir el vacío que debe sentir en el muñón del lado contrario. Es difícil no pensar que le falta algo.

—¡Lo bien que me sentó ese churro, hermano! —me dijo al culminar sus estiramientos.

El sol acompañó nuestra entrada en Choluteca por la animada Vicente Williams. Dudé un poco, no sabía si la luz nos haría el paisaje menos sombrío o si, por el contrario, serviría para que la destrucción pudiera percibirse con mayor nitidez. «¿Qué más da?», concluí. Estaba pensando demasiadas gilipolleces.

Julio tenía prisa por transbordar hacia Tegucigalpa, donde esperábamos pasar la noche. En media hora partía un autobús hacia la capital. Yo necesitaba recoger información y testimonios sobre la tragedia local, no podía faltar en mis crónicas. Omitir Choluteca, la tercera ciudad de Honduras, se me antojaba imperdonable. El acuerdo alcanzado con Julio me daba dos horas, hasta la salida del siguiente transporte hacia Tegucigalpa.

Caminamos hasta el cauce del río. En las calles se sucedían los charcos embarrados en proceso de secado. En algunas zonas, incluso, el polvo comenzaba con poca convicción a sustituir al barro. La humedad, en todo caso, reinaba todavía con fuerza. El estado del centro de la ciudad no respondía a las barbaridades atribuidas al *Mitch*. Me avergonzó sentirme decepcionado. A mi lado, Julio, taciturno, no acababa de despertar. Su aparato digestivo, por el contrario, comenzó a indicarle que ya iba siendo hora de que le prestara algo de atención. Era la segunda vez que alguna necesidad de Julio me impedía hacer mi trabajo o, al menos, lo que yo consideraba entonces que debía ser mi trabajo. Reconozco, eso sí, que mi estómago también andaba necesitado.

El comedor del cual me había hablado Julio seguía allí, a pocos pasos de la estación de autobuses. Por un momento había imaginado nuestra entrada como un reencuentro entre Julio y sus dueños. Nada que ver. Fuimos recibidos con frialdad, como unos forasteros más, ávidos de reponer fuerzas para un inminente viaje en autobús. Mi compadre me recomendó las especialidades locales: sopa de olla para empezar, gallopinto y carne desmenuzada frita en manteca de cerdo, todo ello regado con fresco de Tamarindo.

—Lo mejor para aguantar el calor, compadre —me garantizó Julio—. Y para finalizar nos tomaremos un café de palo. Los cholutecanos lo tuestan en casa, esta es zona de mucho café.

La doña, una mestiza estropeada por el sol, la lluvia y la vida, mujer rechoncha de gesto impenetrable y profundos ojos verdes, asintió con complicidad por encima de un delantal condenado a no recuperar jamás su blancura original. Mientras llegaba la comida, aproveché para ir al baño y lavarme las manos, no muy lejos ya de parecerse a las de un mecánico. Al regresar, la comida estaba sobre la mesa, como en todo

comedor centroamericano que se precie, servida toda de una vez. Probé la sopa de olla y admití ante Julio su buen ojo.

—¿Viviste por aquí o algo así? —pregunté entre sorbo y sorbo de humeante caldo con sabor a res.

Julio era un experto en tomarse con calma la tarea de responder.

—Todo lo querés saber vos, ¿no es así, Miguel? —me censuró a través de una lacónica sonrisa.

—Oye, si todo esto es tan secreto, pues nada, hablamos de otra cosa. O mejor, no hablamos de nada, como preferís.

—Te quedan bien esos dejes nicas. —Interpreté su halago como un intento por desviar la conversación hacia otro terreno—. A los cheles, normalmente, no se les pega mucho el nicañol, ¿sabés?

—Bueno, es casi como aprender una nueva lengua. Para entenderte mejor con los nicas conviene saber cómo hablan, digo yo.

—¿Cómo no? Pues sí. Digo que le hacés huevos. Por lo general, los cheles vienen aquí con la pretensión de enseñar y no de aprender.

—Ya. No sé. Allá ellos —repliqué después de engullir una cucharada de sopa—. Está riquísima, ¿de verdad!

Julio me miró complacido. Parecía decidido a añadir algo. Se contuvo, levantó el tazón con su única mano, volcó la sopa con parsimonia hacia el interior de su garganta y la volvió a dejar sobre el descolorido mantel rojo. Mirando alrededor, evitando mis ojos, ahora sí que estaba dispuesto a hablar.

—Tampoco creás que conozco mucho de Choluteca —admitió—. Si querés te puedo enseñar la casa de Dionisio de Herrera, el primer jefe de Estado de Honduras, que también lo fue de Nicaragua, y autor del Acta de Independencia de Centroamérica. —Lo dijo de carrerilla, como si todavía permaneciera fresco en su memoria el recuerdo de una lección escolar de obligatorio aprendizaje—. Y la de José Cecilio del Valle, otro prócer ilustre.

Ya sin aire, consiguió terminar la frase y me miró fijamente, con expresión entre burlona y orgullosa.

—¿Qué me decís? ¿Un pequeño recorrido patriótico por Choluteca?

No pude contenerme la risa.

—Suenas como un guía turístico en su primer día de trabajo.

—Es lo que todo hondureño aprende de chigüín. —Apretando su mano contra la cabeza, añadió—. ¡Y ay de vos si no te lo memorizás bien dentro de esa cabezota! —Se moría de la risa—. Así me decía en la escuela el hijueputa de don Crispulo. Como yo era nica, el maje me tenía por dundo. —Se detuvo, frunció el ceño—. O por un enemigo, ¡no fregués! A la verga don Crispulo, pues.

—¿Estudiaste en Choluteca?

—No, no, esta es apenas la segunda vez que ando por estos lados. —Se detuvo, como si mascara sus recuerdos antes de expresarlos—. Hará como nueve o diez años

ya —prosiguió pausadamente, sus pupilas perdidas en algún rincón del comedor—. Fue la última vez que pisé Honduras.

Aguardé unos instantes, parecía haber finalizado. Su mirada fue regresando poco a poco al presente, hasta encontrarse finalmente con mis ojos. Dio un respingo.

—A la verga la melancolía. Va pues, vámonos ya o no dará tiempo de nada.

Mientras Julio salía hacia la calle, pagué la cuenta y pregunté a la doña por los refugios de los afectados del *Mitch*. La mestiza ni me miró a la cara, comprobó que la cuenta estaba en orden y, entonces sí, al ver la cuantía de la propina, mostró una sonrisa, un gesto crionizado más bien, recién extraído de una cámara frigorífica. En todo caso, agradecí su esfuerzo por simular el papel de anfitriona.

—Ahí no más, en la escuela que fue la casa de Dionisio de Herrera hay una barbaridad de gente apretujada. ¿Doscientas, trescientas personas? ¡Quién sabe! Son de los barrios que se llevó el río, la gente que no arrastró la corriente, pues. —La doña entonces me sorprendió; como si ese instante de distensión que me ofrecía, o quizás el efecto terapéutico de su sonrisa en proceso de descongelación hubiera destruido de pronto la máscara invisible que petrificaba su rostro—. Va por esa calle todo recto y llega al Parque Valle. Ándese para allá, le va a gustar el paseo por el centro histórico, es el mejor conservado del país. Algunos edificios tienen más de trescientos años, como la casa de Cecilio del Valle. Choluteca es cuna de los padres de la independencia centroamericana, ¿sabía usted de eso?

Tuve que interrumpirla, tenía información suficiente y tiempo escaso. La mujer resultó ser como una máquina a la que echas monedas y se pone a funcionar. Los hondureños, pude deducir, tenían bien aprendida la lección sobre sus próceres y la historia poscolonial.

—Así que era ese el gran secreto que no podías contar sobre Choluteca. ¡Que una vez estuviste aquí de paso! ¿Y a qué vino el suspense? Pues tampoco era la gran cosa, ¿no? —Ante la impaciencia de Julio, decidí recrearme, estirar el límite—. ¿Sabes cómo le dicen los mexicanos a eso? Tanto pedo *pa'* cagar aguado.

—¿Cómo así? —Receloso, la confusión se leía en su rostro—. ¿Qué querés decir?

—Sí, hombre, que tanto misterio para nada.

Julio entró en cólera y me golpeó con fuerza en el brazo.

—Ya que te gusta tanto lo mexicano —me dijo, a punto de perder el equilibrio después del puñetazo—, ¿por qué no te andás vos a la panocha de tu hermana, cabrón?

—Pero no te enojés así, Julio —le dije al ver el grado que había alcanzado su irritación mientras lo sujetaba antes de que pudiera caer al suelo—. Solo estoy jodiendo, hombre. No te enojés.

—Soltame, soltame. Estoy bien, no me voy a caer —refunfuñó—. Mirá que sos jodedor, vos.

—Bueno, si prefieres me puedes esperar en la terminal —sugerí. No quedaba mucho tiempo y necesitaba recoger, al menos, un testimonio del desastre para mi

crónica—. Solo voy a ver si encuentro algún refugio. Me dijo la doña que han puesto uno en la casa del tal Dionisio de Herrera. Necesito alguna historia personal para los reportajes.

—Aquí me quedo pues; pero andate, corré, no vayás a perder el bus.

Sus palabras alcanzaron mis oídos mientras me alejaba camino del centro histórico, ubicado a la distancia suficiente del Choluteca como para haber escapado al azote del *Mitch*.

María de las Mercedes Bardales Cruz era, espero que siga siéndolo, la madre de cinco tiernos, tal como ella me lo dijo. Me recibió indolente. Rodeada de desamparados, recién despojada de todo, no tenía mucho espacio en su corazón para acogerse a algún tipo de esperanza. Mi insistencia desarmó sus defensas. Hasta entonces nadie había mostrado el más mínimo interés en conocer su tragedia y así se fue soltando. Sonrió incluso.

María de las Mercedes Bardales Cruz vivía en Brisas del Río hasta que, una mañana, el vientecillo agradable del Choluteca que daba nombre a su barrio se convirtió en huracán y una crecida descomunal le arrancó los cimientos a su casa. Cuando yo la conocí, residía en cuatro metros cuadrados del pórtico exterior de la escuela Dionisio de Herrera, refugio improvisado para cerca de trescientas personas. En los pasillos y en el patio del edificio habían ido amontonando colchones, sillas, televisores, sofás, todo lo que consiguieron escatimarle a la furia incontenible del Choluteca. María de las Mercedes Bardales Cruz me contaba sus escozores mientras cocinaba frijoles y arroz para su prole en una fogata de leña. Numerosas madres hacían lo propio en otros puntos del aula y del edificio, junto a las ventanas, para que el humo escapara hacia el exterior. La atmosfera, no obstante estas precauciones, era de las que te funde el pecho. En unos días, imaginé a muchos de aquellos desventurados sufriendo graves afecciones respiratorias.

—Y porque nos corrimos rápido —refería María de las Mercedes Bardales Cruz, mientras espantaba con la mano a una niña que vino a pedirme unos lempiras—. Fue ver el río subir y subir que agarramos todo lo que pudimos y nos alejamos. Hubo vecinos que se negaron a abandonar sus casas. —Se persignó y miró al cielo—. ¡Imagine dónde fueron a parar!

Los periodistas tenemos fama de entrometidos: preguntamos por la vida de los demás, tocamos a las puertas de la gente, metemos el micrófono donde nos da la gana, no hay cómo negarlo. María de las Mercedes Bardales Cruz necesitaba un oído, un consuelo, arrancarse de dentro su historia. No me las doy de terapeuta. Solo subrayo que yo conseguí un testimonio y ella obtuvo un breve momento de alivio.

Pedí a María de las Mercedes Bardales Cruz permiso para retratar aquel momento de su vida y accedió. Cuando dije que no hacía falta que sonriera replicó que prefería sonreír. Tenía razón; al fin y al cabo, estaba viva. Me despedí de mi testigo directo del desastre con urgencia tras mirar de reojo un reloj a la entrada de la escuela.

—¡Que le vaya muy bien! —Es todo lo que pude ofrecerla, además de un billete

de cien lempiras, insuficiente, en cualquier caso, para mitigar sus penalidades.

Las ciudades coloniales americanas no fueron hechas para las prisas. Me dolía no disfrutar como es debido de mi paseo. Ni modo, que le dicen los nicas, cinco minutos más tarde entré jadeante en el bus cinco minutos antes de que partiera hacia Tegucigalpa. Julio se había tenido que enfrentar a varios pasajeros para mantener libre el asiento contiguo al suyo. De ahí las miradas reprobatorias de varias personas, obligadas a viajar de pie, en el momento en que tomé posesión de mi lugar.

—¡Idiay, jodido! Poco más y nos perdemos de vista. —Así arrancó el recibimiento de mi compadre—. Contame pues, ¿cuántas almas de pobres damnificados robaste ya con tu camarita? —Aunque sin excesivo entusiasmo, le reí la gracia, sí, ¿por qué no?—. No, de veras, disculpame, Miguel. Conseguiste lo que buscabas, ¿no?

Asentí sudoroso sobre mi asiento.

—Y vos, ¿pensaste que ya te habías librado de mí? —le dije.

Julio sonrió para despedirse antes de apoyar de nuevo su cabeza contra el vidrio y entregarse a otra profunda y distante cura de sueño.

Tanto o más que su centro histórico, a los cholutecanos les enorgullece el puente sobre el río que da nombre a su ciudad, con su blanca estructura colgante y su celebrada obstinación, recién sometida con sobresaliente a la prueba más exigente de sus setenta años de existencia.

El barrio Iztoca, el último de la ciudad, antes ribereño por un solo lado, se había convertido en una isla desolada donde los tejados de las pocas casas que no arrastró la corriente asomaban entre charcas fangosas que servían de criadero de zancudos. En Choluteca, me contó doña Emilia Bonilla Chirinos, así se presentó ella, murieron casi trescientas personas y todavía persistía un número similar de desaparecidos. En el viejo autobús, mi oronda y apesadumbrada vecina de pasillo recordó lo bonito que era todo. Unos amigos suyos vivían allí.

—No sé qué fue de ellos.

Ella y su marido, silencioso a su lado tras un poblado bigote negro, venían de Masaya, donde vivían desde hacía veinte años. En Tegucigalpa los esperaban hijos y nietos.

La carretera serpenteaba entre restos de cauces desbordados y abismos hacia la capital. En el autobús, con capacidad para cincuenta y cuatro personas, viajaban, por lo menos, el doble. Algunos pasajeros insultaban al conductor cada vez que se detenía a comer, a orinar o a fumarse un cigarrillo. A fuerza de insistir conseguían apresurarlo, no mucho. Las personas que venían de Nicaragua, como doña Emilia Bonilla Chirinos y su bigotudo marido, habían intentado acercarse a otros pasos fronterizos atravesando ríos y carreteras en mal estado hasta que la destrucción los obligó a dar media vuelta y dirigirse hacia El Espino. Llevaban más de un día de viaje encima.

A mi lado Julio sufría otro de sus sueños convulsos. Intenté dormir de nuevo, sin

éxito, los fantasmas de la nieve roja y el Choluteca desatado forzaban mi insomnio. Vi una riada bíblica, una enorme ola que invadía la ciudad que dejábamos atrás. Asomando entre el remolino distinguí los rostros de María de las Mercedes Bardales Cruz y sus cinco tiernos junto al de la dueña del comedor cercano a la estación. Comprobé mi posición, quise saber desde qué atalaya observaba su deslizarse hacia la muerte y resultó que yo también estaba siendo arrastrado por la corriente. Me desperté y empecé a escribir la crónica de aquel día para que mis recuerdos no se diluyeran en la cadena de acontecimientos que, no tenía la menor duda, me disponía a vivir.

XIV

Soy el guerrillero de las manos limpias. Dos años en esto de la guerra y relucen como el primer día. Nunca maté a nadie. No sé si soy capaz. No tiene sentido guerrear sin matar. Eso es lo que aprendí. Creo.

De nuevo andamos en lo de doña Mercedes, con mis recuerdos infantiles del Estadio Olímpico y el aroma matinal de sus guisos a fuego lento. No sabemos nada de Rodrigo. A Gustavo no parece importarle. Una mañana, el maje regresa a la casa tras uno de sus contactos, cierra la puerta de la cocina, donde la doña se esmera para obsequiarnos en el almuerzo con lo mejor de su recetario, y nos reúne en el salón.

—Ustedes ya saben que el Gobierno y el Ejército andan proclamando nuestra derrota, que nos hicieron mierda y que ya somos historia —arranca Gustavo. El jefecito despliega motivación—. Los noticieros y los diarios silencian nuestra autoría en cada golpe que damos. Debemos llevar a cabo una acción sonada que los obligue a respetarnos como antes.

Gustavo, entonces, nos dice el nombre: general Gustavo Álvarez Martínez, y deja que el silencio se apodere de la estancia. Observa nuestras reacciones. Nadie se mira. Hablo por todos al afirmar que tragamos saliva asustados, pero también motivados ante el reto. Es el pez más gordo que podíamos imaginar, ballena por lo menos. El hijueputa que creó los escuadrones de la muerte en Honduras; aunque de no haberlo hecho él, de plano algún otro maldito habría asumido el encargo. A Gustavo se lo ve feliz. Intuyo que el maje lo mira como una gran oportunidad en su ascenso revolucionario. La chance, en realidad, es buena para todos, significa que nos tienen en cuenta, que tenemos a los comandantes contentos, y bueno, que, ya que andamos metidos en la lucha, pues hagamos cosas importantes, ¡qué carajo! Aunque Álvarez Martínez, en realidad, es un plan sencillo.

—Será un golpe maestro, definitivo —subraya Gustavo—. Un llamamiento al pueblo hondureño a iniciar la guerra popular revolucionaria.

Álvarez Martínez lleva un año en el país desde su regreso del exilio en Miami. No sé mucho de él, nunca le paré bola a diarios y noticieros, pero su nombre figura entre los más odiados del *ranking* revolucionario, tanto catracho como nica. Cuando fue nombrado jefe del Ejército, yo apenas había cumplido los diez. Nada se movía en este país durante los dos años en que estuvo al frente de las Fuerzas Armadas, en el Gobierno de Suazo Córdova.

Gustavo me sienta a su lado para escribir el comunicado que difundiremos *a posteriori* y me cuenta todas estas cosas. Asegura que, al parecer, el maje fue expulsado del cargo por la propia cúpula militar. Acumuló demasiado poder y se fue a Miami para regresar a Honduras cuatro años más tarde transformado en una especie de predicador. Propagó la buena nueva de Cristo crucificado, o alguna verga de esas, entre hombres cristianos de negocios, testigos de Jehová, bautistas, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, los del Octavo Mandamiento, los

Pentecostales, los del Dios Redentor, los de la Estrella Resplandeciente, los del Séptimo Día, los de la Iglesia Triangular, los Hermanos del Lirio Blanco y la madre que los parió. Predicó en escuelas, capillas, calles y hasta en el Estadio Nacional. Gustavo dice que incluso tiene tratos con la secta Moon. Tamal, tapudo y asesino. Al maje no le falta de nada. Los de los derechos humanos andan tras él como responsable de torturas y desapariciones. Es de los que abogaba por una intervención militar en Nicaragua para acabar con los sandinistas. De hecho, cuenta Gustavo, Reagan se apoyó en él para establecer las bases de los Contras en territorio hondureño.

Leo un recorte de un diario que me muestra Gustavo:

El general Gustavo Álvarez Martínez, quien en su calidad de jefe de las Fuerzas Armadas hondureñas dirigía personalmente el batallón 316, unidad secreta del Ejército hondureño dedicada a la vigilancia, secuestro, tortura y asesinato de opositores políticos en los años ochenta, recibió un fuerte apoyo de Estados Unidos, incluso tras haber dicho a un embajador estadounidense que pretendía usar el método argentino de eliminación de subversivos. En mil novecientos ochenta y tres, cuando los métodos represivos de Álvarez eran bien conocidos por la embajada de Estados Unidos, la administración Reagan lo condecoró con la Legión de Mérito por «promover el éxito del proceso democrático en Honduras». Su amistad con Donald Winters, jefe de la estación de la CIA en Honduras, era tan estrecha que, cuando Winters adoptó a una niña, le pidió a Álvarez Martínez que fuera su padrino.

—¿Ya oíste hablar del batallón 316? —Ya oí hablar, sí—. ¡Menudo santo el Álvarez Martínez! Solo tiene una cosa buena, loco —añade, misterioso. Lo miro extrañado. Yo no tengo idea, por supuesto—. Se siente tan iluminado por Dios y esa verga que rechazó la protección especial que le ofrecía el Gobierno. Apenas anda con chofer y guardaespaldas. Será fácil, nos lo volaremos cuando salga de la casa, antes de que pueda siquiera lanzarse una plegaria. Ni cuenta se va a dar el maje, pues.

Repasamos una última vez el comunicado y Gustavo, sonriente, me estrecha la mano.

—¡Volvemos a Tegu, pues!

Le devuelvo la sonrisa y disimulo mi desconcierto; nunca se mostró tan cercano conmigo. Lo pienso unos segundos: ¿A qué este cambio? Decido olvidarme del pasado, relajarme y disfrutar, quizá se inicie un periodo de cordiales relaciones.

Como el Gobierno ya nos da por disueltos, para ir calentando el ambiente preparamos tres pequeños artefactos, cargados con panfletos donde urgimos al pueblo a alzarse en armas y al presidente a que respete los derechos humanos, a que expulse a las tropas gringas de territorio hondureño, a que acabe con las injusticias sociales y a que resuelva el problema de la deuda externa y el del déficit exterior del país. Es lo

primero que se nos ocurre. Nos interesa más el acto en sí que el contenido, y, en honor a la verdad, ninguno de nosotros es un gran ideólogo, aunque a Gustavo no se le den mal las cuestiones de la política.

Gustavo reparte diez mil lempiras a cada uno y nos separamos. Viajaremos a la capital cada uno por su cuenta. Yo debo esperar dos noches. Tomo mi bolsa deportiva negra Montreal 76 y me instalo en una posada de mala muerte en el barrio Concepción. Lo regenta una doña muy alegre a la que le digo —la gente tiene curiosidad, no pueden dejar de preguntar— que soy estudiante de agronomía, de familia bananera, que vengo de Tegu para visitar a mi mamá en Olanchito y que he de pasar noche en San Pedro para agarrar un bus bien temprano en la mañana. El esbozo de esta fingida biografía encandila a la patrona. Voy bien vestido, pero sin cursilerías. Supongo que me toma por un buen hijo. Al entregarme las llaves, me sonríe. Su dentadura emula a un piano sucio, pero el cuadro completo de su rostro desprende serenidad.

—Si necesita algo, no más me lo dice. Por las noches hay un poco de ruido, pero la cama es muy confortable. Podrá descansar, no se preocupe.

Mi habitación está a la altura del precio: paredes que en algún tiempo muy lejano fueron blancas y un suelo de madera parcheada que cruje bajo mis Adidas. Pruebo el colchón que chirría mientras se hunde en una profunda curva cóncava. La colcha huele a humedad; las sábanas, al menos, compruebo con alivio, están limpias. No puedo reclamar, por primera vez en mucho tiempo tengo intimidad. Me tumbo y, hundido en la cama, con los ojos clavados en una lámpara cubierta por una mugrienta funda anaranjada, repaso este último periodo de mi vida. Al recordar las cogederas con Latania no puedo evitarlo, me hago la paja y me quedo dormido como un cipotillo.

Me despierto a medianoche con la paloma asomando por el zíper del pantalón y una mancha seca a la altura de mi ombligo estampada sobre mi camiseta negra. La calle está hasta la guaya de gente. Cientos de personas venden y compran de todo, hasta sus cuerpos, y en la noche mandan los campeños que vienen a gastarse el salario sudado entre el banano en los burdeles y cantinas de la zona. Está todo hasta la pata de chepos, aunque no molestan a nadie; se limitan a controlar a los bananeros, a quienes les gusta matarse a machetazos, empapados todos como van en guaro de a peso. Si algún pleitista comienza a molestar a alguna de las profesoras que pueblan las esquinas, o los llama el dueño de algún prostíbulo o de alguna pensión, ahí no más llega la patrulla. Al ruido de los caites todo el mundo se corre para donde puede. Sin éxito, intento dormir entre todo este estruendo callejero cuando escucho un molote que llega de un burdel al otro lado de la calle. Me asomo con precaución y veo cómo un campeño le mocha la mano a otro con el machete tras armar un pleito. Elegí bien, por lo que miro, aquí paso desapercibido. Me quedo leyendo un rato a Carlos Fuentes antes de que mis párpados se desplomen y, como a eso de las nueve, agarro mis cosas y me despido de la patrona.

—Buen viaje, licenciado, y cuide de su mamá —me dice con su sonrisa de dos octavas.

Me voy para el Guamilito. La inmersión en aguas del pueblo me dejó la espalda hecha verga. En el centro de la ciudad también hay lugares económicos para quedarse. No tanto como en el barrio Concepción, por supuesto, pero hallo una pensión bien pulidita entre la terminal de buses y el mercado de artesanías. De pronto, siento como que necesito caminar por las calles, percibirme como un ciudadano más. Me sumerjo entre la marimba, más densa que en un día de partido en el Estadio Olímpico, y deseo sentirme pueblo, como platican esos majes de los seminarios de adoctrinamiento político. Me digo: Julio, tomátele como un ejercicio revolucionario, pues; al fin y al cabo, luchamos por ellos, no fregués, gente como esta que me rodea. Lo intento de veras, me gustaría sentirme tranquilo como Camilo, pero ni verga, no lo consigo.

El olor húmedo y fresco de la cerámica en el Guamilito activa mi memoria. Mi cráneo es una pantalla de cine, proyecta imágenes de cuando vivía con mi mamá en Coyoles y me dejaba acompañarla a San Pedro. Siempre veníamos a almorzar al mercado. De pronto, un bigotudo me ofrece tapices de la zona de Copán y me agarra de la camisa. Soy amable al mostrar desinterés, pero el maje no me suelta, me exige admirar sus criaturas, bellas a más no poder, auténtica tradición maya y esas vergas. Al final, ya me irritó de tanta vehemencia. Tira de mi guayabera y descubre el arma apretada contra el pantalón. Me suelta, se le puso cara de lápida.

—Ahí me disculpe, señor, no quise molestarlo.

—¡Ya déjeme tranquilo! No me interesan sus tapices.

Una Beretta es siempre una amenaza, mis ojos completan la advertencia. Por dentro es distinto, mis nervios me aprietan el estómago. ¿Quién de los dos se mirará más aterrado? Me doy la vuelta y salgo precisado hacia la salida. Me giro al de unos metros; el maje me observa, en su rostro el susto ya dejó paso a la sospecha. Acelero. Me sudan las manos. Vuelvo a girarme, el vendedor platica con un chepo y me señala entre el gential. Ya ando bien lejos de ellos, pero, por si las hules, viro hacia un pasillo flanqueado por un cachimbo de piezas de cerámica lenca. Desde los jarrones me miran los lagartos retorcidos y las máscaras sonrientes de ojos achinados. Intento avanzar sin empujar para no crear enemigos. Me giro a cada rato, ni rastro de la pesca. Al final del pasillo lenca, como patuleco que siempre tropieza, casi tumbo a un uniformado. El guacho me late a mil.

—Disculpe, agente, ando tarde, debo agarrar un bus.

Por segundos pienso: «A la mierda. Julio, se acabó». Por suerte, no quiere nada de mí. El maje hasta me pregunta si me encuentro bien. Nunca un chepo me trató tan amable. Me sugiere que me tome la vida con más calma. Un gran consejo, cómo no, le agradezco, y enfilo hacia la salida, ya más despacio, sin girarme, como si no estuviera inquieto.

El sol en mis ojos es como renacer, ¡no jodás! No me fijé al entrar, el mercado

está hasta la pata de pesca, protegen a los turistas, supongo, de carteristas y tamales. Atravieso la calle sin mirar a los costados, enfocando al andén del otro lado, hacia un pasaje estrecho al final del cual se cruza otra avenida y más allá otra. Camino unos cincuenta metros, miro hacia atrás y respiro. Un grupo de chepos se reunió ante la puerta del mercado. Acelero el paso, a mitad de cuadra, aprovechando el vacío que veo detrás, echo a correr, primero como si trotara; casi al final de la calle, a galope desatado. En el cruce, miro hacia atrás, nadie, y al alcanzar mi cuarto habitado no más por mi bolsa deportiva negra Montreal 76, casi vomito de la tensión.

En la noche bajo a una cantina a cenar; carnitas, no más por darle algo a la panza. Comer es una hazaña, un remolino hijueputa toma posesión de mi estómago. Me regreso al cuarto y dejo la Beretta bajo la almohada. Otra noche más que casi no me atrapa el sueño, mi cerebro navega convulso por el pasado, y cuando ya me duermo me despierta cualquier ruido.

Me levanto a eso de las siete. El día amaneció nublado, la estación de las lluvias inició sin avisar, el olor acechante a humedad refresca el aire de San Pedro Sula. Camino hasta la terminal de buses, compro mi boleto y busco una cantina donde lanzarme un desayuno suleño. Me relajo un poco, mis tripas lo agradecen, ya no podían más. Frijoles fritos, baleadas, tasajo de res, chicharrones, maduro, un huevo, queso, tortillas y una taza de café. Como nuevo. Espero no vomitarlo todo en el bus. El mesero me trae la cuenta, enciendo un cigarrillo, y ya me estoy guardando el vuelto en la bolsa cuando alguien me toca la espalda. Es la patrona de la posada del barrio Concepción.

—¿Pero no se anduvo usted ayer para La Ceiba?

—Sí, sí, bueno, no. —¡No jodás! ¿Y qué ando yo dando explicaciones a la doña? Me agarraron los nervios, pues—. Ahorita no más iba a agarrar el bus.

—Su madre lo estará esperando.

—Me surgió algo y me tuve que quedar.

Me mira muy sorprendida. Sus ojos se lanzan a mi bolsa deportiva negra Montreal 76.

—Pero el bus para La Ceiba salió hace quince minutos. Ya lo perdió usted, licenciado.

Leo sus pensamientos, puro cristal la doña: además de un mal hijo, mentiroso. No le falta razón. A su lado, una muchacha morena de ojos verdes y dentadura reluciente, hermosa como una princesa indígena, me sonrío.

—¿Conoce a mi hija Claudia?

Si así fuera no me olvidaría de ella en un millón de años. Lástima, mal momento para enamorar. Lo pienso y me da coraje: dos noches atrás dormí bajo el mismo techo que la Claudia. La patrona debía de tenerla escondida, lo mismo haría yo si fuera mi hijita. Le dedico a la muchacha la mejor de mis sonrisas y hago la mueca de irme hacia la puerta.

—Un gusto volverla a ver, doña, pero ando con un poco de prisa.

—Pero ¿qué bus va a agarrar ahora? ¿No me oyó? Ya lo perdió.

—Sí, gracias, pero me tengo que ir.

No me vuelvo a mirarlas. Corro hacia el bus, escucho la voz de la doña, pero no entiendo lo que me dice. Se acabó mi tiempo entre civiles, necesito correrme de aquí, ¿me quedé paranoico o qué onda? Ocupo mi asiento y escucho el rugido del motor; tuve suerte de andar con el tiempo justo. Por la ventanilla la doña y su hermosa hija me miran: la patrona sorprendida, la hija me sonríe. Es jodida la señora, persistente, no jodás. Me hace señas, intenta hacerme entender que me equivoqué de bus. Ya es tarde. Solo respiro aliviado al dejar atrás los últimos barrios de San Pedro Sula. Enfilamos la carretera CA-5, me esperan en Tegucigalpa.

Por desgracia, la craneadera no descansa. Al rato imagino a la doña del Concepción yendo a dar aviso a algún chepo con el cuento de que un joven sospechoso se subió al bus para la capital. Le refiere todas mis mentiras, que andaba solo y que ni salí de mi habitación la noche que pasé en su pinche posada. ¡Hijuela...! Le dice, sí, cómo no, que llevo una bolsa deportiva negra Montreal 76 como la de aquel atraco al Banco Atlántida. No, ¡no jodás! ¿Cómo putas conocía la doña ese detalle? Julio, Julio, cuidado, no dejés que te agarre la paranoia. Pero claro, si la vieja les platica de la bolsa atarán cabos. ¡A la verga! Lo siento, papá, es casi lo único que me dejaste, pero me deshago de la mierda bolsa en cuanto paremos. La conservé todo lo que me fue posible. Lo entendés, ¿verdad?

¡Clase idea esa onda de separarnos y pasar unos días de civil! Perdí la costumbre de platicar con gente normal, ya no soy gente normal, soy clandestino, un guerrillero. Gustavo siempre repite que el pueblo no siempre agradece los esfuerzos que hacemos por su libertad, las renunciás, nuestra entrega total a la causa revolucionaria para que los hondureños lleguen a conocer una sociedad mejor, más igualitaria, más justa pues. ¿Quién sabe? Si lo pensás, nadie nos pidió este sacrificio, fue nuestra elección. No todos perciben la opresión, la corrupción, las torturas, las desapariciones, los crímenes de Estado, el enriquecimiento de las elites. La miseria es el estado natural para la mayoría de los centroamericanos. ¿Qué van a saber ellos? Y yo me debo a la memoria de mi papá. Lo tengo presente en cada una de mis acciones revolucionarias, siento que me observa desde los cielos, aunque sé que él no creía en esas cosas divinas; tampoco yo, por supuesto, siempre tomé como certezas todo lo que decía mi papá y, además, soy guerrillero y la religión católica es venenosa, contrarrevolucionaria, el Vaticano apoya a la Contra y a los tiranos, el cardenal Obando es el mayor enemigo del sandinismo, lo tengo todo bien claro y, sin embargo, imagino a mi papá que me observa desde el cielo. Por estos lados todo el mundo es católico, mi mamá lo es. De niño me leía la Biblia. Un poquitito debo de serlo yo también.

De pronto, el bus se detiene. Saco la cabeza al pasillo y a unos metros por delante miro un control militar. ¡Ya estuvo, me agarraron! Compruebo mi Beretta apretada en el pantalón, me recuesto en el asiento, finjo tranquilidad y reviso mis chances de

fuga. Cercando la carretera se mira un enorme sembrado de bananos.

El bus se paró ante los soldados. Sube un cabo, no más de veinticinco años, piel tostada y bigote refino, el casco hundido hasta los ojos, pasa entre los pasajeros sin el menor interés, el maje viene directo a buscarme. Miro por la ventana, los soldados registran el compartimento de los tanates. El cabo recorre el pasillo, llega a mi posición, en las últimas filas, hurga entre las bolsas, se coloca detrás no más de mi asiento y me apunta con una veterana M3.

—¿Es suyo esto?

Señala al compartimiento superior. No sé qué responder. Jodida Revolución. Tanto entrenamiento y tanta mierda para acabar cazado por una pinche bolsa deportiva negra Montreal 76.

—¡Acompáñeme!

Me hago el sorprendido.

—¿Yo? ¿Algún problema?

—¡Levántese y venga conmigo! —insiste subiendo el tono. Agarra la bolsa y aprieta el cañón contra mi cráneo.

Hago un ademán resignado, me levanto, me clava la M3 en la espalda y me empuja por el pasillo. Bajamos del bus, otros dos soldados me sujetan de los brazos y me llevan junto a un *jeep*. Allí espera un oficial, todos llevan bigote refino. El bus arranca. Protesto. ¡Error, Julio! Un culatazo me revienta el costado. El capitán, creo que es un capitán, me pide los papeles con mucha educación. Su mirada alterna entre mi documentación y mi rostro, comprobando que soy quien digo ser. Me retuerzo por el golpe mientras revisan la bolsa deportiva negra que heredé de mi papá. Nadie me registra a mí, no llego a preguntarme por qué. Tampoco me parece extraño, compruebo la Beretta, bien sujeta a mi cintura.

—Me dice el cabo Morazán que se le comió la lengua el gato. —El capitán responde a un conocido principio: un oficial, cuanto más elegante y amable, más sádico y despiadado—. Probaré yo esta vez, a ver si tengo más suerte. ¿Es suya esta bolsa?

—Así es —respondo, inclinado todavía por el dolor.

—¿Se hospedó usted hace dos noches en una posada del barrio Concepción de San Pedro Sula? —prosigue el capitán.

—Así es —respondo, cada vez más humillado, retorcido en el suelo.

—¿Por qué le dijo a la dueña del establecimiento que iba a La Ceiba?

—Iba a La Ceiba a visitar a mi mamá. En la terminal me encontré con un amigo de la infancia que hacía rato que no nos veíamos y nos fuimos a recordar viejos tiempos.

—¿Y por qué viaja usted ahora a Tegucigalpa?

—Me llamó un compañero de la universidad, me adelantaron un examen y debo regresar. No quiero que me suspendan, ¿sabe? Estudio agronomía, para ayudar a mi familia, pues. Mis padres trabajan en el banano y de seguro tendré tarea cuando me

egrese.

Respondo con convicción, como si fuera fiel a la verdad y nada más que a la verdad. El capitán, como juez, es inflexible. No traga.

—Esta bolsa, sabe usted —habla despacito el maje, qué jodido, cómo domina el suspense— es igualita no más a una que fue utilizada hace ya un tiempo en un, ¿cómo es que le dicen ustedes? Ah, sí, recupere, ¿verdad? —El recuerdo de la bolsa deportiva negra de mi viejo me perseguirá el resto de mi vida; por lo que presiento, apenas un minuto más, dos a lo sumo—. Tenemos informaciones de que unos terroristas preparan un atentado en la capital, un comando proveniente de San Pedro Sula. Tampoco sabrá usted nada al respecto, ¿verdad?

El maje no se anduvo por las ramas. ¿De dónde sacó tanta información? ¡Jodida doña! Niego con la cabeza, miro al suelo por disimular, me revuelvo con rabia y ya me deshice de mis dos guardianes. Agarro la pistola de mi cintura y disparo al capitán. En toda la cabeza. Vuelo más plomo hacia los dos soldados, solo uno se derrumba, y me corro hacia el banano. Nunca en mi vida corrí tanto, me va la vida en ello, las balas silban alrededor, estallan contra los húmedos troncos amarillos. Una descarga eléctrica me sube por la pierna, un proyectil me desgarró la carne entre tibia y peroné, entra y sale limpiamente, como de costado. «¡No jodás!», me digo. No puede ser. Igualito que a mi papá. Sigo corriendo, más rápido incluso, como si nada, la sangre me chorrea pantalones abajo. Al poco, mis piernas no responden ya a mis órdenes. Respirar me cuesta horrores y, claro, tarde o temprano así tenía que suceder, me desmarimbo al fin. Se acabó, Julio. Los pasos de los soldados se acercan. Apoyo el cañón de mi Beretta sobre la sien, mis compañeros sabrán al menos que caí con dignidad. Mi papá, desde dondequiera que me observe, también. Aprieto el gatillo. No cargo un revólver, pero así debe ser eso de la ruleta rusa: un ruido metálico, seco, y ceder el arma al rival. ¡Hijueputa! Me quedé sin balas. Ahorita sí que la cagué. El cabo que me hizo bajar del bus, Morazán dijo el capitán que se llamaba, me observa entretenido.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —Me apunta con su fusil. Sonríe, bien macabro el hijueputa; sus ojos ocultos bajo la sombra de su casco.

—Si no le importa —respondo agradecido, ofreciéndole mi sien al cañón de su fría M3.

—Será un placer —concede.

Estoy muerto. Fallé a mis compañeros, a mi papá, a la Revolución. Siento la descarga en mi cabeza, seca, un impacto limpio, profesional.

Abro los ojos, sudo como un puerco, me separo del asiento, miro por la ventanilla, circulamos entre extensas hileras de bananos, cubiertos por la lluvia de las primeras tormentas del invierno. Al otro lado del pasillo, un pasajero me mira preocupado.

—Una pesadilla —le digo.

XV

El revólver está frío, mis manos, calientes. Lo sujetan con fuerza elevando el cañón a la altura de mis ojos. Dentro de mi cabeza un niño vuela por los aires y me salpican los pedazos de su cuerpo. Siento un escalofrío. Apoyo el metal en mi entrecejo. ¡No! Mejor en la boca. El dedo acaricia vacilante el gatillo y recorre la piel, desciende hasta los labios, choca contra los dientes, toca el paladar. Diez segundos eternos. Levanto el percutor. No, rectifico, mejor en la sien. Saco el arma de la boca y ahora asciende por el lado derecho de mi rostro. El tiempo se ha quedado congelado, por eso siento tanto frío: Siberia. El aliento helado. Dicen que así es la muerte. Glacial. Debe de ser eso, aunque no he disparado todavía. O, al menos, no he sentido nada. Como si no hubiera pasado nada. Nada de nada. Y así es. Nada ha ocurrido. Sigo vivo. La pistola apunta a mi cabeza, arriba, lado derecho. Mi mano tiembla, el dedo indeciso no se atreve a detonar. Intento apretar. No encuentro fuerzas, le digo a mi lóbulo frontal que envíe la orden y este me ignora. Estoy débil como un bebé. Mis músculos me han abandonado. No desean implicarse en este asunto. Lo intento, insisto. ¡Muévete, maldito dedo! La respuesta que me ofrece es un temblor lateral, nada que ver con mi orden de echar el dedo hacia atrás, de apretar el gatillo. Me entra la risa, visto el panorama, mi única esperanza es morir de frío. De pronto, ni siquiera eso. Siberia se retira y me invade un bochorno sofocante, el sudor escapa de mi frente, se vuelca sobre mis ojos, salta de mi nariz hacia la boca, se adentra entre mis labios. Sudo un océano. Sufro ante mi incapacidad para acabar con mi propia vida. La misma incapacidad que me hizo desistir de vivirla. Demasiada incapacidad para una sola persona. Mis ojos, mis manos; supuro rabia de la cabeza a los pies. Lanzo el revólver contra la pared. De repente un disparo, una bala emancipada, insolente, que se incrusta en mi pierna izquierda. Dolor; las palabras no alcanzan para explicarlo. Me desgarro, me retuerzo y, entre la neblina que circunda mis ojos, compruebo la posición del proyectil y maldigo todo lo que conozco. Un poco más a la derecha, apenas unos milímetros, y me uno a la estirpe de los *castratti*. Nada me sale bien. He aquí la razón por la que no quería seguir viviendo.

De pronto pienso en mi madre, mi visión de las cosas no abarcaba los sentimientos ajenos. En un instante, comprendo la factura que pasa un suicidio. Se abre la puerta de la habitación, mi esposa ve la herida en mi pierna, el revólver en el suelo. Un grito recorre todo el vecindario.

—No te vas a morir —me dice en portugués, en la penumbra; me abraza y su camisión de seda negro se empapa de mi sangre.

Abrí los ojos. Mi Moleskine negra estaba abierta sobre mi regazo. Me había quedado dormido escribiendo. Avanzábamos por Honduras y mis pensamientos se poblaban de fantasmas y pesadillas. Visiones que creía desterradas de mi cerebro. Quise pensar

que su regreso anunciaba el exorcismo final. Pensé también, por primera vez, que no hay matrimonio que sobreviva a un intento de suicidio. La culpa siempre permanecerá incrustada en todas y cada una de mis neuronas, pero, en aquellos días del *Mitch*, con Julio a mi lado, yo había dejado de ser lo más importante del universo. Sentía algo paternal, como si identificara mis emociones con las que uno, supongo, debe de sentir cuando tiene un hijo. Julio había nacido dos veces y yo me sentía el artífice de su segundo advenimiento. Lo que deseaba, en el fondo, era que mi influencia definitiva en su resurrección me redimiera por haberle robado la vida a un inocente.

A Julio le sentaba bien recorrer Honduras, hablar de su madre, de Coyoles, de su infancia, del banano, él viajaba hacia atrás en su vida; yo huía hacia delante. No parecía sentarle bien el silencio, la caverna donde se encerraba cuando callaba, como al entrar en Tegucigalpa, cuando, poco después de caer la noche, un nuevo dilema encendió los ánimos de los pasajeros. El vespertino sofoco choluteco había ido quedando atrás de forma paulatina y ahora sentíamos la brisa húmeda del río que, paralelo a la Panamericana, nos guiaba certero hacia el centro de la capital. En pocos minutos el bus se convirtió en una nevera con ruedas. Lejos de pacificar el frío sus ánimos, los viajeros comenzaron a discutir si dejábamos algunas ventanillas abiertas o si, por el contrario, debíamos cerrarlas todas.

Ignorante al alboroto y a quienes lo conminaban a cerrarla, Julio mantuvo corrida la suya, sacó la cabeza y cayó en una especie de trance, hipnotizado por las aguas apaciguadas del Choluteca. «¡Xatruch!», dijo, dando un respingo, e inició una inspección de las orillas del río todo lo concienzudamente que permitía la oscuridad, esperando encontrar algo que ya no parecía estar allí. Vestigios de sí mismo, supongo. ¡Qué sé yo! Lo dejé estar, a mí también me gusta el silencio cuando viajo. Como le dicen los nicas, soy un solitario pata de perro.

El rastro destructor del Choluteca tenía continuidad en Tegucigalpa, aunque en realidad nosotros viajáramos en el devenir inverso al de la corriente y al del que tomó el *Mitch* para arrasar Honduras y Nicaragua. Con paciencia, el autocar llegó hasta la estación en el barrio Villa Adela, a la ribera del río, donde algunos restos de casas, cuyos vecinos imaginé lamentando por los siglos de los siglos haber gozado de vistas tan privilegiadas de la crecida, amenazaban con acabar de precipitarse al agua.

No habían dado las ocho cuando nos detuvimos. Fuera del autobús no hacía tanto frío. No, al menos, para un vasco. Muchos viajeros, Julio entre ellos, tiritaban destemplados. Una fina capa de barro cubría las calles en los alrededores de la terminal; algunas prostitutas con poca ropa buscaban clientes entre castañeteo y castañeteo de dientes; varios niños, descalzos, me pidieron unos lempiras.

—¡El gringo, el gringo! Nos da comida y nos viene a ayudar —gritaron al ver entre sus manos el billete de cinco dólares que acababa de abandonar voluntariamente mi bolsillo.

Numerosos indigentes se acurrucaban pegados a los muros de las orillas del río,

intentando conciliar el sueño.

—La corriente debió de arrastrar todos los caramancheles —dijo Julio temblequeando, su rostro pura tristeza, mientras señalaba hacia uno de los paseos sobre el cauce—. Tengo hambre, lástima no poder comer esa carnita asada bien rica que preparaban aquí, pues.

—Busquemos primero un hotel —repliqué, sin reparar mucho en la melancolía de Julio, que miraba ahora hacia las escaleras de piedra que bajaban hacia la corriente—. Será mejor que busquemos un lugar donde dormir. Estoy agotado. Esa siesta en el bus me ha dejado como si me hubieran dado una paliza.

A pocos metros de la estación nos decantamos por El Paraíso. En cualquier otra circunstancia el ampuloso nombre del establecimiento me hubiera parecido un monumento inigualable a la pretenciosidad. Aquel día, pese al fuerte olor a humedad que desprendían las colchas de las camas, al papel pintado de varias décadas de antigüedad que se negaba a permanecer adherido a las paredes o al descuidado estado del baño de nuestra habitación, el hotel hacía honor a su nombre. Caímos duros sobre nuestros colchones, nos desplomamos inertes, igual que dos fiambres, como si ambos coincidiéramos tácitamente en dar por terminada aquella jornada agotadora. Una hora después, un doloroso bramido procedente de mi estómago me recordó que teníamos cierta tarea pendiente. Transcurridas siete horas desde aquel almuerzo en el comedor de Choluteca, me desperté acuciado por el hambre. Conseguir que mi compañero de viaje abriera los ojos no me llevó mucho tiempo. Su aparato digestivo se hizo eco de las protestas de mi estómago. Sacudí a Julio levemente y un fragoso retortijón resonó en el cuarto.

La Cantina de la Ribera era un lugar sombrío, o puede que fuera que todo lo que veía a mí alrededor me lo parecía aquella noche en Tegucigalpa. Apoyados sobre la barra, dos tipos orondos, con esa forma centroamericana de estar fuerte, sendos bigotes poblados sobre sus labios de gesto horizontal, sombreros, camisas, pantalones y botas al estilo vaquero, vigilaron cada uno de nuestros pasos desde la puerta hasta la mesa rinconera donde fuimos a sentarnos. Nos observaron durante unos segundos más, los saludamos y regresaron a sus cervezas. Sentía el cansancio en cada músculo, en cada hueso, aunque esto último no sea posible. A Julio le ocurría otro tanto, no había más que mirarlo.

—Vaya viajecito, ¿eh? —le dije.

—Sí, ¡clase turqueadera, no jodás! Nunca me sentí tan hecho leña, compadre.

—Oye, y tu brazo, ¿cómo va?

—Bien. Gracias, hermano. Yo casi también me olvidé.

—¿No te molesta, no pica ni nada de eso?

—Bueno, sí, a los ratos me dan punzaditas, pero entre la dormida y el cansancio ni me acuerdo del jodido.

—Por si las moscas, para que no se te posen todas, digo... —le sonreí. Julio no captó, o no le vio, la gracia al asunto. Me invitó con un gesto a que acabara la frase

—. Que deberíamos cambiar ese vendaje antes de dormir.

—Va pues, después, entonces. Ahorita, lo que necesito es una bicha bien helada.

—Que sean dos. Salva Vidas, por favor.

De entre unas cortinas verdes, recuerdo descolorido de Copán, pirámides mayas bordadas y letras que simulaban piedras milenarias, apareció una más que probable descendiente de la gran civilización mesoamericana.

—Tuvieron suerte. Ayer no más se derogó la Ley Seca —anunció la doña—. Pensé que hoy sería la gran bebedera, pero ya ven, la gente no tiene ánimo ni para olvidar las penas. Ni modo.

La doña era bajita, sus ojos, un abismo, la piel cobriza de su rostro como tierra en plena sequía, sus cabellos secos, negros, lisos; un vestido de mil colores la cubría hasta los tobillos.

Julio ordenó tacos de pollo bien picosos y carne asada para los dos. El picante nos hizo beber muy rápido. El alcohol nos embistió con la guardia baja. Al finalizar la segunda botella nuestras lenguas ya habían comenzado el patinaje artrítico. Nos dio, cómo no, por la melancolía.

Recordamos los comedores de tierra que aguardaban carroña a orillas del Pueblo Nuevo, los arreones de Marcela cuando atravesaba el río, Gustavo Adolfo Montealegre, su sombrero y todo su carácter, la rebelión popular en la frontera de El Espino, el churro en San Marcos de Colón, los soliloquios bélicos de Ulises Baquedano Peña, la sopa de olla, la envejecida mestiza rechoncha del comedor. Le hablé a Julio sobre María de las Mercedes Bardales Cruz, su familia, la improvisada función solidaria de la casa de Dionisio de Herrera, el rastro destructor del río a la salida de Choluteca, por donde mi compañero de viaje pasó completamente dormido, la pachorra del busero y los gritos de los viajeros. Sobre la mesa, entre carcajadas, contamos las botellas de cerveza: diez. La cantinera las servía bien heladas, el líquido frío apaciguaba el picor de los tacos de pollo. La hicimos feliz esa noche, alegre la mujer con nosotros por compensar en cierto grado sus expectativas frustradas por el árido fin de la Ley Seca.

—Sos un enigma vos, ¿lo sabés? —le dije a Julio, mi lengua subida a unos patines adoptando acento nica—. Contame, hermano, ¿a qué tanto misterio con Choluteca? —Y le recordé las palabras mágicas mexicanas—: Tanto pedo *pa'* cagar aguado.

Le entró tal ataque de risa que a punto estuvo de caerse de la silla. Con la doble visión ya instalada en mis pupilas, no sé cómo conseguí sujetarlo. En lugar de responder a mi pregunta reía y repetía: Tanto pedo *pa'* cagar aguado, Tanto pedo *pa'* cagar aguado, Tanto pedo *pa'* cagar aguado.

—Va pues, ya estuvo, ¿no?

—Ya estuvo, ya estuvo. —Parecía haberle cogido el gusto a repetir cada una de mis frases. De pronto, se calmó, con la mano hizo un gesto de que ya era suficiente, se puso serio, apoyó su brazo sobre la mesa, se inclinó sobre el bosque de botellas de

cerveza y me indicó que hiciera lo propio—. Mi pasado es mi mayor secreto, Miguel. Nadie sabe nada sobre mí. —Le dio el hipo, puso cara de fastidio—. Ni yo mismo. —Miró triste hacia la noche a través de la puerta de la cantina, dio un trago largo a su cerveza, se secó los labios y giró sus ojos hacia los míos, al mismo centro de mis pupilas para ser exactos—. ¿Querés saber lo que soy yo? ¿Lo querés saber? —Asentí con etílica parsimonia—. Un fantasma, un jodido fantasma, eso es lo que soy, pues. —Se reclinó sobre la silla—. ¡Ya estuvo! Ahora lo sabés.

¿Saber? ¿El qué? Ante mí tenía a un hombre al que había salvado la vida, que había perdido a su familia, dos hijas y esposa, no se puede perder más en este mundo; intentaba darle una nueva razón para vivir y me sentí ridículo, inútil. ¿Podría ayudar a Julio o era, acaso, un hombre, un fantasma condenado a vagar sin rumbo? Allí estaba yo, con mis brazos sobre la mesa, buscando una frase mágica, una estrategia psicológica que trajera de vuelta a Julio de entre los espectros.

—¿Qué pensás hacer cuando lleguemos a Coyoles?

Encogió los hombros.

—Vos no lo entendés, Miguelito. No hay nada que hacer, no puedo...

—Pero ¿a qué te dedicás? ¿Tenés profesión, oficio, trabajo? De algún modo mantenías a tu familia, ¿no?

La cabeza de Julio cayó bruscamente hacia atrás por efecto del alcohol y también, supuse, de cierto grado de desesperación; es difícil distinguir ciertas cosas con la visión nublada por la cerveza hondureña. Se quedó un instante mirando al techo con la boca abierta y, echando el cuerpo hacia delante, colocó una vez más su mano sobre la mesa.

—Yo fui guerrillero, Miguelito. —Dio un trago a su botella y volvió a enfocarme con sus profundos ojos verdes enrojecidos—. La Revolución me hizo verga la vida. Y, fijate vos, sin embargo, es lo único que me queda. La jodida Revolución. —Levantó su botella y la ofreció para un brindis—. Por la Revolución. —Miré alrededor, en la cantina ya no quedaba nadie salvo el eslabón perdido de los mayas, versión femenina, entretenida en tareas de limpieza. Julio alzó al máximo sus cejas—. Con un poco de suerte, mañana conocerás a un verdadero comando revolucionario. —Antes de posar la botella sobre la mesa, esta hizo un giro completo sobre sí misma—. ¡Mirá vos! Mis compadres y mi mamá son todo lo que me queda. Y mis hermanas, ¡cómo no! Mis hermanitas. —De pronto, su rostro se pobló de sombras. Apoyó el codo entre el mar de botellas y con el dedo índice desplegó el gesto internacional de la advertencia—. Pero ojo, Miguel, mi compadrazo, ellas no pueden saber... —Se detuvo, como si las palabras se le hubieran atascado en la tráquea, en el cerebro más bien—. Ellas no pueden saber jamás, ¿me oíste? ¡Jamás! No pueden saber lo que soy. Porque yo...

No acabó la frase. Julio se desplomó sobre su mano, evitando milagrosamente el bosque de Salva Vidas. El alcohol tiene estas cosas: ver caer a Julio apaciguó mi borrachera como por arte de algún conjuro maya. Miré a la señora, seguía a lo suyo,

aunque la imaginara invocando en silencio a Huracán, el dios de una sola pierna que repitió Tierra hasta que la tierra emergió de los océanos. Como acabo de decir, mi borrachera se había apaciguado, que no es lo mismo que decir que ya no estuviera borracho.

—Será mejor que nos vayamos a dormir, mi querido compañero.

Lejos de ser un fantasma, Julio pesaba como un muerto. Por fortuna, el hotel El Paraíso quedaba a pocos metros de la cantina. Una vez más hacía méritos para llevar con sobrada dignidad su ampuloso nombre.

—Esto de arrastrarte, mi querido Julio, se está convirtiendo en una pésima costumbre —le dije, me dije, más bien, extrayéndole un toque de humor a una situación que, la verdad sea dicha, no tenía ninguna gracia.

Depositó a Julio sobre la cama. Observé su vendaje. Deberíamos haber limpiado su herida al llegar al hotel. Peor todavía; de pronto, entre una nube alcohólica sobre mis ojos, me di cuenta: Julio no podía beber, estaba tomando antibióticos. Lo miré tumbado y pensé que parecía yo más preocupado por sus lesiones que él mismo. Haciendo grandes esfuerzos retiré la venda con la lentitud de los borrachos para realizar una nueva cura, untando dosis extra de pomada antibiótica, como si aquello fuera a compensar los posibles efectos del alcohol en su tratamiento. Al menos, todo parecía seguir su curso, el tejido había empezado a formar una fina capa de piel sobre la zona diseccionada. Quitarle los pantalones entre todo tipo de insultos a los comandantes y a la Revolución fue una tarea bastante más compleja. Al desnudarlo, sobre las sábanas, caída de su cintura, quedó inerte la Beretta 92 de Ramírez, mejor dicho, de Julio. No, del Cazador. Pude haber pensado en algún momento que mi compadre fuera un pistolero, un criminal, un atracador o ese tipo de cosas. Elementos para la sospecha no me faltaban. Su pasado guerrillero, sin ir más lejos, revelado en un pequeño atisbo minutos atrás, los enigmas semánticos de Ramírez, la posible relación entre aquella marca que descubrí en la muñeca de su brazo desgajado y las sospechas del inspector Enrique Morales, la Beretta; también es cierto, pensé, que llevar armas encima en Honduras o Nicaragua es una práctica frecuente. El cóctel se compone de tres elementos: una parte de tradición armada, otra de respuesta a la inseguridad ciudadana y una tercera del todavía más que fresco pasado bélico. No me gustan las armas, siempre encuentras a alguien dispuesto a usarlas. Estimaba, pese a todo, que una pistola nos ofrecía cierta seguridad. Honduras no es un edén de paz y tranquilidad, por mucho que uno se aloje en un hotel llamado El Paraíso. Acostado en la oscuridad pensaba en todo esto y en las confesiones de Julio. ¿En qué se convierte uno después de vivir una guerra? Pude haber pensado muchas cosas más, sin duda. Tal vez en otras circunstancias, aquella noche eso fue todo: uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos y me quedé dormido.

XVI

Matar a un general no es babosada. Lo compruebo al llegar a Tegucigalpa. Con Gustavo y Latania hay un indio enorme, mayor que todos nosotros, como de unos cuarenta años, recién llegó desde Nicaragua para asegurar la operación. Ernesto, le dicen. Lo primero que imagino al verlo es que, siendo nuevo, Latania ya lo sumó a su lista. El maje me mira de arriba abajo y asiente ante Gustavo; tengo su aprobación.

—Me hablaron bien de vos —me dice, a lo que cabeceo agradecido.

Me preguntan si sufrí algún percance, cualquier problema. Ninguno, por supuesto. Todo en orden. No les cuento que, por un momento, creí estar muerto ni que soñé con un final igualito al de mi papá. Sí les cuento que al bajar del bus compré una bolsa deportiva roja grande para cobijar mi Montreal 76 y así sentirme seguro y en paz con mi papá. Nada más.

Pregunto por Bautista, llegará en la tarde. Doña Esmeralda está de nuevo con nosotros. Me lanzo un pollo frito con tajadas de guineo, ensalada de repollo, chimol y encurtidos. Lo devoro como si no hubiera comido en un mes. Latania me mira sorprendida.

—¡Idiay! ¿No comiste estos días, pues?

La miro mientras doy un sorbo a una Salva Vidas bien helada.

—Poco —contesto, y sigo comiendo. Me pica un ojo y se va a mirar televisión.

Al rato llega Bautista, armado de su serenidad misquita. Al ver a Ernesto sus ojos se encienden como antorchas, se abrazan como hermanos. Ya me siento más cerca del nuevo. En un aparte, cuando me quedo a solas con Bautista en la sala, pregunto por su compadre. No revela el origen de su amistad, tan solo que el compañero Ernesto posee un historial de los que da cagazón.

—El maje es un jodido experto, hermano. Pasó por Cuba en los setenta y en Nicaragua se doctoró en lucha urbana: secuestros, asaltos, emboscadas...

—Ya —le digo, intentando no mostrar asombro—. Pues la verdad es que nunca oí hablar de ningún Ernesto.

—¡Qué son esos resabios, hombre! Y, además, ese no es su verdadero nombre, Julito. —Solo Latania me llamó antes así. Lo interpreto como un refuerzo de nuestro vínculo—. ¿Pensás, acaso, que yo me llamo Bautista?

—No, pues claro que no —respondo. De plano se me nota que estoy mintiendo—. Tampoco creerás que Julio sea mi verdadero nombre, ¿verdad?

Pero Bautista sí que es braza. No soy más que un tarúpido por creer que puedo engañarlo. El misquito sonríe mientras me lanza una mirada comprensiva, casi paternal, que me invita a dejar a un lado las preocupaciones sobre mi identidad.

De noche, Latania llega a buscarme, como en los viejos tiempos. No está con Ernesto, pues. Igual ya es mayor para ella o, al tratarse de un maje importante, pensó que con los de ciertas esferas no es jugando. Quién sabe. Es la mujer laberinto. Quizás es su forma de prepararme y que llegue relajadito a mi primer muerto. Quizá

lo hace porque la apetece, sin más. Las mujeres, digo yo, también se cansan de comer siempre del mismo plato. Me masajeo el ego pensando en que, tras haber probado varias vergas revolucionarias, se quedó con la mía. Latania se cagaría de la risa si escuchara estos pensamientos.

Eché de menos sus gemidos, mi boca que se adentra entre sus piernas, solo de escucharla se me endurece todo el cuerpo. ¡Qué rico lamerle de nuevo el bicho, esos labios tan desarrollados, tan suaves, tan abiertos, puro jugo no más! Todo es más profundo con Latania, que celebra el sexo como un ritual en el cual su mente y su cuerpo son guiados por una fuerza superior. Entre los platillos de doña Esmeralda y la cogedera con Latania me duermo con la palabra hogar arrullando mis sueños.

Planificar la operación nos lleva unos días. Todo está en la cabeza de Ernesto. Bautista y él salen varias veces, bien temprano, para reconocer el terreno y verificar los horarios del General. El sujeto, lo llamamos. Una noche, además de coger rico, Latania me confirma en susurros que con Ernesto estamos en buenas manos. Me cuenta que el maje es un histórico de la guerrilla que ya planificó el asalto a la Cámara de Comercio e Industrias de Cortés, donde mantuvieron secuestrados durante ocho días a ciento catorce peces gordos entre empresarios, altos funcionarios del Gobierno de Suazo Córdova y personeros del Banco Central de Honduras. Consiguieron que les pusieran un avión que los llevó a Cuba primero y a los días a Panamá.

En la víspera de nuestro acto más audaz, Latania me habla de cuando mató a aquel maje y a aquel otro. Su primer muerto fue en combate, sirviendo en Bosawás, con el EPS. Tendieron una emboscada a un batallón de Contras y, me asegura, no dejaron uno vivo.

—Esto será diferente —me dice—. A plena luz del día, en una ciudad como Tegucigalpa; todo debe salir perfecto.

No me atrevo a confesarla mis miedos. Ella se excita solo de pensar en la escena. Me besa, me agarra la verga y se la introduce dedicándome un profundo gemido. Mis neuronas establecen un siniestro lazo entre sexo y asesinato. Con Latania dormida a mi lado el sueño no me atrapa.

En la mañana me levanto con los ojos pegados, me cruzo con Bautista en la cocina.

—¡Pilas, Julito, pilas! —me grita, y el maje me despierta del todo con un abrazo de oso. Es el papel de Steve McQueen que a Bautista lo pone todo chorreado.

Hemos de agarrar al sujeto bien temprano, no más salga de la casa. Bautista cambió las placas a una toyotona azul de vidrios tintados y la pintó de verde. Todos usamos guantes y cargamos Uzis; cada uno, además, su pistola. Mi Beretta 92 y yo somos ya como dos siameses. Nos detenemos a dos cuadras de la residencia del General. Una vez más, diluvia, como si Dios estuviera con nosotros, aunque no me atrevo a decirlo.

Se abre un gran portón. Ahí sale; el sujeto tiene estilo con los carros, Mercedes,

creo, tampoco sé yo mucho de estas cosas. Un hombre al timón y otro a su lado que mira a todos lados. Visten de saco y corbata. La ventanilla trasera izquierda está bajada. El maje es pelón hasta la mitad de la cabeza, con bigote militar y lentes oscuras. Mira hacia la calle como tranquilo. ¡Si supiera!

—¡Ahí va el hijueputa! —anuncia Gustavo.

El Mercedes enfila la calle, nosotros detrás, como a cien varas. Son las siete de la mañana, Tegucigalpa se despereza. Circulamos por una zona con poco tráfico. Se detienen en un semáforo. Bautista acelera, adelanta al Mercedes, da un frenazo de película gringa y, de un trompo, planta nuestro carro ante el auto del General. Las ruedas del Mercedes chirrían, levantan una nube de humo y el vehículo inicia la reversa. El guardaespaldas saca una pistola por la ventanilla y empieza a disparar. Gustavo, Ernesto y Latania saltan de la Toyota y acribillan el vidrio delantero. El copiloto ya no dispara, el Mercedes hace un giro brusco y golpea contra una fila de autos estacionados. Es ahí que salgo yo corriendo. Álvarez Martínez tiene la cara manchada de la sangre de sus esbirros. Le apunto con la Beretta y se quita las gafas de sol. Mira a los ojos el maje, desafiante.

—¡No jodás! ¿Me va a matar un chigüín?

—Por torturador —le suelto. No sé, la venía pensando, algo tenía que decir.

El General hace un gesto, como si entendiera, su rostro dibuja una mueca macabra. Tengo que sujetar fuerte la Uzi, no sé cuántas balas lo alcanzan. ¡Me vale verga! Disparo hasta que Gustavo me agarra del brazo.

—Ya estuvo, Julio. ¡Pará, loco, andate, vámonos!

Respiro a toda velocidad, miro al General y lo escupo en la cara. Está muerto. Mi ópera prima. Mi estreno en el negocio de la muerte.

Todos estamos enteros, ni un rasguño. Bautista acelera entre la lluvia. Nunca lo vi manejar así, parece piloto de *rallies*. Nos sujetamos a lo que podemos. Ya ni sé por dónde andamos. El auto derrapa, freno de mano y todo, y gira en un callejón. Al final vemos un terreno baldío y otro carro. Dejamos las armas en la camioneta, salimos, hay lodo en el piso, cómo no, siempre igual, mis Adidas se hunden como la primera vez, recuerdos de mi primer golpe, hace una eternidad. Hoy me importa poco ensuciarme las zapatillas, son mis manos las que centran mi atención, manchadas de sangre.

Ya todos dentro del otro auto, nos corremos del baldío como si a Bautista le bajaran la bandera a cuadros.

—Tranquilo —ordena Ernesto. Bautista reduce y nos sumamos al tráfico. Resuenan sirenas por todas partes, ambulancia, pesca, bomberos, y nosotros en dirección contraria—. No más como si fuéramos a trabajar.

—En nuestro caso, regresamos del trabajo —añado.

Por un momento temo quedar de tapudo, que Ernesto me censure, pero el maje ni me escuchó y atrás Latania y Gustavo sueltan la carcajada, como si la tensión acumulada durante años de lucha se viera liberada en un segundo. La muerte de

Álvarez Martínez es una catarsis, la sensación de que todos los esfuerzos nos dieron la recompensa. Bautista también se ríe. Ernesto, que va de copiloto y debe de ser tigre rayado en estas cuestiones, mira aquí y allá.

Bautista y Ernesto nos dejan en la casa, ellos siguen camino, mejor dividirse. Latania se da un baño. Gustavo se para ante el televisor donde ya hablan del general difunto. Doña Esmeralda cocina para nosotros, indago entre las pailas: tapado de carne, con su yuquita y su coquito. La doña me reprende y me expulsa de sus dominios. Me apropio del sofá, me estiro. Los del noticiero no manejan mucha información:

Al parecer, el general Álvarez Martínez, de cincuenta y dos años, recibió seis impactos de bala esta mañana y murió antes de ingresar en el hospital, al igual que su chofer, Modesto Amador. Testigos presenciales afirman que cinco hombres que viajaban en una camioneta verde se abalanzaron sobre su vehículo con ametralladoras Uzi y dispararon a sangre fría. En el tiroteo fue herido un guardaespaldas del General que también se encontraba en el auto. Se desconocen la autoría del crimen y el móvil, aunque las sospechas se dirigen hacia grupos subversivos de extrema izquierda, ya que a Álvarez Martínez le perseguía la acusación, nunca probada, de dirigir escuadrones de la muerte y de ser responsable de la desaparición y tortura de decenas de activistas comunistas.

Gustavo baja el volumen y se sienta. Sobre el tejado la lluvia golpea como queriendo quebrar el techo. Ahora sí, este muerto sí que es mío. No siento nada. ¿Debería? La satisfacción del deber cumplido, alegría, una vida humana que envió al otro barrio. Pienso en mi mamá, no quedaría muy satisfecha. Mi papá sí, eso espero. Se dice entre los guerrilleros que cuando uno le da camotillo a alguien, cuando desea hacerlo, experimenta un nuevo estado mental, una estrenada forma de valorar la vida. Yo no más me siento extraño, como si mis pies no tocaran el piso. Matar genera confianza, me dijeron en Apanji. Sí, es cierto, la percibo, se apodera de mí, soy un hombre, pero tiemblo, siento el miedo. ¿Qué me sucedió? ¿Tiemblo o sigo adelante? Escucho el estruendo de la lluvia en las tejas, en las ventanas, como si deseara entrar y sofocarme. Hoy sí, el sueño me atrapa. Me abraza con fuerza, no jodás, y me quedó dormido en el sofá.

—¡Despertá, loco! —Es Gustavo que me sacude. No sé cuánto tiempo habré dormido; poco, a juzgar por cómo me siento—. Mirá, parece que Ernesto cumplió. —Gustavo me señala a la televisión, hablan de nosotros. Recibieron el comunicado que Ernesto envió a los medios—. No nos quedó tan mal, pues —comenta sonriente el jefecito.

Le dimos muchas vueltas al asunto, al fin y al cabo, nos daban por disueltos los muy jodidos. El locutor lee poniendo notas de color de su propio cuño el hijueputa.

Los Cinchoneros, un grupo al que el Gobierno daba por desaparecido, se atribuyen este crimen hediondo y afirman que Álvarez Martínez, además de haber llenado de luto, dolor y lágrimas infinidad de hogares de dignos patriotas, seguía siendo abanderado y ejecutor de la guerra sucia. Recordamos que Gustavo Álvarez Martínez, antiguo jefe del Ejército hondureño durante el mandato del presidente Roberto Suazo Córdova, desmintió en repetidas ocasiones las acusaciones de estos grupos insurgentes que lo señalaban como el responsable de la desaparición de más de cien personas por motivos políticos. El exgeneral aseguró no haber dado nunca una orden arbitraria fuera de la ley y subrayaba que el hecho de que estas cosas ocurrieran durante su mandato no lo convertían en responsable. Según este movimiento radical de extrema izquierda que acaba de asesinarlo, el atentado fue realizado por el comando Lempira, que cumplió con, citamos textualmente, «el deber revolucionario de reivindicar a los mártires hondureños y centroamericanos caídos en la lucha por la liberación completa de Honduras».

Es fácil adivinar de qué lado están los periodistas hondureños. Gustavo apaga el televisor. Sus labios dibujan una sonrisa malévola.

—Esto les dolió, compadre.

Volarse a Álvarez Martínez no es lo mismo que atracar un banco. Ejército, marina, fuerza aérea, policía, hasta los gringos andarán metidos en el asunto, buscándonos por todos lados, ofreciendo recompensas marca diablo a quien dé pistas que lleven a nuestra detención. Pero no tienen ni verga y nos cagamos de la risa al verlos tan desesperaditos.

En la noche la patrona de la pensión del barrio Concepción regresa a mis pesadillas. La doña me quema a la policía y con su testimonio elaboran mi retrato robot. De un día para otro, mi rostro se mira en todos los noticieros, empapelan con él medio país. Debí gritar o algo parecido, porque Latania me despierta y pasa su mano por mi frente con un paño para quitarme el sudor.

—Pasó, ya pasó, fue un mal sueño —me serena. Me acaricia con suavidad, bien rico, uno, dos segundos y ya me olvidé de la patrona para flotar con Latania en otra dimensión.

A doña Esmeralda nunca le gustó Latania. No ve con buenos ojos su dominio sexual sobre los hombres. Un clásico entre mujeres. Apenas se hablan, y cuando Latania sale por las mañanas de su cuarto, doña Esmeralda siempre la mira con reproche. Latania lo sabe. Nunca la paró bola, pero con los últimos acontecimientos comienza a lanzarle a Gustavo la sospecha sobre su lealtad. Gustavo pone la mano en el fuego por la doña. Él mismo, nos cuenta, reforzó su comunión a la causa a base de lempiras. Con Gustavo y conmigo, desde luego, no tiene problemas, nos damos bien con la doña.

Tras cinco días de encierro los medios apenas cuentan ya nada sobre Álvarez

Martínez. Todo parece tranquilo ahí fuera. Aquí dentro la cosa está peluda. Doña Esmeralda confirmó las sospechas de Latania. Gustavo echa una cabezadita en el sofá. Latania y yo cogemos rico en la habitación antes de la siesta. La doña, cuando sale para sus mandados, nunca tarda más de una hora.

—Salgo a hacer unos mandados y ya regreso —se la escuchó decir.

Nos despierta Gustavo.

—¿Adónde se fue doña Esmeralda?

Miramos el reloj, ya hace hora y media. Ahí no más Latania empieza con los reproches: que si ya lo advirtió, que si las mujeres son las peores enemigas de las mujeres, que si esa vieja degenerada nos sedujo con su cocina, que si ella se la olía desde el comienzo. Gustavo replica que quizás ella sea la culpable por tratarla como si fuera su criada. Intento poner paz y, sobre todo, calma. No es momento para pleitos, hay que correrse de acá.

Nos separamos. Me quedo solo otra vez, ¡no fregués!; de nuevo a enfrentarme como huevo en paila a la vida civil, a la paranoia. Si hay suerte, nos citamos en Nicaragua. Debo pensar en positivo, ser optimista, ahora amortizaré el entrenamiento que recibí en Apanji. Nos rifamos por dónde intentará cada cual cruzar la frontera, Gustavo por Las Manos, Latania hacia El Guasaule, y yo por El Espino. Pregunto por Bautista y Ernesto.

—Mejor para ellos y para vos no saber dónde fueron —me dice Gustavo.

Latania me regala una gorra de los Lakers, oculta la mitad de mis ojos. Me voy para la terminal de buses, al otro lado del Choluteca, con mis bolsas deportivas estilo matrioska. Antes de cruzar el puente descubro una tanqueta; hay uniformados incluso bajo las piedras. Me asusto, algo saben, mis papeles son buenos, más falsos que un nica cuando trata con un chele, pero buenos. Aspiro hondo, camino como vulgar ciudadano; he de agarrar ese bus. Los chepos desnudan a la gente, comprueban cédulas y revisan equipajes los hijueputas, ¡ni quiera Dios! Tienen aspecto de sádicos, animales de sala de torturas. Si me detienen, me mato. Mi salvación lleva uniforme, un funcionario regordete y mestizo que sale de la terminal hacia este lado del río. Retrocedo un rato y camino de nuevo hacia él como si viniera apresurado; lo detengo y pregunto con toda la naturalidad que puedo reunir en mi voz.

—Disculpe, ¿viene de la terminal? —El maje, receloso, asiente—. ¿Salió el bus para Choluteca? De seguro lo perdí. ¡Pije cola que me agarró en el tránsito!

Parece que el hombre se relaja.

—¿A mí me lo cuenta? Yo soy busero, lo sufro a diario. —Me mira de arriba a abajo—. Puede olvidarse, el suyo se fue hace ya rato.

Interpreto un gesto de contrariedad. El uniformado levanta su gorra de chofer y sus dedos tostados y gruesos como tocinos arrastran un pañuelo blanco sobre su frente para limpiarla de sudor.

—¿Tiene prisa por llegar?

—Bueno, tampoco se acaba el mundo. ¿Sabe cuándo sale alguno en la mañana?

—Yo mismo lo llevo a las ocho en punto.

Le agradezco la información y me cita para el día siguiente. ¿Qué carajo hago yo en diez horas?

La noche está húmeda, calurosa. Me acerco a los caramancheles de comida vecinos al río y me lanzo una carne asada. Ni pienso en pagar por un sueño. No más doñas desconfiadas. Sentado sobre uno de los muros de la ribera del Choluteca, observo a los comerciantes que cierran sus negocios. Tres mendigos colocan cartones en el suelo, a un metro de mí, y me piden cigarrillos. Aspiran y me sonríen. Parece el último humo de sus vidas. Los majes hieden a sudor seco. Por suerte, el viento sopla ligero y ayuda a que el hedor se aleje en dirección contraria.

—¿Cómo se llama usted, joven? —me pregunta el más grande del grupo, un gigante, qué sé yo, como de casi dos metros y manos enormes. De tan grande no parece hondureño. Lleva guantes de manejar, de cuero con los dedos cortados, pantalones de tergal marrones agarrados con una cuerda a su cintura y una camisa apretadita al pecho y endurecida por la mugre. Su boca llena de huecos negros asoma entre una barba blanca y gris de patriarca bíblico que oculta sus labios; con ayuda de una visera de los White Sox, apenas se ve el resto de su cara. «¡Ahlaputa!», pienso. «¡De plano este se esconde de algo!».

—Mario —le digo—. ¿Y vos?

—Llamame Xatruch. —Sus ojos esperan una reacción en los míos, acabo de mentir y me encuentro demasiado tenso—. ¿Sabés vos quién era Florencio Xatruch?

—Claro. Soy catracho. —A punto estoy de recitar una lejana lección escolar y extenderme en la biografía del hombre detrás de cuyo apellido está la palabra catracho, héroe nacional que expulsó de Centroamérica al gringo William Walker—. ¿No serás vos descendiente suyo?

Xatruch suelta una risotada acorde con su tamaño. De tan histriónica, de viaje pondría de los nervios al mismísimo Buda. Yo me río por contagio. Pone una mano sobre mi hombro, la otra sobre su pecho y detiene en seco el carcajeo. El suyo y el mío. Su espesa barba se acerca a mi oído, sus ojos brillan.

—Es mi nombre de guerra —susurra.

—Xatruch —repito—. ¡Me gusta!

Creo que le gusto a Xatruch. Señala a sus dos compañeros y me los presenta. El general José Francisco Morazán Quezada y José Cecilio del Valle, agradecidos por los cigarrillos, sonríen desde el fondo de sus barbas, no tan pobladas como la de Xatruch. No puedo evitar una sonrisa cómplice. Entiendo el juego de los mendigos. Apagamos los cigarrillos y el gigante barbudo sugiere que ya es hora de echarse un pelón.

—En un rato pasará el vigilante —asegura—. Si estamos dormidos, igual se va a joder a la dalia. Si nos ve de plática, el maje no se la piensa dos veces.

Xatruch me invita a tumbarme a su lado sobre unos cartones y me cede una de sus apestosas cobijas. «Un sacrificio más por la causa», me digo, y cierro los ojos. Me

siento en paz rodeado de estos vagabundos, próceres centroamericanos. Son cultos los majes, son algo más que mendigos, ¿una célula revolucionaria? Con sus nombres han construido una metáfora en este país que conquistó su independencia a sangre y fuego para someterse ahora al control gringo. «Si me uniera a su club», pienso, «sería Augusto César Sandino». ¡Hum! No, demasiado peligroso, mejor me olvido de esta mierda, estoy delirando. Dormite, Julio. Esperate, lo tengo, José Dionisio de Herrera. Abro los ojos, Xatruch me mira con expresión indescifrable.

—Dionisio de Herrera —le digo.

Me muestra sus escasos dientes amarillos, como sonriendo, debe de ser una mueca de aprobación.

—Entonces, vos sos nuestro presidente.

Xatruch se arropa y se gira dándome la espalda. Ser el primer jefe de Estado de Honduras debería dar tranquilidad y confianza, pero a mi sueño le vale verga, no tengo descanso, pues, abonado como estoy a las pesadillas.

Soy un niño que pasea entre el banano de Coyoles un día de lluvia, cerca del Aguán. El río baja turbulento y yo me acerco a ver pasar los troncos y restos arrastrados por la corriente. Me gusta ver el río los días de diluvio. Mi mamá me llama desde lo alto del barranco, parece preocupada, más bien histérica, algún peligro me amenaza. A lo lejos, entre las plantas amarillas rebosantes de frutos, varios operarios echan a correr alarmados y abandonan herramientas de trabajo y carros repletos de banano. Me esfuerzo por descifrar la advertencia de mi mamá, a lo lejos. A mi espalda, un rugido feroz silencia sus gritos. Me giro para conocer la naturaleza de aquel estruendo. Es el Aguán que se me viene encima como una ola gigantesca cargada de árboles descomunales, vacas, personas, casas, como si acarreará consigo una ciudad entera.

Ni pensar puedo en este sueño que no entiendo. Un guardia expulsa a patadas a nuestra pequeña colonia de mendigos.

—Ya váyanse de aquí. Siempre andan ustedes con lo mismo, si quieren dormir al raso bájense a los muelles, pues, y dejen ya de joder.

Es el guachimán de los caramancheles. La puntera de su bota acuchilla mis riñones, por su estilo al patearme de plano me tomó por un mendigo más. Al girarme percibe que soy diferente.

—Y este, ¿de dónde lo sacaron? ¿Acaso montaron un hotel acá? —grita sarcástico.

El grupo de indigentes recoge sus cosas entre protestas.

—No, señor, no es eso. Unos pandilleros me robaron los reales y no pude agarrar el bus para San Pedro Sula. Solo me dejaron la bolsa porque todo lo que llevo es ropa sucia. Salgo temprano en la mañana, se lo prometo. No más buscaba un lugar donde pasar la noche.

—Va pues, ¡no me interesa tu biografía, chavalo! Andate con los demás, ellos saben ya bien dónde se puede dormir y dónde no. ¡Cada noche la misma verga! —El

maje habla ya consigo mismo—. Xereguete me tienen los mendiguitos.

Xatruch me indica silencio con el dedo apoyado en su boca sepultada bajo la barba y me invita a seguirlo. A la altura de la colonia Marco Aurelio Soto, en uno de los muelles a la orilla del río que hoy discurre sereno, llegamos a una especie de campamento de pordioseros. Son seis, no hay mucho lugar. Incluso así, somos bien recibidos. Xatruch me presenta. Da por sentada mi generosidad anunciando que llevo cigarrillos, reparto los que me quedan, yo me agarro uno y comenzamos a insultar un rato al guachimán. Ahorita me siento mucho más seguro, la verdad. Aquí nadie hace preguntas, es como comenzar de cero. Si me empuerdo la cara y los brazos de lodo, me rasgo las ropas y me quedo unos días como mendigo, de plano, no me encuentran en un millón de años. Como a Xatruch. Es un fugitivo, me apuesto el cuello. En fin, mejor me duermo, solo guanacadas se me ocurren. Deben de ser los nervios, el cansancio, el susto que me dio ese hijueputa vigilante. Yo de vagabundo no aguanto ni dos días. ¿O sí? ¡Ahlaputa! Esta jodida idea me quita el sueño. Me imagino bajo la barba de Xatruch. El disfraz perfecto, ¡no fregués!

XVII

Julio, en empatía con Tegucigalpa, amaneció malhumorado esa mañana. Nos despertó el siempre irritante estruendo de las bocinas. Recordarle el desliz farmacológico y el modo en que podría afectar a la evolución de la herida en su brazo agudizó su irritación. Él, por si acaso, y pese a mi oposición, prefirió continuar con el tratamiento.

—Julio, mi madre y mi hermano son médicos. Te digo que si sigues tomando podrías sufrir algún efecto secundario.

—¡Idiay! Mi papá también fue médico —replicó enojado—. Ya sé que es mejor no mezclar alcohol y antibióticos, pero tampoco dejan de actuar por eso. Y, si no, ¡al carajo, pues! En la vida hay que jugársela, hermano.

Tras el exabrupto, desayunamos en silencio, recogimos la habitación en silencio, pagué la cuenta del hotel en silencio, caminamos hasta la estación de autobuses en silencio, subimos al autocar en silencio, Julio tomó la ventanilla mirando a la ciudad en silencio y en silencio seguimos el cauce del río.

La resaca de aquella riada de cerveza, las calles de Tegucigalpa, los niños pobres y los mendigos a la luz del día, el marrón discurrir del Choluteca tal vez; ¿que había llevado a mi compañero de viaje a tan inquebrantable hermetismo? Imaginé un ángel y un demonio de tamaño diminuto y cara de Julio batallando por el control de sus pensamientos.

Desde la orilla del Choluteca, en lo que quedaba de la colonia Marco Aurelio Soto, unos mendigos intentaban robarle una vaca hinchada a la corriente. Varios niños se acercaban con los ojos brillantes. Julio escrutó con ojos francos la tarea de los desharrapados, como si buscara un rostro familiar bajo aquellas barbas largas y blancas, permaneciendo siempre fiel a su silencio. Dejamos atrás las laderas de barrios miserables de Tegucigalpa, el altisonante Bulevar de Las Fuerzas Armadas; la atención de mi compañero permanecía fija en el exterior y yo incómodo, temeroso de perturbar su trance. «En cuanto salgamos de la ciudad», me dije. En cuanto salimos de la ciudad se lo dije.

—¿Todo bien, Julio? —Miré mi reloj—. Te estaba cronometrando, unos minutos más y te inscribo en el Guinness de los silencios.

Se giró hacia mí con desgana. El rostro es el espejo del alma y el suyo estaba pálido, desanimado.

—Me sienta muy mal el alcohol. ¡Clase goma ando, no fregués!

—No lo creas. A veces viene bien para desatascar. No veas la de amistades que un buen pedo es capaz de reforzar.

Julio me miró desconfiado, no tenía muchas ganas de hablar, se llevó la mano a la cabeza, como si le pesara.

—¿Un buen pedo? ¿Cómo así?

—¡Una bolenca, pues!

—¡Ah!, bueno. Es que hablás bien raro vos, Miguelito. —Fue su primera carcajada del día—. Y, decime, ¿se reforzó en algo nuestra amistad ayer en la noche? Yo es que no recuerdo gran cosa. Hacía rato que no le daba al guaro de ese modo, pues.

—Bebimos cerveza, por suerte. Mejor no pensar en cómo estaríamos ahora de haberle dado al ron. Pero sí, a mi entender, sí, se reforzó.

Julio estiró los labios hacia la derecha en un simulacro de sonrisa.

—Bebimos cerveza, es cierto. ¡Clase pedo, pues!, como le decís vos.

Le di un tiempo para que mascara sus neuronas, a ver si por algún fenómeno químico de su cerebro recordaba sin mi ayuda alguna de sus confidencias alcohólicas. Julio miraba imperturbable hacia los lados de la carretera, su cara casi pegada a la ventanilla con la fascinación y melancolía de quien debe redescubrir un paisaje que le es tremendamente familiar. Conocedor de su costumbre de dormir en los buses con la desenvoltura de un murciélago en una rama, comprobé en pocos minutos que le había concedido demasiado tiempo. Ahora bien, si quería ver a sus excamaradas en San Pedro Sula, ¿cómo pensaba hacer? Ni me había hablado antes de ellos ni lo había visto usar el teléfono ni había dicho nada sobre cita alguna ni ni... Lo cierto es que no tenía ni idea y, a juzgar por mi ansiedad y los ronquidos de mi compadre, me daba la impresión de tener más ganas de verlos que el propio Julio.

No conseguía dormir de tan ansioso. Mi tendencia a dar infructuosas vueltas a las cosas me llevó al insomnio. A mi izquierda, manteniendo la tradición instaurada en mis últimos trayectos en autobús por Honduras, un pasajero me observaba con descaro. Percibí su mirada, me giré y sonreí como ya era costumbre. Debía de tener mi edad, sus enormes ojos negros se estiraron, su sonrisa se desplegó cargada de malicia y señaló a Julio en un gesto exageradamente amanerado.

—Veo que tu amiguito cambió tu compañía por la de Morfeo.

Pese a la ocurrencia no se rio, le bastaba con el mohín picaresco de sus labios. «Es lo que me faltaba, un tío queriendo seducirme a las nueve de la mañana», me dije.

Con su pelo engominado y unas facciones mestizas bien marcadas, Rodolfo Cabrera Fiallos tenía más aspecto de *gigoló* que de damnificado del *Mitch*. Sus piernas, embutidas en unos vaqueros elásticos muy ajustados, chocaban contra el asiento anterior al suyo. Era un tipo corpulento, como se encargaba de reforzar una camisa blanca abierta hasta la mitad de su bronceado pecho. Su voz de barítono delataba una seguridad curtida en años de aguantar bromas, humillaciones y desprecios de sus compañeros de colegio.

—Español, ¿verdad?

Asentí sin mucho entusiasmo. Extendió su mano hacia mí y se presentó con todos sus apellidos.

—Me encanta España. ¿De qué parte de España sos? Madrid, Barcelona, Sevilla...

—De Bilbao.

—¡Ah, un vasco! Entonces no sos español.

Levanté los hombros para presentarle mi indiferencia. No habían pasado ni dos semanas desde la última vez que me sacaron el tema; a los de mi tierra nos ocurre con frecuencia.

—¿Y qué hace un vasco como vos por estos lados?

—Vamos a San Pedro Sula —respondí. Hice una pausa reflexiva y, cauteloso, añadí—. A visitar a unos amigos.

—Entiendo, a San Pedro Sula —repitió con desconfianza—. ¿Y de dónde vienen?

—De Nicaragua —contesté con toda naturalidad.

—¡Nooo! —Aunque es posible que su no incluyera unas cuantas oes más de las que transcribo—. Pero si yo soy medio nica, ¡del mero Masaya, no más! Claro que hace tiempo que noté que en mi casa no era bienvenido, no sé si me entendés. San Pedro Sula es más abierto, una ciudad más grande, otra cosa, pues. —Se detuvo; no porque pensara que estuviera hablando demasiado—. Y vos, ¿ya conocés San Pedro Sula?

—Una vez pasé de camino a Tela, de vacaciones.

—¡Tela, por Dios, qué decadencia! —Reprobó mi visita al Caribe hondureño llevándose la mano a la boca, el típico ademán universal de loca-reloca para evidenciar su orientación sexual.

—Pues a mí me gustó mucho, qué quieres que te diga.

—Pues claro que te gustó. Tela es para los cheles como vos.

Suspiré incómodo, simulé un bostezo y me giré hacia la ventana. Julio dormía con total placidez, verlo me proporcionó cierta calma. La paz no pasó de ocho segundos. Miento, no lo cronometré. Rodolfo Cabrera Fiallos, en todo caso, no pudo tardar mucho más en golpear mi hombro con sus dedos.

—No te enojés conmigo. Es que soy demasiado vehemente. ¿Me entendés?

—No estoy enojado. Lo que estoy es cansado y de goma.

—Y él también, ¿verdad? —dijo señalando a Julio con su dedo afeminado.

—Él, peor que yo, me temo —repliqué dejando escapar una sonrisa.

—Así sos más hermoso, un poco de buen humor nos sienta bien a todos.

Todavía quedaban cuatro horas de viaje. «Una eternidad», pensé.

—Si les gusta el bacanal pásense esta noche por La Discordia. —Me ofreció una tarjeta con la dirección del local. «El único abiertamente gay de todo Honduras. Los heterosexuales son bienvenidos», anunciaba—. Soy el dueño.

Le agradecí el detalle, aunque no me acabara de creer su cuento, la verdad. El tipo era perspicaz, veloz, con esa sabiduría callejera propia de quien desarrolla recursos que desconocía poseer. Captó al vuelo mi incredulidad.

—Y vos ahorita te preguntás cómo es que soy el dueño de la discoteca de moda en Sula y viajo en bus. No te calentés, chelito, no más detesto manejar. —Rodolfo Cabrera Fiallos era un tipo muy seguro de sí mismo, no me cupo la menor duda—.

Los veo esta noche, entonces. No se me escapan.

Lo dijo, se reclinó sobre su asiento y se echó a dormir. Rodolfo Cabrera Fiallos sabía cómo cultivar el misterio. Seguro que haría buenas migas con Julio.

Antes de llegar a Comayagua empezó a llover con suavidad y al rato el busero anunció una parada de quince minutos. Julio se despertó al detenernos.

—Si necesitas llamar por teléfono puedes aprovechar ahora —le dije confiando en que cerrara la cita con sus excompañeros.

Él me miró extrañado. Estaba todavía saliendo de su letargo, preguntó dónde estábamos.

—¿Llamar? ¿Llamar a quién?

—A tus excamaradas. —Bajé la voz. Rodolfo Cabrera Fiallos nos observaba desde el otro lado del pasillo—. ¿No recuerdas? Me dijiste que ibas a quedar con tus antiguos compañeros —se lo dije con mis labios casi pegados a su oído—, que formabas parte de un comando.

Ahora sí que estaba despierto. Se giró hacia mí sobre el asiento e intenté tranquilizarlo antes de que abriera la boca.

—No te preocupes, no me contaste nada más. Seguido te desmayaste sobre la mesa, no sé cómo no te reventaste la cabeza con alguna botella de cerveza. Te tuve que llevar en brazos al hotel.

Julio retomó su posición de recostado y resopló. Miró hacia la calle, algunos viajeros recogían su equipaje del maletero del autobús mientras otros depositaban el suyo.

—Si es por mí ni te molestes. Después de tres años viviendo en Nicaragua no te creerás que eres el primer guerrillero que conozco.

—Ya —masculló—. Mejor salimos un rato a la calle. —Me invitó a levantarme.

—Bueno, yo pensé que iban hasta San Pedro —nos dijo Rodolfo Cabrera Fiallos al ver que descendíamos del bus.

—No más vamos a tomar un poco el aire —me justifiqué, sintiéndome ridículo por dar explicaciones.

—Vayan, pues, les vendrá bien con esa goma que me andan. Yo les cuido el lugar.

Julio me miró extrañado, caminé todo el pasillo hacia la puerta y al salir a la calle corrí a refugiarme del aguacero bajo una marquesina de cemento pintada a la moda patriótica hondureña.

—¿Quién era ese maje? —Julio se me echó casi encima, muy nervioso, enfadado. «Un mal despertar», intuí—. ¿Y qué fue eso de: «Con esa goma que me andan»? —Con todo el lenguaje corporal de que era capaz imitó la personalidad amanerada de Rodolfo Cabrera Fiallos—. ¿Me duermo unas horas y vos le contás mi vida a un desconocido? Y encima cochón, que son los más tapudos.

Me costó mucho calmarlo, tuve que elevar la voz, sugerirle que no se volviera loco o paranoico, hasta que se convenció de que Rodolfo Cabrera Fiallos era, sin más, un experto en sacar partido a un breve retazo de información. La mínima que yo le

había dado.

—¿Y entonces? Me ibas a contar algo de tus días de guerrillero, ¿no es así? Para eso me dijiste que bajáramos del bus, ¿no?

Julio tomó aire, como si fuera a deshacerse de una pesada losa que aplastara su alma.

—Decime, Miguel. De todos los guerrilleros que vos conociste en todo este rato que vivís en Nicaragua, ¿alguno de ellos luchó en Honduras?

Comencé a entender por dónde quería ir.

—No.

—Amigo, esa es la cuestión. En Nicaragua medio país fue guerrillero o estuvo en el EPS. Pero acá —agitó el dedo ante mi nariz—, acá fue otra cosa. Acá no hubo recompensas, ni victorias, ni desfiles, ni nada, ni verga hubo acá. ¿Me entendés? Nada compensa aquellos años, ni la mierda de abrazo que me dio Daniel Ortega. El mame se creyó la gran cosa —se la cree todavía, podría haber añadido—, pagando a su gente con abrazos. ¡No jodás! Ortega, los comandantes, Fidel, el jodido José Reyes Mata, el Che Guevara, Mao, Lenin y la madre que los parió a todos esos hijueputas malditos.

Levanté las manos con disimulo, solicitando un poco de calma. El sonido de la lluvia velaba por la confidencialidad de su confesión, pero no me parecía conveniente atraer miradas.

—Debemos regresar al bus, no vaya a marcharse sin nosotros. —Lo sujeté por el brazo herido e hizo una mueca de dolor—. Perdón, perdón. Es que, como no te quejas nunca, ya casi me había olvidado de tu herida. —Restó importancia al asunto con un movimiento de cabeza—. Lo que digo es que, si quieres ver a alguien en San Pedro, por mí no hay problema. Si no puedes confiar en mí, ¿en quién puedes confiar?

En sus ojos brotó un atisbo de serenidad, no necesité insistir. La confianza es algo intuitivo, natural, con los años uno sabe dónde encontrarla y dónde no. Julio, por lo visto, confiaba en mí.

—Con suerte llegaremos a Sula poco después de mediodía —dijo tras consultar mi reloj—. Llamaré al llegar no más. Es más seguro. Son diez años, compadre, mucho tiempo sin mirarnos, pues. —Colocó su mano sobre mi hombro y me sonrió—. Pero, cómo no, mi hermano, será un placer presentarte a mis viejos camaradas.

Regresamos al bus, Rodolfo Cabrera Fiallos había protegido celosamente nuestro sitio, así lo evidenciaban los cuatro pasajeros con caras largas apostados en pie al final del pasillo. Se lo agradecí.

—Rodolfo Cabrera Fiallos —le dijo a Julio, ofreciéndole su mano izquierda para el saludo.

—¿Me estás rebanando vos? —Toda la ira que es posible condensar en unos pocos centímetros cuadrados estaba reunida allí, en los ojos de Julio.

—¡Oh! Disculpame, no me di cuenta de tu brazo, es que yo soy zurdo, ¿sabés? —replicó Rodolfo Cabrera Fiallos, dibujada en su rostro la más maliciosa de las

muecas.

—Y yo soy manco, ¡hijueputa cochón! —le soltó antes de regresar a su asiento, junto a la ventana.

Lejos de sentirse molesto por la respuesta de Julio, Rodolfo Cabrera Fiallos exhibía una autocomplaciente satisfacción.

—Así es como me gustan los hombres, arrechitos, pues. —Se dirigía a mí—. Como ves, los cheles, al menos en cosas como estas, sois bastante más avanzados que nosotros.

—¿Cómo así? —intervino Julio—. ¿En cosas como cuáles?

—No te hagás el dundito conmigo. —Adoptó un aire enojado—. Yo solo conozco una palabra para definir tu actitud. —Lo dijo en un susurro, abriendo la boca lentamente, deteniéndose un segundo en cada sílaba—. Ho-mo-fo-bia.

Yo no estaba dispuesto a seguir su juego de mariquita airada. Decidí ponerme un poco nica.

—Mirá, no sé si vos sos zurdo o qué, pero si me faltara un brazo y me rebanaras de esa manera igual acabábamos a los vergazos.

Juntó las palmas de sus manos, como si rezara. A mí, más que otra cosa, me pareció un ademán de victoria.

—Va pues, no te arrechés vos también. —Echando su cuerpo hacia delante se dirigió a Julio, que giró la cabeza hacia él con desinterés—. ¡Oye! Va pues, disculpame, no te me enojés. Es cierto, solo estaba rebanando, soy jodedor. ¿Idiay? Con todas las tristezas de estos días viene de maravilla un poquito de vulgareo. —Julio movía la cabeza, remolón—. Perdoname, fue de mal gusto. —Julio cedía, un atisbo de sonrisa asomó a sus labios. Rodolfo Cabrera Fiallos, cada minuto que pasaba yo estaba más y más convencido, era un experimentado seductor—. Eso es, así mejor, sos mucho más bello cuando sonreís.

Julio aceptó sus disculpas, eso no implicaba que tuviera ganas de hablar. El autobús arrancó y dejó atrás Comayagua. Julio regresó a la contemplación del paisaje, mientras Rodolfo Cabrera Fiallos se recostaba satisfecho sobre su asiento y cerraba los ojos. Al de un rato cesó la lluvia.

Comenzaba a entediarme la visión de Centroamérica, tanto horror sin grandes variaciones sobre el mismo tema: desolación. Me obligo a describirlo, aunque resulte repetitivo. La carretera hasta San Pedro Sula subía y bajaba entre valles atravesados por turbios cauces rodeados de planicies de fango y arena; a lo lejos las montañas se sucedían, heridas casi todas por profundos cortes fruto de derrumbes y deslizamientos de tierra. La labor de las brigadas de limpieza y del Ejército se hacía notar por el camino. En Honduras el *Mitch* también la tomó con los puentes. Debido a los desvíos el autobús se iba retrasando, lo que nos obligaba a recorrer endiabladas pistas de tierra. Atravesando más de cincuenta kilómetros en medio de la nada, rezando el pasaje entero para que a la mecánica del patriótico vehículo blanquiazul no le diera un desfallecimiento, una última bifurcación nos plantó ante las mismísimas puertas

de San Pedro. De ahí el sobresalto de Julio al despertar agitado por el traqueteo.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estamos?

—Muy cerca —le dije. Ya no retomó el sueño.

La devastación rodeaba a la capital del valle de Sula. Los ríos Ulúa y Chamalecón se habían convertido en asesinos. Uniendo fuerzas se llevaron por delante a centenares de personas y arrasaron plantaciones de banano y maquilas de textiles y calzado. A la entrada de la ciudad, un nutrido grupo de damnificados había improvisado un barrio sobre el asfalto que invadía la mitad de la carretera. Las casas de plástico, madera y zinc fueron otro testimonio de la tragedia reducido a una nota de color ceniza en una de mis crónicas.

En la estación de autobuses de San Pedro Sula, Rodolfo Cabrera Fiallos le entregó a Julio una de sus tarjetas de La Discordia.

—Les vendrá bien algo de diversión, amigos. Se los ve necesitados de un buen meneo.

Resultó ser, además, un experto en el manejo de las frases con doble sentido.

—Tal vez —le dijo Julio—. No era tan mala onda el maje —me dijo a mí poco después; la figura de Rodolfo Cabrera Fiallos ya perdida entre la multitud—. Un poco de bacanal siempre se agradece. —Miraba la tarjeta ensimismado—. ¿Quién sabe? —Se la guardó e inspeccionó la estación de buses hasta localizar los teléfonos públicos—. Vamos a hacer esos llamados, pues. Hoy me apetece sopa de caracol. —Estaba contento, más animado que en toda su vida, a la nueva me refiero, la que había comenzado días atrás con una resurrección fortuita sobre el lodazal de Posoltega.

XVIII

Amanezco a la orilla del Choluteca. ¡Clase pestañazo me he lanzado! De viaje necesitaba una cura de sueño. Buceo entre los cartones donde en la noche vi acurrucarse a Xatruch. Ni rastro. Quisiera despedirme. Un maje, todo harapos, calienta café sobre un fuego improvisado en una placa metálica encajada entre piedras. Es indio, más puro que Moctezuma, barbilampiño. Sus ojos son cuchillos, me los clava y añade una sonrisa punzante.

—¿Durmió bien el licenciadito? —Tiene acento mexicano—. Ahorita no más le tenemos listo su desayuno.

Me salió matizón el maje. Mejor no le doy alas a su sarcasmo. Me froto los ojos, el sol perfora mis pupilas.

—¿Sabe adónde se fue Xatruch?

—¿Quién? —responde. Parece sincero.

—Xatruch, el gigante con barba hasta la cintura, gorra de *beisball*, ¿no se acuerda? Llegué con él en la noche. Venía con otros dos majes.

—¡Cómo no! ¿Xatruch, le dijo? —El indio se lanza la gran carcajada; se prolonga dos segundos, detiene su risotada en seco y me mira serio, como anunciando una gran declaración—. Pues yo soy Benito Juárez.

—¡De plano! Se parece mucho. —Su mirada duele, como solo los indios saben mirarte; aguanto con la cabeza en alto, Benito Juárez no me sacará un pedo—. Yo no más le digo lo que veo. —Se lanza otro trueno en forma de risa, me pica el ojo y se me acerca con la mano extendida—. Sí, chavalito, vos me podés llamar Benito Juárez —me dice exhibiendo una sonrisa de dientes hechos verga. Parece que comió petróleo el maje.

—No me diga chavalito. Ya pasé de los veinte —le miento con rabia contenida—. A mí me dicen... —me contengo, dudo, a punto estoy de decir Mario, cuando recuerdo mi reciente bautizo como prócer hondureño—, me dicen Dionisio de Herrera.

Benito Juárez toma posesión del cauce del Choluteca con el eco de una nueva dosis de carcajadas, tan escandalosas que levanto intranquilo la mirada esperando descubrir a decenas de chepos asomados a inspeccionar el cauce.

—De modo que Dionisio de Herrera. —Cafetera en mano, Benito Juárez mastica las palabras, balancea la cabeza, levanta las cejas, sonrío—. Como vos digás, pues, señor presidente. No hay falla.

Ya me acostumbré a cambiar de identidad. El café de Benito Juárez parece agua sacada del Choluteca, pero me lo bebo sin una queja. El maje decidió tomarme más o menos a serio y me cuenta que hay pesca por todos los lados, que en la terminal registran a todo el que vaya a agarrar un bus.

—Sin excepciones, señor presidente, a toditos los viajeros. La gente ya no puede andar tranquila por Tegucigalpa. ¿Sabés una cosa? Lo mejor en días como hoy es ser

mendigo —barrunta Benito Juárez, el anticipo no más de una nueva risotada—. Nadie lo molesta a uno, no sos más que un apestado del que no hay por qué sospechar. Hará un ratito no más me pasé por donde los buses y un chepo me mandó a la verga. Que me corriera de allá, pues, sin más explicación. Y mirá que yo podía ser un guerrillero, un bandido, un asesino, un terrorista, lo que querrás, pero soy vagabundo y, además, indio. —Culmina la frase extendiendo los brazos hacia los lados, las manos abiertas; desea transmitir resignación—. Le digo, joven, que si todos los vagabundos formáramos una milicia, en una hora tomábamos el palacio sin que a Azcona Hoyo le diera tiempo a quitarse el pijama. Así se lo digo, señor presidente: nada más invisible que un mendigo.

Benito Juárez suelta otra de sus risotadas de ogro. Su café ya me sabe mejor. No está mal del todo la vida de vagabundo. ¡Una milicia completa a orillas del Choluteca! ¿Qué pensaría Gustavo de la idea? ¿Qué pensaría mi papá? ¿Quién puta es toda esta gente? ¿Loquitos o visionarios? Por las escaleras que bajan al muellecito de los vagabundos descubro la extensa barba de Xatruch, Morazán y Cecilio del Valle a su lado, que desciende hacia nosotros.

—Buenos días, presidente Herrera. —Xatruch y Benito Juárez deben de ser hermanos, con los ojos cerrados no distinguiría sus risotadas—. Me alegra verlo todavía por acá. ¿Qué? ¿Pensando en quedarse un tiempito? ¿Ya le dijeron cómo están las calles? Mejor que con los próceres en ningún lugar. Ya lo ve, presidente.

Xatruch y sus compadres comparten la gran carcajada antes de tomar asiento. Benito Juárez reparte café. ¿Puedo confiar en estos loquitos que se bautizan como próceres? Es como si Xatruch todo lo supiera. Si fuera de los de a peso yo ya estaría preso, o muerto, quién sabe; pero no, se puede confiar en él. Me siento extraño. Me tiente mucho esto de la vida limosnera, estacionar a un lado la Revolución por un tiempo, la clandestinidad y toda esa onda. Ya me cansé de correr, pasar la vida escondido. Quiero chasquear los dedos y aparecer en Managua, como en los muñequitos de la televisión. Los chasqueo por las dudas. Nada, ni verga. A mis oídos llega el ruido de las sirenas, alzo la vista y veo uniformados que vigilan las calles, los puentes, el río. La voz de Benito Juárez resuena en mi cráneo: «Nada más invisible que un mendigo». Tengo el cabello corto y negro, apenas crece el pelo sobre mi cara de mestizo, visto como clase media, de bluyines, Adidas, gorra de los Lakers y camiseta corta color marrón, llevo más ropa en la bolsa; nada que me transforme en limosnero. Además, soy y parezco menor de edad, sé que no engaño a Benito Juárez, aunque el maje pasara por alto mi pretensión de hacerme el mayor, y sé que, por supuesto, no puedo ser tan invisible como Xatruch, Juárez, Morazán o Cecilio del Valle. No puedo pensar, no tengo tiempo. Si subo a la terminal me echan preso; torturado por animales sádicos o antes me acribillan a balazos en plena calle, como escarmiento. «El asesino de Álvarez Martínez mordió el polvo, tomó su propia medicina, baleado como un perro». Los diarios, ya se sabe, la originalidad nunca fue su fuerte. Alargo la mano hacia Xatruch y sonrío.

—Dionisio de Herrera, para servirles.

Me acabo de convertir en mendigo. Tanto culipandeo para tan sencilla decisión. Xatruch se incorpora satisfecho, sus camaradas chupan rueda y levantan sus tazas de hojalata llenas del café de Benito Juárez.

—Dionisio de Herrera, sea usted bienvenido al cementerio de los próceres —me dice Xatruch. El maje adopta toda la solemnidad posible—. Aunque, permítame que se lo ponga de esta forma, es usted un tanto joven para guiar a la patria, ¿no cree?

¿Me vulgarea o es eso lo que piensa? ¡A la verga! El maje parece todo un sabio. Buena onda. Alzo mi taza y brindo con la jodida agua amarga del Choluteca.

—Puede ser, de plano mi mamá le daría a usted toda la razón.

Si cerrara los ojos no distinguiría esas cuatro carcajadas. Ya me convencí: de viaje no encuentro mejor refugio en toda Centroamérica.

Xatruch es el perfecto pordiosero. En Tegucigalpa el calor es húmedo, pesado. Le da igual, jamás se despoja de su abrigo espigado. Ahí debajo, de plano hiede a podrido, aunque ni cuenta te das, no traspasa el hedor. Con abrigo, sudor, toda la mugre acumulada de no bañarse en milenios y ese cuerpo de gigante, el bróder debe de pesar, lo menos, trescientos kilos. Exagero, pero ciento cincuenta ya los alcanza, si no son más. ¡No jodás! Solo esa apestosa chumpa de la que jamás se despoja ya pesa más que yo.

Con Xatruch, la vida a orillas del Choluteca es sencilla. Me provee de ropa raída varias tallas arriba de la mía, me sugiere que oculte mis ojos con una gorra de tela que hace siglos pudo ser blanca, me ensucia el rostro con lodo del lecho del río y ando siempre con él, de fiel achichinle, como a Benito Juárez, el más jodedor de los mendigos, le gusta rebanarme; es todo un guasón el maje, con su fuerte acento mexicano. Hago todo lo que Xatruch me dice, sigo sus órdenes y consejos a rajatabla, jamás me sentí tan seguro. Buscamos comida, comemos. Buscamos bebida, bebemos. Las calles de Tegucigalpa siguen tomadas por la pesca durante más de una semana y en los controles nos aceleran para que pasemos, sin pedirnos cédula ni identificación. Nos queda bien nítido, le importamos un carajo al mundo, como si no existiéramos. Xatruch dice que este es el retrato de nuestra sociedad. Mis convicciones sociales y revolucionarias flaquean, me alegra no importarle al sistema.

Por las noches duermo como una marmota envuelto en cobijas a cuyo hedor no tardo en acostumbrarme. Una madrugada me despiertan unos gemidos. Miro alrededor, al final de la fila durmiente de desharrapados Xatruch se mueve agitado tras uno de sus compadres. Los observo un rato, no acabo de entender sus quehaceres. Los observo demasiado rato y Xatruch me descubre, me pica un ojo y, con la mano, me dice: «¡Acercate, chavalo!». Con su invitación Xatruch me saca un pedo y me hago una bola bajo la cobija. Los gemidos y el miedo a que se coloque detrás de mí no me dejan atrapar el sueño.

Por la mañana, caminando por el parque central de Tegucigalpa, Xatruch me incita a admirar la hermosa catedral barroca y, entretenido como me tiene, me hace

una proposición.

—Esta noche, si querés, solo si querés, también puedo darte placer a vos. —No sonríe, no intenta seducirme, actúa como un sujeto frío que ofrece amable sus servicios—. No te preocupés, no me voy a enamorar.

Me gustan las risotadas de Xatruch, me gusta Xatruch, parece que siempre hace y dice lo correcto. Cada día con Xatruch es una lección. En una comparación con el capitán Largaespada, el prócer de los harapos le saca un hipódromo de ventaja. Pese a todo, me quedo trastornado con la propuesta de Xatruch. No respondo, solo lo miro confuso, aturdido.

—Como vos querrás, compadrito. La oferta no caduca. Siempre estamos abiertos.

Dos risotadas en menos de un minuto. Por un momento la teoría de la invisibilidad del mendigo enunciada por Benito Juárez no es más que papel mojado, somos el centro de atención en la plaza más central de Tegucigalpa.

Entre mendigos pierdo la noción del tiempo, ya ni sé en qué día vivo. Paseo a diario con Xatruch hurgando en las basuras, miro la ciudad con ojos distintos, disfruto de Tegucigalpa. Algunas veces, él sale temprano y se demora en regresar. Nunca pregunto qué hizo, jamás le reprocho no despertarme. Cada hombre, y yo doy ejemplo, debe permitirse unos secretos.

El parque central ejerce de majestuoso salón de nuestro hogar, si bien, como buen prócer, Xatruch prefiere el nombre de Plaza Morazán. Aquí pasamos horas muertas, matamos las horas bajo el gran guanacaste podado que mira a la catedral de San Miguel. A veces, Xatruch me lleva ante el esquilinchuche en el patio interior del templo. Habla del palo bendecido como si fuera uno de sus seres más queridos.

—*Bourreria huanita*. —Xatruch conoce y todo su nombre en latín—. Debemos aprender mucho de este árbol, compadrito. Lleva trescientos años resistiendo y nadie lo pudo tumbar. —Xatruch se apasiona cada vez que lo mira—. Es hermoso el árbol del amor. —Nunca se cansa de contar esta historia, a mí me gusta escucharlo—. Mirá sus troncos entrelazados, como una pareja de enamorados que se abrazan. Ya vendremos en primavera, verás qué flores tan hermosas. Embriagan. Acá vienen los recién casados a sacudirlo. Las hojas que caen son el número de hijos que tendrán. Era el árbol sagrado de los mayas y ahorita se nos pasó al catolicismo. Si me cuidaran a mí tan bien como a él, no más me veías acá rezando todos los días.

Xatruch es agudo, siempre me hace reír, su risotada contagia vitalidad. Lo echo de menos cuando desaparece. Como hoy, tras visitar al esquilinchuche, que regresamos a nuestro hogar en el río y un hombre llama a Xatruch desde un carro del año estacionado en la avenida Jerez. Habla con él y, sin mirarme siquiera, sube y me abandona. Por un instante, temo no verlo más. El día es eterno hasta que, caída la noche, ya todos los mendigos duermen, Xatruch regresa al río. Me muero de ganas, pero no pregunto. Se acerca a mí y cierro los ojos: «Buenas noches, Xatruch. ¡Qué bueno que regresaste!».

Por la mañana, Xatruch me despierta.

—Hoy desayunamos donas. Vení.

Cerca del parque Central, Xatruch compra café y donas. Nunca antes lo vi gastar plata.

—¡Feliz Navidad!

Es como una revelación. Sentado bajo el guanacaste, muerdo el dulce y al escuchar las palabras de Xatruch pienso en todo lo que soy y he dejado de lado. No se lo digo a Xatruch, pero ayer dejé de ser tiernito. Cumplí los dieciocho y me vale verga, no ando para farras ni celebraciones. Dos años en esto de la guerra y, de pronto, me siento decaer, como que ya tuve suficiente. Tampoco quiero ser mendigo por siempre. No sé bien. Y entonces, en medio de mi craneadera, irrumpe la vida que estacioné junto a un río hace por lo menos un siglo.

—Mi querido Dionisio de Herrera, sé quién sos. —Pierdo el control de mi rostro, mis dientes no acaban de masticar, soy como una piedra, inmóvil—. No me contés nada, no quiero saber por qué te buscan. Solo decime, ¿ya le diste camotillo a un hombre? —Sigo petrificado, el guacho que se me dispara, me late a mil, siento el discurrir acelerado de la sangre dentro de mi pecho. Estoy asustado, mudo, ni afirmo ni niego, paralizado de miedo—. ¿Tal vez a un general?

El café, el vaso entero, se me cae al suelo. Debería correrme de acá. No puedo. Mis músculos son plomo puro. Xatruch me rodea con su brazo de gigante.

—Podés confiar en mí, compadrito. ¿Puedo confiar yo en vos?

Su abrazo y sus palabras liberan la tensión que me tiene agarrado por el cuello. Lo miro; sin esforzarme puedo sonar contundente.

—¡Por supuesto!

—Bien. —Xatruch introduce la mano bajo su pútrido abrigo, mira a todos lados y deja a la vista una reducida abertura—. ¿Sabés usar esto? —Es una Beretta, como la de Gustavo, como la mía, solo que lleva silenciador—. Con la plata que ganés podrás regresar a tu vida.

—Yo nunca palmé a nadie por la plata.

—Ya. Sos de los que creen que cuando un guerrillero mata a un hombre nadie se hace rico. Preguntale, pues, a esos comandantitos tuyos. Mirá no más cómo viven gracias a la Revolución. —Cada palabra, cada gesto, la superioridad de Xatruch sobre mí es incontestable—. Ni modo, compadrito, es una lástima, vos, como ellos, también podrías ser millonario. Por un general se paga una fortuna. —Xatruch sería capaz de darte camote solo con los ojos—. Un banquero también cotiza alto. Y, además, encaja bien con tus hermosos ideales.

—¿Quién paga bien? —pregunto. Ignoro su ironía.

—Vos lo pensás. Tenés hasta el almuerzo.

Siento un mareo, un tremendo vértigo. Matar por la plata jamás anduvo entre mis proyectos vitales. Me doy cuenta, de pronto, de que nunca hasta hoy pensé demasiado las cosas, subiendo en marcha voy de carrusel en carrusel. Mis labios cobran vida propia.

—No hace falta esperar —le digo a Xatruch.

—Mi querido Dionisio de Herrera, me alegra escucharte. —Me dispongo a levantarme, Xatruch me sujeta con el brazo y me clava sus ojos—. Solo una cosa más. Lo hacemos y te marchás. A tu edad, no es bueno pasar tanto tiempo de limosnero. —Xatruch me ofrece su café, casi ni recordaba el sabor, curtido como ando con los desayunos de Benito Juárez. Con discreción, extrae de su abrigo un grueso rollo de billetes verdes, me lo muestra, lo guarda y se recuesta contra el tronco del guanacaste—. Lo harás esta noche.

Se pone el sol, y es así como, tras darle matarile a un banquero, en silencio, en la oscuridad, a solas él y yo en un desangelado parqueo, Xatruch vigilando a pocos metros, sin sentir el mínimo remordimiento, es así, digo, como renuncio a ser invisible y a mi condición de prócer.

—Por primera vez en mi vida gané dinero con mis manos —le confieso a Xatruch al guardarme en la bolsa, de regreso a la orilla del Cholteca, la plata que me entrega.

—¿De verdad? —Un manotazo deja mi hombro a un suspiro de ser declarado zona catastrófica—. Ya sos un proletario, mi querido Dionisio de Herrera. —Sus risotadas atruenan por las estrechas calles desiertas del centro de Tegucigalpa—. Deberíamos celebrarlo.

Xatruch me reitera un viejo ofrecimiento. Habla de liberar tensiones, de aliviarse. Sorteó el amor entre hombres por cuarta vez en mi vida. En una ráfaga pasan ante mis ojos los presos degenerados de Coyoles, el capitán Largaespada, Bautista; le digo a Xatruch, eso sí, que lo echaré de menos.

Rasuradito, cabello cortado, ropa limpia, anteojos oscuros, por la mañana subo bien chainiadito a un bus y dejo para siempre a mi mentor. Al sentarme percibo mi cansancio. Apenas pegué ojo en la noche, mi vida entera desfiló bajo mi cráneo a orillas del Cholteca. Intento echarme un pelón, pero no me agarra el sueño. Añoro mi último hogar, a los próceres de la patria en la ribera del río. Dejamos atrás las últimas casas de la capital, mis párpados parece que ahorita sí que quieren cerrar por vacaciones, pero mi compañero de asiento, un anciano campesino armado de un diario, necesita un desahogo.

—¡Esos malditos! A ver si los agarran a todos de una vez —masculla enojado.

Mantengo la vista fija en el paisaje. Un rato, al menos. La curiosidad es poderosa y, al poco, de reojo, investigo la lectura desplegada a mi derecha. El viejito percibe mi interés y me ofrece su papel.

—¿Ya vio? Agarraron a uno de los asesinos del general Álvarez Martínez. —A media página veo una foto policial de Ernesto—. Los nicas están detrás. Esos comunistas, ¡deberíamos invadirlos!

—Puede ser.

Es lo único que acierto a decir. Estoy asustado. Quiero regresar con los mendigos, miro por la ventanilla, ya no se ve el río, es tarde, imagino al compañero Ernesto en una sala oscura, resistiendo los golpes, la electricidad, respirando bajo el agua con

una mano apretando su cabeza.

—El objetivo último de la tortura no es la confesión —nos dijo una vez Gustavo—, sino dismantelar la personalidad del interrogado, limpiar su cerebro, vaciarlo, que no sepás ni quién sos. Lo dice Kubark, el manual de tortura de la CIA. En esas ciento veintiocho páginas, compañeros, está todo: estudian tu miedo, tus debilidades, atacan tu cabeza, ¡ni quiera Dios! Te desnudan, te aíslan, te dejan de pie, no te dejan dormir, te ponen ratas y cucarachas en la celda, te dan comida podrida, animales muertos, te echan agua helada... Y las descargas, hermano, las descargas.

Suspiro al recordar la enumeración de Gustavo, se me quitaron de pronto las ganas de llamarlo jefecito. A mi lado el viejito sigue concentrado en las noticias, temo exagerar con la plática, que descubra un deje nica en mi habla modelada entre dos países. Temo meter las patas, soltar alguna barbaridad y que sus desahogos me causen tal arrechura que acabe mandándolo a la verga o algo peor. Hago un gesto de desinterés y, apoyado contra el cristal, los párpados, ahora sí, se derrumban sobre mis ojos. Duermo profundo, ni siquiera percibo que el bus se detiene hasta que siento un golpecito en el costado. El viejito me señala con la cabeza al pasillo.

Hay un militar, con cara de barro el maje, plantado ante nosotros.

—¡Sus papeles!

—¡Me dio un buen susto, oficial! —le digo estirándome sobre el asiento. He de simular mis dejes nicas. Aparento mantener a miles de kilómetros de distancia la más mínima de mis preocupaciones y extraigo mi cédula de la bolsa trasera de mis bluyines—. ¡Dormía muy profundo! Usted me disculpe, pasé una pésima noche.

Comprueba mi identidad, yo me estiro un poco más y bostezo. El viejito a mi lado decide, de pronto, convertirse en mi mejor socio.

—Capitán, ¿verdad? Precisamente, mi capitán, celebrábamos acá el joven y yo que agarraron a uno de los que asesinaron al General. No se puede permitir. ¡Un hombre que lo dio todo por su país!

—Y caerán más, señor, ya verá —responde complacido el oficial.

Ni siquiera me dan ganas de reír. El militar me regresa mis papeles, ni se fijó en ellos. Uno por uno, revisa a todos los pasajeros, hasta pasar de nuevo ante nosotros. El viejito le da ánimos.

—Ya verá cómo pronto los agarran.

Si yo fuera un oficial del Ejército hondureño sospecharía especialmente de mi compañero de viaje, aunque digo yo que el capitán tendrá su experiencia en estas cuestiones. Por suerte le lanza una sonrisa a mi vecino de asiento y nos desea buen viaje. Arrancamos, dejando atrás cuatro *jeeps* y dos tanquetas.

—Un gran ejército el nuestro, ¿no cree? —apunta el viejito.

—Sin duda —le digo.

Debo esforzarme para no soltar la carcajada. No permito que la conversación fluya, le pido disculpas y aplasto la oreja contra el vidrio. Duermo como difunto con las patas heladas.

—Choluteca. Ya llegamos. —Es el viejito, mi socio servicial, el que me avisa—. Durmió usted como angelito. Daba gusto verlo. ¡Cómo se nota que es joven, sin preocupaciones!

Acaba cayéndome bien el viejito. Compro los boletos para San Marcos de Colón. Ni modo, me esperan tres horas de tedio en Choluteca. Almuerzo en un comedor cercano a la terminal, atendiendo a las sugerencias de la doña: sopa de olla, gallopinto, carne desmenuzada frita en manteca de cerdo y un fresco de Tamarindo.

—Lo mejor para aguantar el calor —explica la mujer. De plano le gusté a la doña, porque al terminar el almuerzo me sirve un café de palo—. Tostado en casa, Choluteca es zona de mucho café —subraya.

Me acerco hasta el parque Valle, intento seguir la recomendación de Xatruch y pasar desapercibido. ¿Quién sabe? Lo mismo me quedo tres horas en la terminal a esperar el bus y levanto sospechas. Mi identidad limosnera retoma el control por momentos y, siguiendo indicaciones urbanas, aparezco ante la casa de Dionisio de Herrera. Tiene gracia, no me siento como en casa. Es lo que tiene la guerra, la Revolución, pues, en dos cuetazos sentís lejano todo lo que viviste ayer.

Qué alegre sentarse en un banco en el parque central de Choluteca; mirar tranquilo a la gente, los palos, los pájaros, al grupo de escolares que sale en tropel bajo los arcos blancos de la que fue vivienda del primer jefe de Estado de la República de Honduras. No más se convirtió en escuela. Me imagino al prócer satisfecho de su legado. Me pregunto si le alegrará saber el uso que le di a su nombre. Huelo a historia orgullosa, a prócer: la casa de José Cecilio del Valle, con su pórtico de columnas de madera, la de la familia William Sánchez, la avenida Morazán; si emergieran de sus mausoleos aprobarían nuestra lucha. O no, los majes eran oligarcas. ¿Quién sabe? Me vale verga. Acabo de vez con este arranque nostálgico patriótico, efecto inconsciente de verme en este solemne altar de la gloria hondureña. Mejor me ando para la terminal, a esperar el bus allí sentadito. Me picó la ansiedad. No veo la hora de poner mis pies en tierra nica.

A la hora posterior al almuerzo el sofoco húmedo del trópico vacía las calles. Sentado en la sala de espera, a la sombra, me entretengo con la poca gente que pasa. Cruzo miradas con una mestiza que tendrá mis años y me dan ganas de olvidarme del bus, de la frontera y de la jodida Revolución para irme a coger bien rico. «Liberar tensiones», me propuso Xatruch. Mejor te olvidás, Julio, en diez minutos te subís a ese bus y ya. ¡No jodás! Tenés que llegar a Nicaragua. Me resigno. Salgo de la terminal a fumar un cigarrillo y me noto la paloma bien parada. Desfilan por mi mente los labios carnosos de Latania, las cogederas en Apanji, la linda hija de la patrona de la pensión del barrio Concepción. ¿Me convertí en obseso, pervertido insaciable? Cada muchacha que veo me dan ganas de coger. Debe de ser que mi despertar sexual se demoró. Mis compañeros de escuela en Coyoles ya enamoraban a las muchachas, y yo, marcado por dentro y por fuera por aquella chavala estúpida que me acusó de violador, no podía ni acercarme. Por eso los muchachos extendieron la

creencia de que Julio García Baltodano era un poco chuleta, culero, cochón, mampora, cantimplora, pato, platanazo, que se me volteaba la tortilla, ¡no fregués! Aquellos hijueputa chavalos igual no estudiaban mucho, pero en el arte de vulgarear y putiar a los demás tenían un espíritu de lo más aplicadito los jodidos. Si me vieran hoy esos cerotes les enseñaba más de un secreto sobre el sexo y alguna cuestión más. Me arrecho así, sin más, recordando la infancia. En el fondo, siempre anduve con dudas. Ya no, mi hombría quedó más que probada. Que pregunten a Latania, que pregunten a las compañeras en Apanji. Lanzo el cigarrillo con fuerza contra el suelo, enojado, bufando incluso. Una señora que pasa me mira extrañada. Le dedico una sonrisa y se voltea hacia el frente toda digna ella. Prendo otro cigarrillo y me acerco hacia el bus. El chofer me dice que suba y al poco dejamos atrás las últimas casas de Choluteca. Nada se me perdió en esta ciudad.

San Marcos queda a cincuenta y cuatro kilómetros entre montañas camino de Nicaragua, ya solo me resta un pasito. De gigante, claro. Gustavo me dio el contacto de un coyote, de esos que te ayudan a cruzar con la misma facilidad que te denuncian a los chafarotes. Resuenan en mi cráneo los consejos del jefecito: «Andate con cuidado, hermano. No te confiés».

La terminal de buses de San Marcos queda junto a la carretera. Una placa indica once kilómetros a El Espino, la frontera. San Marcos es un lugar de tránsito, acá la gente mira con desinterés el paso diario de cientos de personas. Telefono al coyote, se acuerda de Gustavo. Que lo espere en una cantina contigua a la terminal, veinte minutos no más. Ordeno una Salva Vidas. La televisión está encendida sin sonido, suena una salsa facilona a todo mamón, cuesta incluso escuchar los pensamientos. En el rótulo de la noticia viene escrito DIRECTO, DANLÍ, así, en letras gruesas. Debajo: *Policías capturan a otro de los asesinos del general Álvarez Martínez cuando se disponía a cruzar la frontera hacia Nicaragua*. Un comisario exhibe a un hombre corpulento que se presenta con la cabeza gacha. El oficial se la levanta para que lo graben bien las cámaras. Bautista porta la mirada de los fantasmas. ¡Lo torturaron! No puedo ponerme a berriar. En la cantina hay dos viejitos viendo pasar la vida, en la televisión podrían retransmitir el asesinato del presidente, les iba a dar igual. La salsa no para de sonar, no me deja pensar. Rezo.

—Diosito, ¡que el coyote no vea el noticiero!

Por primera vez en mi vida espero que mi cita se demore. Dios escuchó mis plegarias. El coyote se dilata quince minutos. Me hace una señal desde el otro lado de la calle y desaparece, abono la bicha y salgo de la cantina. Lo miro en una esquina, me acerco y por fin estamos frente a frente. El maje no inspira confianza, será porque tampoco confía en nadie. Tiene cara de arrecho, bajito, la ropa le queda grande y el pelo, pegado a la cabeza con cera. Me advierte de que en los últimos tiempos hay más patrullas de lo normal, que está difícil y que será más caro. Todo por lo del asesinato de Álvarez Martínez. Un aire caliente me sube por la garganta. Confío en que no se me note en la cara. De plano se dio cuenta el maje. Le digo que la plata no es

problema, solo quiero moverme, salir ya. Me dice que no puede ser. Insisto, pago más si es necesario.

—¿A qué tanta prisa, chavalito?

—Es urgente. Mi mamá, la ingresaron en el hospital y tengo que llegar antes de que... Ya sabe usted, está muy malita. —Me quedó conseguida la tristeza. Ablando su corazón arrecho de coyote. Ya lo dije, podría dedicarme al teatro.

Como promotor, debo corregir; el coyote no más cede cuando le ofrezco otros cinco mil lempiras. Diez mil al total. Suerte que ando la plata de Xatruch. Mirá qué paradoja: el primer hombre al que palmé por reales me salva ahora la vida. Le suelto al coyote la mitad. «El resto al otro lado», le digo, pero el maje lo quiere todo ya. Al final lo arreglamos en dos tercios primero y enfilamos monte arriba, hacia Nicaragua, pues. Iniciamos la marcha, pronto estamos entre árboles y ya comienzo a transpirar, el día está espeso, húmedo. Con un poco de suerte se nos echa la niebla encima. Quiere saber lo que llevo en la bolsa. «Ropa no más, todo lo que tengo». Sugiere que la abandone en el camino si aparecen milicos.

—De acuerdo —le digo—. De momento, la aguanto conmigo.

—Si aparece la patrulla, vos corrés no más, hacia arriba.

Pregunto cuánto falta a cada rato, me consume la impaciencia, siento que este maje me la juega a cualquier momento, subimos queditos. Al de un tiempito, viendo la sudadera que llevo, me propone un descanso; lleva un pichel metálico y me ofrece agua.

—Es mucho más barato y menos cansado cruzar por El Espino. Lo sabés, ¿verdad? —afirma. De tan cansado que ando, no puedo ni asentar—. ¡Lo que no haga un hijo por una madre!

Detecto una gotita de sarcasmo en su voz. Le pongo cara de póquer. No se creyó el cuento de la mamá enferma. Se sienta en una roca, bebe y me vuelve a ofrecer el pichel.

—Yo tengo un buen negocio acá con la cruzadera. No te preocupés, no soy de los preguntones.

—El suyo parece un oficio peligroso.

—No me gano la vida con esto. Soy mecánico, pero por estos lados a la gente no le sobran los riales, ¿me entendés? No hay para carros ni para componerlos.

Sonríe, sabe que estoy en sus manos. Los árboles nos miran silenciosos, no se escucha un alma. Somos él y yo. Y la patrulla, claro.

—Hace unos años esto parecía una avenida, nicas cruzando a este lado, catrachos al otro, nicas para allá, catrachos de vuelta. A principios de los ochenta, con la Revolución y toda esa vaina. Eran buenos tiempos. Ahorita ya cruzan pocos, por eso sale más caro, ¿me entendés?

Habló la voz de la experiencia, un maje muy corrido, sin duda. Cuando hay guerra todo el mundo se saca su plata. Que se lo pregunten a los gringos, es su negocio. Igual hasta vio cruzar al Reyes Mata, si es que algún día cruzó por estos

lados, claro, o a algún otro pez gordo. No se lo voy a preguntar, por supuesto. Entonces hace una pausa, pensativo.

—¿Sabés? Nunca había cruzado a alguien tan joven. ¿Cuántos años tenés vos?

—Veintiuno —le miento, pero no es un maje fácil de engañar. Le pregunto si es prudente quedarnos tanto tiempo parados, platicando acá, en medio del bosque.

—Tenés prisa, ¿verdad? Nomasito llegamos, pues. Vamos a todo mecate, en realidad.

Cierra el pichel y reemprendemos camino. No sé bien si la niebla se nos echó encima o somos nosotros que vamos hacia ella, cada vez se mira menos. Media hora más y me salvo. El coyote anda cada vez más arreado, cuesta seguir sus pasos, le digo que espere y, de pronto, lo pierdo.

—Señor, señor —susurro, no me atrevo a gritar.

Escucho su voz entre tinieblas.

—Si querés seguir conmigo, mejor me pagás el otro tercio.

¿Será maldito? Podría ser peor, que aparezca la patrulla, pues. Accedo y resurge entre la bruma, como un fantasma, no me gustan los fantasmas. Mis hermanas me amenazaban de chigüín y por las noches entraban en mi habitación envueltas en sábanas. Mi mamá, en la mañana, miraba la cama húmeda y me daba para los chicles en todas las nalgas. Así empezaron mis clavos con las mujeres, de viaje. ¡No jodás!

—Tenés que entender, chavalo, si aparecen los milicos me quedo sin riales.

Le pago lo que falta.

—Quince minutitos y ya estamos —asegura.

Empiezo a rezar, a pedir perdón por mis pecados. Si me ayuda quien esté ahí arriba seré el hombre más beato de Centroamérica, lo prometo. Escucho voces, no es una aparición, el coyote me detiene, se agacha, yo chupo rueda, se lleva un dedo a los labios.

—La patrulla —anuncia—. No respirés. Ya estamos.

Los soldados maldicen la niebla. Tampoco ven nada. De pronto el coyote sale disparado monte abajo. Yo lo miro, mudo. Disparan y suelto la bolsa. Ahí se queda la herencia de mi papá. ¡Estoy tan cerca! Tiro monte arriba, choco con un árbol, me hago sangre, me levanto y sigo como un rayo entre los pinos. Los disparos silban hacia abajo, hacia el coyote, me quedo sin saber si el maje lo hizo por ayudarme o por lavarse las manos.

—Hay otro, se fue hacia arriba —grita alguien.

Los disparos suenan también de este lado. Corré, corré, corré, me lo repito un millón de veces. Las balas se escuchan cada vez más lejos, sigo corriendo, podría llegar al cielo, hasta que casi me rompo, no puedo más, me apoyo en un árbol, me falta aire. Entra el oxígeno en mis pulmones y me revientan la cabeza de un golpe, un culatazo, siento la sangre deslizarse por mi nariz labio abajo, no sé si subo la montaña o es que ya empecé a bajar.

Abro los ojos y veo un uniforme, ya está convirtiéndose en una costumbre, ¡no

jodás! Esta vez es distinto, el cañón de un fusil se me clava en la nuca y una bota militar me aplasta las costillas. Así, boca abajo, relamo la sangre seca de mis labios dormidos. Un terremoto tiene lugar en mi cráneo, duele en putas. No puedo ni girar la cabeza, apretada contra la tierra húmeda alfombrada por las ramitas del pino.

—¡No te movás, hijueputa! —atruena.

A los soldados nadie los instruye en dulces despertares ni en cálidas expresiones de arrullo. La voz que me humilla es adolescente, aguda, no más trueno porque se obliga a sonar violenta, furiosa.

—¿Cómo te llamás? ¿Qué hacés por acá? ¿Cruzaste la frontera?

A mucha gente le arrecha que respondás a sus preguntas con una nueva pregunta, entre ellos, encabezando la lista, un militar que te incrusta su arma en el ayote.

—¿Dónde estoy?

La presión de la bota sobre mi espalda crece varias atmósferas.

—Acá solo pregunto yo, ¿me entendés? ¿Sos catracho o nica?

—No recuerdo nada, andaba paseando por el bosque, me cayó la niebla y me perdí. Lo juro, señor. —Mi voz intenta sonar inocente.

—No ves que solo mierda vomitá el hijueputa. —Esta segunda voz también es joven, otro maje que quiere hacerse respetar—. Es catracho, ¡de viaje, hermano!

Ya pues, lo hubieran dicho desde el principio, estoy en Nicaragua.

—¿Estoy en Nicaragua? ¿Conseguí cruzar? —Vuelvo a preguntar a riesgo de arrechar todavía más al del fusil contra mi cabeza—. ¡Soy nica, soy nica! De la mera Managua, no más —grito—. Necesito platicar con su comandante.

La presión de la bota aprieta, esta vez indecisa, al suave. Los intuyo en el proceso de decidir: creerme o dispararme.

—Soy nica, lo juro. ¿Conocen la hacienda Apanji, en Ocotal? ¿Al capitán Largaespada? Pregunten, él sabe.

Afloja, al fin. Aparta el cañón de mi cabeza, AK-47 por supuesto; con la bota me empuja en el costado para que me gire. Son dos chavalos, conmigo tres, porque tendremos la misma edad. No dejan de apuntarme. Sonrío. Me levanto por mi propio pie y limpio la sangre de mi boca.

—Me llamo Julio. ¿No tendrán una aspirina, compañeros?

Como respuesta, me arroja monte abajo.

—Caminá con las pezuñas en alto, y ojito no me hagás ninguna guanacada.

Recorremos varios kilómetros hasta un puesto fronterizo. Estoy en Nicaragua, feliz, aunque me recibieran dos inditos imberbes y desconfiados. Intento darles plática, abro las tapas y recibo a cambio el cañón del AK en los riñones.

Paso un tiempo en una celda, ni sé cuánto, pues, hasta que confirman con Managua, que a su vez confirma con Ocotal, que soy elemento esencial del sandinismo.

—Mañana lo llevan a Managua, señor —me informa uno de los chavalos mientras abre la puerta de mi celda.

—¿Y ahorita me llamás señor?

Sin rencores, le ofrezco mi mano.

—Bienvenido a casa —agradece.

—Decime una cosa, ¿cómo anda la guerra? Hace semanas que... Bueno, ¿qué pasó?

—¿No lo sabe, señor? Se acabó. La guerra, digo. Ortega firmó los acuerdos Esquipulas II. Dentro de dos meses hay elecciones.

—Se acabó la guerra —repito, incrédulo—. ¿Y ahora?

El soldado me mira extrañado. Mi plática no va con él.

XIX

Los verdaderos amigos, incluso aquellos cuyo aspecto cuesta recordar, tanto tiempo hace que los vimos por última vez, responden siempre a la primera llamada. Así le ocurrió a Julio. Literal. Desde la estación de autobuses de San Pedro Sula telefoneó a un tal Gustavo, con quien lo vi muy relajado, soltando un par de carcajadas incluso. Hablaron largo y tendido hasta que me pidió anotar un número, que le ayudé a marcar tras despedirse de su compadre y en el cual preguntó por una tal Tania, con la que mantuvo una conversación breve y nerviosa. Julio se afanó por no parecerlo, atemorizado digo, creo que sin éxito. Me dictó una dirección y colgó el auricular con desmedido alivio, permaneció unos segundos mirando al aparato y marcamos otro número: de nuevo Gustavo. En apenas veinte minutos ya disponíamos de un lugar donde dormir, una reserva para cenar y un vehículo para proseguir al día siguiente nuestro camino. Resquicios, concedí, de una todavía activa efectividad guerrillera.

—¡Va, pues! Todo arreglado, hermano —me informó—. Gustavo nos presta su camioneta por unos días y la Tania nos da lugar para esta noche, aunque preferiría dormir donde Gustavo o Bautista. Ni modo, los dos tienen la casa llena de chigüines —lo dijo con resignación, suspirando, quizá pensando en sus niñas; no pregunté. Julio rara vez bajaba la guardia por mucho tiempo, así que, rebuscando ánimos bien adentro de su estómago, prosiguió—: ¿Ya probaste la comida garífuna? Gustavo reservó mesa para la noche. Es deliciosa, ya verás, compadre, con esta fatiga que arrastramos nada como una buena sopa de caracol para ponerse bien buzo. —Sonreía. Me palmeó la espalda. No se lo dije. Un año antes ya había experimentado los estimulantes efectos de la gastronomía local en unas vacaciones por el Caribe hondureño—. ¡Qué bueno, hermano! Estar aquí con vos, ya cerca de la casa de mi mamá, mi hogar, una buena cena, los antiguos compañeros; es como si tirara de las sábanas a los fantasmas del pasado.

Era la hora de comer y en las calles de San Pedro olía a maíz asado y a carnitas.

—Mejor dejamos los bultos donde la Tania y por esos lados buscamos qué almorzar —sugirió.

—¡Pero ya pasan de las dos, Julio! Mejor almorzamos por aquí, no vaya a ser que lleguemos y esté todo cerrado.

—¡Que no, compadre! Verás como algo encontramos.

—¿Conoces el barrio?

No lo conocía. Desarmado Julio ante aquel último argumento, comimos maíz y carne asada en un puesto ambulante en el exterior de la estación de autobuses de San Pedro Sula. Almorzó intranquilo, mirando impaciente alrededor bajo la visera de su gorra, palpando con la mano el cubil de la Beretta.

—Esto está lleno de chepos. —Es lo que Julio susurró.

—Ya veo, ya. —Los había visto al salir. Eran muchos policías, no pensé que fueran demasiados, uno nunca calibra bien en Centroamérica—. ¿Y por qué no me

avisaste antes? Habría sido un excelente argumento para convencerme. —Julio encogió los hombros—. ¡Va, pues! Acabemos rápido y vayamos donde tu amiga Tania. Además, estaría bien cambiar ese vendaje tuyo.

—Latania, Latania. Todo junto, hermano. —Satisfecho de corregirme, sus ojos adquirieron el brillo que genera un buen recuerdo—. Latania es una mujer a la que jamás se olvida.

Así me lo juró Julio un segundo antes de ejercitarse en el arte de comer elotes con una sola mano. Camino de su casa la frase de Julio repiqueteó en mi cabeza: «Latania jamás se olvida, no se olvida, no se olvida», hasta que, tal como le había pedido Julio al subir al autobús, el conductor nos avisó de nuestra parada. El vehículo se detuvo ante una veterana construcción caribeña de dos plantas de madera pintada de verde demasiados años atrás.

Si a Latania jamás se la olvida, lo mismo se debe aplicar al lugar donde vivía. Recuerdo aquel tejado a dos aguas vigilado por sendas palmeras enormes a cada lado, contraventanas desvencijadas y un murete de bloques que marcaba la frontera con la calle y el resto de los edificios vecinos, resistiendo al culto contemporáneo del hormigón y el ladrillo; un resquicio de otra época. El tiempo parecía haberse detenido en aquel solar del barrio Las Acacias, rodeado de cables eléctricos colgantes, como si fuera un relato de H. P. Lovecraft trasladado a Nueva Orleans. Esperaba encontrar en el interior a una bruja de los pantanos.

—No está en la casa —me informó Julio, su voz imponiéndose sobre el chirrido de la puertecilla metálica de acceso incrustada en el murete—. Me dijo que miremos toda la casa, que una de las ventanas laterales se puede abrir desde fuera. —Lo seguí hasta la puerta principal, bajo un oscuro porche protegido por un alero de zinc oxidado—. Vos andate por ese lado, yo agarro por acá.

Me tocó el flanco izquierdo de la vivienda, un estrecho espacio donde escaseaba la luz entre la casa de Latania y el edificio contiguo, cuya pared de hormigón estaba pintada de amarillo. Las ventanas estaban cerradas, también la puerta trasera.

—¡Miguel! —La voz de Julio resonó entre las paredes de aquel angosto pasillo al aire libre—. Regresá a la entrada principal, que te abro.

Acabé de rodear la casa por la parte de atrás, entre los árboles de un cuidado y luminoso jardín. El salón se extendía por todo el lado derecho, protegido de la curiosidad de los vecinos por una valla de tabla de palma que, haciendo una larga ele, rodeaba la propiedad desde el murete frontal hasta la pared del vecino edificio amarillo. Eché un vistazo al interior por una ventana abierta.

—Entrá por la puerta, no jodás —me dijo Julio asomando la cabeza desde el pasillo, al otro lado de la estancia. Obedecí.

El cuerpo de la bruja de los pantanos no estaba en su guarida; su espíritu, como una arrebatadora presencia, presidía cada rincón.

—Latania es medio bruja —farfulló Julio al ver la máscara maya que nos saludaba al entrar.

Avanzamos por un crujiente y oscuro corredor hasta llegar al salón, una pieza sombría pese a sus amplios ventanales, con dos sofás cubiertos por coloridas telas guatemaltecas, muebles marineros de madera y gruesas alfombras color burdeos. En una esquina, junto a la ventana, había un altar sobre una tela color arena, no muy grande; resplandecía gracias a cinco manillas de oro apoyadas sobre el tapete y a la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre iluminada por una larga vela de miel. Todo estaba colocado con alguna mística intención: dos plumas de pavo real, un elegante frasco de perfume francés con pulverizador de perilla, un mortero, una diminuta figura negra tumbada sobre una tablilla y una especie de geniecillo mulato en un vestido dorado.

—Es tal y como siempre imaginé su casa —me confesó Julio.

Su cara desmentía su observación, estaba tan impresionado como yo. Exploramos el lugar como si detrás de cada puerta nos fuéramos a topar de bruces con un espíritu, un demonio o algo peor, porque Julio comprobó de nuevo la posición de su Beretta, la segunda vez en menos de una hora. La planta inferior también acogía la cocina, un baño y una habitación por cuyas ventanas chillaba la rubia pared del colindante edificio de viviendas. Arriba, un amplio descansillo al final de la escalera hacía de antesala a cinco habitaciones. El servicio en el piso superior era más amplio: una bañera de hierro fundido con patas de león imponía su mandato sobre un antiguo lavabo de porcelana y un bidé de cerámica. Me prometí un baño en toda regla con vistas al muro amarillo de hormigón. La misma panorámica ofrecía la puerta contigua, la del cuarto más pequeño, un trastero. No así la habitación de Latania, con su enorme ventanal asomado al jardín donde dos recias palmeras se elevaban por encima del tejado. La cama, apoyada sobre la única pared pintada de bermellón, tenía casi dos metros, cubierta por colchas hindúes y una montaña de coloridos cojines de terciopelo. Emanaba energía sexual, como si aquel lecho dijera: «Déjate llevar, libera tu mente». Una pequeña calabaza de Halloween con un reloj en su interior daba la hora sobre la mesilla; máscaras, telas africanas y fotografías de musculosos negros desnudos se repartían por el resto de las paredes de madera pintadas de blanco. Julio apretó un interruptor y, con suavidad, dos lámparas de mimbre que colgaban del techo vertieron su luz anaranjada sobre la alcoba.

—Joder, esto intimida un huevo. No sé si podría dormir aquí —le dije a Julio. En su rostro apareció una sombra de malicia.

—Ya me lo dirás mañana —lo dijo y cerró la puerta. Sin tiempo a que pudiera replicar, abrió la habitación contigua—. De momento dejemos nuestras cosas acá.

Entré en la pieza, muy luminosa, una lástima que un enorme cartel de pollería arruinara la vista. Me acerqué a la ventana y leí: «Don Pollazo». Julio no entendió mi ataque de risa, le expliqué el sentido de aquella expresión en España y torció el labio forzando una mueca de protesta, disgustado por la vulgaridad. Don Pollazo era un bar de amplia terraza cuya especialidad, tal y como anunciaban el rótulo apagado, el desconcertante nombre y el aroma que invadía aquel rincón de los dominios de

Latania, eran los pollos asados.

—Será mejor que duermas tú en esta —le sugerí a Julio. No puso reparos—. Es por el cartel. Si lo encienden por la noche no conseguiré pegar ojo. En cuanto hay un poco de luz me despierto, ¿sabes? —Julio estaba ya convencido, no era necesario darle más explicaciones—. De niño, en casa de mi madre, siempre bajábamos completamente las persianas. Desde entonces necesito oscuridad total para dormir.

Julio no me escuchaba. El cuarto no había sido bendecido por las habilidades decorativas de Latania, estaba medio vacío: un armario marinero al estilo del que había en el salón, una mesa camilla con dos sillas junto a la pared de las ventanas y la cama individual con artesanales mesillas de madera a los lados. Nos fuimos a conocer la última de la lista, la habitación que daba a la fachada principal, en cuyas ventanas había apreciado desde la calle unas infantiles cortinas blancas. De la puerta colgaba un dibujo de cándido trazo, la inocencia personalizada por obra y gracia de unos lápices de colores. Si uno se fijaba bien podía distinguir un campo de palmeras junto al mar, donde un par de delfines asomaban sus cabezas sobre el agua. El borde inferior estaba firmado con pulso tembloroso: Rosa. Julio intentó entrar. Estaba cerrada. Golpeó evitando la obra de Rosa y aguardó una respuesta.

—Por lo visto, Latania no quiere que entremos en esta —dijo Julio. Su rostro, en un segundo, se transformó en el símbolo internacional de la tristeza. No dijimos nada, no fue necesario, sé que ambos imaginamos quién era Rosa y lo que pudo sucederle.

—Dormiré abajo, en el sofá —acerté a decir—. Me vendrán bien una buena ducha y una cabezadita.

—A eso de las siete llega Latania —dijo Julio, pensativo—. ¡Mirá! Si querés echar un pelón mejor te acostás vos en la cama. Yo me voy al sofá. Vos no conocés a Latania. Si la maje entra y te ve ahí, no sé, quién sabe, hermano, de plano te despertás con una bala entre las nalgas.

Julio soltó una carcajada. Por si acaso, me lo tomé en serio y me quedé arriba, en la habitación con vistas a Don Pollazo. Tumbado sobre las sábanas, me olvidé de la bañera, entregué mi mente a los efectos de la marihuana y fijé mi mirada en el techo. Repasando mis últimos días, busqué en la cartera mi propio espectro aparecido en forma fotográfica en la ladera del Casitas. Lo miré, lo miré, lo miré y recordé en un destello que aquella fotografía, en su origen, fue diapositiva. Antes de que pudiera pensar nada más me quedé dormido.

Doce años atrás en la cima de un monte nevado un veinteañero de pelo rubio y rostro aniñado instala explosivos bajo un repetidor de televisión. Soy yo, Mikel Gabiria.

—Date prisa, Gabiria —insiste, a mi lado, un corpulento barbudo que responde al nombre de Txikote—. En una hora tenemos que estar muy lejos de aquí.

Manipulo el primer explosivo real de mi vida con la seguridad absoluta de hacerlo debido. No nos quedamos a ver la explosión. Viajo junto a Txikote en un Seat 131

Diplomatic por verdes caminos rurales, entre los árboles desfilan ante mis ojos imágenes que se niegan a abandonarme de una vida que no consigo dejar atrás.

Veo a mis padres discutir; a mi madre que recrimina a su marido por llenarme la cabeza de estupideces; a mi padre que replica que todo sería diferente si hubiera más como su hijo; veo una reunión en un lugar indeterminado donde Txikote me presenta a otros cinco barbudos que me dan la bienvenida con gesto severo; veo una explosión; veo un tiroteo con la Guardia Civil, una persecución por las calles de una ciudad; me veo dando de comer a un hombre oculto en un agujero; recuerdo un disparo en la nuca, no distingo al autor y me esfuerzo por ver mejor; veo un cuerpo que cae al suelo a mis pies como un muñeco de trapo; veo un hombre de gabardina que me aborda en un restaurante, una pistola debajo de la mesa; recuerdo una larga conversación; me veo aislado del mundo en una habitación; escucho una oferta de libertad a cambio de una traición; me veo aceptando con escasa resistencia; visualizo el cuerpo de un niño que revienta por los aires en llameantes pedazos ante mis ojos; veo un agujero de bala en el pecho de Txikote que evidencia que ya no es mi superior; veo una herida en mi pierna antes de que un grito sordo me expulse de golpe de mis sueños.

—¡Tu brazo, Julio, tu brazo!

Una voz de mujer me despertó en la distancia. Tardé en ubicarme, emerger de los propios demonios siempre requiere un tiempo; agradecí al cartel iluminado de Don Pollazo por servirme de referencia.

No sabía si bajar o dejar que dos viejos camaradas disfrutaran de su reencuentro. Agudicé el oído, nadie hablaba, esperé un rato y fui a ver. En el salón, una mujer de largos cabellos negros abrazaba a Julio como si fuera su hijo.

—Hola, Miguel. Pensé que aún dormías —me dijo, sin moverse, a través de las lágrimas que nublaban sus ojos. Su voz temblaba como la tierra que lo vio nacer.

La mujer giró la cabeza, no lloraba; poseía el rostro más impenetrable conocido por el ser humano, nunca me habían mirado así, atravesándome el cerebro hasta el hipotálamo.

—Miguel, ¿verdad? —dijo separando a Julio de su cuerpo con suavidad. Su voz era grave, resonaba entre las máscaras del salón—. ¿Y quién sos vos, Miguel? —Quise acercarme y besarla en la mejilla, lo habitual en ese lado del mundo. No pude, aquella mirada; un campo de fuerza rodeaba la figura de Latania—. ¿A qué viniste vos a este mundo, Miguel?

Por un rato pensé que seguía soñando. Su voz era hipnótica, sensual, profunda. Quizá no viviera en los pantanos. Hechizaba igualmente.

—No le parés bola, no más te está poniendo a prueba. —La intervención de Julio actuó como un pellizco. No, no estaba dormido—. A Latania le gusta atormentar a los hombres. Lo sé de primera mano, compadre.

Latania se giró hacia Julio sonriente.

—Y vos tuviste suerte, Julito —le dijo, señalándolo con el índice antes de

acercarse hacia mí, ya relajada, sonreírme con malicia y concederme dos resonantes besos en las mejillas—. Sos vasco, ¿no es cierto? —Asentí sorprendido—. No se me asuste, papito, así es como se besan ustedes, ¿verdad? Conocí a algunos majes de tu tierra en los ochenta. Todos tenían esa nariz y aretes en las orejas. —Torció el gesto, la mujer era directa como un calibre .357 Magnum—. No tengo muy buenos recuerdos de los vascos, ¿sabés?

—Yo tampoco.

Eso la agradó. El campo de fuerza a su alrededor, en cualquier caso, permanecía activo. El origen de la energía podrían ser sus ojos, verdes y tensos como los de un gato un segundo antes de saltar sobre su presa; o el fulgor dorado que proyectaba su piel; o su pelo liso, trabajado, reluciente; o sus prominentes pechos, adivinados bajo una translúcida camisa negra no demasiado ajustada; o sus brazos fibrosos, modelados, con toda probabilidad —y aquí me dejó llevar por el romanticismo revolucionario—, en campos de adiestramiento militar, igual que sus gemelos, que descendían robustos en un largo camino desde la falda vaquera que la cubría las rodillas hasta sus sandalias de Mesalina. No andaría lejos del metro setenta. Más que la bruja de los pantanos, Latania era como una hechicera de cuento de hadas a la que costaba tan poco imaginar en el papel de una mortífera guerrillera como en el de la perfecta Miss Guerrilla; en el caso, claro está, de que a los insurrectos de este planeta les diera por organizar certámenes de esa índole. Una posibilidad demasiado remota que, de suceder, solo podría darse en América Latina, dado el historial que este pedazo del mundo posee tanto en el campo de la insurrección como en el de los concursos de belleza. Podría visualizar a Latania desfilando en traje de baño y tacones con la misma claridad con que la imaginaba repartiendo patadas en los huevos entre babeantes guerrilleros. Julio tenía razón, Latania era una mujer que jamás se olvida.

Pasaban de las seis y media, cenábamos a las ocho y media; ni siquiera sabía en qué día de la semana estábamos. También me había olvidado de la herida de Julio. Él se duchó primero. Al secarse dijo que le picaba un poco; el tejido en su muñón mantenía una frágil apariencia, pero todo parecía ir bien. Le unté ración extra de pomada antibiótica. Julio seguía con el tratamiento por vía oral y, después de la borrachera en Tegucigalpa, me sentía más responsable que nunca de su salud.

Latania salió del baño cuarenta minutos después: sus ojos verdes sombreados en negro, camiseta oscura de licra sin mangas que resaltaba sus pechos y la potencia de sus brazos; vaqueros ajustados y un nuevo juego nocturno de sandalias de Mesalina. Latania jamás se olvida, jamás se olvida, jamás se olvida, repiquetea mi mente.

La sopa de caracol es un plato delicioso. En España lo asociábamos a una machacona canción del verano de esas que resuenan durante años en la cabeza y cuyo intérprete nadie recuerda. Ante los efluvios de aquella receta marinera de orígenes africanos, cuatro exguerrilleros refrescaron mi memoria. La Banda Blanca, un ritmo llamado punta, raíces garífunas; como la propia sopa de caracol, elaborada con agua

de coco y la carne de gigantescas caracolas tropicales. Los excombatientes se morían de la risa al escucharme tararear la creación más universal de la cultura hondureña. Había imaginado aquella reunión de antiguos compañeros de armas como una concatenación de batallas y recuerdos desempolvados sobre sus años de lucha, llegué a temer que mi presencia perturbara su reunión; es cierto que acababa de empezar, pero, de pronto, agradecí que la gastronomía y un decadente fenómeno musical desatasaran nuestros sistemas nerviosos.

Gustavo, Latania y Bautista: conocía de su existencia desde apenas unas horas, cuando Julio contribuyó con una revelación a aumentar su aura misteriosa. Paradójico; o quizá no tanto. La información engendra curiosidad, todo periodista debería saberlo.

Allí estábamos los cinco exguerrilleros, considerándome como tal, sentados impunemente alrededor de una mesa circular, con los pecados aparentemente purgados, en Chef Mariano; desde aquel instante una referencia gastronómica inolvidable en mi vida. A bordo de aquel comedor en forma de barco del Misisipi, en la Zona Viva de San Pedro Sula, me sentí más cerca que nunca de Julio.

Gustavo, daba esa impresión, tuvo que haber sido el jefe; aunque no fuera lo que daba a entender su inofensivo aspecto de funcionario. Con su camisa de manga corta y pequeños cuadros, el jersey que descansaba sobre sus hombros y unos pantalones de pinzas color crema, recordaba más a un dirigente de algún partido conservador nacionalista de España —centralistas y periféricos comparten ciertas señas de identidad en el vestir— que a un implacable comandante guerrillero. El aura de cabecilla tampoco se adivinaba en sus gafas redondas de montura fina y aire intelectual ni en su calva reluciente. El liderazgo, su halo de dirigente, se traslucía. Sin más. Lo proyectaba su mirada y su expresión corporal; la forma paternal de recibir a sus antiguos camaradas, el abrazo viril, de hombre a hombre, con el que saludó a Julio y a su brazo ausente; un gesto empachado del desafecto propio de quien desconoce la naturalidad. Con dotes de mando organizó asimismo las órdenes para toda la mesa y las bebidas.

—¿Port Royal para todos? —Y, ante mi indecisión—: ¿No la probaste todavía, Miguel? —De reojo, lanzó una recriminación a Julio por tan tremendo pecado—. Pues no más lo arreglamos, ya verás: la mejor bicha hondureña, loco.

Le acababan de ascender a directivo de la maquila textil en la que trabajaba desde hacía cinco años en las afueras de la ciudad. Fue el primer brindis de la noche.

Lo de Bautista era distinto. La cicatriz que atravesaba su mejilla derecha, el color calcinado, indígena, de su piel resquebrajada como un cristal apedreado; su apagada melena negra, sus prolongados brazos de estibador apretados bajo una camiseta blanca —el tío era un gigante compacto, como si sus músculos y huesos hubieran sido apelmazados—, sus largos y demasiado anchos pantalones de mahón; no lo sé bien, desconozco la causa exacta, la cuestión es que a Bautista sí, a Bautista lo rodeaba un vigoroso aura guerrero. Su rostro adusto se había afligido al descubrir

minutos antes la extremidad ausente de Julio. Le dio un abrazo firme, profundo, cargado de intensidad y melancolía. Al separarse y descubrir mi presencia, el misquito lanzó un guiño y una sonrisa a su antiguo camarada que no supe descifrar.

—Brindemos por el regreso a casa y por las siete vidas de Julio, el niño al que convertimos en hombre —intervino Latania alzando su Port Royal—. Un proceso del cual, por cierto, me tocó la parte más apetitosa —dijo esto último con sensualidad y seguridad a partes iguales. Atrapada en mis pantalones, una feroz erección quiso escalar de pronto hacia mi ombligo—. Pero contanos, Julio —dijo tras el choque de botellas—. Dejate de misterios. Contanos, ¿ya sos un adulto serio? Va pues, decinos, ¿en qué te convertiste?

El rostro del excombatiente Julio se transmutó en un instante en el paradigma de la angustia. Yo ya le había preguntado antes por su profesión: el interés de Latania, sin embargo, era mucho más amplio, mucho más profundo. ¿En qué te has convertido? ¡Qué lucidez! Sentí a Latania cada vez más cerca, cada vez más cerca.

—En un mal padre —respondió Julio sin dudarlo una milésima de segundo—. O en algo aún peor.

Sus ojos estaban al borde de un llanto que nunca asomó, imaginé lágrimas podridas por todo su cráneo, de tanto llanto contenido. Ya había visto antes a Julio a un empujón de derramar lágrimas, pero un nica como Dios manda nunca llora en público, aunque los haya que presumen de hombría y se derriten cuando, borrachos en la cantina, los sorprende una ranchera triste.

La sopa de caracol salvó a Julio del interrogatorio por un tiempo. La sopera fue recibida en la mesa con marcialidad. Bautista no dejó que el camarero la sirviera plato a plato.

—Yo me encargo —impuso. Con sus ojos recorrió la circunferencia de la mesa, buscando la complicidad de sus colegas—. Este es un momento solemne. La sopa de caracol, lo saben bien ustedes, siempre fue cosa mía.

—Bien que lo sabemos, compadre —secundó Julio—. No jodás, he soñado toda mi vida con la que nos preparaste vos en la casa del barrio Las Palmas.

—Sí, la recuerdo bien, el día en que indultaron a la Coca-Cola y la nombraron mejor invento del capitalismo.

Las carcajadas se apropiaron de todo Chef Mariano. Los pocos comensales del local giraron sus cabezas hacia nosotros para proseguir después con sus asuntos. Gustavo decidió entonces que era momento de abandonar la Port Royal y pasarse al ron ambarino, una bebida terrible, mortal para mi acidez de estómago, como pude comprobar al día siguiente. Todavía degustábamos la sopa de caracol cuando el guaro llegó a la mesa y comenzó a resquebrajarlo todo.

Ante la insistencia e interés de Latania, Julio nos contó de su experiencia universitaria. Resulta que siempre quiso ser escritor. Al regresar a Nicaragua acabó el bachillerato y se matriculó en Literatura Latinoamericana mientras trabajaba de jardinero gracias a unos contactos de su tía de Managua, a la que, ahora que lo

pienso, no llamamos ni visitamos cuando estuvimos allí. Narraba su historia a rasgos imprecisos, huyendo de detalles, como si fuera preferible pasar de puntillas por esos años de su vida. Resumía y, de vez en cuando, en los momentos en que nuestros ojos se cruzaban, tuve la impresión de que me pedía disculpas por no haberme referido esos episodios en privado. Quizás, al verse ante sus excompañeros comenzó a sentirse más cerca de mí.

—Podría ser hoy escritor, aunque nunca uno como Miguel —me guiñó con complicidad—. Aquí donde lo ven, y sin haber cumplido los treinta, ya es corresponsal de uno de los grandes periódicos de España. —Me sonrojé, pude haber corregido su error, puntualizar que ni escritor ni corresponsal, que yo siempre fui por libre, que trabajaba para una agencia y que lo mío era más la fotografía. No lo hice. Intenté quitarme importancia con mis manos, mis cejas, mis ojos, mis labios. Mi vanidad me impidió ver su maniobra: estaba desviando la atención hacia mí—. No parece gran cosa, pero ya les digo, ahí donde lo ven, este hombre me salvó la vida. —Elevó su ron ambarino con hielo hacia el centro de la mesa, su expresión corporal comenzaba a semejarse a la que había conocido la noche anterior en una cantina de Tegucigalpa. Pensé en su tratamiento con antibióticos y en posibles efectos secundarios. Me callé. En todo caso, ya era demasiado tarde—. Me sacó del lodo. Y esto es algo más que una metáfora, compañeros. Ahora es como mi propio her... ¿Qué digo? Es mi hermano, el hermano que nunca tuve. —El resto de comensales me miraban entre sonrientes e intrigados—. En fin, lo que quería decir es que me convendría ser como él. —Se recostó sobre su silla—. De ser escritor hoy no sería viudo y —su frente se arrugó de arriba abajo—, ¿cómo se dice de un hombre que ha perdido a sus hijos? ¿Huérfano de hijas?

¿Era una coincidencia o acaso mi compañero de viaje había leído a Tennessee Williams? Julio miró a Latania, su rostro de hechicera náhuatl se tornó oscuro. La cuestión le había calado hondo, como si se la hubiera planteado la mismísima Katherine Hepburn. Latania tomó la mano de Julio, negó con la cabeza y habló con serenidad profunda.

—No existe una palabra que pueda definir eso, Julio. Los vivos, sencillamente, hemos de seguir vivos. —Las manos de Julio y de Latania reforzaron su vínculo, se miraron al borde de la congoja y se abrazaron. Latania fue la primera en reponerse, sabía cómo recuperar el aplomo. Pensé también que quizá su pérdida no fuera tan reciente. Aunque nunca lo supe, nunca me habló de ello. No dio tiempo—. Pero seguí con el relato. Julio, decías que pudiste ser escritor.

Julio y Latania compartían muchas cosas, solo un cretino dejaría de ver el nudo que los ataba pese al tiempo y la distancia. No precisaron hablar siquiera para compartir también el dolor de perder a los hijos. Pensé en la firma de Rosa, la habitación clausurada en casa de Latania y admiré aquel lazo invisible que los unía. Sí, la comunicación inalámbrica; ese gran logro de las relaciones humanas.

Ahora que parecía desatado en su relato, yo solo quería saber más de Julio. La

curiosidad mató al periodista, ya se sabe. Por suerte, a medida que uno vive aprende que, muchas veces, las preguntas sobran.

—Escritor. —Julio balanceaba la cabeza, el sarcasmo se había adueñado de su sonrisa—. No podría ni escribir un cuento. —Arrimó el ambarino a sus labios, pese a su parsimonia ninguno de sus compadres lo interrumpió—. Si hubiera acabado los estudios. —Balanceó de nuevo su cabeza—. Pero se interpuso...

Dejó la frase en el aire, sin ganas de rematarla, y se quedó mascando sus recuerdos; la mirada perdida en su vaso de ron. Durante unos segundos aguardamos a que Julio prosiguiera su narración, el silencio era un tenso cable de acero; nos había atrapado, sin duda tenía talento para contar historias, quizá porque el dramatismo llevaba a su lado toda la vida.

—¡Idiay! ¿Nos lo vas a contar o qué onda? —En aquel momento, tan solo Latania podía hacer avanzar a Julio—. ¡Va, pues, contanos! ¿Qué se interpuso?

Impaciente, Latania le dio un empujón a la altura del brazo y lo sacó de su abstracción. Julio miró a su excompañera de armas sentada a su derecha, la mujer que cuando mira corta de un tajo pieles de serpiente.

—El matrimonio —respondió Julio.

Nadie pareció entender la risotada de Bautista. Julio y Latania censuraron su atronadora andanada.

—No, el matrimonio no —prosiguió Julio; sus ojos de reproche clavados en Bautista—. En realidad, fueron los hijos. —Parecía estar buscando algo creíble que ofrecer a sus camaradas—. Conocí a Damaris seis años después de regresar a Nicaragua y en pocas semanas se quedó preñada. —Hablabas algo menos atropellado, aunque se intuyeran sus deseos de rematar su historia y ceder la palabra—. Abortó dos meses después, pero ya andábamos amachinados, como matrimonio casi, pues, y seguí con ella. Aquella mujer se preñaba con la facilidad de una bestia, tuvo otro aborto antes de las gemelas; tal vez su vientre supiera que, con un padre como yo, aquellos chigüines no tendrían futuro y por ello se negaba a engendrarlos. ¡Qué sé yo! —Julio tenía facilidad para castigarse. Pese al ron ambarino su discurso todavía fluía—. La cuestión es que dejé los estudios y vivimos en la casa de sus padres un tiempo, previo paso por la sacristía, por supuesto. —Miró a Latania al subrayar esto—. Y así fue que al final llegaron las pequeñas y, como no nos daban los reales, un antiguo compadre de Apanji, Pichardo, me habló de blindárnosla para el Casitas, que allí había lugar para levantar una jaus con unos pocos tetuntos de cerámica, madera y zinc para el techo. Sin complicaciones legales, pues. —Una sombra tenebrosa inundó su rostro—. En buena hora. Ni tres meses pasamos allá, ¡no jodás! —De un buen trago acabó con su dosis de ambarino, Gustavo le sirvió más—. Y eso fue. Se me cayó encima el mundo y aquí estoy. —Forzó una sonrisa, señaló hacia mí, a su izquierda—. Renacido, pues, gracias a mi compadre Miguel. —Me señaló mientras abrazaba a Latania—. Alegre de ver a mis antiguos camaradas. Tuvo que venir un huracán jodido para que nos miráramos de nuevo. —El brindis, ¡qué gran invento para salir de

situaciones embarazosas!—. ¡Por el hijueputa *Mitch*!

Me cuesta creerlo, de verdad, sí, brindamos por el *Mitch*. Con poca convicción, pero lo hicimos. Todo por seguirle la corriente a Julio, abatido tras aquel intenso desahogo; acababa de contar la epidermis de su historia, un boceto, mínimos rasgos, suficiente para atraer sobre la mesa una sombría desazón. Los segundos pasaban, nadie se atrevía a romper el hielo; nadie permitía tampoco que se diluyera en los vasos rebosantes de ambarino. Mi cabeza maduraba palabras de aliento, la posibilidad de decir algo; todo inadecuado. Julio, consciente de haber convertido la celebración en un velatorio, intentó ponerle remedio.

—Pero cuéntenme de ustedes, cuéntenme, deben de tener historias más bonitas que la mía para contar, ¿no? —Dejó por un momento el ron y regresó a su sopa de caracol—. Cuéntenme qué sucedió después de lo de... —Sus camaradas lo obligaron a callar. Julio miró alrededor, la mesa ocupada más cercana estaba a varios metros de distancia—. Bueno, ya saben, desde la última vez que nos vimos.

El obstáculo para aquella conversación no eran los otros clientes de Chef Mariano: se trataba de mí. Para Julio, él lo había dicho, era como un hermano. Dato irrelevante, al parecer, para sus compañeros, que me veían como a un completo desconocido. Ante la insistencia de Julio, los demás acabaron por soltar lastre.

—Lo cierto es que no tenemos nada que ocultar —aclaró Latania—. No hay nada pendiente en esta mesa. Todos fuimos beneficiados por la Ley de Amnistía. —Abrazó de nuevo a Julio, cada palabra que pronunciaba implicaba un gran esfuerzo; las miradas de los tres confluían en mí al final de cada frase—. Verás, corazón, a nadie le gusta recordar cómo... —Latania no pudo seguir. Su memoria soportaba una carga desestabilizadora.

—Así fue, nos jodieron bien a todos —intervino Gustavo. Busqué entre líneas, en la expresión de su rostro, pero no, no percibí reproche en sus palabras—. Solo vos te libraste, Julio.

Empezaba a cansarme de sus escrutinios, de su desconfianza, los imaginé a todos con la lengua hecha trizas de tanto mordérsela, deseando hablar, como una necesidad urgente refrenada durante años. Hice ademán de levantarme.

—Si quieren platicar de sus cosas, mejor los dejo a solas. Entiendo que desconfíen de un desconocido, que, además, es periodista. Ya saben, muchos opinan que la discreción no es el valor más apreciado en mi oficio.

Julio se irguió sobre su silla, su mano me ordenó que ni me moviera.

—Yo respondo por él, es de fiar. ¿Cómo no va a serlo? Me salvó la vida y me trajo hasta acá sin saber ni verga de mí, de nosotros. —Hizo una pausa, parecía a punto de soltar un sollozo, me miró y se me lanzó en un abrazo—. No jodás, sos mi hermano.

Nos rodearon, de pronto, rostros incómodos, desorientados. Latania, otro pasito más cerca de mí, fue la primera en reaccionar.

—Yo no quiero que se vaya —dijo, y yo, de forma discreta, celebré con alivio sus

palabras—. Si Julio dice que es su hermano, para mí es suficiente.

—Para mí también —añadió el gigante compacto.

Gustavo asintió.

Latania, entonces, se volvió hacia mí, en su rostro, de nuevo, aquella mueca maliciosa.

—De todos modos, yo también quisiera preguntarle algo, aquí, al amigo vasco.

Las palabras de Latania, casi susurradas, directas, me provocaron otra erección instantánea. Cada vez estábamos más próximos, era evidente. Pese a la claridad de los indicios, en todo caso, no las tenía todas conmigo, como cuando era adolescente y me costaba un mundo descifrar correctamente las señales que las chicas emitían.

—¿Se acuerdan de Rodrigo? —Julio lanzó su pregunta obviando las últimas palabras de Latania—. Desapareció sin dejar rastro. ¿Saben qué fue de él? Siempre tuve en mente que nos delató ese maje.

Una sombra se cernió sobre la mesa, los antiguos camaradas de Julio cruzaron sus miradas y en telepática coordinación se desviaron todas hacia Julio. Por fin, Bautista, el silencioso, el dotado de mayor credibilidad y pausa diplomática, tomó la palabra.

—No, Julio, la cagaste, hermano. Rodrigo nunca fue un delator. Me lo encontré en el bote, yo no pude escapar después de lo de... —Se detuvo, sus ojos consultaron los rostros de sus excamaradas, buscando aprobación para continuar pese a mi presencia. Gustavo se la dio—, ya sabés, lo del General.

—Nos agarraron a los cuatro, loco —interrumpió Gustavo—. Cada uno por su lado. También a Ernesto, ¿lo recordás?

—¿Oíste hablar de la Indumil? —La cara de Bautista, el casquete polar; la de Julio, *El grito* de Munch—. Allá me lo encontré. Él llevaba más tiempo dentro, claro.

—La Indumil.

Es todo lo que Julio acertó a decir. Sin saber con exactitud el sentido de sus palabras, podía, al menos, intuir ciertas cosas. Gustavo sirvió una ronda de ambarino, Latania le ofreció un cigarrillo; parecían conocerse bien la historia.

—A mí me agarraron en El Paraíso, a esto —Bautista juntó el pulgar y el índice— de cruzar Nicaragua. ¡No jodás! ¿Querés saber cómo se llamaba el jodido pueblito? —Una carcajada más seca que el polvo hizo crujir su cara de hielo—. Dificultades, hermano. —Meneó la cabeza a los lados, como si estuviera todavía asimilándolo—. ¡Hijueputa! Así se llamaba: Dificultades. A unas varitas de la frontera de Las Manos, no más. Me lo tuve merecido, ¡no jodás!, por sarandajo.

Bautista tomó su vaso de ambarino y le dio un buen trago. Latania y Gustavo absorbían densas bocanadas de humo mientras miraban armados de calma a su camarada.

—No los voy a aburrir, pues, pero ¡hermano! —le hablaba a Julio—, no pudieron conmigo. Primero en la FUSEP, en Danlí, luego me entregaron a los del 316. —Julio escuchaba paralizado, como si anticipara a la perfección qué clase de historia se disponía a conocer—. Esos majes no torturaban, era mucho peor, me trituraron los

hijueputas. —Bautista le pidió un cigarrillo a Latania. Me extrañó, no parecía fumador. Aspiró y tosió como si fuera marihuana. No, al parecer no era fumador—. Ni verga les conté —proclamó entre toses de garganta quebrada.

—Todos pasamos por allá —intervino Latania—. Solo vos te libraste. —Le cogió a Julio la mano—. Sos afortunado vos. Más que Rodrigo, desde luego; él no está aquí para contarlo.

Julio suspiró, la agonía tomó posesión de su rostro.

—¡Afortunado! —Se quedó cabizbajo, consultando, quizá, los posos de su sopa de caracol—. Sí, tuve suerte, supongo. Estoy vivo. —Otro trago de ambarino—. O resucitado. —Un cigarrillo de Latania—. Soy Lázaro, solo que el jodido Jesucristo se olvidó de resucitar también a mi familia.

¿Lázaro? Mi pensamiento inicial: Julio puede introducirse en mi cabeza. No, desestimé: imposible. Mi conclusión: es pura casualidad, al fin y al cabo, la Biblia es parte de la cultura popular en Occidente. A ver, ¿quién no ha visto alguna película sobre Cristo?

—¿De qué te reís vos, Miguel?

De mi estupidez, pude haberle respondido a Latania, a su mirada más severa. De haber estado armados —escribo esta frase y recuerdo que Julio llevaba encima la Beretta— me hubieran disparado.

—No, no. —Gritar «¡Tierra, trágame!» habría sido más adecuado—. Es solo, Julio, que cuando te descubrí entre el lodo y no sabía tu nombre te llamé Lázaro. —Un principio de distensión se extendió alrededor de la mesa—. Pasé dos o tres días sin saber cómo te llamabas. —No había más que contar—. Te llamé Lázaro, nunca se lo dije a nadie; por eso al escucharte...

Julio me extendió la mano. Por segunda vez en pocos minutos, se esforzaba por contener sus lágrimas, de seguir así acabaría por verlo llorar.

—¡Lázaro! —Comenzó a reírse—. ¡Qué original el jodido! —Sin levantarse de su silla, acercó su cuerpo hacia mí en un empujón cómplice—. ¡Por mi hermano Miguel! —Levantó la copa por enésima vez y brindamos a mi salud.

Aquella reunión estaba adquiriendo tono de montaña rusa. Me tenían en vilo los cuatro exguerrilleros y no quería perderme detalle. Llevaba un buen rato ya esperando a que hicieran alguna pausa en sus recuerdos e ir al baño. Entre las cervezas, el ron y las erecciones que me estimulaba Latania, sentía la vejiga como una Magefesa atiborrada de goma-2. Era el momento de vaciar.

Hay pocos placeres comparables a vaciar la vejiga cuando está a punto de explotar. Allí estaba yo, relajado, con los ojos cerrados, un raro momento de paz e intimidad en aquellos días huracanados; lejos de imaginar que los baños de Chef Mariano pudieran estar diseñados para el espionaje. ¿De dónde procedían aquellas voces? Los conductos del aire acondicionado trajeron a mis oídos susurros con inquietante nitidez.

—La Indumil, decís. ¿Y eso qué es?

—¿Nunca oíste hablar del 316, contrainsurgencia, escuadrones de la muerte...?

—Sí, bueno, pero ¿de verdad existió todo eso?

—No jodás, loco. ¿En qué país vivís vos?

—¿Y vos? ¿Cómo sabés de todo eso? Si todavía sos un chigüín. ¿Qué onda? ¿Algún pariente tuyo anduvo en la insurgencia?

—¡Pará, loco! Que ya tengo diecisiete y tampoco hace tanto de esa vaina. Te digo que los escuché hablando de la Indumil. A los de la siete. Para mí que son excombatientes. Te lo juro, loco, es una reunión de antiguos guerrilleros. —Hizo una pausa—. O, quizá, lo sigan siendo.

—Bueno, y entonces, ¿qué hacemos?

—Y qué sé yo, hermano. La próxima se la servís vos, ¿ok?

—Son cinco, ¿correcto? Hay un chele con ellos.

—Correcto, no abrió las tapas, pero debe de ser algún asesor extranjero o alguna verga así.

—¿Y qué ordenaron para después?

Lo extraño, pensé, hubiera sido no llamar la atención. En el restaurante apenas había cuatro mesas ocupadas, además de la nuestra. Al salir del servicio busqué a los dueños de aquellas voces. El pasillo, de paredes blancas y suelo de madera, estaba vacío. Al acercarme a la mesa para dar la voz de alarma, Gustavo interrumpió su discurso de modo brusco recostando su cuerpo sobre el respaldo. Fue lo que me hizo cambiar de idea.

—Será mejor que me vaya. Estarán más tranquilos —dije al llegar.

Latania me ordenó con la mano que me sentara. Es lo que hice, temiendo que una nueva erección quedara en evidencia.

—Ni hablar, vasquito, Latania quiere saber más de vos. ¡Qué sé yo! —Nunca una pregunta tan maliciosa ha sido tan bien disfrazada de inocencia—. Por ejemplo: ¿conocés a alguien de la ETA?

No puedo describir la cara que ofrecí a Latania como respuesta. Deseé que el *Mitch* se me echara encima en forma de lengua de tierra bajo la que ocultarme. Un pensamiento de lo más inadecuado, dadas las circunstancias. A juzgar por la cara de Julio creí de nuevo por un instante que era capaz de leerme la mente.

—No serás de la ETA vos, ¿verdad? —me soltó.

Mi respuesta fue un no poco rotundo, de esos en que la vocal se estira sin convicción hasta el infinito. En cuanto me repuse fabriqué una mentira a medias.

—Bueno, en el País Vasco es difícil no conocer a alguien, aunque sea de refilón; pero nunca les tuve mucha simpatía, la verdad. —Tragué saliva, el primer escollo parecía superado y lo cierto es que podía haberme detenido ahí—. Mi padre siempre simpatizó con ellos, y yo, de niño, repetía todo lo que me decía como si fuera de mi propia cosecha. —Comprendí que tenía que dar por zanjado mi discurso a toda costa—. De eso hace mucho tiempo ya, llevo años fuera de España, nunca me interesó mucho ese asunto de la independencia. Ni siquiera sé en qué andan ahora. —Un

brindis es el recurso que me vino a la cabeza, nada como un brindis para eludir una conversación incómoda, así que levanté mi vaso—. Además, todo eso de ETA y el País Vasco es muy aburrido, y queda muy lejos de aquí, ¿no? Mejor hablemos de otras cosas. Brindo por ustedes, por su reunión, por su amistad, por sus recuerdos, porque están todos vivos...

Brindamos de nuevo, Julio y Latania me miraron poco convencidos. Gustavo no parecía muy interesado en mis posibles vínculos con la causa vasca. Bautista, que había permanecido algo taciturno desde que desvelara su estancia en la Indumil, pidió la palabra. Agradeceré eternamente su intervención.

—Estamos vivos, sí —parecía el más ebrio de todos—, pero no todos. Le debemos la vida a los que ya no están. Por su silencio. Por su resistencia. Por sus cojones —remató, mirándome para remarcar que la palabra en cuestión, expresión tan española, había sido pronunciada en mi honor—. Brindo por Rodrigo y Ernesto, porque esta noche deberían estar con nosotros.

Brindamos de nuevo, nadie sonrió esta vez. Bautista se inclinó sobre la mesa, dirigiéndose a Julio.

—Tuviste suerte, hermano. Más suerte que tu papá, más suerte que Rodrigo, más suerte que todos nosotros. —Bautista sorbía sin cesar pequeños tragos de su vaso de ron, su discurso avanzaba con lentitud premeditada, remarcando cada frase—. Nos desnudaban, nos ataban de pies y manos, nos vendaban los ojos con cinta adhesiva. Así nos tenían durante horas, ¿me entendés? Durante horas. Nos insultaban, nos golpeaban, electricidad, agua helada, nos mantenían de pie sin dejarnos ir al retrete ni dormir, te daban ratas muertas como almuerzo, ¡casi me ahogan los hijueputas! Pero no soltamos ni verga. —Otra cadena de sorbitos—. Rodrigo tampoco. La cagada es que él no aguantó. Cuarenta y seis días lo tuvieron así. Nos decían que jamás volveríamos a ver a nuestras familias. —Un poco más de ron—. En su caso así fue. —Su mirada se perdió en algún lugar en el fondo de su vaso—. Así fue.

De nuevo una nube negra se posó sobre la mesa. Un minuto de silencio por Rodrigo. Nadie lo solicitó de forma explícita, no era necesario. Alguien debería definir cuántos segundos conforman esto que denominamos un silencio incómodo. Durante una eterna e indeterminada medida de tiempo estuvimos concentrados en una amplia variedad de puntos fijos a nuestro alrededor: en el fondo de un plato, en el fondo de un vaso, en una ventana convertida en espejo por la oscuridad de la noche, en el ventilador del techo, en la botella de ron ambarino ya casi vacía en el centro de la mesa. Cada uno de nosotros congeló su mirada hacia algún lugar. La primera señal de retorno a la vida provino, no podía ser de otro modo, de Julio, en forma de suspiro.

—¡Vaya! Me siento hecho mierda. Durante años pensé que el maje nos había traicionado o abandonado, ¡qué sé yo! —Un nuevo trago de ron. Su aparente calma, de pronto, se convirtió en agitación—. ¿Y qué pasó, entonces? ¿Llegaron a hablar con él en la Indumil? ¿Cómo fue que lo agarraron?

Difícil seleccionar peor momento para interrumpir la conversación: el que eligió

Chef Mariano para conocer la opinión de sus clientes de la mesa siete. El dueño del local, un negro tan inmenso como su sonrisa, ataviado con el uniforme completo de cocinero, saludó a Gustavo, parecían conocerse; de ser así, deduje, los dos camareros cuya conversación se había filtrado hasta mí por algún conducto del aire acondicionado, no conocían aquella familiaridad entre su jefe y aquel sospechoso cliente habitual. En medio de encendidos elogios hacia la sopa de caracol, comprendí de pronto la peligrosa posición de Julio. Sus tres camaradas habían ajustado cuentas con la justicia hondureña, él no. Una visita de la policía, por consiguiente, sin mencionar aquello de cruzar la frontera de forma ilegal, era algo que convenía evitar. Julio se mostró inquieto ante la presencia del chef. Yo deseaba saber la historia de Rodrigo; tan ansioso estaba por conocerla como por advertir a mi compañero de viaje sobre el riesgo que corría.

—Bueno, contame lo de Rodrigo, hermano —le susurró Julio a Bautista cinco segundos después de que Chef Mariano se alejara de la mesa siete.

—Va pues, tranquilo, compadre. —Bautista miró alrededor, calibrando las posiciones del resto de clientes y de posibles camareros. «¡Despejado!», imaginé sonando en su cabeza, como un resquicio de sus años de combate—. En la Indumil me instalaron en una celda privada. —Se sonrió ante aquel atisbo de humor negro—. Allá todos estábamos aislados, no sé cuántos presos éramos, no me dejaban ver a nadie. Supe que Rodrigo estaba allá por sus gritos, reconocí su voz. —Bautista se inclinó levemente hacia atrás y tomó aire—. Gritaba y gritaba. No me preguntés cuánto tiempo, el principio básico de su método es privarte de saber si es de día o de noche, que entendás que el tiempo dejó de existir para vos. Sus gritos iban y venían, y cuando cesaron vinieron a por mí; los hijueputas querían que antes de empezar conmigo viera en lo que me iban a convertir. Pobre Rodrigo, estaba inconsciente, la cara desfigurada, lo tenían colgado como a un perro. —Bautista aceleraba, como si su historia le quemara por dentro, por eso, quizá, bebía su ambarino de modo más pausado—. Después, lo vi una última vez. —Dio un trago más, como anunciando el trágico final—. Me mostraron su cadáver, hermano. Para asustarme, pues. ¡Clase sadismo! Y estaban orgullosos.

Otra vez el silencio, los semblantes serios, airados, sobre todo el de Julio.

—¿No supieron entonces qué le ocurrió?, ¿cómo lo agarraron? —acertó a decir.

Bautista dio unas leves cabezadas, suspiró, depositó unos cubitos de hielo dentro de su vaso y lo hizo rebosar de ambarino.

—Me lo contó uno de los hijueputas que me aplicaban electrodos en los cojones —de nuevo me miró al decirlo, la jota algo atropellada en su garganta—. Así le dicen ustedes, ¿verdad? Cojones. Además de sádico, al maje le gustaba la ironía. Era un argentino, la mamaíta de Tarzán se creía el hijueputa gaucho aquel. Me contó toda la historia. No me preguntés cómo ni por qué, pero lo retengo como si todavía la estuviera escuchando, hermano. Me dijo: «¿Ya sabés vos cómo agarramos a tu camarada? Ese bufarrón debió de sentir que lo vigilábamos, nos tuvo dando vueltas

por la ciudad durante días, sabíamos que ustedes andaban cerca; pero mirá, desde que llegué a este país hijo de puta no hice más que trabajar y gracias al muy cochón pude hacer algo de turismo: conocí el museo garífuna, el estadio de fútbol, el mercado, hasta que me cansé, no más, y me lo traje. Él no sabía lo que te puede ocurrir si le inflás mucho las pelotas a un porteño, pero vos sí que lo sabés, ¿verdad, indito guapo?».

De un sorbo Bautista se bebió medio vaso de ron.

—Los mareó, el Rodrigo los mareó a los hijueputas —culminó lanzando una carcajada antes de proponer otro brindis por Rodrigo.

La lluvia de róbalo y el pescado frito en aceite de coco con tajadas llegaron en pleno choque de vasos. Lo trajo todo un camarero negro, un tipo de manos enormes vestido de blanco, más interesado en observar a los ocupantes de la mesa siete que en servirles la comida. Necesitaba reconocer su voz. Le pregunté por las tajadas, pero cuando uno tiene espíritu de jefe y ha ejercido como tal durante mucho tiempo es difícil no exhibirlo constantemente. Ese era el caso de Gustavo y, antes de que el negro pudiera abrir la boca, me ofreció una detallada explicación sobre las bondades del aceite de coco, no solo a la hora de freír tajadas de plátano, también aves, carnes, pescado, camarones, para la langosta, incluso. Intenté interrumpirlo, pero no quise ser grosero. Al terminar Gustavo su explicación el negro ya estaba de regreso en la cocina. El pescado, hay que reconocerlo, resultó ser un manjar.

—Acá lo preparan como en ningún otro lugar, loco —me hizo notar Gustavo, orgulloso por la elección del restaurante ante la satisfacción general.

Con el segundo plato la conversación adquirió cierta ligereza que todos agradecieron. Gustavo relató un viaje reciente a las islas de la bahía, donde había descubierto su pasión por el submarinismo. Aquel desdichado archipiélago había sido el primer territorio en caer bajo las garras del *Mitch*. Allí no solo llovió, como en el resto de Centroamérica. El agua y los vientos de doscientos cincuenta kilómetros por hora convirtieron el lugar en un infierno. Por el buen discurrir de la reunión decidí omitir estos detalles y dejar que Latania subrayara su preferencia por la costa caribeña a partir de Tela y La Ceiba, señalando que las islas habían sido invadidas hacía tiempo por el turismo gringo. Bautista añadió que para él todo estaba lleno de turistas, que cuando era niño no había ni siquiera blancos en toda la costa y que lo mejor de Honduras es allá por el cabo Cameron, Puerto Lempira, su tierra y en donde ninguno de sus compañeros había estado jamás. En mi cabeza, mientras tanto, resonaban las voces de los dos camareros, solo aguardaba el momento oportuno para interrumpir.

—¿Miguel? ¿Por dónde parás? ¿En qué pensás? —quiso, de pronto, saber Julio. Era lógico, estaba más pendiente de algún movimiento sospechoso en la cocina que de aportar granitos de arena a aquel turístico debate.

—Bueno, verán, tenía que contarles algo que anduve pensando desde que fui antes al servicio. Me entró la duda de saber qué ocurriría si, imagínense, de pronto,

entran dos policías y les piden a ustedes la documentación. A Julio, por ejemplo, ¿qué le puede pasar? Solo por saber.

—¿Y cuál es, loco? —se extrañó Gustavo—. ¿Qué viste en el baño, pues? ¿Pensaste en eso mientras te sujetabas la paloma?

Gracia, lo que es gracia, Gustavo no carecía por completo de ella; ahora bien, en esto del don de la oportunidad aspiraba con todas sus fuerzas al suspenso.

—La verdad es que Gustavo, en otro tiempo, era un hombre más serio. El humor nunca fue lo suyo —intervino, sarcástica, Latania; parecía cansada de su antiguo jefe—. Supongo que no es lo mismo dirigir un comando guerrillero que a los esclavos de una maquila textil.

Gustavo encajó el dardo de Latania con una especie de rugido y evidente resignación. Yo seguí a lo mío.

—Bueno, pero ¿qué me dicen? La cuestión es que ustedes tres ya estuvieron presos y fueron liberados; pero a Julio, ¿todavía lo buscan? ¿Cómo es la cosa?

Bautista, Gustavo y Latania se cruzaron las miradas. No sabían qué decir.

—Me buscan, Miguel —zanjó Julio—. Yo te lo digo. Me buscan, ningún lugar es seguro para mí.

—Pero, en Honduras, la amnistía del noventa y uno... —dijo, sin convicción, Gustavo.

—Hay algunas cosas de mí que ustedes no saben —confesó Julio. Llevaba un tiempo callado, apurando ambarino, y ahora su voz surgía entorpecida por su propia lengua.

Todos aguardamos una eternidad a que Julio contara algo más que no supiéramos de él. Me pidió un cigarrillo, lo encendió, se recreó con el humo, meneaba la cabeza hacia los lados.

—Quizá sea mejor que nos marchemos —intervine, tras perder la paciencia—. En el baño escuché a dos camareros discutir sobre si era conveniente llamar a la policía, que los de la mesa siete tenían aspecto de exguerrilleros y cosas así.

—¿Y cuál es? —Gustavo se levantó enojado, hablando hacia la cocina—. Los exguerrilleros también somos ciudadanos de este país.

Latania también se levantó, en su caso para apaciguar a Gustavo.

—Eso es, precisamente, lo que conviene evitar —le dijo—. Me parece bien si no querés contarnos nada más, Julio, pero será mejor que ustedes dos se marchen a otro lugar.

—Lástima que no podás probar los postres, loco —me dijo Gustavo—. Todo es a base de coco.

Forcé una sonrisa resignada como respuesta mientras levantaba a Julio de su silla. Me alegré de ver que aguantaba en pie por sí solo.

—Quizá sea mejor que yo los acompañe —se ofreció Latania—. Me los llevo a la casa, muchachos. —Se dirigía a Gustavo y a Bautista—. ¿Por qué no se pasan por allá cuando acaben? Podemos continuar con la reunión.

—Pero yo no quiero ir a la casa. —Julio, por lo visto, apostaba con todo por la parranda—. ¿Conocen, por casualidad, un lugar llamado La Discordia? —Gustavo y Bautista se miraron extrañados; lo conocían, que lo aprobaran ya era otra cuestión—. ¿Por qué no vamos allá? —prosiguió Julio—. El dueño es amigo de Miguel, ¿verdad?

¡Amigo de Miguel! Casi me da un ataque de risa. Julio, borracho, resultó ser un tipo muy divertido, aunque al verlo así no pudiera evitar acordarme de su tratamiento de antibióticos. Bautista y Gustavo traspasaron sus miradas de extrañeza hacia mí en busca de confirmación. Yo asentí. Lo cierto es que también tenía ganas de juega, tantas como de echar el polvo del siglo con Latania. La guerrillera del pelo azabache también quería parranda, así que fueron ella y Julio quienes decidieron; y a mí me pareció estupendo. Ante una mujer como aquella, de hecho, era la opción correcta. Visualicé la situación alternativa: cinco excombatientes sentados en el salón de la casa de Latania rememorando los horrores de la guerra y bebiendo sin parar hasta alcanzar el coma etílico; la antítesis de la pasión. Yo me inclinaba, sin duda, por la parranda. No existe en el mundo mejor lugar que una pista de baile para iniciar el lento camino hacia el orgasmo.

—Decidido entonces, nos vemos en La Discordia —dijo Julio—. Miguel, vos tenías la dirección. Este, tu compadre, ¿cómo se llamaba?, te dio una tarjeta, ¿verdad?

Al sacar mi cartera del bolsillo trasero y abrirla en Chef Mariano eché de menos algo. En ese instante no presté atención a esa esporádica inquietud, sopesando como estaba la idoneidad de mostrar a aquellos dos veteranos de la Revolución el reclamo de un local que presumía de ser el único abiertamente gay de todo Honduras, donde, eso sí, los heterosexuales eran bienvenidos.

—Solo ando una tarjeta, mejor anoten la dirección —sugerí. Ya de paso, dejé sobre la mesa un fajo de lempiras—. Acá tienen nuestra parte, de Julio, de mí y de Latania. —Por supuesto, ella rechazó mi invitación—. No, no, insisto. Tú pones la casa esta noche y nosotros, la cena.

Ya en el taxi, Julio colocado entre Latania y yo, caí en la cuenta: la fotografía. No estaba en mi cartera. Recordé. Me había quedado dormido en la habitación con vistas a Don Pollazo. Aquella imagen de mí era la clave. En un segundo el mundo se me hizo limpio cristalino. Estaba huyendo, acompañar a Julio, simplemente, encajaba en mis planes. Había un asesino a sueldo sepultado bajo la lengua de barro del Casitas. Eso explicaba mi hallazgo en mitad de la ladera. El ejecutor estaba muerto, sepultado por un asesino superior a él llamado *Mitch*, así debía de ser. Aquella tumba a cielo abierto quedaba a miles de kilómetros del mundo de quienes ordenaron matarme, pero nunca dejarían de perseguirme. Debía girarme y hacerlos frente. Así era mi visión del asunto. Lo había sabido desde que recogí aquel pedazo de Cibachrome medio hundido en el lodo. Nunca en mi vida me había sentido tan cansado. No existe nada peor en el mundo que la huida. De niño soñaba con ser un superhéroe con capa y poderes indestructibles. Un día disparé una pistola y aquel sueño desapareció de mis fantasías.

—¿Miguel? —La voz de Julio entró en mis oídos como si me regresara a la vida —. ¿Adónde te fuiste? —Su lengua sonaba algo menos arrastrada que minutos atrás —. ¡Aló!, ¡aló!

—Rodolfo Cabrera Fiallos —acerté a decir—. Así se llamaba. —Miré a Julio, una sonrisa se imprimía sobre mi rostro—. ¡Tu amigo!, dices. «El dueño es amigo de Miguel». Menudo cabrón que sos.

La carcajada de Julio sacudió al taxista, que se ganó un bocinazo del coche que venía en sentido contrario.

—Nuestro amigo, entonces, ¿ok? De los dos, pues. —Me extendió la mano para sellar un pacto—. Esta noche todo está permitido. —Julio estaba realmente animado, liberado, incluso. No. Feliz, estaba feliz. El retorno al pasado le había sentado bien, desprenderse de algunos fantasmas, compartirlos, saber que hubo quien sufrió más que él; qué sé yo, estaba feliz y su felicidad era contagiosa.

Rodolfo Cabrera Fiallos es el nombre que te abre las puertas de La Discordia.

—¡Clase mangazo! —concedió Latania al verlo aparecer en la puerta del local con su pelo engominado, sus marcadas facciones mestizas, camiseta de malla sin mangas y pantalones blancos—. Lástima que el maje batee del otro lado.

Los dientes de Rodolfo Cabrera Fiallos relucieron al darnos la bienvenida. Por alguna extraña intuición el hombre estaba convencido de que haríamos uso de su convite. Contrasté la sequedad de Julio hacia él horas antes en el autobús con su desinhibición recién estrenada.

—Bienvenido, divino Julio. —Tomó su mano y se la besó haciendo una reverencia. Julio se sonrojó, parecía encantado como objeto de idolatría—. Ustedes también son divinos, chicos, no se me pongan celosos.

Pensaba en lo poco que sabía de Julio cuando Latania me dio un codazo, ella también había percibido algo novedoso.

—Pero, pasen, pasen, son ustedes mis huéspedes de honor —invitó entre los atronadores compases de la punta.

Antes de entrar, le informé de que seríamos dos más y Rodolfo Cabrera Fiallos dejó los nombres de Gustavo y Bautista anotados en una lista para el rollizo portero negro de La Discordia.

Entre sudorosos cuerpos masculinos ligeros de ropa, Rodolfo Cabrera Fiallos nos guio por sus dominios de la luz parpadeante. Era un tipo popular, una autoridad en toda regla. Ordenó a un camarero que nos subiera ron ambarino, Coca-Cola, hielo y limas hasta su oficina en la primera planta. Desde allí, al estilo de los mafiosos cinematográficos, se controlaba toda La Discordia a través de una enorme ventana.

—Nadie nos ve —subrayó con orgullo el anfitrión—. Lo mandé instalar después de ver *Casino*, la de la Sharon Stone.

Yo hubiera dicho la de Scorsese, de lo que concluí que no sería el cine un posible vínculo de unión entre nosotros. Tampoco la cocaína, pese a que aceptara el tiro que nos ofreció a cada uno para iniciar la noche, ya que, desde mis días en Brasil, me

había impuesto que mi relación con esa droga fuera ocasional y distante.

Llamaron a la puerta y otro negro con la ropa más ajustada que la de un surfista dejó sobre la mesa todo lo requerido.

—Y ustedes dos, ¿van juntos?

Rodolfo Cabrera Fiallos no se andaba por las ramas. El rostro de Julio dibujó un gesto de pánico. Latania y yo, sujetos de la interpelación, nos miramos con mutua aprobación.

—¡Sos atrevido vos! —le gritó Julio con un ademán afeminado que atribuí al cóctel de ambarino y cocaína—. Les estropeaste el romanticismo.

—¿Cómo así? ¿Pero no se conocían ustedes dos? —prosiguió Cabrera Fiallos—. Bueno, pues, me da la impresión de que pronto van a conocerse mucho mejor.

Me ponen enfermo las mariquitas metomentodo incapaces de contener su fervor por liberar espíritus ajenos. Siempre ha sido así. No las soporto. La intervención de Rodolfo Cabrera Fiallos fue otra cosa. En el fondo era un ejemplo más de entrometimiento a destiempo y, aun así, no me molestó en absoluto. Latania y yo estábamos abocados a algo intenso, con o sin la intervención de Rodolfo Cabrera Fiallos. Desconozco sus mañas, no sé cómo lo hacía, Rodolfo Cabrera Fiallos nos sedujo a todos con naturalidad, sin enterarnos siquiera.

—Vos sos brujo y pescador —le dijo Latania. Rodolfo Cabrera Fiallos la miró a los ojos, aguardando la explicación—. Nos hechizaste y caímos en tus redes.

—Más brujo que pescador —replicó Rodolfo Cabrera Fiallos. Por fortuna le gustaban los hombres. Me habría robado a Latania en un parpadeo.

Me alegré de ver a Gustavo y a Bautista. Rodolfo Cabrera Fiallos les ofreció un trago.

—Forman ustedes un grupo extraño, ¿sabían? —señaló mientras ultimaba las bebidas para los recién llegados—. Aquí tenemos a dos hombres casados junto a tres espíritus solitarios, cada uno de su papa y de su mama. Son antiguos compañeros de la escuela, de la universidad quizá, que quedaron para revivir el pasado o algo así, ¿verdad?

La perspicacia era otra de sus virtudes. Nos miramos sorprendidos, sonrientes todos a excepción de Gustavo.

—Vaya, vos podrías ser detective o inspector de policía —le dijo con aire desconfiado.

—Y vos eras la cabeza pensante, el liderazo, por supuesto. —Rodolfo Cabrera Fiallos lo miró con desdén y prosiguió, ignorando el comentario de Gustavo; tras entregarle su copa, ambos quedaron a un brazo de distancia—. ¡Qué lindo el jefecito! —Noté que Julio y Latania se cruzaban miradas. Rodolfo Cabrera Fiallos comenzó a girar alrededor de Gustavo—. La cuestión es si lo seguís siendo.

El veredicto era evidente. Tanto que Gustavo apuró su copa y se excusó.

—Bueno, compadres, yo mejor me marchó, que mañana trabajo. Ya saben, con tres chigüines en la casa, uno envejece más rápido. —Dio la mano a todos, incluido

Rodolfo Cabrera Fiallos, y sobre la palma de la mía depositó unas llaves—. Para que mañana salgan temprano, quédense ya con la camioneta. Yo no más me agarro un taxi. Confío en Miguel, parece el único responsable en esta jaula de grillos. —Se rio y yo, obligado por su generosidad, me esforcé por devolverle una sonrisa que no fuera demasiado acartonada—. No te preocupés por nada, mi hermano —se dirigía a Julio—. Todo va a ir cachimbón.

Bautista no tardó en reaccionar.

—Olvidate del taxi, compadre. Yo te acerco pues, que también tengo chigüines y familia que atender.

Apuré su copa y se acercó hasta Julio, a mi lado, en una segunda entrega, tan intensa como la primera, horas antes, al reencontrarse en Chef Mariano, de su poderoso abrazo.

Rodolfo Cabrera Fiallos se ofreció a acompañarlos hasta la entrada, pero Gustavo y Bautista rechazaron amablemente la invitación. Al salir estos, cerró la puerta de su despacho y propuso un brindis. Esa costumbre de brindar a todas horas debía de ser una especie de afición nacional.

—La noche es de los que son libres y sin compromiso. Como nosotros. —Es lo que dijo—. No perdamos tiempo, talquiémonos un poco más y a bailar.

Y así fue. Después de aquello no puedo contar mucho más. La pista era el lugar que Latania y yo llevábamos tiempo deseando alcanzar. El baile es el gran desencadenante de la vida, altera, une, genera, una vez que se desata la danza puede suceder cualquier cosa. Las caderas de Latania, sus brazos, sus labios; mi atención tenía un foco preciso. No sabría decir en qué momento exacto dejé de advertir la presencia de Julio y Rodolfo Cabrera Fiallos.

En la discoteca más abiertamente gay de todo Honduras, Latania y yo nos adueñamos de la escena. Me tocó el cuello y ahí empezó todo. Los clientes a nuestro alrededor expresaron su desagrado con indisimulados empujones. Un murmullo creciente se iba imponiendo al volumen desmesurado de la punta y al separar nuestros labios para mirarnos por primera vez desde tan cerca, descubrimos rostros de mariquitas que exageraban asco y desprecio para invitarnos a abandonar sus dominios. Las demostraciones de pasión heterosexual, pese a la anunciada tolerancia de su eslogan, no eran bienvenidas en La Discordia. Nada que objetar.

—Vámonos para la casa —dijo Latania. No se me ocurría un sitio mejor.

Cierro los párpados para recordar mejor los labios carnosos de Latania, esos ojos brillantes que hurgaban más allá del iris, aquellos dedos aleccionados para estimular con exactitud el lugar exacto del deseo, su lengua puntiaguda, afilada, reconociendo mis poros, mis uñas, mis pelos, mi cerebro, situado entonces a mitad de camino entre mis pies y mi cabeza; por un momento todo ardía, respiramos, transpiramos, alcanzamos tal temperatura que al convertirnos en un solo cuerpo ella me dijo:

—La fusión atómica debe de ser esto.

Se me puso como un reactor nuclear. Después, el vacío, la nada existencial y el

sueño.

La piel de Latania era suave y tostada. Olía a una flor que me resultaba familiar. La habitación estaba en penumbra, era temprano todavía. Ella dormía a mi lado. La escena pudo haber sido de un romanticismo recargado de no ser por la acidez que taladraba mi estómago y el dolor que intentaba quebrarme el cráneo, como si me hubieran congelado el cerebro en vida; los amenazantes y musculosos negros que, desnudos, me observaban desde las paredes tampoco contribuían a ponerle miel y violines al asunto. Con sigilo, salí de la estancia hacia el baño, prometiendo entregar todas mis posesiones a cambio de un alka-seltzer. Por fortuna, no fue necesario; Latania, además de muchas otras virtudes, era una mujer preparada para la parranda. Temeroso de despertar a mi amante si bajaba por la escalera de madera hasta la cocina, agarré el vaso que albergaba su cepillo de dientes, lo enjuagué bien con agua y disolví en él la pastilla milagrosa. Observando las burbujas, mi mente retrocedió por su cuenta hacia un pasado muy reciente, apenas unas horas atrás, cuando mi cerebro cambió de ubicación para instalarse en mi entrepierna. Tuve que regresar a la cama, despertar a Latania con suavidad, con delicadeza, y ella sonrió al ver de nuevo mi descolocado pensamiento puesto a su servicio.

El segundo despertar es un gran aliado en los amaneceres resacosos. Permanece la sensación pastosa a lo largo y ancho del aparato digestivo, pero el dolor de cabeza se ha diluido. No del todo, por supuesto, jamás debe uno menospreciar los efectos devastadores del ambarino hondureño. También es verdad que la resaca, como todo en esta vida, es mucho más llevadera cuando hay sexo de por medio.

—Lo de los negros estos —quise saber tras una nueva sacudida, la cuarta o la quinta, creo recordar; los dos fumando desnudos sobre las sábanas—, dime, ¿es para que tus amantes sepan que no estás dispuesta a aceptar cualquier cosa?

Latania sonrió. Dio una calada profunda a su cigarrillo y se giró hacia mí.

—Sos el primero de una larga lista que me lo pregunta. —Su mano se deslizó debajo de mi ombligo—. ¿Acaso creés que estuviste a la altura, vos?

—Dímelo tú. ¿El roble vasco puede competir con el ébano africano?

—El roble vasco. —Sonrió con malicia, dejó el cigarrillo sobre su mesilla, yo la imité, y se arrimó a mí barriendo mi pecho con sus caricias—. Nunca caté antes este material tan noble. He de decirle, mi querido vascote, que estoy requesatisfecha con la experiencia.

A partir de su frase se impuso el silencio, rasgado no mucho después por nuestros gemidos. La sacudida fue tremenda, la más intensa de todas, como si la rivalidad entre el ébano y el roble hubiera espoleado nuestros puntos más sensibles. Al acabar le solté a Latania la pregunta que llevaba carcomiéndome desde el primer momento en que escuché su nombre.

—¿Por qué sos Latania? —Supongo que el habla nica surgió de mi subconsciente para potenciar la intimidad—. ¿Por qué Latania y no Tania o la Tania, separado?

No funcionó lo del habla nica. Latania resultó tener sangre gallega.

—¿Y por qué vos sos Miguel y no Mikel?

—Bueno, eso deberías preguntárselo a mis padres. —Le solté la respuesta que siempre tuve preparada por si algún día llegaba ese momento. Latania no parecía muy convencida—. Verás, la verdad es que... —¡Dios! No podía mentirle a aquella mujer—. La verdad es que tuve que cambiarme el nombre.

Mi confesión fue detenida de forma abrupta por un alarido.

—¡Latania!, ¡Miguel! —Latania alzó los hombros resignada a no escuchar las razones que me llevaron a la traducción castellana de mi nombre—. ¡Hey, abran la puerta, sé que están ahí!

Me enfundé los calzoncillos, fui hasta la ventana que daba del lado de la casa con vistas a Don Pollazo y allí estaba Julio, sonriente al verme.

—Buenos días. ¿Interrumpo algo? No se me quejen que les di hasta las diez. —Me indicó que fuera hacia la fachada principal—. Dale, hermano, abríme. Tenemos que llegar hoy hasta La Ceiba.

Por un lado, mi cerebro no había regresado del todo a su lugar; por otro, los estragos del ambarino persistían con saña por todo mi organismo, con especial obcecación sobre mi estómago. He aquí las dos razones por las que no percibí al momento la felicidad exultante que Julio desprendía.

—¡El desayuno! —gritó Julio al abrirle la puerta, alegre como un niño, elevando con su brazo una bolsa de papel con aroma a bollería recién horneada—. Por la cara de goma que tenés, creo que es justo lo que necesitás, compadre.

En su proceso de resurrección, en los pocos días transcurridos desde que fue desenterrado del lodo, Julio acababa de dar un gran paso. Nunca lo había visto tan feliz.

—¿Y vos? ¿Qué onda? —Debió de ser por la resaca, el nica que por aquel entonces pensaba que llevaba dentro estaba muy suelto esa mañana—. ¿Dónde dormiste?

—Por ahí. —Julio sonrió, yo sujetaba la puerta, pasó a mi lado, hacia la cocina—. ¡No veás vos la de anfitriones que me salieron anoche!

En voz baja, no pude evitar preguntar lo inevitable.

—Pero, decime, ¿te acostaste con alguien? —A punto estuve de añadir: «¿Con Rodolfo, quizá?».

No respondió, lo impidió el sonido de Latania bajando las escaleras un segundo antes de irrumpir en la cocina cubierta por una camiseta negra hasta las rodillas.

—¡No jodás! ¡Triunfaste entre los mineros, pues! —dijo Latania muerta de la risa, directa como un misil—. Y entonces, ¿ya lo probaste todo?

Julio comenzó a canturrear *Sopa de caracol*, ignorando sin disimulo los comentarios de Latania, mientras colocaba la repostería sobre la mesa.

—Lo tenías enamorado a ese Rodolfo —prosiguió Latania, ajena al desaliento—. Es bello. —Tomó un bollo y con la otra mano sujetó a Julio por la cintura—. ¿Qué? ¿Me vas a contar o no, bandidazo? —Julio parecía un adolescente al que acabaran de

atrapar en una falta de la cual jamás se arrepentirá. Miró al suelo y apartó con suavidad a Latania de su lado—. Sos un desagradecido vos. ¿Ya olvidaste quién te dijo: El sexo nos hace libres, Julito? —reclamó Latania, agarrada como un cepo al brazo de Julio, insistiendo al estilo de una hermana mayor que chinch a al benjamín de la familia.

—¡Pará ya, jodida! —Julio se deshizo de Latania de un saltito—. No pienso contarte nada, ¿mentendés?

—Va pues. ¡Disculpame! —Latania pareció renunciar—. Contame, entonces, la pasaste bien, al menos.

—Esta mujer —Julio se dirigía a mí— es implacable como un tumor, hermano. ¡Cuando algo se la mete en la cabeza! —Aprovechó para cambiar de tercio—. Los que tienen algo que contarme son ustedes. Ya vi, bueno, yo y todo el mundo, su numerito a lo *Dirty dancing*.

Se me revolvió el estómago con la comparación. Me extrañó entonces que Julio citara semejantes referencias, teniendo en cuenta que, a finales de los ochenta, lo imaginaba ideando secuestros y atentados. Probablemente, la referencia no era suya. La sombra, quizá, de Rodolfo Cabrera Fiallos. O no. La Revolución nunca renegó de los culebrones. Ahora, al recordarlo, reconozco que nuestro momento de arrebato en La Discordia encajaba a la perfección con el estilo Patrick Swayze.

—Bueno, mejor no me cuenten nada. Latania es capaz de entrar en detalles —zanjó Julio—. No más me alegro por ustedes. Se miran de a verga juntos. En serio.

En casos como este, siempre hay que darle la voz a la mujer. Con una mirada, así se lo hice saber a Latania.

—¿Querés saber detalles? —Era como si Latania siguiera acosando a Julio—. ¿Te cuento?

—No, no, ni verga, está bien así —protestó Julio. De haber conservado el otro brazo hubiera podido taparse ambos oídos—. ¡Mierda! ¡Jodido *Mitch*!

—Está bien, ya déjenlo los dos —intervine—. Ha sido una noche feliz para todos, ¿verdad? Mejor no estropearlo.

—Sí, además, nos marchamos ya —añadió Julio—. Con la camioneta de Gustavo quizá lleguemos esta noche a Coyoles —dio un sorbo a su café—. ¡El susto que se va a llevar mi mamá!

En aquel momento no me habría importado quedarme para siempre en San Pedro Sula junto a Latania. Ella no me lo iba a pedir. La miré y abrió las manos en gesto de resignación.

—Si quieren les dejo un rato para despedirse —sugirió mi compañero de viaje—. Subo a por mi bolsa y, mientras, ustedes a sus cosas.

Sin esperar una respuesta Julio coronó las escaleras. Latania me abrazó con fuerza y nos quedamos una agradable eternidad apretados en la cocina. No volvió a preguntar por mi nombre. Supongo que con lo poco que le había contado Latania ya lo sabría casi todo. Mi bruja sabia y perspicaz.

Cuando Julio regresó, poco después, una sombra había oscurecido su rostro, como si hubiera visto un fantasma. Latania corrió a abrazarlo.

—Cuidate mucho, Julio —le dijo—. La vida para vos empieza de nuevo. Yo ya pasé por ahí. —Aplastó las manos contra su cara—. Tenés que aprovechar, ¿mentendés? —Señaló hacia mí con la cabeza—. Y cuidá del vasquito este, a ver si me lo regresás entero, ¿ok?

Julio sonrió, miraba al suelo, besó a Latania en la mejilla.

—Te espero en la camioneta —rumió sin mirarme y salió de la casa.

—Será mejor que te apurés, Miguel —me sugirió Latania—. Julio lleva prisa.

Subí al baño, me duché a la carrera, me vestí y recogí mis cosas todo lo rápido que pude. Latania me preparó una bolsa con bocadillos para el camino. Prometí que la llamaría al regresar a San Pedro Sula, en unos días.

—Estaría muy bien.

No he vuelto a escuchar esa voz.

XX

—El sexo, Julito, es lo que nos hace libres.

La voz de Latania resuena en mi cráneo. Hay un sabor a medicinas atorado en mi garganta, baja desde la nariz. Alcoholizado y talquiado; mirá que son ganas de envenenarse, ¡no jodás! ¡Clase goma tengo! La peor de mi vida. Hilda Rosa y Amalia se proyectan en mis párpados cerrados, pesados como el aire de Posoltega. Me tortura su ausencia. Nunca amé tanto como a mis hijas. Pudieron cambiarme la vida. No lo permití. Sí, tuvieron suerte de morir. Ser hijas de un asesino no es vida. Mis crímenes; guardaré bajo cancela este secreto. Al parecer, siempre escondí otro: me gustan los hombres. Al final de cuentas, soy cochón, pues.

Percibo a Rodolfo a mi lado, lo siento a través de la venda que cubre mi hombro. Me besa justo ahí, en la zona herida, más dulce el maje que chupar caña de azúcar. Quiero decir algo. Imposible. El alcohol enreda mi lengua cuando hablo y me ayuda a aceptar la de Rodolfo en mi boca. Por primera vez me atrae un hombre. Nunca me fijé de esta manera en un hombre. Pasé mi vida mirando a las mujeres y me sorprende al descubrir que también se puede mirar a los hombres. Morir para renacer y vivir de nuevo. Soy la misma persona, pero ahora soy yo mismo, libre. Latania nunca se equivoca, Rodolfo es brujo: si algo te duele el maje sabe cómo curarte, te chinea como a un bebé, se cuela en tu mente, te da la mano si querés saltar y te hace mullidita la caída.

Cogemos y al rato Rodolfo completa la bienvenida al nuevo día con jugo de naranja, queso, huevos, salchichas, gallopinto y café, todo bien ordenadito en una bandeja. Nunca una mujer me trajo el desayuno a la cama.

—Parecés una estrella de cine: vos, tu casa, tu camisón —le digo.

—Infelizmente, divino Julio, la vida nunca es tan generosa con las grandes divas como yo.

—¿Sabés una cosa, Rodolfo? —Quise preguntárselo anoche, pero andábamos en otros asuntos—. Sos ya el cuarto hombre en mi vida que me quiere culear. ¿Tenés idea vos de por qué atraigo tanto a los hombres?

Rodolfo estalla en carcajadas. Ante mi turbación intenta contenerse tapando su boca con la mano. No puede, se caga de la risa el maje.

—¡Idiay! Ya estuvo, ¿no? ¿Y cuál es la risadera?

—Disculpame, divino Julio, no te enojés conmigo. Es que me da la risa. —Rodolfo consigue, al fin, recomponerse—. Para empezar, yo recién te culié, aunque sigo queriendo culearte. Y punto dos: atraer a cuatro hombres en ¿cuántos años tenés vos? ¿Veintisiete, veintiséis? Mi pequeño Julio, sos divino, sos bello, pero sos inocente, viviste poco todavía. —No tengo un espejo a mano, no sé lo que dice mi cara; solo sé que el maje con su plática me sacó de onda—. Sí, OK, ya vi que te falta un brazo, que sos exguerrillero, la guerra y todo eso. Yo me refiero a las cosas del

amor, divino Julio.

Rodolfo me besa la boca, da media vuelta y sale de la habitación hacia el baño. Aquí me quedo yo. Liberado. Sí. El alcohol libera, el alcohol acompañado de sexo y cocaína desbloquea, así me siento esta mañana, desbloqueado, libre, alegre y con una extraña sensación en la nariz. Anoche enterré los remordimientos por estar vivo. Damaris, Hilda Rosa, Amalia; las llevo siempre conmigo, pero Rodolfo tiene razón, ustedes se me fueron y yo tengo que echarle huevos.

—Rodolfo, he de apurarme. —Entro en el baño, asoma su cabeza por la cortina—. No creo que lleguemos esta noche a Coyoles, pero de plano que Miguel me estará esperando.

—Vos no te preocupés por Miguel. Mientras espera seguro que tu amiga lo mantiene entretenido.

Es maldito este Rodolfo, me hace reír como nadie, pero lo cierto es que no puedo parar de pensar en lo cerca que estoy ya de mi mamá.

—Decime, Julio, ¿creés vos que nos volveremos a ver?

Rodolfo sale de la ducha envuelto en un albornoz blanco en cuyos bolsillos hay dos ces que se cruzan a la altura del pecho y la palabra «Chanel». Lo que yo digo, una jodida estrella de cine.

—Espero que sea pronto. —Le agarro la mano—. Tengo apenas veintiséis años, pero podés creerme, Rodolfo, hay demasiadas cosas pendientes en mi vida.

Los abrazos de Rodolfo son distintos a todos, abrazos de hombre abrazando a un hombre. No sé qué fue, se me activó algo nuevo por dentro.

Al vestirme doy con mis antibióticos en la bolsa del pantalón. Hasta hoy no me salté una toma, aunque pienso en cómo se las dará la jodida penicilina con el guaro y la cuestión blanca. Ni modo, me tomo la medicina, aunque siento que ya no me duele nada. Quizás esta noche sané de todo.

En la calle silbo, creo que por primera vez en mucho tiempo. Desde el bus San Pedro Sula se mira en calma, me siento pedo serio, no sé, una quietud absoluta, en paz, como que paré de comer ansias. Rodolfo es un brujo, ¡de plano! Veo la ciudad cambiada, aunque la reconozco, me alegra regresar. Bajo del bus y el olor dulce de una panadería se me mete de lado por la nariz. Tuvieron suerte Latania y Miguel, hoy desayunarán pan caliente.

Veó la camioneta de Gustavo parqueada frente a la casa. Son las diez de la mañana, ya los amelcochados tuvieron tiempo para la cogedera. La puerta está cerrada, así que los despierto a los berridos. Es hora de seguir la ruta, ya casi no aguanto, deseo como nunca ver a mi mamá, llegar a la casa; hace siglos que no me siento en casa.

Miguel y Latania son buena pareja, aunque mucho joden los majes. Sobre todo, Latania, no se le suavizó en estos años el vulgareo; viajan en su sangre las ganas de joder, ¡no fregués! Los muy jodidos quieren que les relate mi noche, que les platique de Rodolfo. Antes de que me suba la arrechura con su jodedera, los dejo y me voy al

piso superior. Por la ventana compruebo que la camioneta de Gustavo sigue en su lugar, semioculta tras el enorme cartel, ahora apagado, de Don Pollazo. Me río con Don Pollazo, es como si en España me encontrara yo con Don Turcazo. Está bien, Miguel, tuvo gracia, no estás acá arriba para verme reír, pero tuvo gracia.

En mi mochila me saludan las cuatro bolsas de Flor de Caña cargadas de retratos del Franklin; ni me acordaba de ellas, como si el dinero no fuera ya tan importante. Al fin y al cabo, me hizo paste la vida. Me siento sobre la cama, miro los reales y ante mis ojos desfilan cadáveres, disparos a quemarropa. Plata manchada de sangre.

Entre las cobijas veo algo familiar, una fotografía, es el pasado que me aprieta el cuello, me advierte de que ni se me pase olvidar sin consultarle previamente. Sí, el pasado vino y me recordó quién soy, vigila y se enoja al saber que comencé a darle prioridad al presente. Estoy asustado, confundido, miro esta fotografía que hace unos días no más fondeaba bajo mi colchón. La que me dieron los vascos como Miguel. Otro vasco. El maje la dejó sobre la cama para que la viera. Pero ¿qué verga es esta? ¡Ahlaputa! No entiendo una mierda. Miro la fotografía, la remiro, la requetemiro y, como en uno de esos juegos visuales que nos ponían en la escuela de chavalo, veo aparecer un rostro familiar: los ojos, el pelo, la forma de la frente, si le coloco una barba miro a Miguel. Así es, compadre, me digo, es él, y me lo repito, es él. Mi último encargo es un Miguel chavalo y sin barba. Es Miguel adolescente, ¡no jodás! Me mareo. Me tumbo sobre la cama. ¡Pensá, Julio, pensá! ¿Cómo es que Miguel tiene la foto? ¿Pero es la misma foto? Sí, claro, está rasgada igualito que la mía.

No consigo recordar bien a los dos vascos de la casa de Ramírez. ¿Será que Miguel era uno de ellos, que se arrepintieron y el maje se fue a bucear a la ladera del Casitas para darme camotillo? No es posible. O sí. No, ni siquiera va armado. No tiene sentido esta craneadera. ¡Solo mierda pienso! Compruebo precisado que la Beretta sigue en mi tanate, donde la dejé anoche, y me la coloco bajo el cinto. Inspiro hondo y agarro por la escalera.

Latania y Miguel, sí, no hay dudas, son buena pareja, mejor que Latania y yo, mejor que Latania y Gustavo, mejor que Latania y Rodrigo. Tan buena como Rodolfo y yo. Me vienen a la cabeza los besos de Rodolfo, sus gemidos, dentro de mi cráneo visualizo sus empujones. ¡Pará con eso, Julio, ya estuvo! No es tiempo de pensar en cogederas. He de matar a Miguel, no puedo hacerlo delante de Latania, en su cocina. La última vez que nos despedimos ella me tenía amelcochado, me fui y hasta hoy que sigo huyendo. Ahora que la digo de nuevo adiós me miro cerca del final de mi fuga. Miro a Miguel de reojo y lo cito afuera, en la camioneta.

Maldigo tener un solo brazo, no poder manejar y salir patas *pá* qué las quiero. Ni modo, tomo asiento y me digo: «¡Serenate, Julio, no jodás!». Compruebo mi arma bajo el cinto y resuelvo que es mejor así. Se acabó esta pinche corredera. Improviso diálogos que quieren sonar convincentes, imagino cómo enfrentarme a Miguel. Luz, necesito luz, agarré la costumbre de no respirar: no se piensa, no se duda antes de apretar un gatillo. Así fue que me entrenaron, así fue que hice carrera en mi oficio.

Ahorita es distinto. ¡Respirá, Julio!, ¡pensá!, ¡tenés que dudar! ¿Miguel me salvó la vida y resultó que quiere matarme? No tiene sentido. Ahí viene. Respiro, el aire me baja hasta los pies.

—¿Te encuentras bien, Julio? —me pregunta al entrar—. Con lo alegre que estabas hace un rato... ¿Qué pasó?

Me hago de rogar. Estoy pensando.

—No es nada —no le miento—. Estaba empacando y algo me hizo pensar en mi mujer y mis hijas.

—Pronto verás a tu madre —me consuela, y coloca su mano sobre mi hombro sin brazo—. ¡Vámonos!

Por las calles agitadas de San Pedro Sula prosigue este viaje en sentido inverso hacia mi pasado. Intento decidirme a actuar. No, primero intento decidir cómo actuar. Miguel maneja la camioneta de Gustavo, escucho lejana su voz alegre celebrando todo lo de anoche: adoró la sopa de caracol, el ron, la conversación, La Discordia, Latania. Se gira hacia mí con sus cejas tan arqueadas que casi se unen a su pelo.

—¡Latania, hermano! —prosigue. Le dedico mi mejor sonrisa de piedra. No le afecta, sus ojos miran de nuevo hacia la carretera y golpea el timón con una mano—. ¡Qué mujer, Julio, qué mujer!

—Yo te lo dije —le digo con mi tono menos entusiasta.

—¿Te molesta que hable de Latania?

—No hay falla, bróder. Disculpame pues, no más ando con muchas cosas en la cabeza. Esta hijueputa ciudad me trae recuerdos allá donde miro.

Se lo digo y giro la cabeza hacia las calles de San Pedro Sula. Rodolfo regresa a mis pensamientos, su maestría para exorcizar de un cachimbazo todos mis jodidos demonios, visiones de una habitación a oscuras. ¡No fregués! No es el mejor momento para que se me pare la turca. ¡Te jugás la vida, Julio, prestá más atención! Empieza a dolerme la cabeza y pienso que, tal vez, después de lo que viví en la noche, ya puedo morir en paz.

—¿Por qué sonríes, Julio?

Soy un estúpido. Sí, quizás, o tal vez no. Todo es más sencillo, en realidad. Ya no soy un asesino a sueldo. Por eso me relajé, por eso mis labios dibujaron una mueca de dundo. No se me cayó la babilla, al menos.

—¿Estaba sonriendo?

Miguel se ríe.

—¿Qué? La pasaste bien con Rodolfo, ¿no?

Sexo y asesinato se cruzan de nuevo en mi vida, ¡no jodás! Ahorita no más deseo que se me trague la Tierra, que suceda un milagro y el Señor o san Pedro escuchen mi plegaria urgente.

Dejamos atrás las últimas casas de la ciudad, miro a través del vidrio, aunque mis ojos miran en realidad hacia dentro. Miguel detiene el auto con brusquedad y me sorprende entonces ante el paisaje. A ambos lados de la carretera de dos carriles que

lleva al aeropuerto acampan los desalojados de las plantaciones de banano que rodean San Pedro Sula. Los hay a cientos, se quedaron sin nada y levantaron su propio barrio de plástico, madera y zinc sobre el asfalto.

Miguel agarra su cámara y salta del carro. Los miserables quedan inmortalizados, pronto los verán en Europa. Como fondo incomparable de sus disparos, inmensas extensiones de bananos convertidos en troncos como de piedra, como abrasados; es extraño porque fue el agua, el *Mitch*, y no el fuego, quien les hizo eso. Otra foto más que resume la tragedia. En el fondo me alegra, todos estos majes instalados bajo telas sucias me salvaron de platicarle a Miguel de la noche más intensa de mi vida.

Entre la lluvia que resbala por el parabrisas veo al hombre que me rescató de la muerte hacer su trabajo, refugiado bajo una lona retrata a los trabajadores del banano. Miro su rostro casi adolescente fotografiado hace años, ausente la barba, y no lo reconozco. Me digo que este no es el mismo Miguel que yo conozco. Justo es que uno pague por sus errores, pero ya me cansé de ser verdugo. Yo ya pagué, perdí a mis hijas y a Damaris, ahorita me arrepiento, por ellas me propuse cambiar. Me demoré, estiré mi suerte y me las sepultaron en vida. ¿Por qué tuve que aprender a disparar? Esa es la mierda de cruz que cargo, como un fardo de ocho toneladas que rige mi destino.

No puedo escapar. Crecí agradecido a Carlo Beretta por crear la prolongación perfecta de mi brazo. Soy un pistolero. Es la herencia de mi papá. Él no lo planeó así, no era esa su idea. Me soñó revolucionario y yo acabé matando por la plata. La hijueputa Revolución me enseñó a matar: AK, AR, HK, Uzi, Beretta, Smith & Wesson, RPG-2, RPG-7... Me aprendí completo el manual, ¡no jodás! Lo intenté, bien sabe mi viejo allá en el cielo que lo intenté. El sandinismo agradeció mis servicios con una beca universitaria y empecé Literatura Latinoamericana. No me faltaba el ánimo, pero tuve que reconocerlo: siempre se me dio mejor dar jabón que los estudios. Dar jabón y no sentir nada: el gran logro de mi vida. No culpo a mi papá, el mundo está hasta arriba de guindados sin rumbo. Me aplaudieron y honraron por tener las manos sucias de sangre. Fui un héroe: el Cazador. Me felicitaron los comandantes y todo. ¡Clase cuento chino! Si te fijás bien, la grandeza de nuestra literatura es que carece de héroes como los que adora el pueblo. Próceres, padres de la patria, adalides de la libertad y la independencia, no hay personajes inmaculados en esta historia. Son como nosotros, sucios asesinos, lo sabemos. Decidimos ignorarlo. Ya lo dijo Carlos Fuentes, que las revoluciones las hacen los hombres de carne y hueso y no los santos. Leí *La muerte de Artemio Cruz* gracias a Pichardo, siendo revolucionario, y ya el viejo caudillo me advirtió en su día: «Ve nada más cómo han ido quedando atrás los que creían que la Revolución no era para inflar jefes sino para liberar al pueblo». Yo era chavalo, no entendí a qué se refería y seguí luchando.

Acabó la guerra y un país entero dejó de matar, pero uno ya nunca dejá de ser aquello en lo que te convirtió la lucha. Cuando matás una vez ya nunca dejás de ser un asesino. Pensá bien, ¿cuántos en la universidad tenían sangre en sus manos? La

guerra los agarró chigüines y al regresar a casa ya se creyeron hombres. El sufrimiento ayuda a crecer o te hace paste la vida para siempre, la cabeza se te inunda de espectros, la craneadera ya no se detiene. Nos convertimos en muertos vivientes, héroes tristes que sombrereaban de hazañas bélicas y tortuosos recuerdos, mitificando gestas, enredándonos en engaños para impresionar a los que no conocieron la guerra. Sucumbí a la admiración de las muchachas, me creí la gran cosa. Soñé con una vida de licenciado, profesor de Literatura no más; tal vez, algún día, escribir la gran novela sobre la guerra, esas babosadas. Pero con dos gemelas en camino la vida te obliga, la plata manda, la plata mancha, la plata te arruina. ¡Qué jodida la paradoja! Mi primer cliente: lentes oscuros, candadito bien poblado rodeando los labios, la cara chupadita, la piel pegada a los huesos, el maje era tan esmirriadito como convincente.

—Me dijo Ramírez que vos ya sabés lo que es matar. Mirá que cinco mil dólares resuelven un turcazo de clavos.

Fue mi primer encargo. También me pagaron por matar a Miguel. Llevo esta plata homicida conmigo. Mi guaca, cincuenta mil dólares obtenidos bala por bala. ¿Cuántas fueron? ¿Cuántos trajes de madera obligué a tallar? Ocho, diez..., perdí el conteo. El último, sí, el último lo guardo todavía en el cráneo bien fresco.

Viernes por la noche. Nocturnidad y alevosía. Me regodeé con el maje, rata picapleitos de saco y corbata. Escondido entre palos de mango lo vi llegar, vivía en un reparto bien elegante, casona con jardín y parqueo para cuatro carros; su mujer y sus hijos se fueron en la mañana a Montelimar. Arruiné su plan, ahora lo siento de veras, nunca pudo reunirse con ellos. Aparcó su toyotona, demoró en salir del auto, se tambaleaba. El maje le dio al guaro. Pensé: mejor, más fácil. Sacó la llave, le costaba acertar, tardó un mundo y, por fin, abrió la puerta. Fui por él, lo empujé y entramos en la casa. No lo dejé gritar, ni un ruido, el cañón de mi 92 selló rápido su boca, sentí los efluvios del Flor de Caña. «Centenario, por supuesto, un maje de reales», me dije.

—Bonita jaus —le dije.

Se le fue la bolenca de golpe. Sus párpados bien abiertos, no entendía, quiso decir algo. ¡Qué carajo! Nadie debería dejar este mundo sin ser escuchado una última vez. La Beretta abandonó su boca, de entre sus labios pasó a la sien.

—Decilo, pues.

—¿Quién te envía? Te pagaré más de lo que te dan. No me matés. Tengo cuatro hijos, una esposa. ¿Cuánto querés?

Es lo que llamé una ocasión perdida. El maje pudo haber trascendido, decir algo profundo, brillante, una frase para la posteridad, y me salió con esa verga.

Manual del asesino a sueldo: nunca traicionés a tu cliente. Es tentador porque la contraoferta siempre supera al contrato original. En este oficio se trata, ante todo, de reducir riesgos y volarte a quien te paga es el suicidio profesional. Y vital también, pues. Siempre seguí un consejo que me dio Ramírez: «La columna vertebral del éxito es la reputación, compadre. La Santa Trinidad de este negocio la conforman estos tres pilares básicos: discreción, fiabilidad y confianza. Recordalo bien, Julio, no más

grabátelo a fuego en el cráneo. ¿Me entendés?».

Descartada la traición el cañón regresó a la garganta del abogado. «Para lo que le sirve», me dije, «solo mierda plastica, mejor aprieto». Era mi parte favorita, ahorita que lo pienso me siento un sádico, hacerle mierda las tapas, sentir la bala que atraviesa su cráneo y que se incrusta en el cerebro. Antes de irme, incluso, le escupí en la cara.

—Ahí te quedás, hijueputa.

Se lo decía a todos. Es curioso, de chigüín soñaba con ser médico y salvar vidas. Me alejé de mi infancia a velocidad de misil antiaéreo, del tipo dispara y olvida.

Veo a Miguel disparando su cámara y miro lo lejos que ando de todo. Me acerco a casa de mi mamá, pero estoy lejos, muy lejos, no solo de mi infancia: de mis hijas, de mi Damaris y, ya a años luz, de mi papá. Él cambió el mundo, esa idea guio, al menos, toda mi vida; yo, sin querer llevarle la contraria, lo hice verga. El mundo, pues. Mis muertos no fueron como los suyos, yo envié los ideales al vertedero, entendí que apenas merece la pena luchar por uno mismo y ya, ahí nomás se me fue todo al carajo.

¡Menuda verga! No sé qué digo, de qué puta me quejo. Yo, que recorrí este continente más fino que el cabello de mis niñas para ejercer de última visión de tantos difuntos; sí, qué mierdas platico si vivo para contarlo. No como Damaris, no como mis hijas. Están muertas, se acabó la pobreza para ellas. Pensé decírselo aquel día, el de su cumpleaños, anunciarlo en la tarde, durante la fiesta. Lo tenía bien ensayado y todo.

—El momento llegó, Damaris, nos vamos a los Estados, las niñas, vos y yo. Nueva Orleans, Damaris. ¿Te gusta?

Nunca me respondió. Sus ojos no verán jamás cincuenta mil dólares. Escuché, eso sí, el estruendo de un volcán, la lluvia, el huracán, mi papá, la Revolución, todo lo que se me paró en el camino cada vez que intenté cambiar la ruta. Las fuerzas ajenas gobernaron mi vida, como si fuera un muñequito, y yo, una y otra vez, me dije que no me quedó otra salida. Jodido Fidel, jodidos cubanos, jodidos sandinistas, todos tamales; nos dejaron bien jodidos, es cierto, pero se acabó. No, no puedo culpar, como siempre nos gustó hacer por estos lados, a españoles, ingleses, gringos, cubanos, rusos, todos los que nos hicieron mierda. Solo puedo culparme a mí mismo, por dundo y estúpido, como Centroamérica solo puede culparse a sí misma, por dunda y estúpida. Ya se demostró que no precisamos ayuda de nadie. Estamos jodidos porque así somos: jodidos, pues.

—Andas reflexivo hoy, ¿eh, Julio? —Ni siquiera lo sentí entrando al carro, a Miguel, que me saca un pedo al cortar mi craneadera—. Son todos gente del banano, llevan aquí casi dos semanas ya, nadie les para bola. Están hartos, me dicen que esta tarde piensan asaltar una maquila textil, hasta me dijeron el nombre, ZIP Continental, por si quiero tomar fotos. Están seguros de que la policía y los CPF no harán nada por impedirlo. Tendría gracia que fuera la de Gustavo, ¿no? —No le miro, escucho su

voz; sí, lejos, estoy en otro lugar, tomando una decisión vital—. ¿Algún problema? —dice Miguel.

Ahora sí que le miro, el maje señala hacia mi cintura. La empuñadura de la Beretta asoma por mis pantalones. Mi mano posada sobre ella. Ni cuenta me di. No sé qué decir, saco el arma, la poso sobre mis piernas con el cañón apuntando a mi compadre.

—¡Arrancá! ¡Ya vámonos de aquí, jodido!

Miguel no obedece a la primera. No acaba de entender la situación.

—Tampoco he tardado tanto, ¿no? —me dice. No sabe si sonreír—. Oye, Julio, guarda eso, ya entendí, no me jodas, no me apuntes.

—No es jugando, Miguel. —Incrusto la Beretta en su costado—. ¡Que arranqués, te digo!

Ahorita entendió. Gira la llave, con suavidad reiniciamos la marcha, silenciosos hasta dejar atrás a los damnificados que vigilan las puertas de San Pedro.

—¿Sabes una cosa, Julio? Por segunda vez en mi vida me apunta un arma como esa.

Un maje con nervios de acero este Miguel.

—¿En serio? —digo, por decir algo, realmente no sé qué decir; sin embargo, tengo que decir algo, lo que sea—. Así que no es la primera vez.

—Así es, Julio. —No jodás, su tono parece sacado de una película de gánsteres—. ¿Quieres saber qué fue del que me apuntaba?

—Déjame adivinar. —Yo también sé poner la voz lúgubre—. Murió.

Miguel balancea la cabeza y sus labios me dedican una sonrisa macabra. Debe de ser cierto lo que cuenta y lo acaba de recordar. ¿Disfruta del recuerdo?

—Esto no es por hacerte esperar, ¿verdad?

Enfilamos una avenida de palmeras gigantes, una plantación inmensa de palma real. Dudo entre obligarlo a desviarnos entre los árboles y tratar el asunto fuera del auto o mantener el rumbo y a Miguel ocupado al timón. Dejo su foto frente a él, sobre el salpicadero.

—Este sos vos, ¿verdad?

Debimos estacionar, ¡hijuela! Casi nos vamos de cabeza al palmeral. Por suerte, no llegó ningún vehículo de frente.

—Seguí manejando, seguí manejando. ¡No te parés, no te parés! —le digo al ver que reduce y se acerca al costado—. Calmate, compadre, solo quiero saber de dónde sacaste esta fotografía y si este chavalo de acá sos vos. —El maje no dice nada. Puede ser del susto, quizá necesite un tiempito—. Nunca le pregunté esto a una víctima, pero decime vos, ¿por qué no debo matarte?

—¿Conoces esa foto, Julio? —No me gusta que me respondan con otra pregunta, pero soy comprensivo, el maje contrae los ojos, sorprendido, incrédulo, tal vez comenzó a entender—. ¿Es tuya esa foto?

—¿Sos vos el de la foto? Te pregunto yo. —La Beretta se hunde un poco más

contra su panza.

—Sí, soy yo, soy yo, cálmate Julio. Se te va a disparar.

Desconfío, es mi naturaleza, mi instinto, pero Miguel llevá razón. La carretera está hecha verga: agujeros, puentes reventados, vados, la camioneta da demasiados tumbos y mi dedo está pegado al gatillo. Relajo la presión.

—Debí de sospechar —le digo—. Demasiados vascos en pocos días.

—¿Demasiados vascos? ¿De qué hablas, Julio? Solo explícame qué te pasa. ¿Es tuya esa foto? ¿De dónde coño la sacaste? Yo me la encontré en medio del lodo, en la ladera del Casitas. Me pegué un susto de muerte.

—Eso es demasiada casualidad, hermano. No puede ser. Demasiada casualidad. —Hablo más para mí mismo que para Miguel. Miro al frente, a un lado de la carretera se extiende una inmensa llanura de lodo, un río al cual el cauce se le quedó chiquito. Suspiro—. ¡Ahlaputa! ¡Clase reventón que pegó el río este! Está todo hecho mierda.

—¿Será el Leán? —Miguel reduce la marcha, nos perturba por igual la extensa planicie cenagosa. Relajo un poco más la presión de la Beretta—. Ayer lo leí en un diario. Es el río que alcanzó el ancho máximo, casi cuatrocientos metros. ¡Con lo estrecho que es el cauce! Y la mayor profundidad, decían, fue doce metros y medio en el Ulúa. Está por aquí también, ¿no?

—Ulúa, Leán... ¿Pero qué mierda de ríos me contás vos? Dejate de joder y decime quién sos vos. —Vuelvo a apretar la Beretta contra Miguel, no puedo contenerme, tengo que decírselo—. Y no, este no es el Leán, ese queda ya casi llegando a La Ceiba y es un río grandote. Mi papá me llevó allí a pescar un par de veces siendo yo chatelito. —Ya estuvo, me agarró la melancolía, me acerco a casa y, de plano, siento que dejé de ser un asesino, aunque dicen que cuando matás, asesino sos de por vida. Pero ahorita no me puedo relajar, estoy en otra, con Miguel, pues—. ¡Que me digás quién sos vos, carajo!

Miguel se queda rígido, mira fijamente a la pista. Empieza a platicar.

—Soy un fugitivo, Julio. Pero no me persigue la ley sino algo parecido a la mafia. Me lo preguntaste ayer, sí. ETA.

—Ya. ETA. Sí, debí sospechar algo.

—Deserté. Me buscan. Por traidor. Entregué a mis compañeros y me dieron una nueva identidad —entendí que hiciera una pausa, que tomara aire; supuse que contaba todo aquello por primera vez—. Estuve en Brasil, allí empecé con el periodismo, de niño se me daba bien contar historias y quise ganarme la vida con ello. —Meneó la cabeza sonriendo, por lo visto guardaba un buen recuerdo—. Me casé. Mi esposa era fotógrafa, Julio, una santa, nunca conoció la verdad, no me atreví a contársela. Cuando uno tiene las manos manchadas de sangre no es fácil. Nada que no sepas, ¿verdad?

Sin estupideces, Miguel, le dicen mi mirada y el cañón de la Beretta que presiona un poco más sobre su hígado.

—¡Seguí con la plática y dejate de joder!

—Tranquilo, Julio, yo no quiero matarte, ni sabía quién eras vos. ¡No soy tu enemigo, joder! —¡Que sigás!, le insisto con ojos y Beretta a un tiempo. Capta rapidito el mensaje—. Ya sigo, ya sigo. Te decía que mi mujer era fotógrafa. Bien, viajaba por todo el país y enviaba sus fotos a agencias y diarios. Me enseñó el oficio, me puse a viajar con ella y me convertí en fotorreportero. —Me mira, entorna las cejas—. Parece fácil, ¿no? Bueno, digamos que llevó un rato. En fin, todo parecía ir bien, pero entonces mi protector, el hombre que me dio una nueva identidad, me advirtió de que mis antiguos camaradas podrían conocer mi paradero. Me hizo esperar. No mucho. Lo suficiente como para provocar mi divorcio. ¿Quieres saber por qué me dejó? A mi esposa me refiero. —«Por supuesto, Miguel», le hago saber con una leve inclinación de cabeza—. Paranoia e intento de suicidio. ¿Quién podría aguantar eso? —El tacto frío del cañón de una Beretta sobre la piel desata la lengua, lo sabe todo el mundo—. Debería haberme ido a Tahití, me dieron esa posibilidad, pero queda demasiado apartado de todo. Me hablaron de un trabajo en *La República*; el loco del dueño, ya sabes, Arnoldo Montenegro, buscaba españoles para dirigir su periódico, y me vine. Qué sé yo, de niño en casa éramos todos sandinistas, quería conocer Nicaragua; fue así de sencillo, no pensé en nada más. En mala hora.

Miguel mira y mira a la carretera. Su tono es sombrío, como de documental.

—Tal vez, compadre, pero, si no es por vos, ahorita yo... —le digo.

Le gustó escuchar eso. Miguel me mira, sus labios se estiran hacia un lado. Suspira. Sin darme cuenta, retiro la Beretta, me la guardo en el pantalón, no sé quién de los dos tiene más que ocultar.

—Cuando vi aquella foto en el Casitas comprendí que me habían vuelto a encontrar. No me jodas, vi la foto y miré a todos lados esperando recibir una bala. Un francotirador, un sonido hueco y adiós. No me escondí, ¿sabes? Podrían haberme matado entonces, pero allí no había nadie. No entendía nada. Ahora sí, ahora todo tiene sentido.

—Debía de ser cerca de mi casa, entonces —le digo, y me vienen a la cabeza las niñas, Damaris, Pichardo y yo bajando hecho pelota de trapo, pateado por una lengua de lodo y rocas. Miro a Miguel, de plano el maje ya casi ató todos los cabos—. Ramírez era el intermediario, desde el principio hasta el final, él me metió en esto. —Me da una punzada en el pecho al soltar la primera frase. Siempre pensé: «Mi historia se viene conmigo a la tumba». El hombre más hermético del mundo entró al confesionario, pues—. Los majes salían de lo de Ramírez cuando yo llegué. Me los crucé al entrar. Iba a ser mi último trabajo, ¿me entendés? Nos miramos así, muy rápido, como de lado. Llevaban lentes oscuros, pero sé que me miraron, de plano. Ramírez me dio la fotografía en un sobre y la mitad de la plata.

—¡Ramírez te dio la fotografía! Estamos jodidos, me tuvo que reconocer.

—No, no lo creo. Ya te dije que me la dio en un sobre, cerrado. Era el procedimiento, sobre cerrado; él prefería no saber a quién íbamos a dar camotillo.

—¿Estás seguro?

—Cómo no. El mame es colombiano. —Miguel no las tiene todas consigo, no importa, poco se puede hacer—. ¿Sabés vos? Después de darte matarile pensaba retirarme, irme a los Estados. Llevarme a mis hijas y a la Damaris. Sacarlas de pobres. Esas cosas. —Me detengo, miro hacia un lado, una inmensidad de piñas en hilera enterradas bajo el lodo se extiende ante nosotros. ¡Hijueputa *Mitch*! Arrasó con todo—. ¿Sabés una cosa, Miguel? Los sueños siempre parecen cerca, pero nunca se llegan a tocar. Como la Revolución, hermano, igualito. ¡La misma verga! Todo es así. No pienso regresar a Nicaragua. ¡Solo mierda ese país! Me arruinó la vida.

—Estoy convencido de que nos persiguen —me dice Miguel—. Si no me matas te perseguirán a ti también, Julio.

—No te entiendo, Miguel. ¿Querés que te mate para salvarme?

—Tú decides. Después no quiero reproches.

—Ya estuvo, Miguel, no te preocupés. Si quisiera matarte, estarías muerto.

—En serio te lo digo, nos están persiguiendo —insiste.

—Desde que me fui de casa de mi mamá siempre viví como fugitivo, supongo que me adiestraron bien para la guerra. Por eso llevé a mi esposa y a mis hijas al Casitas. Por si las hules. Pero es claro que la cagué. La peor decisión de mi vida.

Miguel también tiene ganas de plática, de desahogarse, pues. Somos dos necesitados. Es mi alma gemela, no jodás.

—Esa foto es de días antes de un atentado. Pusimos una bomba en un repetidor de televisión hace doce años. A mi lado faltan dos de los tipos que me acompañaban. Uno de ellos, el jefe, también tenía una Beretta.

—Lo mataste.

—Ya te lo dije.

No hay signos de arrepentimiento en su tono de documental. No los aprecio.

—Ni en un millón de años te imaginaría de guerrillero —le confieso—. ¿Cómo acabaste ahí? —Ante mi pregunta, Miguel resopla—. Si no querés contarle no pasa nada.

—Guerrillero es mucho decir. Asesino, sin más. —Se detiene, como si dudara en mostrar algo oculto demasiado dentro—. Fue mi padre.

—¡No jodás!

—Sí, bueno, fui yo, claro. Siempre es uno mismo. Puedes decir sí o puedes decir no, pero hay destinos a los que es difícil escapar. —Siento que es la primera vez que Miguel se confiesa de esa pena—. Los recuerdos más presentes de mi infancia son políticos. Los mítines, las manifestaciones, los libros, las amistades peligrosas formaban parte de la vida de mi viejo. Sin ser yo consciente me iba adiestrando para ser lo que él nunca se hubiera atrevido a ser. Por mi casa pasaron etarras fugados de prisión. Recuerdo a uno que se había escapado excavando un túnel con cucharillas. ¡Como lo oyes! —Subraya Miguel ante el asombro que debe de reflejar mi rostro—. Salió en todos los periódicos. Mi madre también era militante. Un día llegó a casa

con la espalda destrozada por los porrazos de la policía. No sé, mamá independentismo vasco. Tenía quince años cuando empecé a implicarme de verdad, el viejo me introdujo en la organización juvenil, ya sabes, primero haces pancartas, preparas manifestaciones, acciones de violencia callejera, pequeños sabotajes, sabotajes cada vez más importantes... En fin, esas cosas. Una vez que entras, poco a poco, vas subiendo, haciendo méritos; se trata, básicamente, te lo digo ahora, con franqueza, de ver quién es más macho, hasta que te ves con una pistola en la mano y, ante ti, la nuca de un desconocido. Un enemigo, te dicen, y tú, imbécil, vas y te lo crees. —Su tono de documental se vuelve enojo, le dejo respirar; descansa, mira a través del vidrio al exterior, hacia el horizonte, y prosigue—: Maté a una persona y el mundo se me nubló. La policía siempre está bien informada, ¿sabes? No sé cómo putas lo sabían, pero lo sabían, a mi debilidad me refiero. Un día contactaron conmigo y me prometieron una nueva identidad; si colaboraba, por supuesto. Preparábamos un atentado, ellos querían al jefe, no a mí, claro. Les di el chivatazo, pero hubo un cambio de planes a última hora, sospechaban, supongo. No pude avisarles y... —La voz de Miguel se quiebra, un sacerdote lo invitaría a seguir; yo no tengo tanta maña en escuchar confesiones, no hace falta, ya nada puede detenerlo—. Asesiné a un niño. —Cierra los ojos, proyecta la imagen en su memoria—. Lo reventé en mil pedazos. —Me mira, no descifro sus ojos, sé que no busca mi perdón, de nada le sirve ser perdonado—. Una bomba, Julio. El niño no tenía que haber estado allí. —Se detiene, duda, su cara me dice que acaba de darse cuenta de algo—. O, al menos, yo no sabía que el niño iba a estar allí. Cuando lo vi me negué a hacerlo; demasiado tarde. Mi jefe apretó mis manos apoyadas sobre el detonador y el crío voló en pedazos. Todavía lo veo. —Miguel cierra los ojos un segundo y, digo yo que así será, lo ve—. Les dije que fue mi jefe quien accionó el detonador. Y me creyeron o, supongo, me quisieron creer. Claro que les entregué a dos comandos enteros. Al de unos días estaba en Brasil.

Aprecio el esfuerzo de Miguel, no le pido más detalles. Pasamos un buen rato en silencio. Me viene a la cabeza una frase estúpida: Juntos formamos el club de los arrepentidos.

—Julio. —Nos miramos—. De verdad, me alegro mucho de que estés vivo. Celebro no haberme ido a Tahití. —Abandona el tono solemne—. Aunque es muy probable que allá nunca me hubieran clavado una Beretta en el hígado.

Me ofrece la mano. Los dos necesitábamos de este apretón. Por mi lado, le ofrezco la fotografía.

—Creo, hermano, que yo ya no la necesito —le digo.

Las carcajadas resuenan en el auto como un jodido exorcismo.

XXI

Entre Sula y La Ceiba hay doscientos kilómetros de plantíos de banano, palma y piña, playas, selvas y ríos, sobre todo ríos. Perla, Danto, Agua Caliente, Plátano, Hicaque, Arizona, Guaymón, La Montañita, Coloradito, Leán, Ulúa, Bonito, ¿cómo condenar a la naturaleza por sus crímenes? No se puede. Lo pensé después de haber atravesado muchos, porque durante un largo rato lo único que poblaba mi mente era el gatillo de una Beretta incrustada contra mi hígado.

Julio dormía, agotado por la tensión de casi haber matado a un hombre, a mí; también, intuía yo, por no haber dormido la noche que siempre recordaré marcada por la sopa de caracol, la lluvia de róbalo, el ron ambarino y los vericuetos de Latania.

—Será mejor que duermas —le dije después de dar cuenta de los bocadillos que nos hizo Latania. No tardó ni dos segundos.

Su agotamiento era comprensible tras el intercambio de confesiones que, minutos atrás, habíamos cruzado en la cabina de aquella camioneta de tina. Por primera vez en todos mis años de huida me sentía ligero, liberado de un lastre pesado. Con la mirada fija en la carretera pensaba en las paradojas de la vida. Había salvado al hombre que debía matarme. Le debía la vida a un asesino y él me la debía a mí. En mi caso, por resucitarle de entre el lodo; en el suyo, por dispensarme de la muerte.

Sobre la blanca línea discontinua de la carretera entre Sula y La Ceiba se iban proyectando mis pensamientos:

Uno: Julio no podía matarme. Tardé dos segundos en comprenderlo. Un asesino decidido y con el viento a su favor nunca pregunta ni suelta discursos antes de apretar el gatillo. Después, tal vez; antes, jamás. Sé lo que me digo.

Dos: de no haber sido él mi verdugo lo más probable es que estuviera muerto.

Tres: nuestra amistad está valorada en diez mil dólares, el precio de mi cabeza, una gran renuncia para un hombre sin rumbo.

Cuatro: si en alguien puedo confiar en mi vida ese no es otro que el hombre que debía matarme.

Cinco: un matón a sueldo capaz de violar la confianza de sus clientes y un terrorista arrepentido; juntos no podemos llegar muy lejos.

Así extendía mi raciocinio sobre el asfalto degradado de la carretera pavimentada principal, prestando, de pronto, más atención al retrovisor, porque por allí, por detrás, como es su costumbre, aparecerían los tipos que habían contratado a Julio. Tenían que venir. Ramírez ya les habría advertido de que su plan era un más que probable fracaso. Sí, vendrían a matarme. Ya que me habían perseguido hasta Centroamérica, no les quedaba otra opción que hacerlo ellos mismos. Los estaría esperando. Me lo había prometido en la ladera del Casitas cuando se me apareció aquel fantasma del pasado en formato fotográfico. Ahora, además, tenía a Julio, mi alma gemela. Me sentía ligero, libre de la losa de granito puro que durante años había encorvado mi espalda.

El alivio de mi confesión ante Julio y sus propias revelaciones habían abierto una válvula en mi interior. Mi cabeza, sin embargo, giraba como una peonza. El retrovisor me obsesionaba. Solo quería verlos venir, de frente, gozar de una oportunidad. La base de su estrategia es sencilla, recuerdo bien el adiestramiento: eliminar la posibilidad de que la víctima reaccione. Con Julio a mi lado, tendría una gran ventaja ante mis antiguos compañeros de armas, fanáticos amantes de la sorpresa, del tiro en la nuca, la emboscada, el detonador, matar por la espalda. Para los cobardes así es más fácil, casi nunca fallas cuando evitas los ojos de tus víctimas.

La guerra es atroz, indigna del hombre, aunque a veces sea equilibrada. El terrorismo carece de equilibrio, aunque se justifique por la disparidad de recursos entre los bandos. Cobarde es quien se define por encima y en oposición a los demás; el que se cree superior, elegido. Mis excompañeros no son mejores que un primer ministro israelí o que el tío Sam. Sacudí la cabeza, no quería pensar más en ello. Sí, me sentía liberado.

Como si lo hubiera despertado el espíritu de su padre, Julio abrió los ojos cerca del río Leán. Reconoció el lugar, sin duda.

—Ya casi estamos en La Ceiba —anunció—. Ya es tarde. Será mejor pasar aquí la noche. Ver a mi hermana Claudia. —Miraba al río; en sus ojos un sentimiento a medio camino entre la nostalgia y el temor—. La cara que va a poner al verme. ¡Ni quiera Dios! Del susto le va a dar un infarto.

Cruzamos por una pista empedrada que atravesaba el cauce; el puente sobre el río ya no existía. El rastro destructor del Leán quedaba a la vista pese a la penumbra del atardecer. Lo había visto todo: un volcán que había sepultado a miles de personas, un lago que se había desbordado sobre una ciudad, deslaves, pueblos enteros destrozados, ríos incontenibles que habían arrasado todo a su paso; y, sin embargo, el paisaje forjado por la brutalidad del *Mitch* todavía me causaba una dolorosa presión en el abdomen.

—Por aquí, de chatel, mi papá me trajo a pescar alguna vez.

Un bello recuerdo para Julio rememorado dos veces en apenas unas horas. Una nota agradable en medio de la obra inabarcable del *Mitch*, porque cuando pensabas que ya nada de lo que vieras podía ser peor, siempre aparecía un nuevo hito. El Bonito, otro río, había destrozado el puente de acceso a La Ceiba. Un grupo de campesinos sacaba partido a sus tractores para tirar de los vehículos. Por cien lempiras proporcionaban la seguridad de atravesar el cauce sin miedo a quedar varados en la corriente. Caía la tarde y dejábamos atrás las aguas turbias del Bonito, poco antes de entrar en La Ceiba, cuando una repentina e intensa lluvia pintó el arcoíris iluminando un paisaje de cultivos enterrados en el fango.

La ciudad estaba desierta, el aguacero había espantado a la gente hacia sus casas. Pasaría un tiempo antes de que Centroamérica sanara de su más reciente dolencia: el miedo a la lluvia. Julio me guiaba por calles de asfalto agujereado y callejones con los adoquines levantados hasta un barrio de casitas blancas de madera, algunas de las

cuales carecían de tejado. La de Claudia lo conservaba.

La hermana mayor de Julio abrió la puerta y pensó que un fantasma había venido a visitarla. Quedó claro por el grito, primero; el beso, después; el bofetón a continuación; y, por último, el abrazo que Claudia propinó a su misma sangre. De mí no supo qué pensar. Julio me presentó como el hombre que le había salvado la vida.

—Me sacó del lodo, me acogió, me cuidó y me trajo hasta acá —le dijo—. Un hermano. —Julio rodeó mis hombros con su único brazo—. De verdad, Claudita, por fin hallé una buena influencia en mi vida. Solo tiene un defecto, y es muy grave. —Hizo una pausa dramática, la tensión me consumió durante unos segundos—. Es periodista.

Lo dijo y soltó una risotada. Claudia no entendió el chiste, le podía la ansiedad, no acababa de creerse su presencia. Se alejó un paso, lo miró de arriba abajo y sonrió.

—¡Qué felicidad! No me lo puedo creer. Estás vivo, hermanito. —Sus ojos se abrieron, saturados de humedad, cargados de melancolía infinita—. ¡Estás vivo! —Lo abrazó de nuevo.

Claudia estaba tan alterada que no había percibido la ausencia en el hombro izquierdo de su hermano. O quizás había preferido ignorarla. Tantas veces habría su familia dado por muerto a Julio que verlo sin un brazo era la mínima penitencia que podían esperar. Claudia, desde luego, no quería que su hermano entrara en muchos detalles sobre su vida. Así que decidió hablar ella.

El huracán se quedó dos días plantado sobre La Ceiba con vientos de más de ciento cincuenta kilómetros por hora. El *Mitch* se comió la playa al chocar contra la tierra. La casa de Claudia, muy cerca del mar, se mantuvo en pie por alguna especie de milagro. La mujer pasó dos días bajo la cama de su habitación abrazada al pequeño Brandon. Su marido no estuvo con ellos, aunque no quiso darle a Julio más explicaciones.

—Una suerte que no esté aquí tampoco —anotó Julio en un susurro, aprovechando que su hermana había ido a buscar a su hijo—. ¡Clase pendejo presumido!

Claudia era una versión femenina de su hermano, los mismos ojos, idéntica nariz y labios. Solo el pelo largo azabache, junto a las manchas pecosas dueñas y señoras de su rostro, impedían tomar a los hermanos por mellizos. Brandon, por su parte, era un Julio preadolescente, para los miembros de su familia mirarlo debía de ser como un viaje a la infancia de su tío. No estaban muy seguros, ni Claudia ni Julio, de su último encuentro.

—¿Diez, once años? No sé —se esforzó Claudia—. Viniste una noche, de clandestino, platicamos, querías ver a la mamá, ir a Coyoles, y yo te dije que si no era para quedarte con ella, sobre mi cadáver.

—Así fue, Claudia, así fue. Ahorita, sin embargo, sí que la veré, vine de viaje, para quedarme, ¿mentendés? Ya todo acabó, me quedo.

Otro abrazo. Se lo merecían, ¡qué carajo!

Julio preguntó por su madre.

—Se casó de nuevo con aquel gringo de Nueva Orleans. Te hablé de él cuando viniste, ¿te acordás? Puro chele. Un técnico de la Standard al que hace un año o más que no vemos. Pero sí, Julio, tenés dos hermanos: Búster, que ya tiene seis años, y Grétel, de ocho.

Preguntó por su otra hermana.

—Dirige una maquila en Sula, ¿tampoco sabías? Tiene tres chatelitos. Lástima que no pasaras a verla.

Julio pasó página con una mueca resignada y prosiguió con el interrogatorio. Preguntó por el trabajo de Claudia, preguntó por el banano, preguntó hasta que se quedó sin preguntas, mientras Claudia nos servía la cena con ayuda de Brandoncito. Cuando Julio acabó de preguntar, allá por los postres, se hizo el silencio. Al de un rato, Claudia nos ofreció tatascán, un guaro hondureño que te deja la tráquea como una pista de hielo, y nos puso un partido de fútbol europeo en la televisión mientras ella recogía la mesa y fregaba los cacharos. Al terminar mandó a Brandon a dormir y se sentó abrazada a Julio. Minutos después, Claudia cabeceaba como un ángel pecoso y mestizo.

—Yo me encargo de llevarla a la cama —me ofrecí.

—Muchas gracias por todo, Miguel, de verdad. Sos un hermano.

Por la mañana, coincidí con Claudia a solas en la cocina. Entré sigiloso y al rato ella abrió la puerta de la calle. Regresaba de dejar a Brandoncito en la escuela.

—Llamé al trabajo. Iré un poco más tarde, cuando se marchen ustedes.

—Su hermano, como no lo despierte un tren sigue durmiendo hasta mediodía. —Claudia abrió una bolsa de papel y me ofreció un cruasán recién horneado—. Acumula un cansancio eterno. —Dudé, quizá no fuera la conversación más adecuada, al fin y al cabo, ella no quería saber nada de su hermano—. Están deliciosos estos cruasanes.

—¿Qué sabe usted de mi hermano? —Giró el cuello hacia un lado, desconcertada—. Yo no sé nada de él. No sé si quiero saber.

—Lo que yo pueda contarle no será muy agradable. —Claudia me entregó una taza de café, le sudaban las manos, tomé un sorbo—. Su hermano es un hombre resucitado. Quizá con saber eso sea suficiente para usted.

—Lo creíamos muerto. —Sujetaba con fuerza su taza blanca, como si el calor de la porcelana le fuera insuflando energía, valor—. Ayer Julio dijo, cómo fue, sí, que usted lo encontró en el lodo, lo recogió, lo cuidó y nos lo trajo hasta acá. Lo llamó hermano, una buena influencia en su vida. ¿Quién es usted? ¿Un ángel de la guarda o algo así?

—No, yo no soy, precisamente, un santo, señora. Tan solo pasaba por allí. Digamos que las necesidades de su hermano coincidieron con las mías y aquí estamos.

—Es usted muy discreto para ser periodista.

—A mi entender un periodista debe ser más discreto que nadie. —Tomé otro sorbo de café, remarcando la excelencia de la mezcla con un gesto—. Si quiere saber algo de Julio, pregúntele. Lo aliviará. Y a usted también. —Me giré hacia la ventana para dejar de mirar a Claudia, el sol hacía brillar con fuerza la hierba en el jardín—. No sé si opina igual, pero la verdad, cuanto más cruda, mejor se mastica.

—Tal vez sea así, pero en esta familia no tenemos costumbre. De platicar de nosotros mismos, digo, decirnos la verdad. Nosotros platicamos de los demás, es más sencillo.

—¿Cree usted que así viven más tranquilos?

—No lo sé. Nunca, que yo recuerde, vivimos tranquilos. No tengo con qué comparar, ¿entiende?

—¿No quiere saber si tiene usted sobrinos, cuñada, a qué se dedica su hermano? —Apuré mi café—. ¿Dónde perdió su brazo, quizá?

—¿Me lo va a decir usted?

La puerta que daba al pasillo se abrió de golpe y mostró a un Julio legañoso en calzoncillos blancos y camiseta de Neil Young. Claudia dejó la porcelana blanca sobre el mostrador, se acercó a su hermano, lo besó con fuerza y se quedó abrazada a él, a su lado derecho.

—Verás la alegría que se lleva la mamá —le dijo.

Pasó la mano por su hombro y bajó hasta el codo, ensimismada.

—¿No será mejor avisarla? A ver si le va a dar un *shock* —propuso Julio.

—Lo único que le vas a dar es una tremenda alegría. Y si le da un *shock* que al menos estés vos allá para atenderla.

—Hablando de atender —intervine—, será mejor que le hagamos otra cura a tu herida antes de salir. Ayer, con la agitación del día, se nos olvidó por completo.

Le curé la herida a Julio en el salón de la casa. Claudia observó la lesión y salió llorando hacia la cocina. Al despedirse de nosotros minutos más tarde, sentado ya Julio en el lado derecho de la camioneta, la hermana mayor me dio un abrazo.

—Gracias por traernos a mi hermano, señor ángel de la guarda. Por favor, siga usted cuidando de él —susurró a mi oído.

Saliendo de La Ceiba hacia Trujillo, otros doscientos kilómetros hacia el este, el río Cangrejal se apiadó del puente de ciento cincuenta metros que se eleva sobre su cauce. Los barrios que jalonaban las orillas no tuvieron tanta suerte. Íbamos, por fin, camino del valle del Aguán, otro de los grandes cómplices del *Mitch*. En Santa Rosa de Aguán, trescientas personas dormían cuando la corriente se las llevó por delante, otras mil quinientas pasaron varios días subidas a los tejados y a los árboles esperando que el río redujera su caudal. Las plantaciones de banano de Coyoles habían sido arrasadas por completo. Eso decían, al menos, los diarios. Pronto tendríamos ocasión de comprobarlo.

—¿De qué platicaban vos y mi hermana esta mañana?

—Como si tú no lo supieras.

—¿Qué te preguntó? ¿Qué la dijiste?

—Nada, te lo prometo. Quizá prefiera no saber. —Miraba a la carretera con atención, lucía el sol y los agujeros en el asfalto se adivinaban con mayor antelación—. Sabes escribir, ¿verdad, Julio? Fuiste a la universidad y todo, vos. Deberías escribir tu historia, contársela a tu familia.

—¿Escribir, yo? Escribila vos, yo te la cuento.

—¿Me contarás también lo que hiciste con Rodolfo?

Me eché hacia la ventanilla para esquivar su puño sobre mi brazo. Me entró la risa floja.

—¡Callate, hijueputa!

—¿Qué? Te lo cogiste, ¿no?

Me golpeó de nuevo.

—¡Que te callés, hijueputa!

—Va pues, no te enojés. Te cuento yo algo también. —Julio simulaba ignorarme, miraba por su ventanilla, nuestra ruta ascendía bordeando un amplio valle—. Una vez siendo adolescente, me besé con un hombre. —Sonrió, seguía mirando el paisaje, pero sonreía—. ¿Y sabes lo peor? Que el muy hijo de puta se lo había hecho con mi novia media hora antes. —Eso sí que le hizo gracia, ya no pudo contener la risa—. En el fondo, supongo que al maje le habría gustado hacer un trío, o qué sé yo, igual lo hizo solo por joder. Pero joder, no jodimos, eso no. De verdad.

Julio se reía con ganas, algo dentro de sí mismo estaba soltando amarras.

—¿Has estado alguna vez enamorado, Julio?

—¿Idiay, qué clase de pregunta es esa? ¡Esa es plática de muchachas!

—¡Qué gilipollez! —Volví mi cabeza hacia Julio, quería ver sus ojos, él prefería mirar por la ventana—. ¿Qué ocurre, nunca lo has estado o nunca te lo han preguntado? —Julio, la mirada fija en el paisaje exterior, redobló sus esfuerzos por ignorarme. Insistí, debía preguntar, era algo superior a mí—. Dime, ¿te enamoraste de Latania? —Aunque apenas me mostrara su perfil, pude ver una sonrisa en sus labios. La conversación era de su agrado, aunque él no quisiera que pareciera evidente—. De tu mujer, de Damaris, ¿te enamoraste de Damaris? —La insistencia obró el milagro.

—Quise mucho a la Damaris. —Seguía mirando por la ventana—. Me dio a mis hijas, hermano, lo más hermoso que me ocurrió en la vida. —Se restregó los ojos—. Nunca estuve enamorado de la Damaris, pero ella sí que me quería, por mí habría dado la vida.

—La dio, Julio, la dio.

—Así es, la dio. —Un profundo suspiro culminó su afirmación, empezó a sonreír de nuevo—. ¡Qué jodido el periodista este! Cómo me enredás. Lo único que querés saber es lo de Rodolfo.

—Hombre, también, si me lo cuentas.

Soltamos ambos la mandíbula.

—Ya veremos, compadre, todavía estoy confuso con eso.

—Te acostaste con él.

—Sí, joder, y estuvo búfalo.

—Y estás enamorado.

—Tal vez.

—¿Era tu primera vez con un hombre?

—Más o menos. —Estaba llegando al límite—. Y ya, ¡dejalo, Miguel!

Lo dejé, pedí disculpas, puse la radio, busqué *rock and roll*, en vano, y seguí conduciendo a ritmo de punta hasta el puente de Saba.

Los doscientos setenta y cinco metros de hormigón sobre el Aguán habían sido destruidos. Esta vez no había vado sino una corriente descendiendo a tumba abierta. No podíamos cruzar, tan solo tomar fotos.

Allí, junto a la ribera, indolente, Gevelio Ventura del Valle observaba el discurrir de las aguas por toda ocupación. Vestía chubasquero y botas de plástico, también sombrero y pantalones de vaquero. De sus labios colgaba un cigarrillo enrollado en un papel marrón. Le pedí permiso, quería retratarlo. Accedió con un gesto distraído, como si le importara un carajo. Me contó cómo el Aguán se le llevó la casa, a pocos kilómetros de allá, y con ella a varios parientes.

—Lloré durante días, sabe usted, desesperado. Pero ya estuvo, se acabó la llantina. —El hombre solo necesitaba una cosa: hablar, un desahogo—. ¿Es usted periodista? Debe contar que sin este puente Yoro y Colón se ahogan, ¿comprende? Esta es una zona muy próspera: banano, aceite, arroz, frijoles, naranjas, el comercio... El Gobierno dijo que se puede reparar, pero no hay plazo. Y, mientras tanto, todo se nos pudre, ¿me entiende? ¿Adónde van ustedes?

—A Olanchito, Coyoles.

Gevelio Ventura del Valle se quedó pensativo.

—Tienen dos horas de camino. Regresen un tantito no más, tres curvas, y tomen hacia la izquierda. —Acompañaba sus indicaciones con los brazos—. Hay mucha tierra y lodo, han de cruzar tres ríos que suben de nivel con las lluvias, pero con ese carro llegarán. No tema.

Lo dejé con su trance ante la corriente del Aguán. Subí al coche y le conté a Julio las indicaciones de Gevelio Ventura del Valle.

—Conozco bien el camino, no te preocupés. Me lo enseñó mi papá para llegar a la casa evitando la carretera pavimentada principal. En este país hubo un tiempo en que la policía lo vigilaba casi todo.

—¿Casi todo? —Arranqué de nuevo el auto—. ¿Acaso se les escapaba algo?

—Los mendigos.

Me quedé mirándolo. Julio y su aire de misterio. Enfilé la carretera y, pasadas varias curvas, mi copiloto señaló un desvío de cemento hacia la izquierda.

—Ya verás, compadre, esta pista es hermosa.

Elixir, Clifton, La Reforma, El Juncal, El Chaparral, siempre extraños nombres para bautizar comunidades humildes, como en el Casitas, como en tantos lugares de

Centroamérica. La gente saludaba a nuestro paso. El camino discurría paralelo al río, con subidas y descensos constantes, demasiado cerca, por momentos, del cauce perturbador del Aguán. Mirábamos el paisaje en silencio. Las ventanillas abiertas, la humedad refrescaba el aire, los pulmones, las ideas.

—Contame de Brasil, Miguel —soltó Julio, de repente.

—¿Te gustaría ir a Brasil?

—¿Por qué no? —respondió elevando los hombros—. ¿Vos vendrías conmigo?

—¡Volver a Brasil! —Nunca me lo había planteado—. No sé si podría volver, ya me localizaron una vez.

—Es un país muy grande, tal vez en otro lugar. —Me miraba a la cara—. ¿Dónde viviste, vos? ¡Contame!

—Río, Río de Janeiro. —El que miraba hacia delante esta vez era yo—. ¿No te lo había dicho?

—¡No fregués! —Me golpeó el brazo—. Contame de tu esposa. ¿Era mulata?

—Tan previsible como el resto de la humanidad, Julio —mascullé.

—¿Qué decís?

—No era una mulata, Julio, no.

—¡Idiay, te enojás! ¿Por qué? ¿No te gustan las mulatas?

—A ver. —Lo miré con gesto cansado—. ¿Qué es lo que quieres saber de Brasil? Puede que no me importe volver. Más al norte, en alguna playa de dunas gigantes, montando un hotelito junto al mar. ¿Cómo lo ves?

A Julio, cómo no, le gustó la idea. Hablé de Brasil mientras un brillo iba creciendo en sus pupilas; hablé del Nordeste y de Río de Janeiro, de la música, del mar, del carnaval, de la cerveza, de la caipirinha y también de los bikinis y de las mujeres: mulatas, blancas, mestizas, rubias y morenas.

—¿Y de los hombres, Julio? —Me interesé; un recurso cualquiera para cambiar de tema—. ¿No quieres saber nada de los hombres?

—¡No te rendís, vos! —El brillo se borró de sus ojos, volvió a mirar hacia la carretera, reflexivo, hizo amago de arrancar varias veces, necesitaba decir algo, solo quería estar seguro—. Es extraño, los hombres me persiguieron toda mi vida. No me siento cochón, pero Rodolfo me trató como si me conociera bien.

De pronto cambiamos los papeles. Era yo el que no sabía qué decir.

—Lo mismo sentí yo con Latania.

—¿Los volveremos a ver, Miguel? Tengo un mal presentimiento, siempre se me quiebran las cosas, las personas.

Miré por el retrovisor supervisando nuestra estela durante un largo rato.

—Todo irá bien, Julio. ¡Vas a ver a tu madre, cojones! —gritó el vascón que llevo dentro—. Hoy es uno de los días más felices de tu vida. No hagas caso, es la melancolía. Regresas a casa. Te confieso que yo, en tu lugar, estaría más cagado que Daniel Ortega ante el fantasma de Sandino.

Conseguí hacerle reír, pero yo ya no podía dejar de vigilar el retrovisor. Tampoco

servía de mucho, el camino estaba poblado de curvas. Era preferible vigilar el río, descendía marrón y violento, acercándose de vez en cuando a la pista de cemento. Recordé el Choluteca, entrando a Tegucigalpa, los mendigos arrebatándole al río una vaca hinchada y la agitación de Julio ante aquella escena.

—Los mendigos —solté. Julio dio un respingo.

No quise decirlo, a veces las palabras se independizan de nosotros. Actúan por su cuenta y riesgo.

—Antes, ¿qué dijiste de los mendigos?

—¿Querés que te platique de los mendigos?

—¿Hay algo que contar de los mendigos?

—Algo.

—En Tegucigalpa, ¿verdad?

—Tegu. —Julio meneaba con suavidad la cabeza, como si evocara algún recuerdo—. Así es. Piensa, Miguel, si quisieras ser invisible, ¿qué harías?

—Yo no soportaría la vida de mendigo, antes me entrego —bromeé, consciente de la certeza de aquella afirmación—. Oler a pis, comer basuras, dormir al raso, arriesgarse a morir quemado por unos nazis...

—Así pensé yo: de viaje, de vagabundo no aguanto ni dos días, pero la necesidad hace el hábito, hermano. —Rebosaba entusiasmo, convicción—. Por ejemplo, podés ser un asesino a sueldo y nadie sospechará jamás de vos. Tu presencia en cualquier punto de la ciudad pasa siempre inadvertida. Podés montar guardia sin que te tomen en serio. Del mendigo nadie sospecha, no se le supone siquiera voluntad, no existe, es así. Ni siquiera necesita ser discreto, le basta con ser mendigo. ¿Mentendés?

Guardamos silencio, el discurso dejó a Julio fatigado. Miré al retrovisor: nada.

—¿Así empezaste vos? ¿De mendigo?

Asintió con la cabeza, miraba al frente, señaló con el brazo hacia la carretera, al final de la única recta en dos horas de camino surgieron las primeras casas de una población.

—Olanchito, hermano, ya casi estamos.

Entramos al pueblo y Julio me pidió estacionar junto a una especie de convento, un edificio blanco que ocupaba toda una manzana, punteado por un pequeño campanario.

—Aquí vivía una monja vasca. Tal vez siga por estos lados. —Antes de abrir la puerta me invitó a bajar del coche con él, no las tenía todas conmigo; por hábito autoimpuesto desde que inicié mi exilio, huyo de los ciudadanos españoles, especialmente de los vascos, en cuanto los huelo—. Puede ser interesante platicar con ella, para tus artículos y demás.

Incluí a Maite Aburto, sor Maite, en una de mis crónicas. Era una especie de ángel guardián de los desamparados de Olanchito. Ella, como representante de la Iglesia, distribuía buena parte de la ayuda que llegaba a la comarca.

—El mayor castigo para la región, con perdón de los difuntos, es la pérdida de la

cosecha. Aquí manda el banano, la Standard, pues —nos dijo aquella monja nacida sesenta y ocho años antes en Derio, a pocos kilómetros de la casa de mi madre—. Más de veinte mil personas en todo el valle dependen de ella. Y la próxima cosecha tardará; ¿un año quizás? —Hizo una larga pausa—. Nadie sabe. El sindicato dice que poco puede hacer, pero la mitad de los campeños son temporales y sin cosecha no hay salarios. La gente no tiene plata y no saben hacer otra cosa que el banano.

Así nos habló sor Maite, así lo reproduzco.

—Vamos a Coyoles Central —le dijo Julio—. Mi mamá vive allá, trabaja para la Standard. Teresa Baltodano. ¿La conoce?

—Cómo no, hijo. Sé quién sos. Aunque tu mamá creo que cambió de apellido. Pero te recuerdo del instituto San Martín Porres, te perdimos no más iniciar la secundaria. —Tomó la mano de Julio, aquella mujer era la bondad personificada; con lo que siempre detesté yo al clero, casi se me saltaron las lágrimas—. Ve con ella, hijo. Tu visita la hará bien. —Sus palabras, adornadas con su pronunciado acento vasco-hondureño, lo resumían todo—. No la hagás esperar más.

Regresamos al coche. Desde una colina en el trayecto hasta la casa de su madre descubrimos el sentido absoluto de las explicaciones de sor Maite. Al final de nuestro camino aguardaba otra imagen definitiva del poder devastador del *Mitch*.

El Aguán acarreaba un caudal agitado, marrón, pero había retornado a sus meandros. A sus orillas, río arriba, río abajo, hasta donde alcanzaba la línea del horizonte, inmensos campos de banano devastados por la crecida del río. Las plantas, más que sufrir exceso de riego parecían haber sido pasto de las llamas y formaban ahora un inabarcable bosque petrificado. Saqué mi Canon A-1. Las fotografías nunca harán justicia a la imagen que retengo en el rincón más profundo de mi mente. Ante nosotros, la destrucción total y una región entera obligada con urgencia a recomenzar desde cero.

XXII

Mi hogar. Me miro al final del camino, a pocos metros de la puerta de mi madre y me entra la cagazón. Me largué adolescente, un niño, iba a transformar este jodido mundo. El mundo ya no es el mismo. No mejoró, tampoco fue a peor; es distinto, pero no tiene nada que ver conmigo. Quebré todo lo que toqué, defendí ideas que fracasaron, me las creí de tanta repetición y, por fin, un día, ya entendí que me eran tan ajenas como un rito ancestral africano.

El miedo es por mi mamá. ¿Será que me olvidó? Tal vez me deteste. Miedo a sus preguntas de dolorosa respuesta. Sé que regreso siendo libre pese a ser un fugitivo. Por primera vez en mi vida me siento yo mismo: Julio García Baltodano. La confesión libera, platicar de los demonios que nos pudren los adentros. Ningún juez me absolvió de las maldades que cometí, ningún sacerdote me limpió de mis pecados. Este chele a mi lado no me juzga ni me absuelve. No puede, pues; es lo mismo que yo. Me salvó. Tengo ahora una última chance, porque debe de ser la última, de plano, la vida ya se las pasó de generosa conmigo. Regreso a mi hogar porque asumí mis errores, mis defectos, aunque fue todo lo vivido lo que me trajo hasta aquí, de regreso a casa, a mi mamá.

—Las madres no juzgan, Julio —me dice Miguel al compartirle mis angustias—. Los padres, quizá, pero no las madres. Ellos quieren cincelarnos y acaban decepcionados si no nos convertimos en aquello a lo que nos empujan, ellas no. Nos aman seamos lo que seamos, y, ante todo, somos sus hijos.

Las palabras de Miguel retumban en mi cabeza, penetran en ella, me duelen, golpean de un lado a otro de mi cráneo como si fueran pelotas de plomo.

—No sé vos, compadre, pero mi papá nunca me obligó a ser un asesino. Ni siquiera sugirió jamás que me hiciera revolucionario. ¡Qué digo! Ni me habló de la guerra, fíjate. Por primera vez pienso en ello, ¿sabés? Sí, mi papá no me empujó a la guerra. Fui por mi cuenta. O no. No sé, tampoco me dijo que no fuera. Yo era un chigüín. Mi papá...

Es todo lo que digo. No me gusta mucho platicar de mi papá. Nunca platiqué mucho de mi papá. Igual porque los demás siempre me platicaron mucho de mi papá. A Miguel se le miran ganas de arreglar cuentas con el suyo. Quizá porque nunca le gustó mucho platicar de su papá.

—Mi padre nunca fue de frente, no se atrevía a decir las cosas a la cara. Cuando mi hermano mayor tuvo su primera hija me soltó un: «Los hijos siempre te decepcionan». Yo tenía diecisiete y todavía no lo había decepcionado. Tuve suerte. Aquel día, al escuchar aquello, entendí que complacer a los padres nunca es lo más importante de la vida. En fin, es lo que hay, compadre. —Ante las primeras casas de Olanchito, Miguel solo tiene ojos para la carretera, sus párpados se arrugan, acentúan su concentración. Los primeros adoquines del pueblo pasan bajo sus ojos. Creo que ni los mira, su atención está puesta en otro lugar. Lejos—. Créeme, Julio, los padres

también pueden decepcionarte. Es una decepción mucho más profunda, mucho más decepcionante que la que puedan sufrir ellos con un hijo. Porque a un padre lo admiras como a nadie en el mundo. —Se detiene, sus ojos clavados en los adoquines, enfilando ya hacia el centro de Olanchito—. Hasta que te decepciona, claro.

Miguel mira las calles agitadas de mi infancia, las casitas perfectamente alineadas. Es como si fuera la primera vez que pensara eso que acaba de platicar, como si acabara de descubrir que sentía eso mismo. Un dolor escondido bien adentro, una decepción profunda. No, de plano, a Miguel tampoco le gustó nunca platicar de su papá. Por suerte, le sentó bien al maje, ni modo. Conduciendo despacio por Olanchito, la tensión abandona su rostro, se le mira aliviado. Pasamos ante el Hospital Aníbal Murillo Escobar y, debe de ser pura sugestión no más, siento como una picada de zancudo en los restos de mi brazo izquierdo.

—Será mejor que vengas a mirarte el brazo acá, Julio —dice Miguel, como si pudiera penetrar en mis terminaciones nerviosas.

—Si mirás que lo necesito, me ayudarás, ¿verdad? Con mi mamá, pues —le digo.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

Dejamos Olanchito atrás y ya veo a lo lejos las casas de fachada verde y tejado de zinc, todas iguales, que conforman la colonia diseñada por los gringos para alojar a sus empleados. Calles de tierra roja por donde yo jugué y aprendí a andar en bicicleta de la mano de mi papá; una imagen que recorto en mi cabeza de entre las poquitas que conservo de mi infancia.

—¡Pará!

Miguel detiene la camioneta donde le indico, dos viviendas antes de nuestro destino. Estoy paralizado por la angustia, el miedo. La calle está desierta.

—¿Te encuentras bien? —Se interesa Miguel—. ¿Es aquí?

Suspiro y abro la puerta. Miguel me sujeta del hombro y señala mi cintura. Dejo la Beretta en la guantera y mis pies descienden temblorosos sobre la tierra que me vio crecer. Camino unos metros hasta el porche como si no llegara nunca. La misma mecedora, la misma mesa de mimbre y su cristal. Necesito sentarme y respirar hondo. Un niño rubio de ojos azules, no debe de llegar a los cinco años, me mira desde la ventana.

—¡Mamá, hay un señor ahí afuera! —anuncia sin quitarme ojo—. Le falta un brazo.

—¿Quién es? —Es la voz de mi mamá, suena algo más cansada que en mis recuerdos. Se acerca—. Búster, ¿dónde está tu hermana? ¡Grétel! Andá, ve a buscarla y arreglen la mesa que vamos a almorzar.

Búster me sonríe al otro lado del vidrio, sin moverse. Mi mamá abre la puerta y se lleva el susto de su vida. Para ella soy como un fantasma. Sus lágrimas son gruesas, fluyen como manantial, igual que las mías, reprimidas durante tantos años; tiembla su boca abierta, todo su cuerpo lo hace, parece gelatina. Intenta pronunciar mi nombre.

—Ju... Juli...

El aguacero salado se lo impide. Estira sus brazos y me abraza con la fuerza de la mamá que ve resucitar a su hijo. Echo de menos mi brazo izquierdo para rodear su cuerpo como si fuera un cepo. ¡Ahlagranputa!, ¿cómo contarle? No puedo. Mi mamá levanta su cabeza de mi hombro; sin liberar sus brazos me mira a través del llanto. «Este abrazo», parece decirme, «no compensa el tiempo perdido ni el dolor, pero no me soltés ni loco». Paso mi mano por su mejilla, por sus cabellos grises que yo recordaba negros, por sus labios rodeados de arrugas que yo no conocía. Ella se aparta.

—Julio —me dice.

Sus dedos limpian mis lágrimas, me golpea sin violencia en el pecho, cerca de los hombros; acaricia la raíz de mi brazo izquierdo, la llantina que diluvia otra vez desde sus ojos, también desde los míos; me abraza de nuevo. De pronto, siento una presión por encima de las rodillas: el pequeño Búster se une en silencio al abrazo, como si sintiera lo mismo que su mamá. Nuestra mamá. Le miramos y nos reímos. ¡Qué raro reírse cuando llorás!

—¿Sos el fantasma de Julio? —pregunta Búster, con esa seriedad, inocencia pura, de la infancia—. ¿No estás muerto? Grétel siempre me dijo que estabas muerto.

Me separo unos centímetros de mi mamá y paso mi mano por sus espesos colochos rubios. Desde el interior, una pecosa de cabello castaño y ojos negros, algo mayor que Búster, nos observa con el ceño fruncido.

—¡Mirá, Grétel, está vivo! ¡Es Julio, está vivo! —le grita Búster.

Grétel no muestra entusiasmo.

—Es Julio, tu hermano —explica mi mamá, secándose las lágrimas.

—Hola, Julio. —Su voz suena firme, sin emoción—. Pensé que estabas muerto. —Mira a su hermano—. Búster también.

—¡Se acabó, Grétel! —le censura su mamá, mi mamá—. Está vivo y está aquí.

Mi mamá me agarra de la cintura y me empuja hacia la casa. Todo sigue igual. Las paredes igual de verdes, los mismos muebles de mimbre, lámparas, espejos, jarrones, la mesa del comedor, y en la pared, sobre el sofá, una gran fotografía de un adolescente vestido de colegial.

—Sos vos —dice Búster. Me agarra de la mano y me planta ante el retrato—. Antes tenías dos brazos. ¿Perdiste uno en la guerra?

—Andá, hijo —le dice mi mamá, dándole un leve empujón—. Ayudá a tu hermana a arreglar la mesa. Y poned un servicio más para vuestro hermano resucitado.

Los niños se van hacia la cocina, mi mamá me toma de la mano y nos sentamos en el sofá, bajo mi fotografía. ¿Por dónde empezar? Es difícil, la plática no brota, no más salen jodidas lágrimas. Prefiero abrazarla. Ella igual.

—Lo siento mucho, mama, de verdad. No tenés idea de cómo lo siento —le digo al rato, entre sollozos; mi cabeza apoyada sobre su hombro, la suya sobre el mío—. Grétel tiene razón. Estuve muerto, por eso nunca te llamé. No podía platicar con vos.

Siempre me faltó valor para las cosas importantes.

—Por muerto te dimos nosotros, mi hijito. —Ella sí se atreve a platicarme las cosas a la cara. Me acaricia—. Acabó la guerra, pasó el tiempo y, bueno, podés imaginar; pensé que... ¡Qué sé yo! —Mi mamá se quiebra, la abrazo, pero no tengo armas para consolarla. Se seca el llanto y su mirada se me cuela bien adentro—. Contame únicamente, hijo, lo que no me haga sufrir.

«Todo lo que pueda contar te hará sufrir, mama», me digo.

—Estuve muerto, mama, mucho tiempo. Por eso nunca llamé, para que no sufrieras. Ahora estoy vivo.

Como un despertador, el motor diésel de nuestra camioneta resuena desde la calle y se detiene frente a la casa.

—Mama, tenés que conocer a Miguel, el hombre que me resucitó. —No intento impresionarla, es solo que le agarré la onda a adornar con pincelada bíblica ese momento trascendental de mi vida—. Tal cual, mama; le debo la vida a este chele. Vení.

Al mirarnos salir al porche, Miguel baja de la camioneta. Hago las presentaciones, estrecha la mano de mi mamá y se sonríen.

—Encantado de conocerla, señora.

De la cabeza a los pies, haciéndole la radiografía, así recibe mi mamá al chele que traje a su casa.

—Miguel es periodista. —Busco deslumbrar a mi mamá—. Escribe reportajes sobre el *Mitch* para un importante diario de España.

—Por acá los únicos extranjeros que vemos son los gringos que llegan por el banano —se dirige a mí—. Como el papa de tus hermanos. Y ese hace ya rato que no aparece por acá. ¿Está usted casado? —Miguel niega con la cabeza.

—Lo estuve —responde, pero mi mamá no le para bola.

—Los hombres se casan y luego se ponen a perseguir sueños y a otras mujeres; cualquier cosa menos poner a su familia en la lista de prioridades.

Miguel resiste firme, con la boca cerrada y cara de póquer, la embestida de mi mamá.

—Mama. —La rodeo con el brazo—. Ya estuvo. Miguel anda cansado, lleva manejando tres horas. —Mi compadre me pica el ojo, que no me preocupe—. ¿Sabés quién te manda recuerdos? Claudia. Anoche dormimos en su casa. ¡Clase susto se llevó al verme! —Me río, mi mama me censura la risa.

—¡Susto! A mí casi se me sale el corazón al verte.

—De la alegría, supongo.

—Te estás ganando una buena cachetada, vos. Te la hubiera dado hace años y no me habrías hecho sufrir tanto.

—Me alegra ver que conservás el carácter, mama.

Le devuelvo la picada de ojos a Miguel, que arquea las cejas y fuerza una sonrisa. Búster y Grétel regresan al salón con mantel, platos, vasos y cubiertos que colocan

sobre la mesa del comedor. Les presento a Miguel y este se ofrece a ayudarlos a colocar un servicio más. Búster lo celebra, Grétel se gira de regreso a la cocina.

¿Qué contarle a mi mamá que no duela? La miro colocar los platos sobre la mesa y hago cuentas: que tuvo dos nietos y una nuera a los que yo mismo entregué a la muerte, que fui a la universidad para acabar de matachín, que me apiolé a más de una decena de majes, que me van los cochones... Dice Miguel que las madres no juzgan. Tal vez. Pero sufren. Y ninguna como la mía. Por mi culpa.

—Son bellos mis hermanos —le digo, lo pienso—. Es extraño tener un hermano chele, así, de pronto. ¿Salió a su papa? ¿Es así, rubio de ojos azules?

—Así es, hijo, pero ya hace un año que se anduvo para los Estados y no regresó. Supongo que vivir acá, junto al banano, no está hecho para cierto tipo de hombres.

—¿Te referís al tipo de hombres que te gustan a vos? —Se ruboriza. La entiendo—. Mama, disculpá, ya no soy un niño, soy un hombre. Tu hijo. Podemos platicar como adultos.

—Al menos envía reales —prosigue—. Me ayuda con los chicos.

Miguel, Búster y Grétel regresan, por ese orden, en formación. Miguel marca el paso. Un dos, un dos. Alcanzan la mesa, Miguel coloca la olla sobre una madera, Búster la botella de agua y una cesta de tortillas, Grétel el servicio extra para Miguel. Se sitúan cada uno ante una silla, aguardan firmes, se miran de reojo, los chavalos no consiguen aguantarse la risa. Los demás tampoco y soltamos todos la gran carcajada. Me alegra ver que Miguel se ganó a mi hermana para la causa.

—Está bien, como quieran, pues —interviene mi mamá—. ¡A almorzar!

Los guisos de mi mamá; si recitara las cosas que me ponen melancólico en esta casa, en este día, el Aguán escaparía otra vez de su cauce. Hay lágrimas podridas en mi cráneo, pero ya es tarde para evacuar.

A Búster le gusta la plática, de viaje que se tragó la aguja de una gramola: platica del colegio, de su profesora, de un partido de fútbol que jugó ayer, de un amigo; su mejor amigo, asegura, cuyo papa no más regresó de Europa.

—Vos venís de Europa, ¿verdad? —le pregunta a Miguel—. ¡Qué búfalo! Ya verán la cara de Moisés cuando le platique de vos.

—Decile también que es periodista, europeo y periodista —sugiero—. Quedará más impresionado todavía.

Búster agradece el consejo apretando los puños. Por un momento, comemos en silencio.

—Julio, decime. —La veía venir; la pregunta, digo. Búster se la estaba pensando—. ¿Por qué solo tenés un brazo?

—¡Búster! —le censura mi mamá—. Olvidate, Julio, no es necesario que nos lo contés.

Miro a Miguel, su mirada es un grito de ánimo a la liberación. Contáselo, ¿por qué no? No es nada malo. Lo dicen sus ojos.

—Fue el *Mitch*, Búster —arranca Miguel—. A tu hermano se le cayó un volcán

encima. —Sus ojos se desplazan alrededor de la mesa para asegurarse de mirar a mis hermanos y a mi mamá—. Salió en diarios y noticieros, quizá lo vieron, pero no lo reconocieron. Yo le tomé la foto, estaba cubierto de lodo. Créeme, Búster, tuvo suerte de perder solo el brazo. —De nuevo aquel tono de documental tan efectivo—. Julio, para mí, es un auténtico héroe.

Búster y Grétel están impresionados, con la boca abierta. Mi mamá está confusa, me mira.

—¿Fue así? —Se esfuerza en recordar—. Posoltega. —Me toca el hombro—. Yo pensé que...

—Él me encontró, mama —la interrumpo—. Miguel me sacó de allí, él es el héroe.

—Le hice unas buenas fotos. —Bromea, eso creo—. Igual hasta me dan el Pulitzer.

—¿Qué búliser ni qué búliser? ¿De qué habla el chele este, Julio? —me pregunta mi mamá. Miguel pone cara de «tragame, tierra» y yo me contengo la risa—. Va pues, cómanse el guiso que se enfría. Ya luego Julio nos contará más cosas, platiquemos de algo más alegre.

Acabamos de almorzar y Miguel sale a dar un paseo, quiere acercarse al banano, ver el río, reconocer la zona, tal vez hablar con la empresa o los del sindicato o con cualquiera que se le cruce por ahí.

—Le gusta platicar con la gente —le explico a mi mamá—. Preguntar, pues.

Unos chicos llegan a la casa; buscan a Búster y Grétel y mi mamá indulta a mis hermanitos de la tarea de recoger la mesa. Se la mira impaciente.

—Julio —me agarra con fuerza del brazo—, no sé si quiero saberlo, pero, decime, ¿vivías en aquel volcán?

Un trueno lejano resuena entre las casas de la colonia de la Standard, como anunciando tormenta. Para tormentas la que llevo yo dentro, no jodás. Y Miguel ya no está aquí para ayudarme.

—Verás, mama, tras la Revolución todo se hizo difícil.

Le cuento que lo intenté en la universidad, que me casé, que tuve dos gemelas, que buscamos de dónde sacar más y más plata hasta que un antiguo camarada nos dijo que allá arriba la tierra era gratis, que era solo plantar la casa y que nos fuimos. Mi vida es un melodrama que brota censurado de entre mis labios, mientras la lluvia comienza a repiquetear en el tejado. La tranquilizo, al menos, subrayando que nunca fui preso ni torturado ni sufrí herida de bala, aunque la jodida Revolución te deje marcas para siempre. Platicamos entre verdades a medias y mentiras piadosas, sin explicar nunca la razón de mi largo silencio. Y ella no pregunta. Nunca escribí ni telefoneé, no quería tener que mentir. Ahora soy yo el que no puede preguntar si mandó a buscar por mí. Me siento más cerca que nunca de mi mamá y a la vez tan lejos. En su rostro miro el agotamiento, la animo a que se acueste un rato y me hace caso.

Ya es de noche cuando la camioneta de Gustavo se detiene ante la casa. Salgo a recibir a Miguel. Está sudado, alterado, resopla.

—¿Qué pasó, hermano? ¿Te quisieron culear los del sindicato? —me río; él no.

—¿Los del sindicato? —Arquea las cejas, resopla, le brillan las venas de los ojos—. Si supieras. Padezco el síndrome del *Mitch*.

—¿Qué verga es esa? ¡Contame, huevón!

—Nada, me metí con la camioneta al campo de banano, aquí abajo, el campo C, creo que es. Me fui hasta la orilla del río y me quedé atascado en el lodo. Dos veces.

—Bróder, ¿pensaste que era de tracción? —le digo señalando la camioneta—. ¡No jodás!

—No, Julio, ya sabía que no es de tracción. Llevo dos días manejando la puta camioneta.

—¿Y entonces?

—Es lo que te digo: el síndrome del *Mitch*. Empezó a tronar, el cielo se puso negro, se hizo de noche antes de hacerse de noche, y yo allá, atrapado con la camioneta de Gustavo junto al Aguán, en medio de todos esos bananos sacados de una película de terror. Por suerte un maje me agarró con el tractor y me sacó de la plantación.

—Pensaste que venía la correntada, ¿es eso? No te preocupés. Le puede suceder a cualquiera, compadre.

Los ojos de Miguel me rehúyen, mira al suelo, busca en qué ocupar las manos.

—Hay una cosa más. No me jodas, a nadie le contaría esto. No sé por qué, compadre, ya es como si no pudiera ocultarte nada.

—A mí me pasa igual, mi hermano. —Miguel me extiende la mano, nos damos un apretón—. Pero contá, pues. ¿Qué pasó?

—Antes de bajar al banano me fumé un churro, el último que nos quedaba. Lo siento, lo necesitaba. Llevaba desde ayer pensando en él.

—Ya, contalo, carajo. Me ponés nervioso, no jodás.

—El churro me dejó con el estómago revuelto. —Hace una pausa, por suerte es breve: se demora un poco más y le saco el cuento a golpes—. No pude salir huyendo del río porque me dio el apretón.

—Te lo hiciste encima, ¿es eso?

—Me limpié con una hoja de banano.

Miguel me quiere matar. Llevo tiempo que no me río con tantas ganas.

—¿Quieres reírte un poco más? —me dice, retador, serio como un verdugo, se lo ve excitado, con la adrenalina hecha un remolino—. ¡Ven! —Me conduce hasta su habitación, se baja los pantalones y me señala una cicatriz que le recorre la pierna izquierda desde la ingle hasta poco más arriba de la rodilla—. ¿Sabes qué es esto? —Adopta su tono más misterioso—. Te vas a reír. Ya verás qué gracia. Es un intento de suicidio.

—¿Reventándote los huevos? —Tiene razón, ya me entró la risa—. Disculpame

el vulgareo, mi hermano, no quería..., pero ¿cómo? ¿Intento de suicidio?

—Fallé.

La risa se afloja y estalla, Miguel tiene que recordarme que los demás duermen.

—Veo que te gusta el humor vasco, Julio —se excusa Miguel—. Bueno, será mejor que nos vayamos a dormir.

XXIII

El síndrome del *Mitch*, como le dije a Julio, el miedo a la lluvia.

El indio viejo de doña Teresa, al estilo chontaleño, casi me revienta el estómago. La culpa fue mía por emocionarme. La madre de Julio es una gran cocinera.

—Delicioso, doña Teresa. El mejor indio viejo que he probado en mi vida. Ahora necesito un buen paseo para bajar la comida. Mejor les dejo, tendrán mucho de qué platicar.

Doña Teresa y Julio insistieron en que no molestaba y demás formalidades. Me mantuve firme, cogí la camioneta y me fui directo a ver el bosque petrificado de banano a orillas del río. No me lo quitaba de la cabeza. Desde un apocalíptico mirador iluminado por un sol resplandeciente, tras quemar mis últimas hebras de marihuana, mi retina archivó para siempre el inspirado trabajo del Aguán asesinando el norte de Honduras. Allí imaginé el barrunto del agua encabritada en la inmensidad de aquel valle y mi piel imitó la de las gallinas. Sentado a su sombra, delirios del cannabis, le pregunté a un guanacaste, dueño solitario de aquella atalaya, si no se le habían encogido las ramas al contemplar semejante apocalipsis. Yo no habría resistido tantos días impávido ante aquella visión. Pero, claro, no soy un guanacaste. Me froté los ojos, estaba demasiado ciego.

Abajo, junto al cauce, varios empleados limpiaban ya los campos. Arrancaban los troncos ennegrecidos días antes por la corriente salvaje del Aguán para depositarlos en remolques de tractor que avanzaban entre las tétricas hileras de banano. El escenario perfecto para una película de terror. Una cuesta de grava enlazaba la plantación con las casas de la colonia. Me subí a la camioneta y descendí sin que nadie me pusiera una sola objeción. Los peones me saludaban, tomándome, quizá, por un ingeniero. Atravesé el campo entre las plantas, avanzando por las embarradas calles de bananos hasta la orilla del río. Allí me fumé un cigarrillo pensando en cadáveres. Todavía circularían decenas, centenares incluso, por aquella corriente marrón, algunos enterrados en su lecho, atrapados entre ramas, partidos en pedazos por alguna roca afilada. Visualicé en mi mente cuerpos hinchados asomando entre las aguas y el mío se estremeció presa de un temblor interno. La marihuana dispara las intuiciones. Suspendido mi espíritu ante la visión del Aguán, completamente intoxicado, sentí la plena lucidez y mi vida entera pasó ante mis ojos. Comprendí todo en un segundo. Me tenían demasiado cerca como para no venir a buscarme. Íbamos a tener visita. Ante el cauce enlutado y corrupto del río lo tuve claro: más muertos en el río no extrañarán a nadie.

A unos metros de la orilla, los operarios se esmeraban en tareas de limpieza. Motosierra en mano, un grupo de peones dismantelaba toda una fila de bananos, una grúa los depositaba sobre el remolque de un tractor y se los llevaba del campo C por la cuesta de grava. Acabé el cigarrillo y retomé mi conducción entre bananos para darme cuenta de que la camioneta del amigo exguerrillero de Julio no era lo que

aparentaba. Lo supe yo al quedarme atrapado por primera vez en el barro y lo supo el vaquero que casi destroza a su caballo intentando desbloquear el vehículo.

—¿No es 4x4?

—Pues, por lo visto, no —repuse en un susurro. Creo que el vaquero no llegó a escuchar mis palabras—. Parece 4x4, ¿verdad?

Me sentí el chele más idiota sobre la faz de la Tierra. Llevaba dos días conduciendo aquella *pickup* y, de pronto, ya encallado en el barro, me daba cuenta de que no era todoterreno.

—Mejor ándese con cuidado, entonces, señor —me aconsejó con amabilidad al despedirse.

No le hice caso. Seguí dando vueltas, evitando las hileras más resbaladizas, y me fui alejando de los peones. A lo lejos, el cielo comenzaba a encapotarse, me sentí cada vez más atrapado, indefenso. Lo hice de nuevo. La camioneta quedó colgada en el aire sobre un enorme tronco de banano. Intenté desatracarla en vano, miré alrededor: nadie. Comencé a sentir la presión en mi vientre y el cielo cada vez más negro; sudaba, mi corazón parecía una locomotora, oscureció como si se hubieran fundido los plomos del día, empezó a lloviznar, empujé un poco más, y nada. A lo lejos, los peones abandonaban la plantación, salí gritando desesperado hacia ellos y me detuve, no habría conseguido llegar. Me oculté detrás de la furgoneta y allí sentado, con mis pantalones por los tobillos, arreció la lluvia. Sonaban truenos a lo lejos e imaginé una inmensa ola que me arrastraba por el cauce reventado del Aguán. El síndrome del *Mitch*. Terror a la lluvia. Con una hoja de banano me limpié como pude y corrí en busca de un tractor que abandonaba la plantación. Era el último, los demás enfilaban el camino de grava hacia la salida.

—Pero ¿de dónde salió usted, señor?

El hombre no entendía nada. Me siguió hasta la camioneta de Gustavo, examinó la situación y ató una cuerda a la bola de remolcado. Por supuesto, tuvo que decirlo.

—¿No es 4x4?

Negué con la cabeza.

—Debería andar con más cuidado por estos lados, señor —me dijo, y se subió a su tractor. No pude evitar un suspiro.

—Mejor me arrastra hasta la grava —le grité, entre los rugidos de su motor—. Ya es la segunda vez que me pasa, ¿sabe?

Es lo que hizo. No se lo agradecí lo suficiente.

Julio se moría de la risa al escuchar mis aventuras a orillas del Aguán. No dejó de recordármelo mientras estuvimos juntos. Tan solo un día más.

Hasta aquí llega mi relato. No seré yo quien revele el final de esta historia. Hace medio año que no veo a Julio. Dos meses atrás le envié a casa de su madre esta narración inconclusa solicitándole permiso para rematarla. Solo espero a que me responda para concluir estas páginas y confesar mi último crimen.

En este lugar apartado de todo, el silencio de Julio me martiriza. Le doy vueltas a

la idea de abandonar mi aislamiento, regresar a Centroamérica, saber de él, salvarlo de nuevo de lo que sea que deba de ser salvado esta vez. Desde hace días el sueño me es esquivo; lo recuerdo muerto, semienterrado en un inabarcable cementerio a cielo abierto; lo recuerdo resucitando, abriendo los ojos, regresando con los vivos; lo recuerdo dormido, buscando entre sus fantasmas un motivo para retomar su vida.

—¡Escribilo todo, Miguel! ¡De verdad, contalo todo! ¡Pero todo! —Me exigió ante la puerta de la casa de su madre.

Es lo que he hecho: recordarlo todo. En este refugio me he despojado de mis recuerdos. Me siento mejor. Desahogado. Solo no pude escribir el final; es demasiado peligroso.

Mi patrona golpea la puerta. En este lugar se habla otro idioma que no me ha resultado difícil comprender. El cartero trajo un grueso sobre sin remitente. Es la primera correspondencia que recibo y ella se sorprende. No tanto como yo. Abro la puerta, la mujer sonríe, sus ojos verdes, que no sus gruesos labios, me apremian a rasgar el paquete que me acaba de entregar. Es una hembra fornida, piel aliñada a base de mar y sol, a la que echo unos cuarenta años y ciento cincuenta kilos, si bien la apariencia de los nativos es siempre engañosa. Nos hemos comunicado poco desde que soy su inquilino. Así es la gente aquí, saben leer al prójimo y son discretos con los extranjeros misteriosos. Solicito intimidad y ella asiente con la cabeza.

—Me alegro de que alguien piense también en usted —me dice en su lengua con una leve reverencia, mientras la puerta se cierra.

Sentado sobre la cama abro el sobre: decenas de páginas anilladas escritas a máquina que miro sorprendido. Hay una carta.

Querido Miguel,

Nací bajo un jodido temblor, encontré una profesión por la maldita guerra y un huracán me convirtió en un hombre. ¿Sabés quién soy? El que te lo debe todo, mi hermano. No sabía cómo pagar la deuda que contraje con vos. Ya te ofrecí parte de mi plata antes de despedirnos.

—La necesitarás vos, Julio —me dijiste sin alterarte un segundo al descubrir que cincuenta mil dólares viajaron con nosotros desde Managua hasta Coyoles.

Así que no más se me ocurrió que te gustaría leer la otra parte de tu historia, mi historia. Te la debo, pues.

¿Sabés quién vino de visita hasta Coyoles? El inspector Morales. Sí, mi hermano. Resultó ser un jodido perro de presa el maje. Y no me resistí. Se acabó la corredera para mí. Estoy preso, pues.

Me la pasé aburrido acá hasta que mi mamá me hizo llegar tus papeles. Escribir con una sola mano es jodido, lento, hermano; cómo echo de menos mi brazo izquierdo. Ni modo. Te cuento acá todo lo que nunca te conté. Así fue que lo viví. Así te lo agradezco todo, pues. Verás que me lancé de viaje hasta el final. Sí, tenía que hacerlo; ya que me puse a confesar, mejor vomitarlo todo. Aquí lo tenés, hermano,

vos verás lo que hacés con ello.

Como te digo, estoy preso, sí, pero me siento más libre que nunca. La guerra, ya, por fin, se acabó para mí, compadre. No hay falla. Es lo justo pagar un precio.

En fin, hermano, ya no me enredo. Leelo y contame. Más que escribirlo, me lo arranqué, me salió de los adentros. Me liberó. Más, incluso, que al vivirlo.

Te quiere en putas.

Julio

P. D.: Y contame de tu barba, compadre.

A través de la húmeda y salada cortina que ha empezado a desenfocar mi mirada examino el grueso manuscrito de papel reciclado gris. Me seco las mejillas y leo a Julio.

Yo soy Julio García Baltodano. Ese es mi nombre, mi verdadero nombre. Quiero dejarlo claro antes de proceder a contarle todo. Sí, todo. Lo primero, la resurrección, el día más importante de mi vida. Viernes treinta de octubre de mil novecientos noventa y ocho. El mundo parece que se nos fuera a venir encima...

XXIV

Ya estoy aquí, en casa de mi mamá. Me siento en paz con el mundo. El mundo, sin embargo, ¡qué jodido!, no parece estar de acuerdo.

Hará ya una hora que Miguel se fue para Olanchito, a mirar si las monjas ocupaban una mano más para el reparto de la ayuda. Pensé que tardaría, pero poco antes de las once escucho el frenazo de la camioneta en la calle y lo veo entrar apurado en la casa. Mi mamá prepara el almuerzo, los muchachos andan en la escuela.

—Los he visto, Julio, a los vascos, ya están aquí. Vendrán, dentro de cinco minutos, treinta, una hora, dos. No lo sé. No van a tardar. Dejé que me vieran, ¿sabes?

—¿Cómo decís? —No me lo puedo creer—. Miguel, si les sucede algo a mi mamá o a mis hermanos, sos hombre muerto.

—Que no, Julio. Escucha, es mejor esperarlos. Dile a tu madre que se vaya a la casa de algún vecino, la que quede más alejada, y cuéntale lo que sea.

—Ya la mentí bastante. Prefiero contarle la verdad.

—Lo que tú quieras, pero que se vaya.

Le cuento la verdad a mi mamá, que vienen a matarnos, a los dos.

—No hay tiempo para explicaciones, mama. Tenés que salir ya de la casa.

—¿Qué hiciste, mi hijito?

—No hay tiempo, mama.

—¿Quiénes son?

—De la ETA. Nos buscan porque nos negamos a matar. —Quizá nunca vuelva a verla y no puedo despedirme—. Pero andate ya, mama, no hay tiempo te dije.

—Después de tantos años, ¿viniste para esto?

Mi mamá desea llorar, pero se contiene. Está cargada de razón.

—No dejés que se acerquen los niños cuando salgan de la escuela. —Le digo—. Que no sospechen nada. Confiá en mí. Por primera vez en mi vida intento hacer lo correcto.

—¿Lo correcto? —Se muere por lanzarme la gran putiada. «Ahora no, mamá. Se acabaron los reproches», le dicen mis ojos—. Va pues, ya me voy, hijo. No entiendo nada, pero me voy. —Antes de llegar a la puerta se detiene—. Aguarda. —Entra en su habitación y al salir me da un revólver y una caja de balas—. Por si acaso.

La veo desaparecer calle abajo. Solo deseo volver a verla.

—Ellos han visto la camioneta —me dice Miguel—, pero no saben que yo los he visto. Dejémosla aparcada ahí fuera, la puerta de la casa abierta, y los esperamos dentro. ¡A ver quién se caga ahora!

No es el mejor momento, pero me da la risa. Me gusta joder a Miguel con lo de sus apreturas junto al Aguán. Al maje casi se le paró el guacho cuando ayer le agarró la lluvia entre el banano.

—Ríete todo lo que quieras. Te diré lo que estoy pensando. ¿Sabes dónde vamos a echar sus cadáveres? Al río. Lo pensé poco antes de mostrar mi culo a los bananos. —Me hace reír de nuevo. ¡Solo mate es el jodido!—. Los tomarán por víctimas del *Mitch*. Llevarán silenciador, supongo, así que, si los desarmamos y los matamos con sus propias armas, incluso aunque sean cheles, nadie se dará cuenta de nada. Ellos los primeros. —Ahora el que se ríe es Miguel. Carga las balas en el revólver de mi mamá —. ¿Has matado alguna vez a alguien con tus propias manos?

—No, nunca, siempre con bala.

—Yo tampoco. Mejor será dispararles. Por mis huevos que llevan silenciador. No pueden ser tan estúpidos. Arriesgan mucho, ¿sabes?, aunque no tanto como si lo hicieran en Nicaragua. Porque allí tienen refugiados. Está hasta la verga de refugiados, en realidad. Si me mataran con sus manos comprometerían el estatus de todos ellos. Por eso te contrataron. En Honduras, sin embargo, no tienen ese problema. ¿A quién se le ocurriría refugiarse en Honduras?

Miguel me sorprende, pensó en todo el maje.

—No jodás, hermano, veo que le diste bien a la craneadera. Parece como si vos fueras el mismísimo jefe de la ETA esa, ¡no jodás!

Nos reímos, pero ya pasó la hora de los chiles. La casa de mi mamá es un largo corredor que parte del *living* con habitaciones a los lados. En primer lugar, a la derecha, la de Búster, que ocupé yo durante tantos años, frente a la de Grétel, a la izquierda. La de mi mamá queda al fondo, opuesta a la cocina. Vamos hasta allá y elegimos un par de cuchillos, los más grandes.

—De los de matar, Julio —especifica Miguel con su voz de documental—. Con un solo brazo te será más difícil, así que tú, lo primero, le clavas el cuchillo. Soltará el arma, ya verás.

Miguel bota una cobija en el suelo del pasillo y, al fondo, contra la pared, apoya un espejo que agarramos de la habitación de Grétel.

—La cobija para no manchar y el espejo para despistarlos. —El maje se ríe, no me lo puedo creer, vamos a sorpresa por segundo—. Los distraerá, nada más. Un pasillo se ve muy distinto con un espejo al fondo.

Mi compadre también piensa en mi brazo, por eso yo me quedo en mi habitación, la de Búster pues, a la derecha, al inicio del pasillo. Desde este lado puedo girar con facilidad la cutacha hacia los vascos. Por ser un mutilado se me adjudica el primer golpe; para que Miguel me cubra si los majes reaccionan feo.

—Estaré a la altura —le digo.

Miguel se coloca en la habitación de Grétel, la segunda puerta del corredor, del lado izquierdo, unos centímetros por detrás de mí.

—Y ahora a esperar —me dice, su cabeza asomada, la puerta principal a la vista.

Pasamos largo rato en silencio. Aprovecho y, olvidando mi arrechura con Dios y el Minguito, me lanzo una plegarita desjuiciada. Que estos sean los últimos muertos de mi vida, ¡Señor! Con mi ficha, mejor no me hago ilusiones. Soy como los del cine,

el asesino al que no permiten el retiro.

—Miguel —susurro desde el otro lado del corredor—. ¿De viaje eran ellos?

—Ciento por ciento. —Miguel también susurra—. Cuando llegué al convento sor Maite me dijo que dos vascos habían preguntado por nosotros. ¿Un chele y un tipo con un solo brazo? Les dijo que no.

—¿Mintió por nosotros la hermana?

—Eso mismo le dije yo. —Se ríe Miguel—. ¿Sabes qué respondió?: «La mentira en sí misma no es pecado, hijo mío. La inocencia absoluta no existe en este mundo. Si algo aprendí en todos estos años de misión fue a apreciar la inteligencia. Anda, ve, no dejes que le ocurra nada malo a esa familia, ya tuvieron bastante». —Me mira. Mi gesto resignado no requiere más explicación—. Esa monja debe de ser de Corleone, hermano. Nada se le escapa —bromea Miguel—. ¿Sabes una cosa, Julio? La noticia no me sorprendió, su presencia, la de los vascos, quiero decir. Ya te dije que vendrían. Me subí a la camioneta y me puse a manejar encogido en el asiento, circulando con mil ojos, que no me vieran ellos a mí antes que yo a ellos. Casi atropello a un niño por no mirar al frente. Me detuve en un cruce para ceder el paso a un camión, ya iba a pasar y, de pronto, ahí estaban. A una cuadra, los cheles apostados en una esquina se disponían a fumarse un cigarrillo. Marlboro, me juego el cuello. Estaban un poco lejos, pero a los vascos se nos distingue a varias millas de distancia. Y a estos, ni te cuento, Julio. Visten todos igual. Hombres y mujeres. Como clones, no me jodas. Ya te digo, hablan de identidad común porque carecen de personalidad individual. —No entiendo muy bien la plática de Miguel, siento que se me escapa alguna ironía encerrada en ese enojo suyo—. En fin, ahí fui. Pasé por delante de ellos, pero sin mirar, solo para que me vieran a mí y a la camioneta. Ahora nosotros tenemos la iniciativa, una ligera ventaja.

Me tranquiliza ver así a Miguel, como si a los dos vascos que esperamos ya les llovieran las moscas. Desde la calle nos llega ruido de pasos que pisan la tierra y el rumor de una plática. Saco la cabeza, Miguel ya vigila el pasillo.

—Hondureños —susurro.

Los pasos y las voces pasan de largo y se pierden. Miguel revisa el cargador del revólver de mi mamá. Hace girar el tambor.

—¿Tenés ganas de matarlos? —La pregunta me viene de pronto a la mente, solo de ver a Miguel. Él no se sorprende—. ¿Te dejarán tranquilo después de esto?

—Quizá me dejen en paz, no lo sé. Son muy cabezotas. Son vascos. Y estos más, solo les falta levantar una piedra de trescientos kilos y girarla alrededor del cuello. —No entiendo lo que dice Miguel, que eleva el revólver a la altura de su cabeza, cierra un ojo y apunta hacia la puerta—. Tengo ganas de matarlos, Julio, sí. —Otra vez su tono de documental—. No soporto la idea de que alguien quiera ejecutarme.

—Eso se llama defensa propia —le digo.

—Quizá. Matar etarras, de todos modos, no está muy mal visto en mi país. Pero da igual, Julio, la cuestión es que voy a matarlos.

Nos miramos y hacemos a la vez el gesto de se ruega silencio. Debemos escuchar la calle: canto de pájaros, berridos de chavalos que juegan a lo lejos, murmullo de un televisor y, entre toda esa calma, un motor diésel que viene hacia nosotros. Se acerca despacio, muy despacio; se detiene, se abren las puertas, se cierran, sonido de pasos. No escuchamos nada más. Pasa un rato, quizás un minuto, dos; una marcha que entra y el vehículo que mete la reversa un largo trecho, puede que hasta el final de la calle.

—Muy bien, ya saben dónde estamos —celebra Miguel—. Tardarán un rato en venir. Nos han localizado, ahora alejan la camioneta y trazan un plan. Siempre necesitan un plan. Y más aquí que es territorio ajeno. Nunca actúan en territorio ajeno. Es toda una deferencia que tienen con nosotros. ¡Qué honor!

Me sorprende el cinismo de Miguel. Me gusta. Me ayuda a manejar esta angustia de enfrentar a dos asesinos solo con un brazo. Intento pensar: en las películas, cuando a uno le clavan un cuchillo nunca suelta el arma. O sí. ¡No lo sé, carajo! Confío en Miguel, parece más fiable que el cine.

—A mis víctimas siempre les ofrecía la posibilidad de lanzarse una última plática. —Hablo en voz baja, más para mí que para Miguel—. Casi todos desaprovechaban la oportunidad de trascender, ¿sabés? No sé, decir algo elevado, pues. —Busco en mi memoria alguna frase que mereciera la pena rescatar, no recuerdo—. Igual era una estupidez. Los rituales te dan seguridad, parecéis más duro, ¿me entendés?

—Puede ser, pero a estos, Julio, no les podemos dejar decir ni pío, ¿entendido? Se creen que tienen más cojones que nadie. Es esa cosa de la boina. Les aplasta las ideas.

Miguel me pica un ojo y sonríe. Para liberar tensiones, supongo. La muerte, el asesinato, el dolor, la frustración, la tortura, ante cosas así también puede uno reírse. Siempre ayuda. Miguel atribuye sus últimas frases a un tal Pepe Carvalho y me dice que se le quedaron grabadas hace años cuando leyó *Asesinato en el comité central*. No sé qué le dio de pronto al maje que se me puso a platicar de vascos y literatura.

—¡No fregués, Miguel! Platicás cosas bien raras sobre los vascos para ser vasco vos. Me vas a disculpar ahí, compadre. De viaje, no entendí ni verga.

—Discúlpame tú, Julio. Deben de ser los nervios. Algún día me gustaría vivir en un lugar donde no hubiera vascos. ¿Será eso posible? No me jodas, están por todas partes. —A punto está Miguel de lanzarse la carcajada, cuando cruje la madera del porche y nos llega a los oídos el chirriar de la puerta de entrada—. ¡Psss! —me chista Miguel y, en un susurro, añade—: Ya. —Cierro los ojos, suspiro, imagino la cutacha rasgando carne de vasco—. Abre bien los ojos, Julio —me advierte.

Miguel se coloca de pie ante la puerta de su habitación, la de Grétel, cuchillo en alto. Escucho pisadas con lodo, el sonido húmedo de las suelas. Que no le manchen el piso a mi mama o los mato. Me mata ella a mí. ¡Jodidos vascos! Si no me matan ellos ya me veo pasando el mopeador. Avanzan, deben de estar confiados. Son dos, no hay duda. Están casi encima. El filo de la cutacha brilla en mi mano a la altura de mi cintura. Planeo un giro completo hasta su estómago. Primero llegan sus sombras. Los imagino mirándose al espejo, sonrío, y la nariz de un vasco que asoma.

—¡Por curiosón!

Mi brazo gira, está en forma, y el cuchillo lo atraviesa todo limpiamente a su paso, la carne que se desgarrar. Miguel tenía razón, al vasco se le cae la pistola, pero antes de caer él le da tiempo de agarrarme del muñón de mi brazo herido. ¡Hijueputa, eso me dolió! Su compañero me mira asustado, eleva su arma con ambas manos, pero mi compadre emerge como fantasma desde la otra habitación para patearle el brazo. Suena un zumbido seco. Al fondo del corredor, el espejo de mi madre se quiebra en pedacitos. Ahora las dos pistolas vascas están en el suelo. Mi Beretta ya encañona a los majes. Miguel recoge las armas: HK USP 9 mm con silenciador, como dijo mi compadre. ¡Se cuidan los jodidos vascos! Tenemos uno herido que se desangra sobre la cobija y otro aturdido quejándose como chavalito de la muñeca. Por suerte, no hay manchas de sangre en la pared.

—¡Sobre la manta! —le ordena al segundo—. ¿Quieres escuchar sus últimas palabras, Julio?

Son los dos que trataron con Ramírez. Sus caras no dicen nada. No hay expresión, no hay emoción. ¡Y qué es la onda con estos majes! Parece como si todo les valiera verga. Son duros los hijueputas. Le dicen algo a Miguel en una lengua que no entiendo.

—¿Qué hablan?

—Es euskera, vasco. Primero me han maldecido, luego me han amenazado. Si eso es todo lo que tienen que decir, mejor será que los matemos ya. —Miguel extiende la cobija todo lo posible—. Si le manchamos el piso a tu madre, nos mata —me dice, más frío que la conciencia de un político.

—¿Querés hacerlo vos? —le pregunto a Miguel; su dedo ya acaricia el gatillo de la HK—. Por mí no hay falla, compadre, de plano le andarás más hambre a los majes, no te me quedés con la pica.

Miguel no contesta, en un segundo el silenciador separa las cejas del vasco ileso, un disparo a boca de jarro y cae como bloque de concreto sobre la cobija. El herido observa el cadáver de su compadre, ni se inmuta, nariz de perro el vasco este, se le mira como preparado a correr la misma suerte, quiere hacernos saber que la muerte le vale verga. Reta a Miguel con los ojos. Me lo aleccionaron bien, ¡no jodás! Sienta lo que putas sea que siente el etarra este, de plano lo siente bien adentro, pues. Miguel también lo siente muy adentro, lo de darle chicharrón al vasco, digo. Aprieta el cañón silencioso contra su cráneo, y el maje, pese a la herida en el estómago, encuentra fuerzas para empujar. Su piel se tensa contra el metal y suena el disparo. Seco.

Nunca me sentí de este modo después de matar a alguien, bueno, sí, a Álvarez Martínez. Es extraño. Por primera vez en años pienso en las razones que me llevan a matar. Me reconforta. Hasta que miro las manchas de sangre que deja el segundo vasco en la pared. Ni modo, con dos fiambres en el piso bastante nítido quedó todo.

Miguel no quiere perder tiempo. Me pregunta por mi brazo, vio mi gesto de dolor, le digo que todo tuanis y me pide otra cobija y bolsas de basura para los fiambres. Por

suerte él sabe cómo hacer. Yo nunca precisé desaparecer un cuerpo. Les vacía los pantalones: las llaves del auto, las carteras cargaditas de retratos del Benjamin Franklin, papel de fumar, una bolsa de monte y Marlboro. Tenía razón el jodido.

—Ustedes los vascos, por lo visto, son todos viciosos.

Miguel se ríe, huele la marihuana y me da la razón.

—Estos nunca usan tarjetas de crédito —dice al contar la plata—. Deben de tener los pasaportes en el coche. —Mira su reloj—. Faltan cinco horas para que oscurezca. Hay que guardar los cuerpos hasta la noche.

Intento aportar algo, me siento principiante.

—En la tina de la camioneta hay una lona —sugiero—. Cubrámoslos hasta entonces.

La lluvia repiquetea sobre el techo de la casa. Miguel aprueba mi idea. Sale a la calle y atraviesa el vehículo ante la fachada.

—Despejado, Julio. Parece que están todos almorzando.

Acercamos los bultos hasta la puerta. Compruebo que no gotean, tampoco hay gotas de sangre en el piso. No más lamento el espejo roto. Subimos los cadáveres a la tina a toda verga, los cubrimos con la lona y Miguel vuelve a estacionar en paralelo a la casa.

—Voy a buscar su camioneta. Espero que sea de tracción.

—¿Y eso?

—No quiero tener que limpiarme otra vez el culo con una hoja de banano. —Me mira con el labio torcido, un guiño define lo que somos: hermanos, cómplices, esas cosas, pues—. Puede que tarde, voy río arriba a buscar un buen vertedero para esta basura.

Limpio las manchas de sangre en la pared y pienso en mi suerte. Es extraño, acabo de cometer un crimen y aquí ando, más tranquilo que una vaca. ¡No jodás! Tuve que casi morir para sentirme vivo. Se acabó la corredera. Acá me quedo, con mi mamá, mi familia, Rodolfo. No sé qué será de Miguel. Me gustaría contarle toda mi vida. Ahorita ando cansado. Miro el corredor de la casa de mi mamá, se ve bien chainiadito; ni el jodido Colombo diría que acá no más unos minutos atrás dos majes colgaron los tenis.

Miguel regresa al poco de caer la noche, caminando.

—Recogí el espejo, lavé los cuchillos y puse las pistolas de los vascos en una bolsa.

—¿Puedes manejar con una mano? —me pregunta.

—Tal vez, pero muy al suave.

Subimos a la camioneta, la arranco y llego sin problemas hasta la pavimentada, al final de la calle de mi mamá. Giro hacia la izquierda y avanzo unos metros hasta una camioneta que me señala Miguel.

—¿Es de tracción?

Miguel se ríe y asiente. Que lo siga, me dice, irá despacio. Tomamos la

pavimentada durante un rato, quince, veinte minutos, no sé bien. Nos adentramos por un camino de grava y cambiamos a los vascos de camioneta. Ocultamos la de Gustavo bajo unos árboles. Con el otro vehículo seguimos unos metros y giramos hacia el río por una pista de tierra enlodada. Necesitamos la tracción hasta llegar a pocos metros del Aguán. Río abajo brillan algunas pocas luces en Coyoles Central.

—Aquí el río es profundo —asegura Miguel.

Les retiramos las cobijas, las bolsas de basura y arrojamos los cadáveres a la corriente espesa del Aguán. Nos despedimos de ellos con la mano mientras flotan camino del Caribe. Miguel abre la bolsa de las pistolas.

—A ver quién llega más lejos. —Me da una—. Tú por ese lado, yo por este.

Escuchamos el chapoteo de las armas.

—Y ahora, lo más jodido —dice Miguel.

Se sube a la camioneta, retrocede unos metros, acelera y, con la puerta abierta, lanza el vehículo hacia el río.

—¡Miguel! —No lo vi saltar, está oscuro—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí. Mira.

La camioneta se hunde lentamente. Es la cena del Aguán. Esta noche el río dormirá tranquilo. Nosotros también.

—Queda una última cosa, Julio. Tú dirás.

—¿Qué cosa? ¿Qué falta?

—Tu Beretta. ¿No quieres deshacerte de ella?

Siento vértigo ante la propuesta de Miguel. Esa pistola me lleva acompañando casi media vida.

—¿Nadie va a echar de menos a esos dos? ¿Y si les da por enviar a más vascos locos de esos? Igual dejaron un rastro los majes.

—Me buscan a mí, Julio, te lo prometo. Estás a salvo.

—Ya. ¿Y así tan fácil, entonces? ¿Lanzo la pistola al río y se acabó?

—Es el primer paso, desde luego, Julio. Tan sencillo como eso.

Me cuesta tres amagos y medio lanzar la Beretta al Aguán. Una contracción interior la retiene en mi mano. Le pido a Miguel que lo haga por mí.

—Tienes que ser tú. Es parte de la terapia.

—No jodás, Miguel, ahorita resultó que también sos loquero vos.

La risa es curativa, la carcajada libera mi brazo, mis dedos, que lanzan la Beretta al centro del Aguán. Un chapoteo, eso es todo.

—¿Qué tal, Julio? ¿Mejor?

—Mejor, mucho mejor. —Siento mis músculos tremendamente relajados—. Gracias, Miguel. Te debo demasiadas cosas.

—No te preocupes, Julio. —Hace una pausa maliciosa—. Ya me pagarás. Me han hablado maravillas de esas nalguitas nicas.

—Idiay, jodido. ¡Sin vulgareos, pues!

Las carcajadas de Miguel atruenan en la oscuridad casi absoluta del valle del

Aguán. Es el final de esta extraña sesión de terapia. Sí, terapia, porque a los dos nos sentó bien este crimen. Es evidente, sí, aunque subamos queditos la pista de lodo que nos lleva de regreso a la pavimentada, pisando con cuidado, dándonos por momentos la mano.

—Si querés seguir vivo, Miguel, mejor te limpiás bien los zapatos para entrar en la casa de mi mamá —le digo al pisar el asfalto.

—Supongo que eso va por ti también, ¿no?

Nos reímos juntos otra vez, quizá sea la última, mientras nos acercamos a la camioneta de Gustavo.

—¿Qué piensas hacer ahora, Julio?

—Lo primero, fumarnos un churrazo con ese monte de vascos muertos. —Ya lo dije antes, la risa libera tensiones. Siempre ayuda—. Después: descansar, pienso descansar hasta que me canse. Ayudar a mi mamá, jugar con mis hermanos, visitar a mi sobrino en La Ceiba, visitar a Rodolfo y a los muchachos en San Pedro. Probaré por unos meses a llevar una vida normal. Para mí se acabó la corredera, hermano.

—No es fácil vivir con identidad falsa, Julio. Te lo dice un experto en la materia.

—Jodido Miguel. Vos debiste de ser un combatiente encachimbado. No se te escapa nada, bróder.

—¿Ya pensaste en presentarte a la justicia? Hubo una amnistía, tus camaradas se acogieron a ella. ¿Por qué tú no? Podría salir bien. Vivir en paz. No solo por ti, también por tu madre y toda esa gente que mencionas. ¡Ojalá yo pudiera!

—No lo sé, Miguel. Lo pensaré, hablaré con los muchachos para ver cómo le hicieron. Y vos, ¿qué pensás hacer? ¿Dónde irás?

—A Sula. Alguien tendrá que devolverle a Gustavo la camioneta, ¿no? Porque tú, solo con una mano, no llegas ni a Olanchito.

—¡Andate a la verga, jodido! Decime, ¿dónde te irás vos? ¿Dejarás de esconderte algún día?

—Eso espero, Julio. Algún día se olvidarán de mí y volveré a visitarte.

Nos abrazamos con fuerza a orillas del Aguán. Su barba roza mi cara.

—Deberías rasurarte vos —le digo al maje de jodedera—. Esa mierda le deja a uno el rostro en carne viva.

Miguel se pasa la mano por la cara, la idea lo agarró silbando en la loma. Me da la razón con sus ojos y se ríe.

—Tú lo que quieres es ver si me parezco al tipo ese de la foto, ¿verdad?

—Ni lo pensé, hermano. Pero sí, cómo no. Eso de la barba es como una jodida máscara.

Los dedos de Miguel se pierden bajo el tupido manto peludo y asiente con la cabeza.

—Muy bien, en cuanto lleguemos a casa de tu madre. —Lo dice y apoya su brazo sobre mi hombro—. Y tú, prométeme que mañana irás al hospital a que te miren la herida. Hemos andado demasiado ocupados entre ayer y hoy, pero necesitas que te

miren ese brazo. —Se lo prometo—. ¡Vámonos! Hay gente aquí que tiene que madrugar.

Mi mamá nos espera en la puerta de la casa. Su mirada me cuenta que lo sabe todo: que acabo de cometer un crimen, uno más. Por eso agradezco como brisa matinal su abrazo, el más intenso de mi vida. Me besa y me ordena sentarme a la mesa, repleta de comida. Apenas escucho la voz de Miguel anunciando que necesita un buen baño. Mi mamá ni lo miró al entrar.

—Solo se quedará una noche más. Se marcha en la mañana, bien temprano, mamá.

Grétel y Búster se quedaron donde sus amigos, así tendremos una habitación para cada uno. Cenamos en silencio, su mano se agarra a la mía a cada poco mientras al fondo de la casa resuena el agua de la ducha. Dentro de unas horas Miguel ya no estará con nosotros, a mi lado. Será extraño. Aunque más extraño se me hace cuando lo miro salir como un fantasma del baño. Sin la barba se mira igualito a la fotografía, el pelo alrededor de sus labios detuvo el paso del tiempo.

—¡Y qué es la verga, compadre! Pero si sos un chavalo.

—Ya ves, Julio, ni yo mismo me reconozco. Por lo visto, Nicaragua no ha conseguido envejecerme.

Nos reímos juntos por penúltima vez. A carcajadas. Acabamos de matar a dos hombres y nunca me sentí tan tranquilo.

Antes de dormir, salimos al jardín trasero de la casa de mi mamá y nos lanzamos nuestro último batazo juntos. La marihuana de vascos muertos es poderosa. Miramos al cielo en silencio, aspirando el humo sin prisa, fascinados ante la visión de las estrellas.

—Después de tanto nubarrón hijueputa llegué a pensar que nunca más vería de nuevo algo así.

Todo me pesa mientras le platico a Miguel.

—Ni yo, Julio, ni yo. Pero ahí están. Ahí siguen. Y ahí van a seguir.

Miro a Miguel, que me mira. Las carcajadas revientan la quietud de la noche. Sí, de viaje. La marihuana de vascos muertos es poderosa.

En mi habitación, la de Búster pues, retiro la venda que cubre mi hombro, observo la amplia extensión de tejido cicatrizado y pienso en el jodido huracán *Mitch*. «Para resucitar», me digo, «no necesitás estar muerto». Me río a solas sentado sobre la cama y me tumbo. Duermo como un niño en el mismo colchón que usaba cuando era un niño. Es más, no dormía así desde que era un niño.

Nota del autor

Hay un refrán que contrapone imágenes y palabras, subrayando la diferencia de recursos que unas y otras precisan para causar impacto. Oí esa sentencia repetidas veces durante los días, allá por octubre de 1998, en los que la inabarcable nube del huracán *Mitch* cubrió Centroamérica. Yo enviaba a Madrid crónicas diarias —al periódico *El País*, con el que había empezado a colaborar un mes antes—, contando lo que veía, esforzándome por trasladar al papel los escenarios y vidas desoladas que me cruzaba por el camino. Ese era, y sigue siendo, una parte clave de mi trabajo: aspirar a diluir la distancia entre una única imagen y las palabras capaces de reproducirla; bastantes menos de mil, a poder ser.

Escribí sin parar sobre el *Mitch* durante más de dos semanas, si bien, después, a lo largo de varios meses, no dejaron de surgir noticias relacionadas con la catástrofe que enviaba a la *Edición América* del rotativo mencionado, donde eran siempre bien recibidas por Javier Moreno, mi editor en aquellos días. Escribía y, al escribir, acumulaba visiones, reflexiones, sucesos, situaciones, amarguras y personajes que, sin ser completamente consciente de ello, iban quedando incrustados en mi cerebro.

Un año después, tras conocer a Priscila, mi gran compañera y esposa, fijada mi residencia en Brasil, sentí que ya había pospuesto mi sueño de escribir una novela demasiado tiempo. Las imágenes y las palabras de los días del *Mitch*, sin embargo, se mantuvieron agazapadas en algún recóndito rincón de mi memoria, mientras iniciaba historias crudas, ambientadas en algunos de los distintos escenarios de mi vida, desde Bilbao a Río de Janeiro, pasando por Londres, cuyo desarrollo se topaba de forma recurrente con callejones sin salida. Busqué así, durante años, en vano, un relato en mi interior al que mereciera la pena dedicarle todos mis esfuerzos.

De regreso en España, el suplemento *Tentaciones*, una de las publicaciones gracias a las cuales pagábamos el alquiler en nuestros primeros años en España, me encargó un reportaje-entrevista que mostrara lo que al músico Nacho Mastretta le gustaba hacer los sábados por la noche. Resultó que Mastretta no era, precisamente, un modelo de noctámbulo, así que, en lugar de seguir la ruta fijada por la redactora-jefe, más interesada en las recomendaciones de siete garitos que en el propio personaje, el músico y yo nos pasamos la noche charlando, visitando apenas tres locales. Le referí a Mastretta, entre otras cosas, mi peripecia en Nicaragua y, aunque tras aquel encargo nunca volví a escribir para *Tentaciones*, su reacción convirtió aquel encuentro en uno de los puntos de inflexión de mi vida. «¡Joder! Deberías escribir una novela sobre eso —me soltó con vehemencia—. Yo me la leería». Empecé al día siguiente.

Seguí, inicialmente, su consejo al pie de la letra, narrando el día de mi llegada a Managua para proseguir, de forma cronológica, con episodios personales ambientados en *La Tribuna*, el diario local donde trabajé mis primeros nueve meses allí. Desarrollados varios capítulos, sin embargo, entendí que no debía, al menos en

aquel entonces, proseguir por ese camino. La cuestión no era escribir mi biografía, sino una novela. En todo caso, quemar esa etapa fue para mí de una importancia capital.

Así anduve, dándole vueltas al asunto, reescribiendo, repensando, hasta que, pasados ocho años desde la devastación del *Mitch*, la memoria del huracán acudió en mi ayuda. Revisando mis crónicas de aquellos días releí un reportaje donde narraba el viaje que realicé entre Managua y el norte de Honduras, junto a un amigo hondureño que llevaba comida y medicinas a su familia. Aquel texto, por cierto, me permitiría, en el año 2000, conocer en persona al mismísimo Fernando Lázaro Carreter, al hacerme entrega de un premio de periodismo bautizado con su nombre. En la inolvidable cena posterior me dijo lo siguiente: «El estilo, Fernando, es lo más difícil. Tú lo tienes. Nunca lo pierdas, sigue ese camino». Todavía me acompaña esa frase.

Fue así, empujado por todos estos recuerdos como, de pronto, imaginé a un tal Julio García Baltodano sobreviviendo al deslave del Casitas para cruzarse con un vasco portador de profundas heridas y resentido con sus raíces, y todo empezó a fluir. Las mil imágenes que el *Mitch* había dejado impresas en mi cerebro, me aguardaban allí, agazapadas, entreveradas con el resto de mi vida, y, de nuevo, me propuse convertirlas en palabras. En más de mil esta vez; muchas más, en realidad.

Hoy agradezco a las personas que me han ayudado a llegar hasta aquí, en especial a Wilmer Rickly, por empujarme a la carretera y a la historia que desembocó en *La sacudida*; a Lola Ferreira, mi primer contacto con el mundo editorial, quien, desde que leyó aquel reportaje premiado me insistió en que algún día debería escribir esta novela —¡al fin lo hice, Lola!—; al fotógrafo Rafael Trobat, en cuyas escenas e historias del *Mitch* hallé inspiración para algunos pasajes, y a Edgar Escobar Barba —¡allá donde estés seguro que celebras este libro!—, mexicano que habitará hoy entre espíritus náhuatl, por ayudarme a indagar en la esencia del alma nicaragüense. Priscila Guilayn, esposa y compañera, es otra persona definitiva en todo esto, además de ser la primera y más crítica lectora de *La sacudida*, como lo fueron también Antón Goiri y Víctor Valbuena, que me ayudaron igualmente a pulir algunas aristas. Finalmente, sé que no estaría hoy rematando estas líneas sin el empeño y la confianza de la Agencia Literaria Sandra Bruna y, de forma definitiva, no puedo dejar de agradecer a mis padres por sus esfuerzos, su paciencia y su amor, poco vehemente, pero discretamente intenso; y por haber puesto, entre muchas otras cosas, a Nicaragua en mi vida.

Notas

[1] La mascota de Iron Maiden. Aparece en las portadas de todos sus discos. <<

[2] Ritmos del Caribe hondureño. <<

[3] Santo Domingo, patrón de Managua, cuya imagen se guarda en la ermita de Las Sierritas, a las afueras de la ciudad. <<

[4] Popularmente, se llama así a un desastre que haría desaparecer Centroamérica de la faz de la Tierra. <<

[5] Base militar hondureña. Eje de operaciones antiguerrilleras en los ochenta, principal refugio de la Contra, centro de tortura e interrogatorio donde ejercían instructores estadounidenses y chilenos. <<